

RELACIONES INTERNACIONALES

Número 5 - Marzo de 2007

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA Y RELACIONES INTERNACIONALES

ARTÍCULOS

Dominique Darbon
Anthony Giddens
George Lawson
Michael Mann
Jaime Pastor
Elsa González Aimé
Francisco Javier Peñas
Charles Tilly

FRAGMENTOS

Fernand Braudel
Otto Hintze

DOCUMENTOS

Lucía Gallardo

REVIEW-ESSAY

José Luis De La Flor

RESEÑAS

Gastón Aín
Fernando Díaz



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

RELACIONES INTERNACIONALES

CONSEJO EDITOR

ESTHER BARBÉ
MARK DUFFIELD
CELESTINO DEL ARENAL
PALOMA GARCÍA PICAZO
CATERINA GARCÍA SEGURA
JOAO TITTERINGTON GOMES CRAVINHO
STEFANO GUZZINI
PEDRO MARTÍNEZ LILLO
FRANCISCO JAVIER PEÑAS ESTEBAN
KARLOS PÉREZ DE ARMIÑO
SANTIAGO PETCHEN VERDAGUER
ITZIAR RUIZ-GIMÉNEZ ARRIET
DANILO ZOLO

La revista *Relaciones Internacionales* no tiene ánimo de lucro, por lo que los contenidos publicados se hallan bajo una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España de Creative Commons. Así pues, se permite la copia, distribución y comunicación

pública siempre y cuando se cite el autor del texto y la fuente, tal y como consta en la citación recomendada que aparece en cada artículo. No se pueden hacer usos comerciales ni obras derivadas. Los derechos de los artículos publicados pertenecen a sus autores o editoriales.



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950



ÍNDICE Número 5

Sociología Histórica y Relaciones Internacionales

Coordinado por Elsa González Aimé y Francisco J. Peñas

1. Editorial

2. Artículos

1. *¿Rehacer o reformar las administraciones proyectadas de las Áfricas?*
Dominique DARBON
2. *Estados nacionales y violencia*
Anthony GIDDENS
3. *La imaginación sociológica desde la perspectiva histórica*
George LAWSON
4. *El poder autónomo del estado: sus orígenes, mecanismos y resultados*
Michael MANN
5. *Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance*
Jaime PASTOR
6. *Sociologías Históricas: caminos separados y propuestas de reencuentro*
Elsa GONZÁLEZ AIMÉ, Francisco Javier PEÑAS ESTEBAN
7. *Guerra y construcción del estado como crimen organizado*
Charles TILLY

3. Fragmentos

“Capítulo 3” en *La larga duración, en la historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1979 (4ª Edición)
Fernand BRAUDEL

“Organización militar y organización del Estado” en *The historical Essays of Otto Hintze*, Oxford University Press, Nueva York, 1973
Otto HINTZE

4. Documentos

Migraciones y deuda ecológica; Campaña ¿Quién debe a quién?
Lucía GALLARDO

5. Review-Essay

Reflexiones en torno a las implicaciones y posibilidades de los lenguajes del desarrollo

José Luis DE LA FLOR

6. Reseñas

1. SAID, Edward, *Representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996.
Gastón AÍN
2. MARLOW, Maude, y CLARKE, Tony, *Oro Azul. Las multinacionales y el robo organizado del agua en el mundo*, Paidós, Barcelona, 2004.
Fernando DÍAZ

Editorial N°5

“Sociología histórica y relaciones internacionales”

En la segunda década del siglo XX se empieza a consolidar una tendencia entre académicos provenientes de la Sociología que empieza a considerar el estudio y el análisis de los sistemas históricos como un elemento imprescindible para buscar y, eventualmente, encontrar las pautas de creación de las instituciones, de las relaciones de éstas con las sociedades donde surgen, de descubrir la génesis y desarrollo de categorías que una *foto fija* es incapaz de explicar; en definitiva, de adquirir una perspectiva histórica que permitiera comparar y comprender el cambio social y *lo que nos traemos entre manos*.

Tal intento recuperó figuras clásicas del pensamiento social; algunas siempre presentes y otras reducidas a restringidos campos de especialistas. Así se relee a Max Weber, a Karl Marx, a Otto Hintze –y a la escuela *de historia institucional alemana-*, se recupera transdisciplinariamente a la *Escuela de los Annales* – M. Bloch, F. Braudel, etc.- y se revalorizan obras de sociólogos históricos *avant la lettre* como Barrington Moore, Karl Polanyi, Norbert Elias, etc. Hoy, la Sociología Histórica en toda su diversidad -no hay más que leer el índice del libro editado por Theda Skocpol *Vision and Method*, para darse cuenta de las diferencias entre Bendix o Wallerstein- se ha establecido como una rama del saber a caballo entre la Sociología y la Historia o, formulado de forma más acertada, una tendencia que no respeta las convencionales barreras disciplinarias entre ambas *ciencias*.

En nuestro campo, el de Relaciones Internacionales, Raymond Aron y Stanley Hoffmann propusieron en los años sesenta, y sin ser conscientes de aquella otra

naciente disciplina, una sociología histórica de las relaciones internacionales, que no logró hacer mella en el canon clásico de nuestra disciplina. Como se señala en uno de los artículos que siguen, las similitudes son tan llamativas como la aparente ignorancia mutua.

Sin embargo, en los años noventa, y posiblemente debido a la insatisfacción relativamente generalizada respecto al rumbo que mantenía el canon clásico, algunos estudiosos de las relaciones internacionales se fijaron en que la sociología histórica de Mann, Tilly, Skocpol, etc., recurría sistemáticamente a las coyunturas históricas internacionales, a la guerra, a la competencia interestatal, etc., para dar cuenta del cambio social. La explicación se transnacionalizaba y necesitaba de las fases y coyunturas del sistema de estados para explicar luchas internas, revoluciones, configuraciones de poder etc. Muy llamativamente, la violencia, y en especial la violencia interestatal, jugaba un papel central en el relato de la construcción de los estados modernos. *La nueva ontología* construía toda una pléyade de nuevos hechos (*facts*) pertinentes para la explicación/compresión de relato sociológico.

Si como plantea Jens Bartelson la decisión de lo que cuenta como *político* es, en sí misma, una dedición política, el conocimiento implica una serie de decisiones ontológicas sobre lo presente y lo ausente como objeto de estudio: una es ética y define quién es nuestro amigo y nuestro enemigo; una segunda es metahistórica sobre de dónde venimos y la génesis de nuestra identidad. Y concluye: "el conocimiento en la medida que diferencia es política y está indisolublemente unido a la Historia y a la Identidad (*A Genealogy of Sovereignty*, 1995, p.6).

Una disciplina necesitada de Historia y cada vez más consciente de que los estados no eran entes cerrados y discretos, sino porosos y un poco *floppy* –Relaciones Internacionales– y otra –Sociología Histórica– que aporta Historia y que considera como centrales en sus análisis las constricciones e impulsos internacionales (y necesitada a su

vez de un cierto refinamiento en sus visiones del comportamiento de los estados en el sistema internacional), propiciaron que la primera se fijara en la segunda “para explicar tan persuasivamente como fuera posible lo acontecido e identificar las posibles tendencias contemporáneas significativas” y así elaborar una teoría “conceptualmente clara y rigurosa, consciente de la historia ycapaz de entrar en problemas éticos” (Fred Halliday, *The Middle East in International Relations*”, 2005, ps. 6 y 21).

Se puede afirmar que hay cuatro rasgos sustanciales de lo que podríamos llamar una *Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales*. En primer lugar, tal campo de estudio desecha cualquier concepción teleológica de la historia que impregna la *ciencia política*, llámese idea del progreso, llámese que lo acontecido en la pasado ha *culminado* inevitablemente en lo que ahora *disfrutamos*, llámese una concepción *whig* de la Historia, es decir, la explicación del pasado por el presente o la larga marcha de la Humanidad para acabar en éste, *el mejor de los mundos posibles*. En segundo lugar, y aquí sigo a Reus-Smit (“The Idea of History and History with Ideas” en Stephen Hobden y John M. Hobson, eds., *Historical Sociology of International Relations*, 2002, p. 122) la autonomía del estado, entendido no como *totalidad nacional-territorial* o como concepto jurídico, sino como un entramado de instituciones coercitivas y administrativas con sus propias dinámicas e intereses. En tercer lugar, que la fuerzas sociales tiene un carácter sistémico y mundial. Y en cuarto y último lugar, el principio de la multicausalidad de los fenómenos sociales, tan magistralmente denominada por Mann como *el paradigma del embrollo*.

En este número de nuestra revista ofrecemos tres artículos inéditos que versan sobre esa *Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales* desde perspectivas distintas (Lawson, Pastor, y González Aimé y Peñas); tres piezas seminales de sociología histórica (Tilly, Giddens y Mann) y dos artículos clásico de *los precursores*: uno de Otto

Hintze sobre organización militar y organización del Estado; y una pieza corta clásica de Ferdinand Braudel sobre la *longe dureé*.

¿Reformar o rehacer las administraciones proyectadas de las Áfricas¹?
Entre rutina antipolítica e ingeniería política contextual

Dominique DARBON*

Este artículo ha sido publicado en la *Revue Française d'Administration Publique* n°105/106, 2003, ps. 135-152 con el título « Réformer ou reformer les administrations projetées des Afriques ? Entre routine antipolitique et ingénierie politique contextuelle ». Agradecemos a dicha revista su amable autorización para traducir este artículo.

« Podscorb has come and gone. Organizational theories have come and gone. Rational choice models and reinventing government projects have come and gone. What remains is the fireman going into the building, the FBI agent pushing against bureaucratic stupidity, the office secretary who gets to work on time, refuses to pilfer office supplies and gives the public an honest day's work. » (Hecló) ²

« Le début de la sagesse ne consiste pas à se demander ce que font les organisations prétendument les meilleures... mais plutôt à se demander quels sont les besoins de cette organisation particulière, compte tenu de son but, de son histoire et des circonstances actuelles. » (Thomas) ³

Desde mediados de los años setenta, los Estados y las administraciones proyectadas en las Áfricas se han visto sometidos a procesos de reforma tan intensivos como contradictorios. En la mayoría de los casos, la ruina material, financiera y humana de los aparatos administrativos y más generalmente, el fracaso flagrante de las prácticas administrativas producidas por Estados debilitados, que se parecen a veces a los *ghost states* y a los *failed states*, han hecho indispensable la adopción de reformas drásticas. El aumento del poder de las instituciones financieras internacionales en la gestión de los

asuntos internacionales y del desarrollo, particularmente el grupo del Banco Mundial, más la difusión de las concepciones neoliberales y sus significados en materia de gestión burocrática, vía los ejemplos neocelandés, británico y americano, sumados al acuerdo general sobre la fisonomía y la geometría del aparato estatal tal y como se resume en el “Consenso de Washington” o en los documentos producidos por el servicio de gestión pública (PUMA) de la OCDE a finales de los años noventa, han consagrado y legitimado las opciones escogidas por los planes de ajuste estructural y las técnicas ligadas al *New Public Management*. La asociación de la globalización del mercado de las reformas administrativas bajo el peso del aumento del poder de las instituciones financieras internacionales, de la desagregación de las capacidades de gestión de los Estados africanos y de la constitución de redes y de *epistemic communities* que incluyen a numerosos líderes africanos, han favorecido el *formateo* de los “sets” de reforma en base a un modelo único, fuertemente influido por las posturas, debates, arenas y foros del norte. El vocabulario especializado y muy evolutivo de la reforma bajo todas sus formas, se ha difundido profundamente hasta el punto de convertirse en un leitmotiv en todo documento oficial o de estudio.

Las modalidades de estas reformas, sus sustratos ideológicos y sus resultados, fueron primero puestos en duda por grupos minoritarios, antes de que el desarrollo de éstas críticas en los años 1990 obligase a las instituciones financieras internacionales a modificar muy sustancialmente sus programas⁴. En el mismo periodo, la necesidad de transformar la organización y las modalidades de gestión de las administraciones en África se ha impuesto como ineluctable⁵. A pesar de todo, más allá de estas constataciones generales de impericia y de obligación de reformas, nada está del todo claro: por un lado, las técnicas de reforma están inventariadas de una forma muy precisa; por el otro, la situación de conjunto de éstas administraciones se conoce mal, las misiones que les son fijadas están definidas en términos muy generales, el tipo de reforma a realizar es fluctuante y varía por la diversidad de los actores que intervienen en los procesos de reforma y según sus relaciones de fuerza en el momento; finalmente, el objetivo global de la reforma es confuso, y duda entre la mejora técnica de la producción y la rentabilidad de los aparatos administrativos, y la transformación radical y global de la organización política y social. En efecto, la reforma se construye en torno al rechazo explícito de lo político, en el que convergen los intereses de los responsables

políticos y administrativos locales, de los expertos nacionales o extranjeros, y de los donantes⁶. La incertidumbre es mayor aún porque el incesante cambio de las herramientas, de las orientaciones teóricas y de los vocablos (del Estado al mercado, de lo público a lo privado y acto seguido al partenariado público-privado...) se inscribe en el mantenimiento de una comprensión puramente desarrollista y externalizada^A del cambio, que supone la identificación de un *deus ex machina* universal⁷. Las palabras, las orientaciones y las herramientas cambian, pero la concepción lineal continuista y teleológica del cambio permanece. La reforma, para presentarse mejor como universalista y “científica”, se impone ante todo como un “*buzzword*” que tiende a ocultar los procesos de institucionalización que siguen las administraciones africanas, aún a riesgo de esconder la heterogeneidad y la dispersión de los temas propuestos bajo un término aparentemente simple. Mientras que en el norte la reforma supone una reflexión de conjunto sobre las relaciones entre sociedad y Estado⁸ con la implicación de los grupos de gestión centrales de las instituciones públicas (*core executives*) y la intervención de actores erigidos como contrapoderes, en las Áfricas la reforma se enuncia como una obligación impulsada por actores exteriores, limitados en su capacidad de acción por el principio de soberanía y el apolitismo de sus intervenciones, y por la competencia salvaje que se libran entre ellos, retomada o incluso iniciada por dirigentes africanos que se posicionan para identificar y captar las oportunidades surgidas con los nuevos procesos. La reforma, tal y como se pone en práctica ahí, se reduce a un problema de gestión y de técnicas del que cada cual trata de ocultar las apuestas políticas y consagrarla como antipolítica. Por supuesto, el cambio ideológico de los años setenta en la zona OCDE ha conducido a importantes modificaciones en la concepción del papel social y económico, en la percepción, en los métodos y en los procedimientos de la administración, pero en continuidad con respecto a un tipo de gestión burocrática fundamentalmente mantenido. En las Áfricas, la reforma se asemeja en casi todos los casos a un intento por crear un aparato estatal-administrativo *ex novo*, sobre nuevas bases que le permitan ser efectivo, aunque se pretenda que no se trata más que de cuestiones de gestión⁹. Al mismo tiempo, la reforma es víctima del fenómeno de la “*antipolitics machine*”, fundado sobre los juegos estratégicos de los que deciden tanto en el norte como en el sur, que tienden a hacer pasar reformas que ante todo son políticas por asuntos de gestión; despolitizan el cambio para reducirlo en las Áfricas a una anécdota técnica, para minimizar los costes políticos, aún a riesgo de vaciarlo de su

impacto técnico. La sucesión ininterrumpida de reformas, confrontada a las tácticas de despolitización y al mito desarrollista que la impregna totalmente, ha transformado lo que era una política al servicio de la gestión pública en un fin “en sí”¹⁰.

En este contexto de incertidumbres y de rechazo de lo político, la reforma no deja de reformarse, y duda en función de los recursos disponibles para las diferentes categorías de actores y en función de los resultados de los juegos anteriores, entre una rutina antipolítica de efectos perversos y dramáticos y una ingeniería política contextual de resultados confusos.

LA REFORMA COMO RUTINA ANTIPOLÍTICA¹¹

Los paradigmas del bucle y del *pendulum swing*¹²

El balance de 25 años de reformas en las Áfricas es bastante abrumador cuando se coteja la movilización de técnicas y de recursos humanos y financieros por una parte, y el impacto global sobre la calidad de la gobernanza por la otra. Durante este periodo, las reformas propuestas casi han hecho un bucle: hemos pasado así de un Estado desarrollista omnipotente a un Estado maldito que había que reducir (*rolling back the state*), para obtener “*a good governance*” mediante un “*leaner state*” a golpe de “*best practices*” y de “*benchmarking*”, antes de constatar la necesidad de promover el “*capacity building*” y de asistir estupefactos en las Áfricas a la “*resuscitation of the developmental state*” según escribe Vivek Chibber¹³ y al retorno reciente al “*community development*”, vieja gloria de los años sesenta¹⁴. En materia de función pública, el péndulo comenzó en los años sesenta y setenta con la exaltación de la vanguardia de la modernidad; pasó en los años ochenta y noventa por la denuncia de las “*bloated bureaucracies*”, llenas de funcionarios corruptos e ineficaces, acusados desde la perspectiva del *rational choice* de ser los peores adversarios del desarrollo, al impedir con sus tácticas y su simple presencia el desarrollo de la libre empresa; finalmente volvió en busca de una función pública de calidad (*a robust bureaucracy*), animada por un espíritu corporativo, de la que habría que producir o restaurar capacidades y tradiciones burocráticas, por ser la única capaz de actuar como garante de la consagración de un Estado coherente, detentador de las cualidades del Estado *developmental*¹⁵. Con los PAE (Planes de ajuste estructural), hemos pasado de una

política de crecimiento fundamentada en el modelo del *trickle down effect*, generada por la única regulación del mercado que implica la desregulación y la privatización de numerosas actividades administradas y que conduce, en los Estados caracterizados por una gran pobreza, a acrecentar la marginalización de los pobres, a la iniciativa de los “países pobres muy endeudados” (PPME/HIPC)¹⁶ que preconiza una política de crecimiento centrada en la lucha contra la pobreza y en el desarrollo de las *capabilities*, que presupone además la existencia de fuertes capacidades institucionales y particularmente administrativas, para hacerse cargo de las poblaciones desprovistas de poder adquisitivo. En suma, las orientaciones más contradictorias, las técnicas y recetas más heteróclitas han sido sistemáticamente empleadas sin que se haya sacado lección alguna del fracaso – incluso cuando los proyectos son sometidos a evaluaciones, como es cada vez más el caso. Con algunos años de intervalo podremos entonces constatar que se retoman procedimientos que conocieron un fracaso estrepitoso, sin que nada de la situación concreta haya sido modificado y por lo tanto autorice que se anticipe *a priori* un resultado más favorable. Es la constatación que establecen Perin y Attaran para la políticas de sanidad, Mawhood y Kasfir así como Crook y Manor para las políticas de descentralización, Olowu o Darbon para las reformas de las funciones públicas¹⁷. Encontramos entonces en la literatura de 1998 – es decir casi 20 años después de los primeros PAE – este tipo de reflexión que puede parecer surrealista, vehiculado por uno de los foros más importantes de ciencia de la administración, del que admiraremos de paso la lítote que contribuye a la despolitización: “La falta de éxito de los programas de reforma administrativa en los países africanos ha hecho nacer algunas inquietudes. Hemos realizado la importancia de la capacidad de gestión para la comprendido eficaz de toda política (...) Una atención relativamente débil ha sido prestada a la cuestión de la gestión en el proceso de reforma en sí en esos países”¹⁸.

El juego mórbido de lo antipolítico

Queda entonces por explicar por qué esta sucesión de fracasos anunciados se prolonga, e incluso parece acelerarse, y por qué las veleidades internacionales incoherentes, contradictorias y cambiantes en el tiempo, son sistemáticamente repetidas¹⁹. Périn y Attaran plantean la pregunta fundamental a propósito de las políticas de sanidad: “¿Cómo explicar entonces que las políticas de ayuda cambien de manera tan radical, incluso que vuelvan a su punto de partida, después de haber optado por diversas

opciones?”²⁰. Cada “set” de reformas se sustenta sobre postulados discutibles pero generalmente fiables y técnicamente validados lo que excluye, salvo excepción, buscar una explicación en su flaqueza técnica intrínseca. De la misma manera, dado que las situaciones sectoriales y globales que fundamentan la puesta en práctica de estas reformas no han cambiado sustancialmente en los últimos 20 años, nada permite comprender el cambio en los “sets” de reformas y aún menos el retorno a esos “sets” cuyo abandono en el pasado tendría que haber consagrado su ineficacia. Quedan abiertas otras dos líneas de interpretación.

La primera suscita la pregunta de las propias capacidades de esos organismos para llevar las reformas que manufacturan. Establecer un modelo de reforma para cada administración supone una tarea particularmente ardua y delicada, pero eventualmente manejable si están disponibles importantes medios materiales e intelectuales. Asegurar a medio y largo plazo el seguimiento intelectual pero también material y financiero de las reformas por todas partes en las Áfricas (y en otros lugares), en el contexto de los *failed states*, *ghost states* y más ampliamente de las administraciones proyectadas, parece imposible a día de hoy, como sólo pueden convencernos de ello las experiencias actuales²¹. Al estar agotadas las capacidades de las instituciones financieras internacionales y de los otros organismos de donantes bilaterales y multilaterales, el proceso de reforma se burocratiza, se transforma en operaciones rutinarias; las llevan a cabo agentes que han interiorizado hasta tal punto los criterios de promoción y de renovación de los contratos en un sistema antipolítico, que sus acciones se concentran antes en la réplica de las normas y de las prescripciones del organismo del que dependen que en los objetivos operativos. Al no poder, por su estatus, cuestionar abiertamente el principio de soberanía de los Estados, las estructuras de reforma sufren los efectos de los compromisos políticos realizados en otros espacios (*bargaining politics*), y tratan entonces de regular la ayuda y contornear el obstáculo buscando interlocutores fuera de los Estados, bien en la sociedad civil, bien en el nivel interestatal y regional²².

La segunda línea de interpretación acerca de la construcción de la “*antipolitics machine*” de James Fergusson o del “vaciamiento intelectual de la autoridad política” tal y como la identifica Bruno Jobert, completa la primera desplazando las

interpretaciones²³. La concentración de los *think tanks* en los países del norte produce numerosas normas, en especial prácticas, marcos de interpretación y métodos, y en el grupo del Banco Mundial particularmente en materia de desarrollo (con un competidor secundario como el PNUD, es cierto); conjugada – casi por definición – con la débil capacidad de innovación y de gestión en los países del sur, y en particular africanos, conduce casi automáticamente a hacer de la producción de reformas un procedimiento externalizado. La reforma se piensa, se construye y ásperamente se discute en los *think tanks*, los únicos capaces de sistematizar las acciones (eventualmente producidas en el sur), de producir datos, de plantear los diagnósticos y de proponer opciones que serán definidas con respecto a las normas que ellos mismos habrán construido como referentes universales²⁴. La capacidad de contestación técnica por parte de los Estados africanos a los análisis conducidos por esos *think tanks*, por otra parte muy abiertos al reclutamiento de especialistas africanos, es casi inexistente (salvo la rara excepción de la República de África del Sur) por razones que asocian diferenciales de capacidad material y tácticas de despolitización.

En primer lugar, salvo raras excepciones, al haber fracasado los dirigentes africanos a la hora de ofrecer a sus ciudadanos servicios y prestaciones administrativas mínimos y fiables, no pueden movilizar los apoyos de su propia población, que ha optado desde hace tiempo por el *exit option* en lo que respecta estos temas. Esta incapacidad para apelar a una legitimidad política interna es tanto más fuerte que el mercado intelectual globalizado ha vaciado el vivero de expertos nacionales en provecho de los *think tanks* o del norte; los dirigentes, apoyándose de preferencia en el exterior para consolidar su poder, se han situado así voluntariamente en una posición en la que no pueden poner en cuestión las normas producidas. Del lado de las autoridades públicas, la situación de vaciamiento intelectual supone que el precio a pagar para cualquier crítica sea prohibitivo²⁵, cuando el hecho mismo de llevar a cabo esas reformas – de las que cualquiera puede prever su fracaso y los efectos estructuralmente devastadores – les garantiza el mantenimiento de su poder, tan discutible como sea. La proposición de Mac Luhan, quien advertía que reformar la administración supone, para los actores que participan en esas organizaciones y que las encarnan, aceptar socavar sus propias posiciones de poder y sumergirse en la incertidumbre, queda así invertida. En muchos casos, en estas administraciones proyectadas de las Áfricas en las cuales la

cualidad histórica del trabajo no se refleja en los sistemas normativos formales, jugar con el registro de la reforma parece ser una opción favorable para la consolidación en el poder²⁶.

En segundo lugar, los *think tanks* gozan de una posición dominante en el mercado del desarrollo, fundamentada en la científicidad, el tecnicismo y el rechazo de lo político²⁷. Por una parte, son los únicos que pueden pretender disponer de un saber científico global en materia de desarrollo fundamentado en el mercado dominante del norte; por otra parte, estas estructuras son a la vez recolectoras de informaciones, productoras de orientaciones y de normas, financieras del desarrollo y cuerpo legitimante de las opciones reformadoras, de forma que pueden condicionar su apoyo a la aceptación de sus referentes y que se autolegitiman. En este contexto, la reforma se reduce a un ejercicio antipolítico que apuesta por la fiabilidad de instrumentos técnicos y de métodos de gestión experimentados en el norte, postulados como si fueran la expresión de un “*one best way*” universal. En las Áfricas la reforma se inscribe entonces en una perspectiva de catecismo que reproduce a porfía los vagabundeos del positivismo²⁸. Las normas producidas se erigen en universales, siendo víctimas de esta creencia trasnochada pero siempre tan activa en el entorno de los expertos en gestión y organizaciones, particularmente cuando trabajan en materia de desarrollo, en el “*one best way*”. Es la constatación que establecen todos los trabajos llevados a cabo en torno a estas cuestiones, y que Périn y Attaran expresan de la siguiente manera en lo que concierne a la sanidad pública: “Nuestra idea es que cuando los donantes se entusiasman por una nueva política de salud, se convierten en sus más afanados prosélitos en los países más pobres, cuando la historia misma nos enseña la inutilidad de este enfoque”²⁹. Este proselitismo será más imponente aún cuando se asocia a la búsqueda de rentabilidad financiera en un mercado muy competitivo. En efecto, la mercantilización del desarrollo institucional y la situación cada vez más competitiva del saber de peritaje imponen, para mantener una actividad rentable, la elaboración de productos estándar vendibles en un mercado amplio y solvente. Dos tácticas se integran entonces de forma automática en el proceso: elaborar el producto copiando las orientaciones del modelo legítimo del momento, lo que permite posicionarse de forma útil con respecto a la demanda de las instituciones financieras internacionales y acceder a la totalidad del mercado (el cada vez más jugoso mercado de los Estados del norte,

que sirve de referente para la producción de normas y para la evaluación de las competencias de los organismos; y el mercado de los Estados del sur, financiados por los donantes del norte que preferirán trabajar en “familia”); y acelerar el ritmo de la producción semántica en torno al término del cambio (desarrollo sostenible, género, pobreza, democratización, *capacity building*, *capabilities*, iniciativa privada, espíritu público, etc.). La emergencia de nuevos o antiguos “*buzzwords*” –cuyas implicaciones son por otra parte muy interesantes y a veces innovadoras– viene a ocultar el fracaso de las orientaciones anteriores y a crear nuevas oportunidades de mercado³⁰. El rápido agotamiento de los productos que a corto o medio plazo no pueden responder a las demandas de una mejor gobernanza (porque se trata de productos de gestión ofrecidos para responder a necesidades políticas), impone de esta forma cambios constantes, no de los métodos pero sí del “*packaging*”, mediante cambios sucesivos de distintas partes del proyecto global.

Finalmente, la despolitización conduce a reducir la reforma a una transferencia sin reflexión efectiva sobre su carácter transferible y sus significaciones³¹. Por supuesto, todos los estudios acerca de la realización de las reformas hablan de adaptación, de contexto, de la necesaria toma de responsabilidad local, incluso algunos de naturalización, pero todos funcionan siempre con respecto a ese proyecto que se supone que deben ser las administraciones públicas en las Áfricas. No se trata de reforzar la capacidad de las administraciones para responder a las necesidades inmediatas y a las normas locales, en suma a las necesidades administrativas tal y como se expresan localmente, sino de que se parezcan lo mejor posible al proyecto de una administración tal y como está definida *in abstracto*, tal y como debería ser con referencia a las normas prescritas universalmente³². En este contexto de administraciones proyectadas, se reforma entonces una vez más la forma, es decir la forma anticipada de la burocracia futura, sin plantear jamás la pregunta del *formateo* de la burocracia en función de los medios, necesidades y demandas de los “administrados”. De esta forma se instala una rutina fundada sobre el círculo vicioso burocrático y sus efectos desestructuradores.

LA REFORMA RUTINARIA COMO PROCEDIMIENTO DESESTRUCTURADOR^B DE LAS ADMINISTRACIONES PROYECTADAS

La sucesión de éstas reformas contradictorias, cíclicas y descontextualizadas no se reduce a una serie de medidas contradictorias sin efectos, y no se puede analizar únicamente como una política simbólica. Los análisis que pretenden que estas reformas son puramente “*cosmetic*” se equivocan por la ilusión dada por los incesantes cambios de “sets” o por las tesis acerca de la vacuidad del Estado, que impiden se las considere como fenómenos sociales. En efecto, cada uno de estos “sets” de reforma es susceptible de modificar, a veces radicalmente, la configuración de las administraciones, en especial cuando están en juego inversiones políticas locales (como es el caso de la República de África del Sur desde la liberación del sector estatal para su reforma, o de Malí bajo Konaré para la descentralización...). Los efectos son tanto más significativos en los Estados en los que los dirigentes se contentan con dejarse engañar y engañar a su vez, para optimizar o mantener su acceso al poder. Nadie puede así poner en duda que en todas las administraciones de las Áfricas han tenido más o menos lugar estos cambios: reducción del número de funcionarios, disminución de los costes del funcionamiento de las administraciones, privatización, externalización, filiación, retorno al equilibrio contable, desarrollo de la iniciativa privada o de formas locales de gobierno territorial... El balance global es singularmente insatisfactorio. Es cierto que hay que distinguir entre los efectos individuales de cada técnica de reforma, que a menudo se acercan a los objetivos técnicos identificados, y los resultados del encadenamiento de reformas definidas como rutinas antipolíticas, cuyos efectos perversos son a menudo más fuertes que lo que cada reforma podría traer individualmente. Este encadenamiento refuerza las desviaciones de las trayectorias burocráticas de los países africanos, y destruye la idea misma de reforma al impedir la capitalización de las experiencias y la instauración de una previsibilidad.

Cada reforma contradice la anterior y oscurece un poco más la propia administración. Las reformas funcionan con el principio de apilamiento de técnicas, recetas y métodos débilmente conciliables. Yves Joncour y Eric Verdier escriben acerca de Francia: “Las nuevas reformas se apilan sobre las antiguas, las últimas herramientas arrollan las viejas técnicas, hay aquí y allá jirones de reformas, pedazos de instrumentos

de gestión, carcasas de proyectos de servicios que constituyen un batiburrillo inverosímil, que un ejército de altos funcionarios, acuciados hasta la embriaguez por su carrera, abandonan en el camino de la modernidad”³³. Este cementerio de reformas no es contradictorio con cierta coherencia global de las orientaciones, con una regulación de las decisiones públicas hacia un conjunto limitado y convergente de posibilidades, y con una capitalización de los logros, que consagran progresivamente el carácter ineluctable de la reforma, incluso por caminos apartados o por el método del *muddling-through*³⁴; aunque sólo sea por los altos funcionarios y los *policy networks* que tienden a asegurar la continuidad de los referentes y de las orientaciones³⁵. El apilamiento en las administraciones proyectadas de las Áfricas hace que nadie, ni los altos funcionarios, ni los expertos y menos aún los funcionarios de base y los administrados, puedan precisar cuáles son los límites de las administraciones³⁶.

El efecto de esta sucesión acelerada y no gestionada de reformas es tanto más dramático que esas mutaciones incesantes prohíben toda forma de aprendizaje técnico, de construcción en término de intensificación, de capitalización de la experiencia adquirida o de enraizamiento en administraciones que conocen un problema de nivel de competencia; esa sucesión de reformas no puede más que debilitar la constitución de un sentido del servicio público, de una continuidad. En unas administraciones marcadas por la carencia de *leadership* y por la debilidad de la cultura burocrática, estas mutaciones debilitan la producción de unas aptitudes técnicas normalizadas y apaciguadas y la emergencia de un espíritu corporativo. De esta forma, los PAE de los años setenta y ochenta, fundamentados en los principios de la reducción del aparato de Estado y de las *bloated bureaucracies*, eran ciertamente indispensables para tratar de enderezar una situación de desbarajuste avanzado, pero a falta de situarse en una perspectiva histórica, produjeron en término de burocracia un efecto perverso mayor. En efecto, la reducción del número de funcionarios, y la drástica disminución de sus medios se ha producido cuando comenzaban a emerger nuevas generaciones de funcionarios, profesionales y mejor formadas, susceptibles de reemplazar las generaciones de las independencias marcadas por su condición de aficionadas. El ritualismo tan a menudo descrito por los autores como la expresión cultural africana³⁷, marca sobre todo la constatación universal del corte entre lo que el funcionario hace y su capacidad para interpretar lo que hace, en un contexto agravado por un cambio

constante de las reglas, normas, principios organizativos, etc. que, a falta de gestión, no se suceden sino que compiten o incluso, paradoja del pluralismo normativo, son coherentes: esta incertidumbre sistemática, asociada a una falta de *leadership* desmultiplica las posibilidades de juego de los pequeños funcionarios según los modelos combinados de *street-level bureaucrat* de Lipsky y del funcionario justiciero Warin, por ejemplo.

Cada reforma produce efectos perversos de corto plazo que pueden compensarse eventualmente en el largo plazo. Sin embargo, esta compensación es tanto más improbable que el cambio sistemático de los “sets” de reformas (orientaciones y herramientas) cada cinco años, y el no alineamiento de los ritmos de innovación institucional de los diferentes organismos productores de reformas (la competencia obliga), no permiten hacer apuestas racionales sobre el éxito de la reforma, e incluso las excluyen; desmovilizan así a todos aquellos que estarían dispuestos a correr riesgos de cara al futuro³⁸. La cuestión de la compatibilidad de los términos y de las temporalidades de los diferentes socios de la reforma para el desarrollo constituye un desafío considerable. La correspondencia temporal esperada al final, entre la sociedad y el aparato de gestión político-burocrática proyectado por las reformas, se construye en el largo plazo (captura del campesinado, producción de una burguesía capitalista, emancipación de los individuos...). Ahora bien, las reformas técnicas son llevadas por actores cuyos plazos políticos y financieros son definidos en el mejor de los casos a medio plazo (en torno a los cinco años para los mandatos electivos o administrativos, y a menudo menos, y mucho menos, para los plazos presupuestarios y financieros). No hay por lo tanto posibilidad alguna de encuentro de estas temporalidades. Cambiar las estructuras sociales y de producción es un proceso global de término improbable, mientras que hacer funcionar un *think tank* no supone tanto reducir un problema social o humano como asegurar día a día una rentabilidad financiera respondiendo con éxito a las ofertas que se presentan. Este desfase es una de las explicaciones del rápido cambio de las reformas y de la ineptitud flagrante *a posteriori* de algunas reformas con todo técnicamente sanas³⁹.

Por último, cada nueva ola de reformas mantiene un análisis cínico de la administración. Por una parte, la sucesión permanente de reformas valida las estrategias de los actores, que no se posicionan frente a ellas sino frente a las nuevas oportunidades de captación que podrían nacer de ellas. De este batiburrillo incierto surgen numerosas gangas⁴⁰, fácilmente captadas por altos funcionarios asociados a expertos, con el fin de sacar ganancias nada desdeñables de su posición en el mercado de las reformas. Tal y como muestra Cheung, mientras que los países anglófonos de la OCDE han privatizado esencialmente para aumentar la rentabilidad de la economía, los PECO han privatizado para crear una economía de mercado y romper definitivamente con el sistema precedente, y la República Popular China ha encontrado en ello una manera de reforzar la eficacia de su gestión y de construir un modelo burocrático weberiano⁴¹. En las Áfricas, la privatización presentaba la doble ventaja de engañar, es decir de trabajar en lo simbólico, y de dar autonomía a unos intereses con respecto a un Estado cuya obligación de gestión democrática amenazaba con hacerlo menos monopolizable⁴². En parte, la apropiación de la reforma ha desviado a ésta de sus objetivos. Pero también, cada nueva ola confirma que las reformas son coyunturales y que finalmente, para retomar la expresión clásica, *“plus ça change, plus c’est la même chose”*^C. No hay entonces por qué invertir en esos cambios y correr riesgos con capital financiero y social. No se tratará de invertir en el éxito de una reforma cuya historia en los últimos 25 años subraya el carácter ilusorio, sino de sacar provecho personal al máximo sin modificar la propia posición estatutaria, esperando el próximo reparto de cartas que la misma historia parece garantizar. Cuanto más se suceden y se desvían las reformas, más crece la probabilidad de que las nuevas reformas sean instrumentalizadas y desviadas⁴³.

En materia de reformas, la alternativa que opone política de la ilusión proponiendo técnicas desfasadas (universales) esperando que la sociedad se adapte (cambiar de pueblo, de cultura...), y naturalización de los procesos burocráticos (volver sobre los valores ancestrales...) hace imposible todo análisis estratégico del cambio en las administraciones proyectadas. En efecto, impide inscribirse en una perspectiva de construcción histórica de las instituciones que por el contrario supone valorar las dinámicas y las prácticas sociales, y capitalizarlas para reajustar permanentemente los objetivos a alcanzar definidos según los criterios burocráticos clásicos.

Un ejemplo de las reformas sin fin que oscilan entre instrumentalización, juegos de sombras, eficacia e inestabilidad institucional: las reformas en Senegal

1979-1980: Plan de urgencia de estabilización

1980-1984: Plan de enderezamiento económico y financiero, estableciendo especialmente el principio de la compresión de la masa salarial pública y de la desvinculación del Estado.

1984: Plan de ajuste estructural

1985-1991: Adopción del programa de ajuste a medio y largo plazo (PAMLP) que prevé en particular la reforma del Estado (estructura, espacios de intervención, recursos humanos), el control de los efectivos y de la masa salarial (reducción del número de funcionarios) fuera del ámbito de la sanidad, de la armada y de la educación (mediante ayudas para la salida) y la modernización de la gestión de los recursos humanos

1986: Programa denominado “la nueva política industrial”, que consagra la desvinculación del Estado del sector comercial (1987)

1989: Programa de reestructuración del sector público y de la administración pública, planteando los principios de desvinculación del Estado, de la privatización de las empresas públicas, de racionalización y de refuerzo de los servicios de la administración central y de externalización

1992-1993: Ruptura de la negociación entre Senegal y el Banco Mundial ligada a los malos resultados económicos y financieros a pesar de las reformas lanzadas.

1993: Plan de urgencia del gobierno senegalés planteando en especial la reducción drástica de los salarios de la función pública.

1994-2000: Programa de ajuste y de reformas estructurales (tres acuerdos sucesivos con el FMI en el marco de las facilidades reforzadas de ajuste estructural)

1996-1997: Lanzamiento de la tercera fase de reforzamiento descentralizado con la constitución y el desarrollo de colectividades locales regionales y de la búsqueda del movimiento de municipalización.

2002: Lanzamiento, con el apoyo de Naciones Unidas y del Banco Mundial, de un programa de refuerzo de las capacidades institucionales y de gestión de los recursos humanos en el sector público.

LA REPOLITIZACIÓN DE LA INGENIERÍA INSTITUCIONAL

La reforma de las administraciones proyectadas: un retorno al objeto

Las reformas de las administraciones proyectadas siguen siendo en gran medida un encantamiento en la medida en que, paradójicamente, no plantean la cuestión previa del tipo de Estado y de las administraciones a las que se supone deben dar cuerpo. Más exactamente, mantienen la ilusión de una administración que calificaremos de ectoplásmica al postular que son idénticas en sus misiones, en sus configuraciones y en su naturaleza a las de los países “modelo” del norte. Ahora bien, en esas configuraciones de administraciones proyectadas, las capacidades humanas y financieras realmente disponibles son muy inferiores a lo que la cáscara proyectada requiere. Desde entonces, ésta no puede ser investida por un cuerpo administrativo coherente y queda como, ectoplásmica⁴⁴.

El modelo del Estado rizoma, desarrollado por Deleuze y Guattari y utilizado por J.-F. Bayart en un sentido metafórico en su libro *L'État en Afrique*, se corresponde muy raramente a la realidad de un Estado africano, el cual se aproxima más bien al Estado blando (*soft state*) de Gunnar Myrdal. La administración, dotada de todos los atributos formales de sus orígenes del norte, no tiene la capacidad de dar al Estado el don de la ubicuidad que se le supone tener aunque sólo sea porque está privada, por la debilidad de sus ingresos públicos y por el desvío de estos, de los considerables medios que la caracterizan en el norte. No logra ni afirmarse físicamente en los diferentes espacios y territorios que le han sido conferidos por el acto de colonización y luego por el de descolonización, ni imponer a las poblaciones la docilidad que haría de sus miembros unos administrados o incluso unos ciudadanos. Forzada a una modestia mal asumida, la administración debe recurrir a unos mediadores, unos intermediarios que aseguran la difusión, la traducción y la desnaturalización de sus reglas y de sus normas, con el riesgo de no controlar nada de las iniciativas sociales y ser excluida de ellas, o de funcionar por sobresaltos. Así, es ilusorio confiarle un papel estructurador, o incluso “simplemente” regulador en una multitud de sectores según el modelo de su referente del norte. En el mejor de los casos, podrá acrecentar su eficacia al focalizar su atención en algunas funciones que aseguren la seguridad de sus administrados y la satisfacción de sus necesidades primordiales, libre luego de desarrollar sus misiones. Podemos

esperar que una categoría virtuosa de agentes públicos, animados por el espíritu de la administración pública, para retomar la expresión de Hecló, pueda tomar el *leadership* de esas misiones⁴⁵. Esto supone que las nuevas generaciones de funcionarios no sean laminadas como fue el caso en los años ochenta con los PAE, neutralizadas por los obstáculos políticos locales, o desviadas por la expansión de las oportunidades que ofrecen los mercados profesionales globalizados que las animan a expatriarse, a coger puestos políticos, a incorporarse a organizaciones internacionales o a definir sus exigencias personales y de vida con respecto al norte. Es mucho pedir, manifiestamente demasiado, a los agentes mejor formados, irresistiblemente drenados por las ofertas de empleo exteriores o atraídos por las sirenas políticas que lejos de marginarlos, tienden a jugar al final como aceleradores de carrera y éxito. Nada prohíbe la emergencia de una categoría de modernizadores procedentes del sector público o/y del sector privado, que sueñen con construir una administración eficaz. Haría falta que esos actores encuentren en el mercado local condiciones de seguridad física y material y que no sean atrapados por el mercado global. A día de hoy, si las competencias están en parte disponibles, en lo esencial no se reúnen esas condiciones. Lo fundamental de las políticas de reforma de las administraciones proyectadas en las Áfricas consiste así en favorecer la constitución de un *leadership* suficientemente seguro de su posición como para no privatizar la administración en su provecho, para no optar por el exterior y para aceptar una remodelación de los procedimientos y de las estructuras que controla por parte de las dinámicas sociales locales, controlando la orientación. El desafío es considerable.

La reforma como proceso de capitalización por objetivo de los usos de la administración

Ante los desvíos y desviaciones de las reformas, cada cual lanza acusaciones en parte fundamentadas. Algunos autores acusarán a las categorías dominantes africanas, y particularmente a la burguesía burocrática, de mantener en su provecho las disfunciones del sistema administrativo (y por lo tanto el subdesarrollo) y de sacar de ellas una renta (*rent-seeking*); otros autores considerarán que los expertos internacionales empleados por las instituciones financieras internacionales explotan también una renta al producir políticas económicas y reformas de las que conocen su inanidad, pero que les permiten proteger su mercado de empleo⁴⁶. Estos análisis excesivos no toman en cuenta la complejidad de las posiciones de los actores, y singularmente menos la de los

responsables africanos. Estos pertenecen a diversas “*epistemic communities*”⁴⁷ o redes internacionales de connivencia que les construyen en actores y en objetos de la producción de reformas, y que les permiten jugar útilmente en varios espacios y temporalidades. Volver sobre los juegos de los actores al identificar la desmultiplicación de las oportunidades y de las constricciones que ofrece la situación de “proyección”, supone reintegrar lo político como apuesta prioritaria en la definición de las reformas productoras de nuevas regulaciones.

La reforma supone que los actores productores y gestores de esas reformas, internas y externas, se responsabilizan de las opciones escogidas, particularmente cuando detrás de las reformas técnicas se perfila en realidad un proyecto de transformación radical del sistema político, del modo de regulación y de la sociedad en su conjunto, es decir cuando, como es el caso en las Áfricas, nos situamos en un contexto de reformas estructurales y no inducidas⁴⁸. Esta participación de los actores/objetos suscita cuestiones políticas mayores: ¿cómo convencer a todos los administrados de que el respeto a las normas oficiales de tipo burocrático les asegurará a corto y medio plazo mejores condiciones laborales y de vida y un servicio mejor y previsible? ¿Cómo convencerles de renunciar al uso de sistemas normativos paralelos pero dominantes y que controlan, en favor de nuevos sistemas llamados “universales” con los que saben qué pierden pero de los que no pueden controlar la ganancia eventual y futura que podrían conseguir? ¿Cómo convencer a las élites dirigentes que utilizan su control del aparato del Estado para acceder a los recursos y mantenerse, de que es en su interés el reformar, y que la mejora de las condiciones de los ciudadanos es la condición misma de su supervivencia política, sanitaria o de seguridad⁴⁹? ¿Cómo convencer a estos actores que controlan las reglas locales del intercambio social de que deben adoptar unas nuevas, cuando además de los obstáculos clásicos al cambio identificados por Kurt Lewin, el entorno está marcado por un potente pluralismo normativo (legal y moral), un nivel general de formación de los ciudadanos muy limitado y una significativa debilidad de las instancias de regulación judicial?

Dos respuestas son posibles: la primera se fundamenta en un recurso potente – concertado y planificado a largo plazo – a la presión o a la ayuda internacional por parte de los donantes y de los Estados, solución totalmente excluida a día de hoy no sólo por

falta de capacidad sino también de posibilidad política. Una forma suavizada de esta opción pasa por la externalización de ciertas funciones de regulación confiadas a organismos regionales, que permitiría escapar de las presiones de los dirigentes locales – pero que estos se esfuerzan en recobrar debilitando esas organizaciones (como sucede con la Organización para la Armonización del Derecho en África, OHADA) – mediante el reforzamiento de las condicionalidades y la puesta en duda de la impunidad política. La segunda insiste sobre acciones a largo plazo que favorezcan, como lo sugieren Hyden o Bates así como numerosos textos de la comunidad de donantes y particularmente de las instituciones financieras internacionales, la emergencia de contrapoderes, de empresarios privados, de competidores y de grupos de interés susceptibles de establecer alianzas fluctuantes y de abrir alternativas de gestión, o de sostener el *empowerment* y el desarrollo de las *capabilities* de los ciudadanos para hacerse cargo de su desarrollo comunitario. Supone también lo que a menudo estas mismas fuentes consideran inaceptable, a saber, tolerar actitudes y comportamientos sociales colectivos susceptibles de imponer distorsiones significativas al modelo burocrático, como precio a pagar por su naturalización. Esta segunda opción, que trata de romper con la dominación de las modalidades de relaciones con el Estado, construidas esencialmente según las filiales “*exit*”, así como de canalizar las acciones desviacionistas o de resistencia para producir un nuevo orden político, parece más realista – inscrita en el largo plazo en el cual por hipótesis toda planificación es una apuesta⁵⁰. Las innumerables y versátiles estrategias cruzadas de reapropiación del Estado por la sociedad y de la sociedad por el Estado son percibidas entonces como constructoras *in situ* de las comprensiones locales de la reforma. Esta, realmente ha tenido lugar en las Áfricas pero, a falta de movilizar y de sacar provecho de los comportamientos desviacionistas, se afirma más como constatación negativa de la capacidad de los actores para reformar la reforma, es decir para prescindir de ella desviándola/contornándola, que como producción de normas pudiendo participar de manera previsible y constante en la regulación social del y por el aparato de Estado. La repolitización de la reforma consiste entonces en convocar estas reapropiaciones y en capitalizarlas para que, en procesos clásicos de *muddling-through* o de *groping around*, rectifiquen las trayectorias hasta el objetivo final de una administración fiable. Reformar es entonces un proceso muy inestable y delicado, que requiere actuar en la profundidad de la construcción histórica de la administración, pero interviniendo “al margen”, con

medidas adaptadas caso por caso, que suponen ajustes a todo momento y transcripciones a códigos distintos por parte de las diferentes categorías de actores, con todos los riesgos de desviaciones y de pérdida de conexión que esto supone en estos contextos de pluralismo moral y normativo. Por lo tanto se trata ante todo de trabajar no por imitación o copia de “*best practices*” sino por emulación y por adaptación a las disponibilidades existentes en la situación a gestionar⁵¹. De esta forma pueden combinarse técnicas deudoras de diferentes registros ideológicos, y eventualmente diferenciarse en el espacio, para tener en cuenta la diversidad de los entornos en el seno de una misma soberanía⁵². Nada verdaderamente genial, nada sistemático, ningún gran plan, sino evoluciones permanentes guiadas por el único principio de la capitalización de las costumbres sociales, guiadas por el objetivo de despliegue de una administración regida por la eficacia, la eficiencia y la *good governance*⁵³. En unas administraciones que han sido construidas como expresión de la forma futura de la sociedad y para forzar a las sociedades a gestionar, sin capacidad propia para realizar este proyecto, sólo el trabajo de expansión de los resultados por el aprovechamiento de las prácticas y usos es susceptible de dar a la administración los medios de acción que refuerzan su presencia. Joe Helle-Valle muestra así cómo, aunque el modo de gestión burocrático (secreto, tratamiento de los dossiers en edificios que tienden a excluir la participación de los ciudadanos) se opone a la concepción de una política que pase por el acceso directo y la participación de todos en las discusiones –tal y como se manifiesta en el seno del Kgotla en Bostwana– nada impide la difusión tendencial del modelo burocrático⁵⁴. Al igual que el café en el imperio Otomano era en realidad el lugar de deliberación y tratamiento de los asuntos públicos⁵⁵, o que los Círculos constituían en el siglo XIX en Francia espacios mayores de gestión, existen en las Áfricas espacios especializados “fuera de las oficinas” en los que se tratan los desafíos administrativos según rituales no burocráticos, sea para confirmar sea para rodear la norma burocrática. La apuesta, en este entorno de Estados con débiles capacidades de acción, no es tanto ocultarlos como revelarlos para que se conviertan en tamices de entrada hacia una forma de tratamiento de tipo burocrático. Los autores que se consagran a la sociología histórica del Estado en el norte⁵⁶, que se interesan a las mutaciones de las modalidades de la gobernanza⁵⁷ o los que analizan las formas de la producción de las normas europeas comunitarias y su construcción tan progresiva como lineal e imprevista, que varían al capricho de las configuraciones, no dejan de subrayar cómo los procedimientos, los espacios y los

actores que intervienen en la definición de la acción pública, varían en función de las configuraciones. No se trata de transferir recetas sino procedimientos que pongan un término al traslado directo, situándose así en lo que Pierre Lascoumes llama, al referirse a las situaciones “norte”, “políticas de organización” que favorecen el proceso sobre la sustancia y que permiten la interacción de los actores concernidos. Esta problemática planteada para estudiar la gobernanza de las sociedades del norte es muy próxima de las que se han escogido para estudiar la sociología administrativa en los países africanos. Ocurre lo mismo para los análisis llevados a cabo por Renate Mayntz⁵⁸ en términos de *policy network* que se acercan considerablemente a los análisis realizados en el sur en términos de SASF (campos sociales semi-autónomos); dichos análisis subrayan la confrontación y las interacciones que se surgen entre los actores originarios de medios heterogéneos, con sistemas de significados distintos (pluralismo normativo y moral) a la hora de identificar una apuesta y proponerle un tratamiento. Desde ese momento, por retomar la imagen de Lascoumes, “cada ajuste de intereses coge así la forma de un puzzle en el que las formas y la superficie de cada una de ellas varía”⁵⁹. Esta perspectiva supone, como señala Thomas en el caso canadiense, asociar un enfoque en término de planificación estratégica con lo que se ha llamado la dirección por tanteo “*groping along*”⁶⁰. Nos acercaríamos así a esos modelos incrementalistas a la Lindblom (*muddling through*), poco gloriosos y poco susceptibles de funcionar por anuncios, aunque más capaces de lograr la interacción de los actores y de los sistemas de sentido estallados, que implican reformas confrontadas a administraciones proyectadas de Estados pobres. Esto supone que las reformas se inscriban en un proceso a largo plazo que saque provecho de las prácticas sociales locales para construir una administración con su propia perspectiva histórica; se invertiría así el proceso postulado por el modelo de las administraciones proyectadas.

* Dominique DARBON es profesor de ciencia política en el Institut d'études politiques de Burdeos (Francia) al que pertenece el CEAN (Centre d'Étude d'Afrique Noire) del que ha sido director. Sus principales áreas de investigación son el análisis de la políticas públicas en África, la sociología política, la administración comparada, la transferencia de instituciones públicas y los estudios de desarrollo. d.darbon@sciencespobordeaux.fr

Artículo traducido por Elsa GONZÁLEZ AIMÉ

Notas:

¹ El término "proyectado" se emplea aquí en el doble sentido de proyección, para aludir a la transferencia ideológica, metodológica e instrumental que las fundamentan en base al registro de la extranjería, y de proyecto, para subrayar que continúan construyéndose anticipando la realización de condiciones sociales susceptibles de producirlas, según la lógica desarrollista clásica. El término "Áfricas" es empleado en plural para insistir en la diversidad de las trayectorias de estas construcciones burocráticas aunque este texto funcione mediante generalizaciones. Asociado al término de administraciones proyectadas, este plural conduce a excluir del texto los casos de las administraciones sudafricana, zimbabwense y bostwanesa.

² HECLO, Hugh «The Spirit of Public Administration » en *Political Science and Politics*, XXXV, 4, Diciembre de 2002, p. 689-694.

³ THOMAS, Paul.-G. « Au-delà des mots à la mode: faire face au changement dans le secteur public » en *Revue internationale de science administrative*, vol. 62, n° 1, marzo de 1996, p. 31.

⁴ GORE, Charles «The Rise and Fall of the Washington Consensus as a Paradigm for Developing Countries » en *World Development*, 2000, 28, 5, p. 789-804. STIGLITZ, Joseph.-E. *La grande désillusion*, Ed. Fayard, París, 2002.

⁵ FARAZMAND, Ali (ed.) *Handbook of Comparative and Development Public Administration*, Dekker, New York, 1991; DWIDEDI, O.-P. y HENDERSON, K.-M. (eds.) *Public Administration in World Perspective*, Iowa State University Press, 1990; DWIDEDI, O.-P. y NEF J. "Crisis and Continuities in Development Theory and Administration" en *Public Administration and Development*, 1982, 2, p. 59-77.

⁶ Para este conocido análisis, nos remitiremos a James FERGUSSON *The Anti-Politics Machine: Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; JOBERT, Bruno *Le mythe de la gouvernance antipolitique*, Coloquio AFSP en Lille, 18-21 de septiembre de 2002, TR n° 3.

^A Nota de la traductora: este término no recogido en el DRAE se refiere al carácter extravertido y dependiente de las reformas que tienen lugar en los diversos países africanos, y a la confianza que dichos países depositan en los actores extranjeros que se ocupan de esas reformas.

⁷ En este caso nos remitiremos a BADIE, Bertrand *Le développement politique*, Économica, París, 5ª ed., 1994, p. 207-208.

⁸ ALBERTINI, Jean-Benoit *Réforme administrative et réforme de l'État en France, problèmes et variations de l'esprit de réforme de 1815 à nos jours*, Économica, París, 2000.

⁹ Encontramos aquí las problemáticas clásicas de la reforma. ROUBAN, Luc y ZILLER, Jacques «De la modernisation de l'administration à la réforme de l'État " en *Revue française d'administration publique*, 1995, n° 75, p. 345.

¹⁰ Encontramos un buen ejemplo de ello en Goran HYDEN « From Bargaining to Marketing: How to Reform Foreign Aid in the 1990s », CAS Copenhagen, *Working papers* 1994/1, marzo de 1994, quien busca la resolución de las desviaciones en la constitución de estructuras independientes y externas a los Estados, solución que encontramos por ejemplo en el OHADA.

¹¹ En el texto que sigue, se emplearán numerosos términos en inglés con el fin de identificar las reformas propuestas. Al conservarlos, se trata de subrayar la internacionalización del vocabulario de las reformas en torno a términos consagrados, que a menudo se bastan a si mismos, permitiendo evitar de esta forma que los actores planteen la cuestión de lo político.

¹² KASFIR, Nelson en MAWHOOD, Philip (ed.) *Local Government in the Third World: the Experience of Decentralization in Tropical Africa*, AISA, Pretoria, 2ª ed., 1993.

¹³ CHIBBER, Vivek, « Bureaucratic Rationality and the Developmental State " en *American Journal of Sociology*, vol. 107, n° 4, 01/2002, p.951

¹⁴ Esta idea de desarrollo comunitario, fuertemente impregnada de una visión romántica de las sociedades "tradicionales" estaba en el origen de las acciones de desarrollo de los años setenta.

¹⁵ EVANS, Peter *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, N.J., Princeton University Press, 1995 ; EVANS, Peter y RAUCH, James « Bureaucracy and Growth : A Cross-National Analysis of the Effects of "Weberian" State Structures on Economic Growth » en *American Sociological Review*, 1999, vol. 64, p. 748-765.

¹⁶ La iniciativa PPME fue lanzada en la Cumbre del G7 en Lyon en 1996, y consagrada en la Cumbre del G7 en

Colonia en 1999. Consiste en ligar lucha contra la pobreza, alivio de la deuda y refuerzo de las capacidades institucionales a través de los criterios reagrupados en el término *good governance*.

¹⁷ MAWHOOD, Philip *op.cit.*, 1993; CROOK, Richard y MANOR, James *Democracy and Decentralisation in South Asia and West Africa: Participation, Accountability and Performance*, Cambridge University Press, 1998. OLOWU, D. "Redesigning African Civil Service Reforms" en *The Journal of Modern African Studies*, vol. 37, 1, 1999; DARBON, Dominique «De l'introuvable à l'innommable: fonctionnaires et professionnels de l'action publique dans les Afriques" en *Autrepart*, 2001, p.27-42.

¹⁸ En CORKERY, Joan; OULD DADDAH, Turkia; NUALLAIN, Cohn O. y LAND, Terry *La gestion de la réforme du secteur public : une étude comparative des expériences en matière de gestion de programmes de réforme des institutions administratives du gouvernement central*, IISA, 1998, 57. « Solamente » son unos 162 PAE aplicados a 35 países de África (contra 12 en el resto del mundo) que han sido puestos en práctica desde los años ochenta.

¹⁹ BRINKERHOFF, Derick W. y BRINKERHOFF, Jennifer M. «Réformes de la gouvernance et États déstructurés: problèmes et implications » en *Revue internationale de science administrative*, vol. 68, 4, diciembre de 2002, p. 583.

²⁰ PÉRIN, Ines y ATTARAN, Amir «Trading Ideology for Dialogue: an Opportunity to Fix International Aid for Health ?» en *The Lancet*, vol. 361, Abril 5, 2003, p. 1217.

²¹ Acerca de la iniciativa PPME/HIPC (*Heavily Indebted Poor Countries*), Jean-Michel SEVERINO plantea la pregunta directa de la capacidad técnica de los donantes para seguir programas globales de apoyo institucional durante tiempo, «Les fondements stratégiques de l'aide au développement au XXI^e siècle » en *Critique internationale*, n° 10, 2001. Pensaremos en los costes y en los callejones sin salida ligados a tres situaciones (Afganistán, Kosovo e Irak) para convencernos de ello, y leeremos a BRINKERHOFF, *op. cit.*, 2002. La constatación ha conducido al lanzamiento de una investigación llamada «Understanding Reforms» en el *Global Development Network* (GDN) del Banco Mundial, y al lanzamiento de la iniciativa LICUS (*Low Income Countries Under Stress*) bajo la iniciativa conjunta del Banco Mundial, del PNUD de la UE y de la OCDE, para mejorar las condiciones de definición y de puesta en práctica de la ayuda internacional.

²² HYDEN, Goran *op. cit.*, 1994.

²³ Sugerimos aquí vincular este análisis de Bruno JOBERT *op. cit.*, 2002, con los realizados por Yves DEZALAY *Marchands de droits, la restructuration de l'ordre juridique international par les multinationales du droit*, Fayard, París, 1992; DEZALAY, Yves y GARTH, Bryant-G. *La mondialisation des guerres de palais: la restructuration du pouvoir d'État en Amérique latine, entre notables et «Chicago boys»* », Éditions du Seuil, París, 2002; DEZALAY, Yves «Washington Consensus » en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 121/122, marzo 1998. A modo de ejemplo, los dirigentes africanos han logrado hacer caer el coste de las revueltas del pan ligadas a los PAE sobre las instituciones financieras internacionales, haciendo olvidar que los PAE fueron generados por la bancarrota en la que habían sumido a sus Estados.

²⁴ TOYE, John «Nationalising the Anti-Poverty Agenda » en *IDS Bulletin*, vol. 30, 2, 1999, p. 6-12. Según este autor: «Las organizaciones internacionales gestionan la agenda de la lucha contra la pobreza de la misma forma en que controlan la producción del diagnóstico disponible. Como esas organizaciones internacionales tienen los medios necesarios para establecer las evaluaciones de la pobreza para numerosos países pobres y en un tiempo limitado, y ya que esos países no han realizado ellos mismos esta evaluación acerca de su propia situación, ésta termina por ser definida en su naturaleza y en su extensión por el exterior, según un modelo muy economicista. Esta definición fija a su vez los parámetros de las políticas que se supone, ofrecen las soluciones.» (p. 7).

²⁵ Durante los años ochenta y noventa, tal y como recuerda Goran HYDEN, 1994, *op.cit.*, p. 3, el Banco Mundial controlaba el 75% de todos los flujos de capitales hacia el continente africano, y los donantes intervenían vía las facilidades organizadas por el Banco. Nos remitiremos aquí al ejemplo surcoreano, estudiado por Bruno JOBERT, *op. cit.*, 2002.

²⁶ Seguir el juego de la reforma es convertirse en el buen alumno del FMI, del Banco Mundial y de Francia. También es ver la legitimidad consagrada, los recursos fluir y el porvenir asegurado : Zambia con Chiluba, Uganda con Museveni, Ghana con Rawlings, o Malí con Konaré han conocido esas situaciones en algún momento.

²⁷ De forma caricatural, este rechazo de lo político se ha manifestado – y continúa a manifestarse parcialmente – por el predominio de los economistas econométricos en la conceptualización y definición de las reformas.

²⁸ HIBOU, Béatrice «Banque mondiale: les méfaits du catéchisme économique", *Esprit*, n° 8-9, 1998, p. 98-140.

²⁹ *Op. cit.*, 2003, p. 1218. Véase también el excelente análisis general del canadiense Paul-G. THOMAS, *op. cit.*, 1996, especialmente las tres últimas páginas. Para convencernos de la excitación y del proselitismo de los autores de la primera mitad de los años 1990, leeremos las citas propuestas por Anthony-B-L. CHEUNG, « La compréhension des réformes du secteur public: tendances mondiales et questions diverses », *Revue internationale des sciences administratives*, vol. 63, n° 4, diciembre de 1997, p. 1-2.

³⁰ Estas tácticas bien conocidas hoy han permitido el nacimiento de *think tanks* especializados en el *formateo* de respuestas a las convocatorias de ayudas, y ponen a su servicio el control de los referentes semánticos y redes de personas ya legitimadas.

³¹ Nada realmente nuevo: MÉNY, Yves (dir.), *Les politiques du mimétisme institutionnel: la greffe et le rejet*, Ed. L'Harmattan, París, 1993.

³² No podemos evitar establecer un paralelismo audaz con el análisis de Patrick GILBERT, « Des dérives du managérialisme dans le management public au nord. L'analyse du politique à la rescousse du management public: ou la nécessaire hybridation de deux approches que tout, sauf l'essentiel, sépare » en *Politiques et management public*, vol. 20, n° 1, mars 2002, p.6.

^B N. de la T.: Empleamos aquí este término, no contemplado en el DRAE en el sentido de destrucción o pérdida de la estructura administrativa.

³³ JONCOUR, Yves y VERDIER, Pierre-Éric, « Plus ça change et plus c'est la même chose: la répétition au service de la modernisation » en *Politique et management public*, vol. 20, n° 1, mars 2002, p.88.

³⁴ BAROUCH, Gilles y CHAVAS, Hervé, *Où va la modernisation ? Dix années de modernisation d'État en France*, Ed. L'Harmattan, París, 1993 ; BURDEAU, François *Histoire de l'administration du XVIII^e au XX^e siècle*, Ed. Montchrestien, París, 1989; ALBERTINI, G., *op. cit.*, 2000.

³⁵ MATHIOT, Pierre *Les acteurs administratifs dans la production des politiques publiques sociales. Pouvoir et marges de jeu d'une élite sectorielle*, Lille, Congreso de la FNSP, TR3 ; HASSENTEUFEL, Patrick *Les médecins face à l'État : une comparaison européenne*, Ed. Presses de la FNSP, París, 1999.

³⁶ Nos convenceremos de esta situación recordando que para la mayoría de esos países, los *JO* ya no salen de manera regular desde varios años y no están disponibles. Nos remitiremos también al análisis crítico acerca de la fabricación de estadísticas por "*best guess*" en esos países.

³⁷ RIGGS, Fred-W. *Administration in Developing Countries: the Theory of Prismatic Society*, Ed. Houghton Mifflin, Boston, 1964; DWIDEDI, O.-P. y HENDERSON, K.-M. (eds.) *Public Administration in World Perspective*, Iowa State University Press, 1990, p. 14; para un análisis crítico sobre esos enfoques culturalistas, la de Shamsul Haque «L'absence de contexte : une caractéristique de l'administration publique dans les pays du tiers-monde» en *Revue internationale des sciences administratives*, vol. 62, septembre 1996, p. 377 y siguientes, es un buen ejemplo; DARBON, Dominique «La culture administrative en Afrique : la construction historique des significations du "phénomène bureaucratique"» en *Cadernos de estudos africanos*, n° 3, Julho/Dezembro 2002, p. 67-92 ; LIEBERMAN, Robert-C. «Ideas, Institutions and Political Order: Explaining Political Change » en *American Political Science Review*, vol. 96, n° 4, Diciembre de 2002, ps. 697-712.

³⁸ La comprensión del riesgo en las Áfricas debe integrar dos factores específicos: la idea de un «*no future* » es tanto más alta que la tasa de contaminación de VIH es fuerte y que los cuidados no están muy disponibles, y además el riesgo es tanto más fuerte que los sistemas de garantía (ahorro, redes sociales, ingresos efectivos...) son débiles.

³⁹ Del mismo modo, querer combatir la ociosidad y la corrupción promoviendo el Estado de derecho y la *accountability* mientras que se reduce el nivel de los tratamientos de los funcionarios remite a la incoherencia, y conduce a situaciones inversas de desarrollo de la corrupción en todos los niveles, de *moonlighting* y de absentismo.

⁴⁰ Lo que se describe como el «*revolving door syndrome* », o síndrome de la puerta giratoria, caracteriza esas prácticas de despido de los altos funcionarios, que dejan la función pública para ser inmediatamente llamados en las estructuras de gestión, con tratamiento superior y de preferencia después de haber cobrado importantes primas de despido, o las «*golden handshake tactics*» que consisten, para los funcionarios formados que disponen de mercados en el extranjero, en expatriarse mientras cobran primas por ello de la misma forma en que cobran primas de acogida en esos países, en el ámbito de la sanidad pública por ejemplo, remite a efectos de ganga de entre los más conocidos.

⁴¹ CHEUNG, Anthony-B.-L. *op. cit.*

⁴² CONTAMIN, Bernard y FAURÉ, Yves-André *La bataille des entreprises publiques en Côte d'Ivoire: l'histoire d'un ajustement interne*, Ed. Karthala, París, 1990.

^C N. de la T.: "Cuánto más cambia, más de lo mismo".

⁴³ Remitimos aquí a los estudios realizados acerca de la privatización, de la descentralización, o del refuerzo de las iniciativas populares de rodeo del Estado.

⁴⁴ Para convencernos de ello, nos remitiremos a las resoluciones de la IVª Conferencia Panafricana Bienal de Ministros de la función pública, Ciudad del Cabo del 4 al 7 de mayo de 2003, *Lettre du groupe sud*, n°2.

⁴⁵ «Reducir el espíritu de la administración pública a un sueño significa que no hemos comprendido algo

importante. El espíritu da prioridad a las cosas últimas, nos dice algo sobre el fondo real de lo que es una cosa », escribe Hugh HECLLO *op. cit.*, p. 689.

⁴⁶ NAZFINGER, E.-Wayne y AUVINEN, Juha «Economic Development, Inequality, War and State Violence» en *World Development*, vol. 30, 2, 2002, p. 153-163; en el otro sentido, DEZALAY, Y. *op. cit.*

⁴⁷ En el sentido de HAAS, Peter « Introduction: Epistemic Communities and International Policy Coordination» en *International Organization*, vol. 46, nº 1, invierno de 1992, p. 3

⁴⁸ ALBERTINI *op. cit.*, p. 154. Vemos como Vivek CHIBBER a partir de un « sencillo » análisis en término de difusión de los valores burocráticos, acaba rápidamente por plantear preguntas acerca e la organización estructural suscitando la cuestión de la reforma del Estado en su conjunto.

⁴⁹ TOYE, John *op. cit.*, p. 7.

⁵⁰ CHERU, Fatu «New Social Movements, Democratic Struggles and Human Rights in Africa » en MITTLEMAN, James-H. (ed.) *Globalization: Critical Reflections*, Ed. Lynne Rienner, Boulder, 1997, p. 146; HYDEN, G. *op.cit.*, 1983.

⁵¹ GOW, James Iain *Learning from Others: Administrative Innovations Among Canadian Governments*, IAP, Toronto, 1994.

⁵² Podremos de esta forma asociar técnicas de *NPM*, de mercantilización de los servicios, de externalización de funciones (aduanas, gestión de los puertos...) y técnicas burocráticas clásicas en función de la capacidad financiera de los administrados y de la urgencia de las necesidades de los diferentes espacios. Del mismo modo, como en numerosos programas de desarrollo, la contribución a las responsabilidades públicas puede adoptar bien el aspecto de un coste monetario bien el aspecto de una participación física en el mantenimiento de los materiales o del personal. Finalmente, y siempre en base a diversas experiencias, el modo de gestión puede diferenciarse en función de los tipos de organizaciones sociales ya existentes, o incluso delegarse a esas estructuras.

⁵³ El modelo de la reforma paso a paso o «*Next Steps* », los modelos de cambio incrementalistas, serían expresiones de ello. Gilles BAROUCH y Hervé, CHAVAS muestran así que la modernización en marcha en Francia procede mediante acciones al margen, por cúmulo de intervenciones que contribuyen a fisurar las resistencias y a romper el bloque administrativo en provecho de numerosas entidades y apuestas diferenciadas. Pero concluyen que – y la lección también se aplica al modelo británico: “El *management* hoy ya no puede ser experimental: tiene que en insertarse en un proyecto de ha de decir su nombre” *op. cit.*, p. 276.

⁵⁴ HELLE-VALLE, Joe « Seen from Below: Conceptions of Politics and the State in a Botswana Village» en *Africa*, 72, 2, 2002, p. 179-201.

⁵⁵ Es lo que muestra de forma espectacular LAFI, Nari *Une ville au Maghreb entre ancien régime et réformes ottomanes: genèse des institutions municipales a Tripoli de Barbarie. 1795-1911*, Ed. L'Harmattan, París, 2002, p. 148-152, en su análisis histórico acerca de la constitución de una administración municipal en Tripoli de Barbarie, cuando se interesa en la emergencia y en el rol histórico « qahwa al-cheikh al-bilâd» como espacio de deliberación.

⁵⁶ KISER, Edgar y LINTON, April « The Hinges of History: State-Making and Revolt in Early Modern France » en *American Sociological Review*, vol. 67, 12/2002, 2002, p. 889-910.

⁵⁷ Nos remitimos aquí a GAUDIN, Jean-Claude *Gouverner par contrat: l'action publique en questions*, Presses de Sciences Po, París, 1999; LASCOUMES, Pierre y VALLUY, J. « Les activités publiques conventionnelles, un nouvel instrument » en *Sociologie du travail*, vol. 38, nº 4, 1996, p.551-573. GROUX, Guy (dir.) *L'action publique négociée*, Ed. L'Harmattan, París, 2002, así como a los trabajos americanos acerca del ADR (especialmente NADER, L.).

⁵⁸ MAYNTZ, Renate «Confronting Failures and the Problem of Governability: Some Comments on a Theoretical Paradigm» en KOOIMAN, J. (ed.) *Modern Governance*, Ed. Sage, London, 1993. Remitimos asimismo a los desarrollos de LASCOUMES, Pierre «Rendre gouvernable: de la "traduction" au "transcodage". L'analyse des processus de changement dans les réseaux d'action publique » en CURAPP, *La gouvernabilité*, Ed. PUF, Paris, 1996 (note 7).

⁵⁹ LASCOUMES, Pierre *op. cit.*

⁶⁰ THOMAS, Paul-G. remite para esta metáfora a R. BEHN «Management by Groping Along» en *Journal of Policy Analysis and Management*, 7, 4, 1988, p. 643-663; GOLDEN, O. «Innovation in Public Sector Human Services Programs: the Implications of Innovation by Groping Along» en *Journal of Policy Analysis and Management*, 9, 2, 1990, p. 219-248.

Estados nacionales y violencia¹

Anthony GIDDENS*

Vivimos en un mundo en relación con el cual las fuentes tradicionales de la teoría sociológica no parecen tenernos mucho que decir, especialmente aquellas formas de teoría social ligadas a la política liberal y socialista. El mundo se tambalea al borde de un desastre nuclear que parece sustraerse a todo control. Lo que Marx llamaba anarquía del mercado aparece en nuestro tiempo como un fenómeno internacional. Vivimos en lo que Wallerstein (1964) llama una economía capitalista mundial en la que las relaciones económicas capitalistas cobran un alcance mundial. Pero, lo que es aún más importante, vivimos en un sistema de estados nacionales que no tiene precedente en la historia, en el que una frágil igualdad en el armamento de las dos principales superpotencias parece constituir el único freno a la anarquía del orden internacional.

Este mundo es, a mi entender, muy diferente del que anticiparon la mayoría de los pensadores europeos del siglo XIX, y las tradiciones de pensamiento que dominan hoy las ciencias sociales sufren bajo la hipoteca de sus orígenes decimonónicos. Virtualmente todo el que en la actualidad se sienta afín al marxismo acepta que Marx no desarrolló sino los rudimentos de una teoría del estado moderno. Existen en la actualidad una buena cantidad de trabajos marxistas que tratan de corregir esta omisión. Muchas de esas obras tienen un considerable interés. Pero casi todas ellas versan, o bien sobre el papel del estado en la vida económica, o bien sobre el estado como agente de la opresión interna. Como abiertamente admiten Nairn (1977), Poulantzas (especialmente en su último libro, *Estado, Poder y Socialismo*, 1980) y otros, el pensamiento marxista contemporáneo no dispone de una teoría ni del estado nacional ni del nacionalismo.

Sin embargo, otro tanto cabe decir de la teoría política liberal, aunque en algunos aspectos tenga más que decir sobre estos asuntos que la mayoría de las versiones del marxismo. Pensadores liberales, tales como T. H. Marshall (1950) o R. Bendix (1980) han escrito sobre el nacionalismo, pero en su pensamiento el nacionalismo ocupa un papel estrictamente subordinado a lo que ellos llaman ciudadanía o derechos ciudadanos. La emergencia de la ciudadanía según estos análisis, ha acompañado a la formación del estado nacional. Pero como podemos ver, así en la pequeña obra clásica de Marshall, escrita hace unos treinta años —*Citizenship and Social Class*— como en la obra más reciente e importante de Bendix *Kings or People* su atención se centra sobre todo en la ciudadanía, en los derechos y en el modo de gobierno que la ciudadanía comporta. El estado nacional aparece como una comunidad política dentro de la cual pueden tornarse efectivos los derechos ciudadanos, no como parte de un sistema global de estados nacionales.

¿Cuál es la causa de esta fundamental ausencia en las dos principales tradiciones de pensamiento social? Al menos en parte esa ausencia se debe a la herencia de Saint-Simon en el campo de la teoría política y a la influencia de la economía política clásica. Existen algo más que huellas en Marx de la doctrina de Saint-Simon de que en la sociedad del *futuro* la administración de unos seres humanos por otros sería sustituida por la administración de los seres humanos sobre las cosas. Durkheim —al igual que los posteriores teóricos liberales del estado benefactor— estaba menos preocupado por éste tema de Saint-Simon que por la idea de que el estado en una sociedad industrial tendría que jugar un papel moral en relación con la comunidad societal. Es decir que, en contraste con Marx, Durkheim estaba más influido por los escritos últimos de Saint-Simon que por los primeros. Pero en ninguno de los dos casos observamos que se entienda la integral asociación del estado con la violencia militar o con el control administrativo dentro de límites territorialmente bien definidos como rasgo significativo del estado. El estado industrial, en suma, no es un estado nacional; la fuerza impulsora del nacionalismo está ausente, y se nos da una imagen del orden industrial completamente diferente de la

del régimen absolutista que le precedió. Tanto la concepción marxista como la concepción liberal del estado estaban profundamente influidas por sus respectivas críticas a la economía política. Cualesquiera fueran sus diferencias, las cuales en algunos aspectos son muy profundas, estas escuelas de pensamiento concebían el industrialismo como una fuerza esencialmente pacífica, como una fuerza que trasciende las fronteras internacionales. Marx concibe sustancialmente el estado como una agencia malévolas, y esa concepción procede de hecho de fuentes similares a aquellas que llevaron a Durkheim a concebir el estado como una benevolente agencia de progreso. En ambos casos el estado es considerado principalmente como un marco coordinador dentro del cual se desarrollan las relaciones económicas; en el primer caso ese marco expresa mecanismos de dominación de clases, en el segundo ese marco inyecta moralidad y justicia en el orden ocupacional.

Para poder asociar el estado con la violencia y la territorialidad, tenemos que recurrir a fuentes distintas. Han sido principalmente pensadores de la derecha liberal y pensadores conservadores los que han teorizado sobre el estado en estos términos. Pensemos por ejemplo en la generación de Hintze y de Max Weber, o en el presente, en los escritos de los nuevos filósofos franceses. ¿Qué puede demostrar más dramáticamente los efectos de un estéril encuentro con el poder del estado por parte de los representantes de la izquierda que las consecuencias de los «sucesos» de 1968? Los nuevos filósofos han abandonado a Marx para pasarse a Nietzsche. Al volver sus espaldas al marxismo, al descubrir que el marxismo carece no sólo de una teoría del estado sino de una teoría genérica del poder (en tanto que distinto del poder de clase), han convertido al estado y al poder en componentes fundamentales de la vida social.

A mi juicio, esta postura no representa un avance sobre las tradiciones marxista y liberal en la teoría social. Ni siquiera en el caso de Max Weber, quien trató en cierto modo de fundir cosas tan incompatibles como Marx y Nietzsche, encontramos un tratamiento satisfactorio del estado nacional y del nacionalismo. Esto se debe en parte a

que Max Weber definió el estado de tal forma que resulta difícil captar la significación específica del estado nacional moderno. Las características que Max Weber atribuye al estado en general son, en mi opinión, características que en cierto modo sólo convienen al estado moderno. Mas en todo caso, Weber no elaboró una explicación de la emergencia del sistema contemporáneo de estados nacionales, aun cuando mucho de lo que dijo sobre el estado absolutista europeo y sobre sus diferencias respecto a los imperios sigue siendo de gran valor.

En la discusión que sigue voy a proponer una serie de conceptos que puedan cubrir la mencionada ausencia que registra la teoría social. Para no ser muy prolijo, sólo me voy a referir de forma algo esquemática a algunos de los fenómenos implicados. Les pido, pues, disculpas a este respecto; lo que tengo que decir en esta conferencia ya lo he formulado con más detalle en un reciente libro² sobre algunos de estos problemas. Mi análisis se basa en los siguientes temas. Primero, el sistema del absolutismo europeo de los siglos XV y XVI es de crucial importancia para la forma en que surgió el capitalismo occidental y en que éste se difundió por toda la faz de la Tierra. Segundo, hay que distinguir claramente el estado absolutista de los modernos estados nacionales, pese a lo importantes que puedan ser las conexiones históricas entre ambos. Tercero, la pacificación interna de los estados, asociada especialmente al desarrollo de las fuerzas de policía y a lo que Foucault (1977) llama «un nuevo aparato disciplinario del poder», es un fenómeno esencialmente ligado a la consolidación del control de los medios de violencia en manos del estado. Sin embargo, los procesos aquí implicados, y ésta va a ser mi argumentación, pueden ponerse en una relación más estrecha con la teoría marxista de lo que cabría imaginar por lo dicho al principio de mi conferencia. Cuarto, pese a que estas nociones se suelen utilizar a menudo como equivalentes, el concepto de estado nacional ha de separarse cuidadosamente del de nacionalismo.

Absolutismo europeo y sistema de estados nacionales

Hay que desconfiar de la naturaleza de los contrastes establecidos por Montesquieu y sus contemporáneos entre Europa y el Oriente despótico. Pero, como han demostrado recientes investigaciones históricas y arqueológicas, Europa, como conjunto de formaciones sociopolíticas difirió durante un largo período histórico de las sociedades imperiales del Próximo y Lejano Oriente y de las sociedades mesoamericanas. Durante los mil seiscientos años que siguieron a la destrucción de su imperio, Roma, Europa no volvió a conocer en su seno ninguna sociedad imperial, si bien se vio constantemente amenazada por otras desde el exterior, muy especialmente por los Califatos. Europa fue un sistema de estados durante todo este período que podemos dividir en dos fases. La primera estuvo marcada por la influencia del Papado, el Sacro Imperio Romano, sustituido después por los poderes locales de señores feudales y ciudades-estado independientes o semiautónomas. En ninguno de los dos períodos hubo un poder estatal capaz de restablecer el imperio romano en Occidente o crear un nuevo imperio que dominara todo el continente.

Hoy estamos tan acostumbrados al papel dominante que el capitalismo europeo ha jugado en la transformación del mundo que nos resulta difícil hacernos cargo de que durante cientos de años la independencia de Europa fue a menudo muy frágil frente a las amenazas de las fuerzas externas. La Europa Medieval, aunque basada en una cultura militarista, fue militarmente débil (sobre todo en tierra) cuando se veía confrontada a invasiones externas. Como señala Cipolla (1965), los europeos no eran numéricamente fuertes (probablemente nunca llegaron a más de 100 millones de personas) y estuvieron crónicamente enzarzados en guerras los unos contra los otros. La desastrosa confrontación con los mongoles en 1241 demostró que Europa era militarmente incapaz de bloquear el avance mongol. Si Toynbee está en lo cierto, la supremacía de Occidente sobre el resto del mundo empieza sólo después de 1683, el momento del fracaso del segundo asedio otomano a Viena y el comienzo de una contraofensiva occidental.

Estas someras consideraciones históricas constituyen el telón de fondo del desarrollo del sistema de estados europeos. Para analizar el sistema de estados europeos tenemos que hacer algunas distinciones conceptuales preliminares. Hemos de distinguir entre estado absolutista, el cual sólo coincide con el instante inicial de la formación del capitalismo en Europa, y estado nacional, el cual tiene algunas de sus raíces en el estado absolutista pero representa un desarrollo posterior; y, como he señalado antes, hemos de distinguir también entre estado nacional y nacionalismo. El estado absolutista, como tan enérgicamente subrayó Weber, fue construido en parte sobre la difusa herencia de la persistente influencia de Roma, especialmente del derecho romano. El estado absolutista no era un estado nacional. Y aunque existen algunas voces discrepantes entre los historiadores, pienso que generalmente se acepta que los sentimientos nacionalistas estaban escasamente desarrollados. Considero el estado absolutista, el estado nacional y el nacionalismo como fenómenos, en su origen, típicamente europeos. Por estado absolutista, una formación que se restringe a un par de siglos en Europa, entiendo un orden político dominado por un gobernante soberano, monarca o príncipe, en cuya persona reside la autoridad política última y la capacidad última de sanción incluyendo el control de los medios de violencia.

La configuración de estados resultantes del período del absolutismo europeo fue ciertamente la fuente próxima del sistema europeo de estados nacionales, y ésta es la razón por la que muchos observadores no parecen hacer distinción entre el absolutismo y el estado nacional. Las guerras llevadas a cabo por los monarcas absolutistas configuraron el mapa de Europa con efectos duraderos. No debería olvidarse que las potencias europeas de más duradera presencia, como Inglaterra, Francia, Italia, fueron los supervivientes de prolongados períodos de crueles guerras, en los que la mayoría de los protagonistas no lograron sobrevivir. En 1500 había en Europa unas quinientas unidades políticas más o menos autónomas, un número que en 1900 se había reducido a veinticinco. La transición desde el estado absolutista al gobierno burgués ha sido característicamente considerada en términos de revoluciones políticas dramáticas. Pero la

exclusiva atención a las luchas revolucionarias de superficie impide ver lo íntimamente que estuvo conectado el ascenso al poder de la burguesía con la transformación, más gradual, del estado absolutista en estado nacional, conexión a la que se debe que en el siglo XVIII y en el siglo XIX europeos el estado nacional y el capitalismo ofrecieran estrechas conexiones estructurales. Pues hay que recordar que la creación de una sociedad o de un estado capitalista no es sólo asunto de la extensión, a gran escala, de la producción de mercancías. Yo sostengo que existe, en efecto, una íntima asociación entre el capitalismo moderno y el estado nacional. Algunos historiadores han sustentado que esa asociación sólo era fortuita. Pues como se ha dicho, algunas tempranas empresas capitalistas, como la liga Hanseática, fueron bastante ajenas a la formación del estado, mientras que, de otro lado, poderosos estados que se formaron muy tempranamente, como España y Francia, no fueron centros importantes de desarrollo capitalista. Mas esto es cierto del período del estado absolutista, no del período de transición al estado nacional: en este último el desarrollo de una infraestructura capitalista industrial se convirtió en condición *sine qua non* para la creación de un estado fuerte capaz de sobrevivir o de expandirse dentro del sistema de estados nacionales.

En la sección que sigue desarrollaré esta línea de razonamiento. Pero antes voy a ofrecer una conceptualización de tipo general del estado nacional y del nacionalismo. El estado nacional, el cual existe dentro de un conjunto de otros estados nacionales, es un complejo de formas institucionales de gobernación que tienen un monopolio administrativo sobre un territorio con límites perfectamente definidos, viniendo sancionadas sus decisiones por el derecho y por el control directo de los medios de violencia interna y externa. Dos cosas son de notar en relación con esta definición, pues de otro modo correría el riesgo de poder ser confundida con una conceptualización casi-weberiana del estado en general. En primer lugar, todos los estados parecen haber llevado aneja la territorialidad. Pero en los imperios y en la mayoría de los estados absolutistas las fronteras eran difusas. Lo específico del estado postabsolutista europeo es la fijación de fronteras bien precisas que demarcan de forma totalmente efectiva el ámbito de la

administración del estado. Segundo, el control de los medios de violencia, como monopolio o casi-monopolio en manos del estado, sólo se torna posible con la pacificación interna de los estados nacionales. La diferenciación entre la policía y el ejército permanente o fuerzas armadas ha sido una diferenciación que se ha mantenido con suficiente claridad —aunque nunca exenta de ambigüedad— en la mayoría de los países europeos desde mediados del siglo XIX. Podemos decir que esta diferenciación expresa la cara interna y externa del estado en relación con la violencia y con el control de la violencia.

Lo que en esta definición convierte a la nación en elemento integrante del estado nacional no es la existencia de sentimientos nacionalistas sino la unificación de un aparato administrativo que se extiende hasta límites territoriales definidos con precisión (en un complejo de otros estados nacionales). Tal unificación depende en alto grado, como Deutsch (1969) y otros han indicado, de los progresos en transporte y comunicación. La comunicación sólo se convirtió en algo distinto del transporte con la invención del telégrafo electromagnético. Cuando Morse transmitió entre Baltimore y Washington su primer mensaje en 1844 sentó nuevas bases para el orden administrativo (como milenios antes lo había hecho la invención de la escritura).

Definiré el «nacionalismo» como la existencia de símbolos y creencias, que, o bien son propagados por grupos de élite, o son mantenidos por una mayoría de miembros de categorías regionales, étnicas o lingüísticas, y que implican la existencia de vínculos comunitarios entre ellos. Los sentimientos nacionalistas no convergen necesariamente con la ciudadanía de un particular estado nacional, aunque muy a menudo haya ocurrido así. Una definición del nacionalismo tiene por fuerza que ser bastante general, ya que los estudios del fenómeno demuestra que no existe un criterio único que constituya foco de vínculos comunitarios. De atenernos a la base de la experiencia europea de los siglos XIX y XX, por ejemplo, cabría suponer que el hablar una lengua común es rasgo principal de un nacionalismo. Pero consideradas las cosas en un contexto mundial, el factor de

lenguaje común parece ser la excepción y no la regla.

Estado nacional, capitalismo, violencia

He señalado que, a mi juicio, la conexión entre capitalismo y estado nacional es menos contingente de lo que muchos analistas —como Tilly (1975)— han pretendido. La justificación de esta tesis, quiero subrayarlo, tiene importantes implicaciones en relación con esa ausencia en las teorías marxista y liberal del estado, a que he aludido antes. La asociación entre capitalismo y estado nacional, al menos ésta es mi propuesta, hay que buscarla concentrándose sobre algunos rasgos distintivos del contrato capitalista de trabajo. Como acentuó Marx, el contrato capitalista de trabajo difiere radicalmente de los modelos de explotación de la producción excedente que encontramos en las sociedades precapitalistas. En estas últimas el explotador es en algún sentido —que varía en los diferentes sistemas— un agente del estado y tiene acceso a los medios de violencia, o al menos a la capacidad de amenazar con ellos, como principal instrumento para asegurar la obediencia de la clase o clases subordinadas. El contrato capitalista de trabajo, en cambio, no implica la explotación de una producción excedente o de un trabajo excedente. Depende de la extracción de valor excedente, una explotación que queda encubierta en el sistema global de producción y distribución. El contrato capitalista de trabajo establece una relación puramente económica de mutua dependencia entre empresario y trabajador. Las relaciones capitalistas de producción, que la burguesía luchó por extender y que se convirtieron en el orden económico relevante, no fueron impuestas por vía de poder militar o por el monopolio directo de una clase sobre los medios de violencia.

Estas consideraciones son, a mi juicio, de crucial importancia para entender tanto el funcionamiento de la empresa económica capitalista, que fue en lo que Marx centró predominantemente su atención, como la coordinación entre el desarrollo del capitalismo y el del estado nacional. Conjunción histórica de decisiva importancia fue la concentración del poder en manos de los monarcas absolutistas en un contexto de alianzas de clases con elementos burgueses en ascenso. Marx, por supuesto, subrayó esto, pero no

analizó las implicaciones que tenía para la coordinación de los medios de violencia. Pues al producirse la monopolización de los medios de violencia por parte del estado, el control de las acciones violentas queda expulsado de las relaciones de clase implicadas en el capitalismo emergente. El estudiar cómo ocurrió históricamente esto según los distintos momentos y lugares, es algo que cae fuera de los límites de esta conferencia. Pero las líneas generales parecen claras. La defensa de la libertad de contrato, la cual era parte de un conjunto más amplio de reivindicaciones ideológicas relativas a las libertades básicas por las que luchó la burguesía y a la vez una realidad efectiva que la burguesía luchó por convertir en organización económica, significa que el empleo de la violencia como sanción queda desterrado de ese mercado de trabajo que empieza a expandirse. La esfera de las libertades privadas, en lo tocante tanto al capital como al trabajo, que excluía el pillaje de los productos del trabajo y de los recursos, se convirtió en algo institucionalmente distinto de la autoridad pública sostenida por el monopolio de los medios de violencia.

Para proseguir este análisis necesitamos un concepto que no ocupa ninguna posición prominente ni en las explicaciones marxistas ni en las explicaciones liberales del estado: se trata de lo que Foucault (1977) llama *surveillance*. Esta *surveillance*, considerada en dos niveles distintos, es elemento esencial para entender la naturaleza de los procesos por los que la difusión del contrato capitalista de trabajo quedó asociada con el monopolio de la violencia por parte del estado: 1) la *surveillance* en el puesto de trabajo, 2) una expansión masiva de las actividades de *surveillance* por parte del estado en los siglos XVIII y XIX, estrechamente conectada a su vez con la pacificación interna de los estados nacionales nacientes. Empleo el término *surveillance* para referirme a dos fenómenos estrechamente relacionados entre sí. Uno es la recolección y organización de la información que puede ser almacenada por agencias y colectividades y que puede ser utilizada para controlar las actividades de la población administrada. El segundo es la supervisión o control directo de las actividades de los subordinados por parte de sus superiores en una organización particular o en un conjunto de escenarios sociales.

En las sociedades precapitalistas, incluso en el absolutismo europeo, los niveles de *surveillance* ejercidos por el estado y la clase dominante eran necesariamente bajos. Y esto era así tanto en lo tocante al aparato administrativo del estado como al control de los trabajadores en el proceso de trabajo. Términos como absolutismo o despotismo pueden conducirnos a engaño en lo que se refiere al poder de los gobernantes sobre sus súbditos en las sociedades precapitalistas. Un déspota tiene en cierto sentido un poder extremo sobre sus súbditos, el poder de vida y muerte, pero no tenía la capacidad de administrar directamente la vida diaria de sus súbditos, que en buena parte se regía por tradiciones y prácticas locales. El despotismo, sea dicho entre paréntesis, es, por tanto, un fenómeno muy distinto del que representa el totalitarismo moderno, el cual depende de la vasta expansión que han experimentado las actividades de *surveillance* de los estados en los dos pasados siglos. Lo mismo cabe decir en relación con el proceso de trabajo, con el proceso de producción. En la producción agraria precapitalista las clases explotadoras tenían por lo general un control muy escaso sobre el proceso de trabajo, sobre el ritmo de trabajo, etc., y esto fue así hasta bien iniciado el período del capitalismo industrial. En Inglaterra a mediados del siglo XIX, por ejemplo, una alta proporción de la fuerza de trabajo empleada en la manufactura faenaba todavía en industrias domésticas. La difusión de la fábrica, o lugar capitalista de trabajo separado del hogar, como Pollard (1965) y otros han mostrado para el caso de Inglaterra, se debió más a la necesidad que sintieron los empresarios de asegurar la disciplina del trabajo regularizado que a la pura efectividad técnica que la fábrica comportaba.

La *surveillance* en la empresa capitalista es un elemento clave para su dirección. Como el trabajo asalariado es formalmente libre y además queda directamente integrado en complejos procesos de producción, las principales sanciones negativas que posee el empresario son económicas: la necesidad que tienen de ganarse la vida los trabajadores carentes de propiedad. Una de las principales fuentes históricas para el análisis de los orígenes de la moderna disciplina laboral, en lo que se refiere a Inglaterra al menos, es

The Genesis of Modern Management de Pollard. Voy a incluir una larga cita de este libro, pues recoge algunos temas fundamentales:

«¿No construyeron los antiguos egipcios grandes pirámides, a los chinos su muralla, o en tiempos más recientes no inauguró Luis XIV un magnífico sistema de carreteras en Francia? Y si se trata del control de grandes masas humanas, ¿no han controlado muchas más los generales en todas las épocas que los *managers* incluso de los países industriales más vastos?... Todos estos desarrollos, hay que admitirlo, antecedieron a la revolución industrial, a menudo en muchos milenios, y es igualmente cierto que los empresarios y *managers* de la revolución industrial aprendieron de ellos uno u otro aspecto de su trabajo. La innovación y la dificultad radica en esto: en que los hombres que pusieron en marcha las grandes unidades industriales en la economía británica desde mediados del siglo XIX en adelante tuvieron que combinar esos diferentes objetivos y métodos en uno solo. Lo mismo que los generales de antaño tenían que controlar a numerosos hombres, pero sin poderes coercitivos: pues no cabe duda de que la ausencia de imposición legal de un trabajo no libre no sólo fue una de las marcadas características del nuevo capitalismo, sino una de sus ideas más seminales.» (Pollard, 1965, p.7.)

Pero por más que como clase hubiesen proclamado ideales de libertad individual, los empresarios se mostraron a menudo reacios a olvidar el uso de la violencia directa contra los trabajadores. La fuerza de voluntarios reclutada en Inglaterra en 1794, compuesta principalmente por miembros de la burguesía, comerciantes y «empresarios a caballo», actuó en parte para disciplinar a los trabajadores recalcitrantes. Hasta bien pasado el período cartista estuvieron internamente en acción tropas regulares imponiendo el encarcelamiento diario de los trabajadores dentro del lugar de trabajo.

La emergencia del trabajo disciplinado estuvo, pues, entretejida con la creación, cada vez más lograda, de formas de dirección industrial que operaron con una serie de técnicas de *surveillance*, nuevas en parte. Esta fue una de las principales dimensiones de la pacificación interna y ha quedado entreverada desde entonces con los derechos de ciudadanía que Marx llamaba con sorna «libertades burguesas». Pero la creación de la dirección del trabajo libre tuvo también lugar en el contexto, más amplio, de la expansión del poder disciplinario en las instituciones del estado. El poder disciplinario, como Foucault (1977) ha aclarado de forma tan brillante, contrasta con el poder ejemplar de la violencia, característico de épocas anteriores. La violencia ya no es una exhibición, un espectáculo. La violencia, cuando queda controlada por las autoridades del estado, se convierte en una sanción subyacente —en una amenaza oculta, de la que puede echarse mano— mientras que el control es sostenido principalmente a través del poder disciplinario de la *surveillance*.

Al igual que antes introduje una cita de Pollard, voy a referirme ahora a un breve pasaje de Foucault. «Si el despegue económico de occidente», subraya Foucault (1977, ps. 220-221), «comenzó con la técnica que hizo posible la acumulación de capital, tal vez pueda decirse que los métodos para administrar la acumulación de hombres hicieron posible un despegue político en relación con las formas de poder tradicionales, rituales, suntuosas, violentas, las cuales cayeron pronto en desuso y fueron sustituidas por una tecnología sutil, calculada, de sujeción.» Pero hay algo que Foucault no señala y que es de fundamental importancia para mi argumentación. La sustitución de las formas de poder «rituales, suntuosas, violentas» fue de decisiva importancia para la formación interna del estado. Pero el mantenimiento y consolidación de esas formas de poder se convirtieron en rasgo esencial del sistema de estados nacionales. Esas características del sistema de estados europeos a las que me he referido antes comenzaron después a difundirse por todo el mundo. Como dice Wallerstein (1974), en los imperios militares precapitalistas era el alcance de las sanciones militares lo que básicamente determinaba los límites de las relaciones económicas dentro de y entre estas sociedades. Con el

desarrollo del capitalismo, en cambio, esta relación en cierto modo se invierte. El estado capitalista mantiene un monopolio del poder militar y político dentro de sus fronteras, pero el sistema mundial que pone en marcha está fundamentalmente influido por procesos capitalistas que operan a una escala mundial.

Nacionalismo

Antes de unir algunos de los hilos de esta discusión he de decir algo sobre la relación entre estado nacional y nacionalismo. Las explicaciones liberales acerca del estado, cuando van asociadas a la llamada teoría de la modernización, han sido particularmente propensas a asimilar los conceptos de estado nacional y nacionalismo. Se trata de la literatura del *nations building*, estrechamente conectada con categorías relativas a la ciudadanía. Esta literatura ha tendido a ignorar los aspectos nocivos del nacionalismo —su asociación con el fascismo y con la explosión de guerras. El nacionalismo es tratado predominantemente como una fuerza beneficiosa, como una fuerza estrechamente conectada con la consecución de los derechos de ciudadanía en el Tercer Mundo (ignorándose en buena medida el nacionalismo socialista). El nacionalismo, al igual que el estado nacional, es un fenómeno que tiene su origen dentro de Europa, y pienso que es correcto subrayar que no hubiera surgido sin la idea burguesa de soberanía popular que marcó el comienzo de la fase moderna del liberalismo europeo.

Pero sería una locura pasar por alto lo que Deutsch (1969, p. 53) llama «los sueños e imágenes de salvajismo» que el nacionalismo produjo al lado de sus imágenes de «autogobierno, ilustración y justicia social». Muchos comentaristas del nacionalismo se han percatado de la doble cara de éste. Y al igual que muchos escritores del *nations building* han propendido a acentuar el lado positivo del nacionalismo, otros se han sentido mucho más inclinados al lado opuesto. Kedourie (1961, p. 21) destaca como uno de los más prominentes de estos últimos, sosteniendo que el nacionalismo es una «antigualla irrelevante, un funesto invento de algunos aberrantes filósofos alemanes».

¿En qué se basa este doble carácter del nacionalismo y cómo explicar su tremenda importancia en la moderna historia mundial? Para llegar aunque sólo sea a un planteamiento provisional de tales cuestiones, hay que reconocer que aunque a menudo los sentimientos nacionalistas han sido fomentados e invocados ideológicamente por las élites dominantes, el nacionalismo no es simplemente un conjunto de símbolos y creencias imbuidos a la fuerza en una población desafecta o indiferente. Segundo, si no distinguimos entre nacionalismo y estado nacional corremos el riesgo de malentender, interpretándolos como resultado directo del espíritu nacionalista, un conjunto de fenómenos que en realidad tienen sus raíces en la *Realpolitik* de los intereses del estado. Casi cabría definir el estado fascista como una conseguida mezcla de un nacionalismo agresivo y exclusivista y un compromiso generalizado con el estado como árbitro último de los intereses de la comunidad.

El nacionalismo es en buena parte un fenómeno psicológico que implica necesidades y disposiciones sentidas, en contraste con el estado nacional que es un fenómeno institucional. Para captar la importancia del nacionalismo hemos de percatarnos de las necesidades a que responde. El significado del nacionalismo en el mundo moderno, pienso, está bastante claramente relacionado con la decadencia de la tradición y con el carácter fragmentario de la vida cotidiana en la que las tradiciones perdidas son refundidas en parte. Y esto se aplica a mi entender tanto a las sociedades modernizadas como a aquellas que sufren una tensión o conflicto cultural. Estas circunstancias tornan frágil lo que Laing (1964) llama la «seguridad ontológica» sobre la que se asienta la vida diaria. La seguridad ontológica significa seguridad de las rutinas que se dan por descontadas, que dan un sentido a la continuidad de la existencia. En las culturas tradicionales, el marco subyacente de seguridad ontológica, queda bien reforzado por la continuidad de prácticas tradicionales en la comunidad local. En las sociedades a gran escala en las que la rutinización ha sustituido en buena parte a la tradición y en las que el sentido moral y la identidad se han retraído a los márgenes de lo privado y de lo

público, los sentimientos de comunidad o de lenguaje y de pertenencia a una comunidad nacional tienden a formar una red que contribuye al mantenimiento de la seguridad ontológica. Los sentimientos nacionalistas tienen una afinidad con, y pueden directamente expresar, similitudes culturales intra o intergrupales, y el lenguaje es uno de los principales portadores de esas similitudes. De ahí que en el marco original de la formación del nacionalismo, es decir, en Europa, el lenguaje aparezca como uno de los principales medios de nacionalismo. Los principales estados nacionales eran ya todos ellos —con algunas importantes excepciones— unidades de lenguaje bien establecidas. La expansión posteuropea del nacionalismo es obviamente en diversos aspectos bastante distinta del primer desarrollo de éste en Europa, aunque sólo sea porque el criterio de un lenguaje común no converge en absoluto sin más con los límites de los estados nacionales recientemente establecidos.

Si los fundamentos de los sentimientos nacionalistas no son tal vez demasiado difíciles de elucidar, ¿cómo explicar, empero, el carácter ambivalente de esos sentimientos? A mi entender, en esta cuestión ha de procederse prestando atención al fenómeno del liderazgo. La influencia de los líderes ha sido muy prominente en las oleadas de sentimiento nacionalista y en los movimientos nacionalistas, y es sorprendente la poca atención que se ha prestado a ello por parte de la mayoría de los que han escrito sobre el tema³. La teoría del liderazgo, o al menos los orígenes psicológicos del liderazgo han quedado bien establecidos en las obras clásicas de Le Bon (1900) y Freud sobre este tema. Según las ideas de estos autores —y esto es especialmente válido en las circunstancias en que la seguridad ontológica se encuentra bajo amenaza o tensión— la fusión emocional con la figura del líder es esencialmente un fenómeno regresivo. La identificación regresiva con la figura de un líder y con los símbolos que esa figura y sus doctrinas representan son los determinantes de ese rasgo esencial del nacionalismo, ya sea éste benigno o militante: un fuerte sentimiento psicológico de pertenencia a un *in-group* ligado a una enérgica diferenciación respecto de los *out groups*.

Si la teoría Le Bon-Freud del liderazgo es válida, la identificación regresiva con la figura de un líder lleva psicológicamente aparejada un incremento de «sugestibilidad» y de volatilidad emocional. La identificación emocional crea una dependencia que puede ser canalizada en direcciones muy distintas. Y es aquí donde parece estar la causa del ambivalente carácter del nacionalismo. Pues los individuos se tornarían susceptibles de llegar a identificarse lo mismo con figuras que encarnen virtudes públicas y democráticas, que con un conjunto de valores «heroicos» capaces de inspirar actos lo mismo de nobleza que de salvajismo. Este tipo de teoría, dicho sea de paso, constituye a mi juicio un posible complemento de la explicación weberiana del liderazgo carismático. Pues Weber no explica la fuente de la identificación emocional que tales líderes son capaces de inspirar.

No voy a entrar aquí a discutir las distintas tipologías de movimientos nacionalistas que aparecen en la literatura sobre el tema. El nacionalismo europeo, como se hace evidente en los distintos nacionalismos regionales que existen dentro del nacionalismo europeo, difiere muy significativamente de los subsiguientes desarrollos en otros lugares.

El sistema mundial

El estado nacional se ha convertido hoy en un fenómeno mundial. Como problema histórico, las conexiones existentes entre la expansión de la economía capitalista mundial y la transformación universal de las formas societales anteriores en estados nacionales, todavía precisan ser documentadas adecuadamente. La mayoría de los que proponen la teoría del sistema mundial, especialmente los influidos por las dos tradiciones de teoría del estado a que me referí al principio de mis observaciones, la marxista y la liberal, han seguido poniendo casi todo el énfasis en los desarrollos económicos. Así, Wallerstein (1974) divide la economía capitalista mundial en tres zonas principales: el «núcleo»

capitalista (Europa, Estados Unidos y últimamente Japón); la «semiperiferia» que es a la vez explotadora y explotada; y las regiones periféricas, dominadas por lo que él llama una «coerción a la búsqueda de trabajo barato».

Sin embargo, Wallerstein no pone adecuadamente en relación la emergencia del capitalismo con el sistema de estados europeos —de ahí que subestime el papel del poder militar y de la guerra entre los estados en la configuración del mundo contemporáneo. A este respecto, aunque ciertamente ha roto la tendencia largamente establecida en ciencias sociales a considerar las sociedades o estados como si se tratara de entidades autosuficientes, la discusión de Wallerstein sigue manteniendo esa subordinación de lo político-militar a lo económico, que, como he dicho, tan profundamente arraigada está en la teoría social. No sólo vivimos en una economía capitalista mundial, sino también en un orden político-militar mundial de estados nacionales anárquicamente organizado.

Como afín que me siento, si bien en términos críticos, a la teoría marxista y a las aspiraciones libertarias del socialismo, estoy interesado en destacar las implicaciones que mi discusión tiene para el pensamiento político-normativo. En sus días Marx pensaba en el establecimiento del socialismo como una superación global del capitalismo; no hay indicación en sus escritos de que sospechara un mundo en que el orden capitalista no experimentase una revolución socialista y en que el capitalismo tuviera que coexistir con sociedades gobernadas por grupos que pretenden ser los herederos de sus doctrinas. Marx, a mi juicio, creyó de verdad que los trabajadores no tienen patria. Hoy estamos bien lejos de esa idea, y de declaraciones como la de Bakunin (1873), bien típicas por lo demás del siglo XIX:

«No más guerras de conquista, sólo una última guerra suprema, la guerra de la revolución para la emancipación de los pueblos. Fuera esas estrechas fronteras impuestas a la fuerza por el congreso de los déspotas a tenor de sedicentes necesidades históricas, geográficas, comerciales y

estratégicas. No habrá otras fronteras que las que simultáneamente respondan a la naturaleza y a la justicia, de acuerdo con el espíritu de la democracia, fronteras que el pueblo trazará por voluntad soberana basándose en sus simpatías naturales.»

Marx pensó en la superación del estado en la futura sociedad que tenía a la vista. Pero el estado, lo mismo el capitalista que el socialista, ha resultado ser un fenómeno mucho más formidable de lo que pensaron los teóricos del siglo XIX, incluyendo a Marx. El tema de la superación del estado no ha perdido, a mi juicio, en absoluto nada de su interés o importancia como tema actual de la teoría política socialista. Pero el fenómeno sobre el que he centrado mi atención en esta conferencia es, a mi entender, de esencial importancia para rehacer la teoría política en nuestro tiempo.

En el mundo contemporáneo nos encontramos entre capitalismo y socialismo en dos sentidos, y toda discusión de teoría política normativa tiene que ocuparse de ambos. En la forma de sociedades socialistas efectivamente existentes, el socialismo es una realidad: una parte de ese dual bloque de poder que frágilmente controla la anarquía del sistema mundial de estados nacionales. Ya no es de recibo, si es que alguna vez lo fue, afirmar que no existen en absoluto sociedades realmente socialistas o que sus insuficiencias no tienen nada que ver con las insuficiencias del pensamiento marxista en general. Por otro lado, si es que hemos de mantener vivos los ideales socialistas, estamos también entre capitalismo y socialismo en otro sentido, a saber: en el sentido de que tales ideales parecen susceptibles de un desarrollo mucho más profundo que el alcanzado en cualquier sociedad hasta la fecha.

Tres aspectos de mi análisis son de especial relevancia para la discusión de la teoría política del socialismo hoy en esos dos niveles relacionados entre sí, que acabo de mencionar. Primero, hay que disponer de una teoría de la *surveillance* como medio del poder disciplinario del estado, y de otros aspectos de la represión. Cuando se carece de tal

teoría quedan sin analizar los aspectos totalitarios del control político —como ocurre en las formas ortodoxas de la teoría marxista. Segundo, no podemos ignorar el hecho de que hasta la fecha al menos, el estado nacional ha resultado ser un aspecto importante, lo mismo de las sociedades socialistas que de las sociedades capitalistas. Los estados socialistas son estados nacionales y se han mostrado tan celosos de su territorialidad y tan agresivos como los demás. La nuestra es la era del Gulag, de las confrontaciones de carácter belicoso entre estados socialistas, de Pol Pot, y de algo próximo a un genocidio en Campuchea. Ni el socialismo en general ni el marxismo en particular pueden fingir inocencia en este mundo. Tercero, el problema fundamental que afrontamos hoy es la expansión, al parecer incontenible, de los medios de violencia en manos de los estados nacionales. No hay asunto que más gravemente apriete al mundo contemporáneo que la actualidad de la violencia internacional y la amenaza emergente de una guerra nuclear. Pero la teoría política de izquierdas no tiene tradición teórica sobre la violencia mundial del sistema de bloques de poder y de estados nacionales. Programas políticos prácticos que tengan relevancia para el estado nacional como propagador de la violencia son la primera prioridad tanto para los pensadores socialistas como para cualquier otro. Pero es difícil no sentirse pesimista ante la anarquía de estados nacionales. Marx pensó que tenía a la vista un movimiento real de cambio: el movimiento obrero que suministraría la solución servida por la propia historia a la anarquía del mercado capitalista y a la alienación del trabajo. Pero, ¿dónde está el proceso dialéctico capaz de superar hoy la anarquía política que nos amenaza a todos con una destrucción inminente? Por mi parte, no vislumbro ninguno. Todas las formas existentes de organización mundial en la actualidad se muestran impotentes ante el monopolio de la violencia en manos de los estados nacionales. Nuestra existencia en la actualidad es única en un sentido horripilante. Tras medio millón de años de historia humana somos los primeros seres humanos cuya vida individual podría acabar a la vez que la de toda la humanidad. La astucia de la razón parece habernos abandonado.

* Anthony Giddens ha sido director de la London School of Economics de 1997 a 2003, donde es profesor de sociología. Colabora con numerosas universidades, ha publicado una abundante bibliografía sobre múltiples temas como globalización, el reflectivismo, la teoría de la estructuración o la Tercera Vía; es cofundador de la casa editorial Polity Press, con la que ha publicado algunas de sus más emblemáticas obras como *The Third Way. The Renewal of Social Democracy* en 1998 o *Sociology* en 2001.

NOTAS

¹ Este artículo es la transcripción al castellano de la conferencia dictada por Anthony GIDDENS en la Facultad de Económicas de Valencia el 25 de septiembre de 1985, traducida por Manuel Jiménez Redondo. Ha sido publicado anteriormente en diciembre de 1985 en el nº 14 de la revista *DEBATS*, Institut Alfons el Magnanim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació. Agradecemos la autorización para reproducirlo en la Revista Académica de Relaciones Internacionales.

² Cf. Anthony GIDDENS *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Londres 1981

³ Los miembros de la escuela de Frankfurt son la excepción, pero concentraron casi toda su atención en el fascismo alemán.

La imaginación sociológica desde la perspectiva histórica

George LAWSON*

Introducción a la sociología histórica

La relación entre las Relaciones Internacionales y la Sociología no siempre ha sido excesivamente próxima. La Sociología se formalizó como disciplina a lo largo del siglo XIX, caracterizándose por intentar comprender y explicar las violentas sacudidas que tenían lugar, provocadas por la Modernidad, en las relaciones económicas, políticas y sociales. Por el contrario, las Relaciones Internacionales no se institucionalizaron hasta la primera mitad del siglo XX, en el que se fue forjando un área de estudio que la Ciencia Política no había impulsado hasta entonces. Estos orígenes dispares contribuyeron a moldear dos disciplinas relativamente distintas durante los periodos de entreguerras y durante la posguerra; y, de esta forma, mientras las Relaciones Internacionales quedaron cada vez más ligadas a la economía y a su falsa visión de la investigación social científica, la Sociología se vio inmersa en sus propias discusiones sobre las cuestiones relativas a la cuantificación, la teoría abstracta y, más adelante, el giro cultural. A pesar de los esfuerzos de distintos autores interdisciplinarios, tales como Raymond Aron¹ y Stanley Hoffman², hasta mediados de los 80, la Sociología y las Relaciones Internacionales sólo intercambiaron lo estrictamente necesario dentro de los límites de la más pura cortesía – las dos disciplinas se alejaron mutuamente tanto por sus orígenes particularmente distintos, así como por ignorar los métodos, los preceptos teóricos y las cuestiones empíricas del otro.

En los últimos veinte años, la relación entre las Relaciones Internacionales y la Sociología se ha estrechado paulatinamente. En cierta medida, la diferencia entre ambas ha disminuido por la apertura de aquélla desde las limitaciones del debate interparadigmático, y por otra parte, por el despertar de la Sociología a cuestiones íntimamente relacionadas con las Relaciones Internacionales como, por ejemplo, el papel jugado por las guerras interestatales en los procesos de construcción de los Estados. Estas aproximaciones se han fortalecido gracias al doble giro llevado a cabo

por las Relaciones Internacionales en dos direcciones: uno (visualizado gracias al auge del constructivismo) hacia la Sociología; y otro giro, de vuelta a la Historia (con la emergencia del realismo neoclásico y el resurgimiento de la Escuela Inglesa, como testigos). Estos movimientos han contribuido a procurar una base adecuada para que prospere una de las principales subdisciplinas de la Sociología – la sociología histórica-. En los últimos veinte años, el nexo entre estos dos campos – la Sociología Histórica y las Relaciones Internacionales- ha tenido abundantes frutos: el análisis de los orígenes y las variantes de los sistemas internacionales en el tiempo y en el espacio³, la exposición del “mito de Westfalia”⁴, el análisis de los orígenes no occidentales del sistema mundial contemporáneo⁵, el trabajo sobre la relación constitutiva entre el campo internacional y las relaciones estado-sociedad en procesos de cambio radical⁶, el examen de la lógica social de los sistemas financieros internacionales⁷; y la investigación de las dimensiones internacionales de la modernidad en sí misma⁸. La Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales (SHRRII) aunque formalmente reconocida, todavía es minoritaria, dentro de la disciplina.

No obstante, a medida que la SHRRII se ha ido desarrollando, se ha convertido cada vez más en una idea liberal, la mayoría de las veces abarcando un amplio abanico que acoge casi cualquier trabajo que presenta dimensiones tanto sociológicas como históricas. Como resultado, existe actualmente el peligro de que los aspectos más representativos de la SHRRII – su amplitud de miras, su aproximación explicativa, y su equilibrio entre las grandes ideas y lo empírico - se conviertan en su principal debilidad, obstruyendo la claridad y mermando así su valor de conjunto⁹. Además, si la SHRRII está destinada a convertirse en un rasgo asentado y maduro en el ecléctico conjunto teórico contemporáneo de las Relaciones Internacionales será necesario un mejor entendimiento de lo que es, de cómo opera y de dónde se encuentran sus límites. Este artículo es un intento por determinar cuáles son las “suposiciones en el campo” de la SHRRII¹⁰.

¿Por qué sociología histórica?

La Sociología Histórica es, a la vez, parte de la historia mundial, de la política comparada y de la economía del desarrollo, al tiempo que una subparte de la Sociología y de las Relaciones Internacionales. Por esta razón, aborda necesariamente un amplio espectro. Para la SHRRII, esto es sumamente importante. En su sentido más amplio, la Sociología Histórica persigue desentrañar la complejidad que implica la interacción de la acción social (tanto la deliberada como la no intencionada) y las fuerzas estructurales (construidas socialmente pero con un dinamismo y autoridad propios). Para los sociólogos históricos internacionalistas, por lo tanto, los factores internacionales se encuentran yuxtapuestos, unidos y conectados por variables internas, con el objeto de encontrar los patrones de comportamiento que expliquen los procesos internacionales: las crisis tanto regionales como internacionales generadoras de guerras, las variaciones del desarrollo capitalista, las formas de imperialismo, etcétera.

El beneficio principal de la Sociología Histórica de las Relaciones Internacionales está claro: recuerda a lo que Justin Rosenberg¹¹ denomina como “la imaginación internacional”. Como muchos especialistas importantes han señalado, gran parte de la corriente dominante de las Relaciones Internacionales se presenta, curiosamente, como no histórica. De hecho, el realismo (en todas sus variantes) y el institucionalismo neoliberal comparten una predilección por considerar el campo internacional, al menos en lo referente a su dimensión estructural, como invariable; es decir, como si existiera pero *fuera* de la historia. Las diferencias entre las unidades políticas se resuelven tomando como base una imagen estática de la estructura de la política mundial -a partir del sistema de estados soberanos –, omitiendo otras fuerzas estructurales globales tales como el capitalismo, y reduciendo la agencia humana a las reflexiones de los hombres de Estado, de los financieros y de los militares. De ahí que la corriente dominante de las Relaciones Internacionales haya truncado sistemáticamente el estudio de la política internacional introduciendo un juego de salón con distintos niveles de análisis que reifica los procesos y los hechos sociales –los estados, el mercado, la soberanía- como entidades de análisis atemporales (y últimamente también ontológicas). En este sentido, gran parte de la teoría de las Relaciones Internacionales se

convierte en lo que podríamos llamar “mística continuista”, en la que el pasado es saqueado para explicar el presente. De esta forma, la disputa entre Atenas y Esparta se traslada a la Guerra Fría con el fin de dilucidar el enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; todas las guerras, ya sean insurgencias de guerrillas o conflictos totales, se explican a través de la anarquía internacional; al mismo tiempo, las unidades políticas – ciudades-estado, tribus nómadas, imperios, estados-nación y alianzas internacionales- se presentan sin una diferenciación funcional. Lo que John Hobson¹² describe como una “gigantesca ilusión óptica” genera una homología isomorfa de tipos sociales.

La Sociología Histórica que, en su “formulación” de posguerra fue, en parte, una reacción a la teoría general (y engañosa) sobre la ausencia del tiempo y del espacio asociada a un funcionalismo estructural parsoniano, se encuentra en una situación privilegiada para esclarecer la mística sincrónica de la mayor parte de la corriente dominante de las Relaciones Internacionales. En los últimos veinte años, la SHRRII ha propiciado numerosos trabajos que han cuestionado suposiciones institucionalistas y neorrealistas en el campo internacional. Justin Rosenberg¹³ se ha centrado en los orígenes de la modernidad, poniendo al descubierto la burda separación entre el estado y la sociedad, y de los estados con respecto a los mercados, llevada a cabo por el realismo político. John Hobson¹⁴ ha demostrado la importancia de la comprensión global y a largo plazo de la génesis del sistema de los estados modernos. Fred Halliday¹⁵ ha mostrado a su vez, en numerosos textos, la importancia de las distintas formas de cambio social en la construcción del mundo moderno, mientras que otros estudiosos, como el teórico crítico Andrew Linklater¹⁶ y el marxista Benno Teschke¹⁷, han buscado descontextualizar y desmitificar el mito original de Westfalia. Barry Buzan y Richard Little¹⁸ han señalado en un detallado estudio cómo el sistema internacional varía de forma y de contenido, según el tiempo y el espacio.

Pero no son sólo los sociólogos internacionalistas los que están contribuyendo a esta forma de investigación. Richard Price y Nina Tannenwald¹⁹ se han basado en un análisis histórico comparado para mostrar cómo la no utilización de armas nucleares y químicas ha evolucionado, en gran medida y a lo largo del siglo pasado, desde la

interacción de un número de factores internos e internacionales, construyendo un estándar de civilización que prohíbe el uso de tales armas. De igual manera, Martha Finnemore²⁰ ha ilustrado la manera en la que se han ido erigiendo las normas de intervención humanitaria, partiendo de la protección de los cristianos perseguidos por el Imperio otomano, pasando por la lucha contra la esclavitud y la descolonización hasta llegar al concepto universal de humanidad. Otros constructivistas como Christian Reus-Smit²¹ y Michael Barnett²² adoptan también un enfoque sociológico-histórico, al aproximarse a los fundamentos institucionales de los órdenes internacionales y en las funciones cambiantes de las organizaciones internacionales, respectivamente. Como estos constructivistas, un número de realistas neoclásicos como Fareed Zakaria²³, Randall Schweller²⁴, William Wohlforth²⁵, Thomas Christensen²⁶ y Jennifer Sterling-Folker²⁷ se cuestionan cómo las presiones sistemáticas proporcionadas por la anarquía se convierten en variables intervinientes, que van desde percepciones hasta relaciones cívico-militares. Estos autores muestran que, sin incorporar ámbitos como la ideología, la percepción, las relaciones internas entre el estado y la sociedad, el realismo estructural fracasa en su intento de explicar por qué los estados mantienen el equilibrio o se suben al carro del triunfador, se ocultan o superan sus limitaciones, actúan punitivamente hacia otros o bien dejan de responsabilizarse.

El trabajo de estos constructivistas y realistas neoclásicos, junto a los esfuerzos de otros internacionalistas de gran importancia como Barry Buzan²⁸, John Ikenberry²⁹ y Stephen Krasner³⁰ – que también aplican métodos sociológico-históricos dentro de la Escuela Inglesa, la tradición liberal y la tradición realista respectivamente - no queda siempre retratado e inscrito como Sociología Histórica. Sin embargo, podría ser considerado como tal en el sentido de que cada uno de esos estudios tiene su origen en una aproximación diacrónica del campo internacional, observando cómo la acción y las estructuras sociales, y los hechos sociales engendrados por la interacción de estas dos esferas cambian a través del tiempo, habitando un espacio de continuidad y no coyuntural. En un primer momento, tales trabajos son estudios empíricamente fundamentados de “suficiente similitud”, utilizando la casuística para lograr pautas causales e inferencias más amplias, más allá de intenciones universalistas o situaciones de colapso provocadas por la indeterminación. Como tal, estos estudios se encuadran

dentro de una tradición investigadora que se remonta a los esfuerzos de Max Weber por proporcionar un estudio comparativo y rico empíricamente de los hechos sociales, como mecanismo para generar y evaluar un razonamiento general. Este conjunto interpretativo y explicativo (*Verstehende Erklärung*) utiliza el conocimiento de contextos determinados para obtener matizadas explicaciones causales de tipos ideales, que contienen, potencialmente, una mayor trascendencia. Es este enfoque el que considero que tiene una base productiva y fértil para el estudio de la política internacional. Tomando en cuenta las abstracciones conceptuales y las explicaciones causales de los datos empíricos, “llevando a cabo un diálogo constante entre la evidencia y la teoría”, tal y como Michael Mann³¹ señala, es posible perfeccionar y refutar, comprometerse y acumular conocimiento.

Por supuesto, los sociólogos históricos, más allá de los límites de la disciplina de las Relaciones Internacionales, también han contribuido a que comprendamos los procesos internacionales. Michael Mann³² los incluye en su explicación del desarrollo histórico mundial, incluyendo el militarismo, mientras que Charles Tilly³³ nos ha enseñado la importancia de las guerras y de la acumulación de capital en los procesos de formación estatal. Estas incursiones fronterizas generan las oportunidades para se produzca lo que Bruce Carruthers³⁴ denomina como “malas conductas constructivas” – es decir, la oportunidad para los intelectuales avezados - que actuando como traductores - tomen prestado de una disciplina académica determinados conceptos y datos para introducirlos en otra³⁵. Este acto de arbitraje, cuando está bien hecho, reduce los niveles de “autismo intelectual”³⁶ – es decir, los límites de un campo que se encuentra asegurado la mirada vigilante de los agentes de seguridad académica. Aún más, el movimiento entre disciplinas puede ayudar a deconstruir la características imaginarias de los conceptos analíticos (tales como el estado, la sociedad o la anarquía), muchas veces reificados como verdaderas distinciones ontológicas, en interés casi exclusivamente de la compartimentalización académica.

Sin embargo, es importante no entusiasmarse demasiado con la fluidez que se da dentro de las disciplinas o en la relación entre ellas. La interdisciplinaridad puede engendrar pobreza y dejadez, o bien promover la profundidad y el rigor. Además, en

ciertas ocasiones en varias disciplinas de la Sociología Histórica, inclusive las Relaciones Internacionales, se ha observado el uso indebido de conceptos obsoletos y de herramientas teóricas³⁷. Puede que sea inherente a la labor interdisciplinaria sentirse atraído por la corriente dominante de otro ámbito más que por los interesantes debates que subyacen bajo la superficie. Al mismo tiempo, precipitarse a la interdisciplinaridad puede colapsar la distinción entre la inconmensurabilidad y la incompatibilidad. Mientras que la primera imagina la SHRRII dentro de una comunidad de investigación más bien autónoma, incluso cerrada, coexistiendo pacíficamente (un tanto distanciada) con otros paradigmas de las Relaciones Internacionales, la segunda ve la SHRRII en conflicto constante, frente a enfoques rivales, basando su *raison d'être* en contestar, refutar y falsificar algunas de las reivindicaciones fundamentales de las Relaciones Internacionales. En este sentido, es importante no ocultar las diferencias entre la raíz y las ramas para que el proceso de tender y construir puentes no se convierta en una metáfora del canibalismo, como medio para ampliar el narcisismo de las pequeñas diferencias o de generar cierto diletantismo. Resultaría mejor intentar alcanzar y establecer un campo de la SHRRII delimitado por los dos tipos ideales principales que, con todas mis disculpas hacia Isaiah Berlin, llamaré “erizos” y “zorros”³⁸.

Erizos

El ensayo de Isaih Berlin³⁹ –*Erizos y Zorros*– distingue entre aquellos que orientan la investigación en torno a una gran idea (los erizos), y los que son más escépticos y prefieren intervenciones a menor escala en campos muy concretos (los zorros). Los primeros parten desde abstracciones generales hacia el material empírico (en el momento y lugar que estiman oportuno). Esto es lo que constituye la gran teoría, el esquema macro de base que opera sobre las primeras nociones y hasta cierto punto, obstáculos, de los hechos, la acción y la experiencia. La investigación de los erizos- normalmente considerada como teoría social matizada históricamente- es el resultado del rechazo de la inducción como método para elaborar la teoría social, verificable o refutable⁴⁰. Los aspirantes incluyen el enfoque del sistema mundial de Wallerstein⁴¹, la evocación de la globalización de Giddens⁴² como estructura básica del mundo contemporáneo, y el concepto del desarrollo irregular y combinado de Rosenberg⁴³;

todos, intentos por proporcionar un *modus operandi* hipo deductivo y determinante, del que poder derivar el contorno de la historia mundial. Los erizos muestran un cierto parecido con la Escuela austriaca de economistas que gira en torno a la figura de Carl Menger quien argumentaba, en la última parte del siglo XIX, que sólo el razonamiento deductivo, nomológico y abstracto produciría una teoría “verdadera” que generaría normas de aplicación universal⁴⁴. Karl Popper⁴⁵, uno de los progenitores del método nomológico, explica sus virtudes con el énfasis que acostumbra, “las teorías son redes tejidas para atrapar a lo que llamamos el mundo: para racionalizarlo, explicarlo y dirigirlo tenemos que intentar por todos los medios hacer la malla mucho más fina⁴⁶”.

Las fortalezas que presenta esta forma de teorizar son fáciles de distinguir – ambiciosas y grandilocuentes, se trata a menudo de originales, imaginativos y ocurentes sistemas de ideas que producen y sustentan importantes programas de investigación. De igual manera, hay numerosos ejemplos de lo que Kuhn⁴⁷ denomina “investigación extraordinaria”. La gran teoría se muestra muchas veces vinculada a la frugalidad y a la elegancia, y los que llevan a cabo tal empresa se sitúan directamente junto a los teóricos ilustrados del siglo XIX. Sin embargo, los fallos de la gran teoría abstracta, concretamente en la Sociología Histórica, se evidencian por sí mismos. Centrándose en los factores determinantes subyacentes (a menudo sólo en ellos), estos teóricos tienden a omitir la variedad de factores que, a largo y corto plazo, de carácter material, ideacional, económicos, sociales y políticos, ponen en marcha procesos de cambios a gran escala. Como resultado, se produce una vacío entre las afirmaciones teóricas (condiciones de alcance analítico) y los análisis históricos (condiciones de alcance temporal y espacial) que amenaza en convertir a las primeras en algo más estático que dinámico; y a la historia de la humanidad en algo sencillo en vez de complejo. Una teoría tal no puede ser exhaustiva; más bien, se corre el riesgo de cumplir con una gran elegancia interna a costa de su contenido analítico⁴⁸.

Demasiado frecuentemente, los erizos superan las anomalías al empujar su idea hacia aquellos ámbitos en los que está mal equipada para defenderse. El neorrealismo contemporáneo representa un buen ejemplo; tras el final de la Guerra Fría, los neorrealistas se esforzaron por explicar el relativo cambio pacífico de un sistema bipolar

a uno unipolar⁴⁹. A pesar de que algunos partidarios intentaron salir airoso de esta aparente incongruencia⁵⁰, en general, pugnaron por mantener la eficacia de la teoría, dada la aparente ausencia de equilibrio de grandes poderes desde 1989. El resultado ha sido un debate cada vez más irritante que confronta, sobre la base de la relativa estabilidad y la durabilidad de la polaridad única, el concepto de equilibrio blando y, más notablemente, una carrera por la “vuelta al futuro”, en la que muchos realistas resucitaron a los teóricos clásicos con el fin de reintroducir dimensiones a nivel unitario que habían sido exorcizadas de esta visión por Waltz y otros⁵¹. A causa de estas dos serias discrepancias en la teoría neorrealista – el cambio sistémico de carácter pacífico y la aparentemente estable polaridad-, parece más probable afirmar que estos debates han supuesto una marcha atrás del neorealismo más que una modificación o extensión de sus preceptos fundamentales. Así, representan su degeneración más que su evolución como programa de investigación, un pertinente ejemplo de la tendencia de los erizos a tragar o a abandonar las anomalías empíricas innecesarias más que a desechar una idea que parece haber sido falseada⁵².

Es igualmente dudoso que las teorías deterministas que ofrecen los erizos puedan capturar la particularidad del desarrollo histórico mundial en todas sus complejidades, sus singularidades y sus giros; en última instancia, no con la profundidad requerida. Para lograr este objetivo, la historia requiere ser reducida a un plano secundario, lo que Stanley Hoffman⁵³ denomina una “bolsa de sorpresas en la que cada partidario saca una <<lección>> para probar su punto de vista”. Si la historia de la humanidad es descuidada, compleja y, a veces, contradictoria, entonces es probable que un análisis multicausal que parte de un análisis empírico buscando patrones, tendencias y trayectorias comunes aporte, finalmente, una imagen más rica y abundante, frente a otro que persiga imponer un orden monolítico en las ambigüedades históricas. Después de todo, las abstracciones generales una vez aplicadas pronto encuentran sus límites. Y muchas veces, la búsqueda de un proceso original y principal puede parecerse a la búsqueda del pensamiento de Dios, un deseo hacia un diseño inteligente entre los desechos de la historia mundial.

El científico político italiano Giovanni Sartori⁵⁴ lo muestra de esta manera. Para este autor, en el filo de la abstracción reside la posibilidad del “concepto de la distorsión” o de “tensión” hacia cristalizaciones amorfas vagas, incluso *pseudo* universales sin ninguna precisión o adquisición – siendo la anarquía y la globalización dos ejemplos de ello⁵⁵. El resultado son pequeños cortes abstractos que conducen a cortocircuitos empíricos, intentos fallidos por aplicar normas rígidas a un mundo variable, multifacético y complejo. Conduciendo la teoría de esta forma y centrándonos en las dimensiones *estructurales* del desarrollo histórico mundial, un análisis de estas características queda infundido por un reduccionismo alejado de la incertidumbre y, de manera más crucial, de la agencia que reside en el núcleo de los procesos de cambio a gran escala. Pero ésta no puede ni ser ignorada ni únicamente incluida – como un injerto - en una teoría estructural existente: las acciones de los individuos, los grupos, las organizaciones y similares juegan un papel *formativo* en la creación, el procedimiento y la resolución de procesos de cambio. Mijail Gorbachov no fue un jugador secundario e insignificante en el colapso del Imperio soviético; como tampoco lo fue Bill Clinton en la puesta en marcha del acuerdo liberal posterior a la Guerra Fría, ni lo son hoy en día el presidente Bush y su séquito en la ampliación del Imperio norteamericano.

Por último, lejos de ser portadores pasivos (*Träger*) de estructuras dominantes, la agencia humana es, en parte, *constitutiva* de los procesos de cambio social. Sin embargo, los grandes teóricos abstractos ofrecen únicamente una imagen parcial – que si bien es cierto, de manera no intencionada, puede recordar a un cuento previsible o a una narración predeterminada. Esto implica no sólo una falta de agencia, sino que no se aproveche el segundo aspecto de lo que Giddens⁵⁶ denomina como la “doble hermenéutica” – es decir, las teorías que la gente utiliza para dar sentido a los procesos sociales se encuadran en los mismos procesos causales sobre los que está teorizando⁵⁷. La teoría abstracta que depende de otros únicamente ofrecerá una pobre interpretación de otras interpretaciones; lo que John Goldthorpe⁵⁸ denomina como “especulaciones incompletas”, “escoger y mezclar las incursiones realizadas en la tienda de golosinas de la Historia”. Todas las teorías necesitan simplificar la realidad para que funcionen como teorías, pero, en ocasiones, tal simplificación puede quedar incómodamente demasiado cerca de la distorsión.

Los zorros

El segundo gran grupo de sociólogos históricos, los zorros, puede ser visto como historiadores, enraizados en métodos ideográficos y orientados sociológicamente. Para la mayor parte de éstos, la labor de asignar pautas a la historia que les permita conducir cualquier búsqueda de tendencias determinantes, es fútil y genera verdaderos engaños en vez de conclusiones ciertas. Tal y como Robert Nisbet⁵⁹ expone,

La Historia es plural en cualquier sentido sustantivo. Es diversa, múltiple y particular. Han sobrevenido innumerables historias desde la primera historia protagonizada por el primer grupo...no sólo existen diversas historias, sino que hay muchas cronologías, muchos tiempos... ¡Muchas historias, muchas áreas, muchos tiempos! Uno se queda alucinado al compendiar tanta diversidad dentro de cualquier síntesis o fórmula empíricamente definida. No puede hacerse, ni de forma empírica ni de manera pragmática.

Con este punto de partida, lo mejor que el investigador puede alcanzar es lo que Michael Mann⁶⁰ denomina como el “método aproximado” o lo que Jean-Paul Sastre⁶¹ califica como “desorden racional” – un conjunto de múltiples vectores históricos en una especie de revoltijo ordenado. Después de todo⁶², “las sociedades están siempre más desordenadas que las teorías que podemos tener sobre ellas” y la eventualidad, los accidentes y la incertidumbre son compañeros constantes en los procesos históricos mundiales. Para Mann y otros sociólogos históricos englobados en la misma categoría, puede que no exista ninguna corriente histórica que detente una primacía esencial. Al abarcar la complejidad de la historia mundial y al aceptar los múltiples diseños de las causalidades se tiende hacia una visión inductiva que se construye *desde* la historia *hasta* las abstracciones de nivel medio⁶³. Los beneficios de tal visión son claros – en términos de matiz, detalle y sensibilidad, la Sociología Histórica de este tipo no tiene rival.

Sin embargo, un enfoque de estas características también tiene sus inconvenientes. Otorgando tal énfasis a la eventualidad, al accidente y a la particularidad, cabe la posibilidad de que ciertos aspectos comunes, importantes y reseñables, sean obviados. En muy última instancia, se corre el riesgo de sobredeterminación, aportando una lista de causas que incluya toda clase de factores débiles o insignificantes en un intento vano por proveer una explicación total. Peor aún, una visión tal puede desembocar en la arbitrariedad, la incoherencia y, por último, en la negatividad, convirtiéndose en análisis más que en teoría; sacrificando lo esencial por la falta de claridad. Sólo porque el mundo es complejo no significa que no se pueda conocer. Incluso si no podemos ver las cosas tal y como “son realmente”, todavía es posible elaborar referencias apropiadas y metáforas que estipulen narraciones convincentes en el ocaso de la historia mundial. La mayor parte del tiempo, tal y como Eric Ringmar⁶⁴ señala, el procedimiento de búsqueda de “verlo como” tropieza con un conjunto de significados relativamente estables. Y aquí debería existir poca inhibición al valorar una explicación frente otra. Aceptar la particularidad no significa abandonar todo intento por evaluar otras reivindicaciones sobre la verdad, relacionadas con los ritmos causales que puntúan los procesos históricos mundiales. Al contrario, la generación de narraciones causales dota de medios para contar historias superiores – estudios causales que buscan explicar los elementos más importantes dentro de procesos sociales complejos y dar sentido a las producciones, las reproducciones, las reformas y las transformaciones estructurales⁶⁵.

Nisbet, así como otros investigadores de este campo, está sin lugar a duda en lo cierto cuando insiste en que la explicación social coincide con los acontecimientos que han ocurrido a lo largo de la Historia. En este punto merece de nuevo la pena volver al trabajo de Giovanni Sartori⁶⁶. Éste proponía que el trabajo científico-social se moviera en una carrera de abstracción, extendiéndose desde abstracciones generales (género), pasando por taxonomías de nivel medio (clase), hasta análisis empíricos (especies). Para este autor, los científicos sociales hubieran sido más considerados empezando con abstracciones de nivel medio o hipótesis, y trabajando en todos los niveles de la abstracción, comprobando si sus intuiciones coinciden mejor con conceptos generales y con el material empírico disponible. Para Sartori, el proceso de “viaje conceptual”

puede generar “contenedores de hechos” (universales empíricos) encaminados a desentrañar la interacción entre la homogeneidad y la heterogeneidad, y que combinan adquisiciones explicativas con un alto nivel de contenido empírico. Posteriormente denominado como “escala de la generalidad” por David Collier y James Mahon⁶⁷ el método de Sartori parece casar bien con la sociología histórica, permitiendo que conceptos, categorías y regularidades causales sean evaluados rigurosamente desde la perspectiva espacio-temporal, y en base a procesos teóricamente compilatorios de taxonomías y esquemas clasificatorios viables.

Cuatro dimensiones de la sociología histórica

Tal y como se ha desarrollado, los erizos y los zorros tratados en la sociología histórica han planteado cuestiones importantes, han investigado interesantes misterios, han procurado hipótesis compilatorias, y han ofrecido un despliegue de estudios empíricos sobre temas que varían desde la transición del feudalismo al capitalismo hasta el desarrollo de costumbres. En este apartado del artículo, voy más allá de los amplios parámetros de la sección anterior, con el fin de perfilar cuatro reglas básicas que comparten tanto los erizos como los zorros: el realismo ontológico, la búsqueda de *principia media*, la aplicación sustantiva de trabajos teóricos y metodológicos, y un compromiso normativo vocacional manifiesto con los acontecimientos y los procesos que conforman el mundo de la política. Considerando las cuatro conjuntamente, mi argumento es que éstas constituyen la imaginación sociológico-histórica.

El realismo ontológico

No hay ningún marco perfecto para la construcción de la teoría. En consecuencia, como C. Wright Mills⁶⁸ advierte, sobre la base de una ontología sencilla se pueden crear “limitaciones transhistóricas” en las que la historia es manipulada sin dejar que siga su curso normal. No obstante, el actual marco ontológico en el que la mayoría de la ciencia social opera, como señalan Heikki Patomaki y Colin Wright⁶⁹, emplea en la investigación una camisa de fuerza similar. Patomaki y Wright reivindican que la presente elección de la que disponen los estudios es mayor a la que existe entre dos formas de realismo similares: el realismo que recopila datos (el empírico, basado en

fenómenos, propio de los racionalistas) y el realismo como lenguaje (el lingüístico, intersubjetivo, propio de los pospositivistas). Desde esta perspectiva, la realidad se reduce bien a la experiencia inmediata bien a un objeto de discurso, creando un campo de problemas ontológicos respaldado por diferencias epistemológicas secundarias.

La atención de los sociólogos históricos contemporáneos, tal y como ocurrió con los teóricos sociales clásicos, es distinta de lo que perfila esa camisa de fuerza; se centra en la realidad subyacente que dibuja el entorno de las acciones, los acontecimientos y los procesos diarios. Este realismo ontológico subyacente⁷⁰ se ocupa principalmente de las estructuras que se ciñen a percepciones y experiencias, al tiempo que permiten que haya una superficie de capacidades, tendencias y potenciales que, hasta cierto punto, subyace detrás del entendimiento de los individuos y de los organismos⁷¹. El objeto de la Sociología Histórica tuvo en el pasado, y hoy por hoy tendría también, que iluminar esas estructuras y tendencias. Éste es el motivo por el que muchos sociólogos históricos han centrado su atención en procesos de cambio radical, tal y como Mann⁷² lo define, “episodios” – es precisamente en esos momentos en que las tendencias estructurales se revelan, se producen, se reafirman, se renuevan y se reformulan⁷³. Por su parte, Dennis Smith⁷⁴ señala que “uno de los objetivos de la Sociología Histórica debería ser distinguir entre puertas abiertas y paredes de ladrillos, y descubrir cómo y con qué consecuencias los muros pueden tirarse abajo”.

Es más, la sociología histórica ofrece como uno de sus imperativos principales, una explicación de la evolución de la historia. Al reconocer la complejidad de los procesos históricos mundiales y coincidiendo en que numerosas causas están detrás de lo que Charles Hill denomina “procesos maestros”, no se quiere decir que se abdicue de la tarea central de establecer los ponentes principales que dirigen estos procesos así como los colores principales que los definen. Pero, en vez de subsumir o encubrir conclusiones bajo las siempre disponibles “leyes de cobertura” hempelianas, la sociología histórica tiene como objeto procurar abstracciones conceptuales dentro del programa de investigación de la SHRRII que, puestas en común con los trabajos empíricos, dan lugar a marcos explicativos que permanecen frente a los vaivenes de la Historia mundial.

Principia media

El programa de investigación de la SHRRII tiene como objetivo principal el compromiso de profundizar en el realismo. Igualmente importante es el trabajo de la sociología del conocimiento llevado a cabo por Kart Mannheim⁷⁵, Peter Berger, Thomas Luckmann⁷⁶ y otros, que concibe el conocimiento adquirido en el mundo social como intrínsecamente relacional más que aislado o autónomo. De ahí, el mundo social no se revela a través de abstracciones sincrónicas sino mediante conceptualizaciones *diacrónicas*. Robert Nisbet⁷⁷ escribe que la tradición de las ciencias sociales en occidente ha emergido hasta cierto punto fuera del interés de los griegos por la *physis* – el estudio de los orígenes y del crecimiento de las cosas. Como resultado, el hecho de existir era una cuestión de comienzo para los teóricos sociales clásicos –explicar el cambio, el desarrollo y el crecimiento se convierte en la labor central de la teoría social. El medio por el que se aclaran los flujos complejos de los procesos históricos mundiales era visto como una causalidad. Por lo tanto, la sociología histórica consistía en establecer a través del tiempo y del espacio, la paz y el *principia media* de Mannheim – el movimiento de costumbres sociales, relaciones y tendencias. Esta tarea, en mi opinión, puede verse como una condición *sine qua non* en la sociología histórica. A continuación, el segundo objetivo es proporcionar un orden, una jerarquía, una prioridad en los que enmarcar esos flujos, clasificándolos entre lo que Aristóteles define como “causas inevitables” y “causas accidentales”, o lo que Weber describe como causalidad “idónea” y “fortuita” al tiempo que Nisbet considera que hay causas “originales”, “formales”, motrices” y “finales”. La búsqueda del *principia medium* se basa en las tendencias concretas que subyacen a la evolución histórica mundial a través del tiempo y del espacio.

La Sociología Histórica opera por consiguiente gracias a una caja de herramientas dual esencial compuesta por el realismo ontológico y el relacionismo epistemológico. Se entiende aquí que existe una realidad social marcada pero también se desprende claramente que las relaciones sociales se dan en las interrelaciones constituidas con los demás, de ahí de la necesidad de cuestionar las diferencias, la multiplicidad y las interacciones en un contexto definido, e ir más allá de puntos de

vista estrictos. Más que comparar hechos sociales estáticos, esta manera de buscar comprende el estudio de las relaciones, las conexiones y los procesos que sustentan el mundo social. En primer lugar, incluye una extensión temporal en el pasado. Pero también requiere un examen concomitante de la relación espacial entre las sociedades y los grupos que se crean, en otras palabras, un enfoque intersocietario o intersocial. Si hay un motivo que esté detrás de la Sociología Histórica, éste es “no olvidar nunca jamás el tiempo y el espacio”.

Aplicación, aplicación, aplicación

Metodológicamente, la Sociología Histórica es promiscua: puede ser bien inductiva, bien deductiva; llevada fuera del macro a un micro nivel o a un meso nivel; estar basada en la teoría causal o en la teoría constitutiva; y ser conducida desde la etnografía hasta el entendimiento (*verstehen*). En uno de los extremos, la promoción de la elección racional de la Sociología Histórica de Michael Hecter⁷⁸, Edgar Kiser⁷⁹ es un intento que genera un gran debate que ha contribuido a la obtención de relevantes trabajos sobre el relacionismo⁸⁰, la dependencia patológica⁸¹, la temporalidad⁸², el institucionalismo histórico⁸³ y otras grandes empresas.

En el otro extremo se encuentran las sociologías histórico-culturales, poscoloniales y las pertenecientes a la “tercera ola”, muy bien contempladas en el trabajo de Craig Calhoun⁸⁴ e introducidas en la disciplina de las Relaciones Internacionales por Steve Smith⁸⁵, entre otros⁸⁶.

Sin embargo, últimamente, la Sociología Histórica sólo presupone una estructura metodológica: la que se aplica. Ofrece una combinación fuerte de la Historia (el transcurso de por qué pasan las cosas, cuando y cómo) con la Sociología (una explicación de por qué es relevante).

Se realiza la pregunta sencilla pero imponente ¿Y entonces qué? Sin una aplicación práctica, la Sociología Histórica pierde su doble fortaleza, al tiempo que se minimiza su valor. Muchos de los debates actuales en las Relaciones Internacionales y demás ciencias sociales presentan cicatrices causadas por peleas centenarias al redefinir los espacios fronterizos que se han ido construyendo para delimitar zonas y

salvaguardar los conocimientos especializados. El resultado es una empresa científico-social partida en la que las distinciones ontológicas son la manera adecuada de análisis y las divisiones disciplinarias se han equivocado por las de carácter sustantivo. Uno de los beneficios de la Sociología Histórica es la negativa de ver esas dicotomías desmesuradas en apariencia como incorregibles. Por lo tanto, las cuestiones de estructura institucional, el binomio macro-micro y el de positivismo-postpositivismo no se conciben como problemas teóricos, ontológicos o metodológicos sino como problemas sustantivos – en otras palabras, estamos ante el estudio de cómo se constituye en tiempo y espacio el ser humano dentro de las estructuras sociales.

En este sentido, la agencia humana no descansa fuera de la historia sino *en* la historia⁸⁷. Y más que reinventar los *Métodos de conflicto ad infinitum* (Methodenstreit ad infinitum) o los juegos de salón *ad nauseum* filosóficos, la Sociología Histórica se arraiga en la aplicación sustantiva de las relaciones sociales tal y como están constituidas en el tiempo y el espacio, a la que le sigue el examen de hasta qué punto esos procesos y hechos sociales pueden generalizarse.

La vocación

La promiscuidad metodológica de la Sociología Histórica queda cercada gracias a la amplitud de temas sustantivos a tratar. Aunque ha habido una predilección general por las grandes cuestiones – cambio sistemático, procesos de formación estatutarios, guerras, revoluciones y demás- muchas escalas de intervención pequeñas a un meso nivel y en microprocesos se revelan imposibles⁸⁸. Lo común en la Sociología Histórica en todas sus variantes es una implicación con el trabajo de compromiso tanto normativo como político que concurre con el compromiso intelectual con el método, la teoría y las cuestiones sustantivas; de ahí la valoración de la Sociología Histórica por Theda Skocpol como “la ciencia social de doble compromiso”.

En este sentido los sociólogos históricos reconocen que los hechos están cargados de significado, pero este valor se encuentra en cuanto a los hechos muy marcado. Y tal y como Patomaki y Wight⁸⁹ ponen de relieve, esto lleva a un deseo simple de explicar los significados de tales hechos y de someterlos a una valoración

crítica. El resultado es una conexión, o quizás una reconexión, entre el mundo de las deliberaciones éticas y el mundo de los procesos causales alejados de las banalidades de los programas de investigación abstracta de “significado libre”, es decir, “huérfanos de la revolución científica”⁹⁰. La Sociología Histórica permanece en contraste directo con estos acercamientos en los que Skocpol⁹¹ señala “conspirar para saber cada vez más sobre menos y menos”.

De ahí, la mayor parte del mundo académico contemporáneo ejerce una crítica sobre la confusión entre los medios y los objetivos que se observa en las Relaciones internacionales, así como que la restricción ejercida por la burocracia hacia la libertad intelectual. La aplicación de la Sociología Histórica como una vocación promete un doble compromiso (tanto político como intelectual) que marca una vuelta a las implicaciones del análisis social clásico. La imaginación de la Sociología Histórica como tal favorece el análisis de cuestiones y problemas sustantivos más que de acercamientos técnicos hechos premisas y evaluados sobre la base de la pureza metodológica. En este sentido, es más humanística que abstracta, al tiempo que busca conectar el mundo de la agencia humana y luchar frente a las fuerzas estructurales, aparentemente impersonales, que parecen que encontrarse bajo nuestro control. Considera como tema central las relaciones humanas y su articulación y cristalización en condiciones históricas reales. Por encima de todo esto, promete un estudio desde el “nosotros” más que desde el “ellos” o el “ello”.

La SHRRII es, no obstante, una empresa que respeta las particulares complejidades de las especializaciones históricas y académicas, mientras que al mismo tiempo permanece en guardia y comprometida con los intereses comunes que caracterizan el trabajo en la tradición de las ciencias sociales clásicas y que sostienen un compromiso normativo amplio con la política y sus materiales primarios. Los beneficios potenciales de la Sociología Histórica que se dan en las Relaciones Internacionales se multiplican por tres⁹²: el rechazo de categorías eternas y universales y su sustitución por las teorías multilineares de la evolución histórica mundial; la posibilidad de una más efectiva periodización en las Relaciones Internacionales; y la capacidad que la SHRRII concede para acabar con las suposiciones dadas sobre algunos conceptos y mitos

centrales que están en el origen de la disciplina. El resultado conjunto, como señala Dennis Smith⁹³, es un “proceso de exploración interminable”. Y ese es el espíritu de exploración que mejor capta la imaginación de la Sociología Histórica.

*George **LAWSON** es profesor del Departamento de Ciencias Políticas, Goldsmiths College, University of London.

g.lawson@gold.ac.uk

Artículo traducido por Violeta **BELTRÁN**

Bibliografía

ABRAMS, P. *Historical Sociology*, Open Books, Shepton Mallet, Somerset, 1982.

ADAMS, J., CLEMENS E., y ORLOFF, A. (eds.) *Remaking Modernity*, Duke University Press, Londres, 2005.

AMINZADE, R. “Historical Sociology and Time” en *Sociological Methods and Research* 20(4), 1992, ps. 456–480.

ARON, R. *History, Truth and Liberty: Selected Writings*, University of Chicago Press, Chicago, 1986.

BARNETT, M. “Historical Sociology and Constructivism: An Estranged Past. A Federated Future?” en Stephen HOBDEN, S., y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

BERGER, P. y LUCKMANN, T. *The Social Construction of Reality*, Penguin, Londres, 1967.

BERLIN, I. *The Hedgehog and the Fox*, Simon and Schuster, New York, 1953.

BHASKAR, R. *Scientific Realism and Human Emancipation*, Verso, Londres, 1986.

BHASKAR, R. *A Realist Theory of Science*, Verso, Londres, 1979.

BRAUDEL, F. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II 2 Vols.*, Fontana, Londres, 1972.

BROOKS, S. y WOHLFORTH W. “Hard Times for Soft Balancing” en *International Security*, 30(1), 2005, ps.72–108.

BUZAN, B. *From International to World Society?*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

BUZAN, B. and LITTLE, R. *International Systems in World History*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

CALHOUN, C. ‘The Rise and Domestication of Historical Sociology’ en McDONALD, T.J (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Harbor, 1996.

CALHOUN, C. “Why Historical Sociology?”, en DELANTY, G. e ISIN, E. (eds.), *Handbook of Historical Sociology*, Sage, Londres, 2003.

CARRUTHERS, B. “Frontier Arbitrage” en *Newsletter of the American Sociological Association Comparative and Historical Sociology Section* 17(1), 2005, ps. 3–6.

CHRISTENSEN, T. y SNYDER, J. “Chain Gangs and Passed Bucks: Predicting Alliance Patterns in Multipolarity” en *International Organization* 44(2), 1990, ps. 137–168.

CHRISTENSEN, T. *Useful Adversaries*, Princeton University Press, Princeton, 1997.

COLLIER, A. *Critical Realism*, Verso, Londres, 1994.

COLLIER, D. y MAHON, J.E. “Conceptual Stretching Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis” en *American Political Science Review* 87(4), 1993, ps. 845–855.

DIMAGGIO, P. y POWELL, W. *The Iron Cage Revisited: Conformity and Diversity in Organizational Fields*, Yale University Press, New Haven, 1982.

ELMAN, C. y ELMAN F. E. (eds.) *Progress in International Relations Theory* Massachusetts: MIT Press, Cambridge, 2003.

EMIRBAYER M. “Manifesto for a Relational Sociology” en *American Journal of Sociology*, 103(2), 1997, ps. 81–317.

FINNEMORE, M. “Constructing Norms of Humanitarian Intervention” en KATZENSTEIN, P.J., (ed.) *The Culture of National Security*, Columbia University Press, New York, 1996.

FINNEMORE, M. *The Purpose of Intervention*, Cornell University Press, Ithaca, 2003.

FREEDEN, M. *Ideology: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

GIDDENS, A. *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press, Cambridge, 1984.

GIDDENS, A. *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, Stanford, 1991.

GILLS, B. “World Systems Analysis, Historical Sociology and International Relations: The Difference a Hyphen Makes”, en Hobden, S., y HOBSON, J., (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

GILPIN, R. *War and Change in World Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

GOLDSTONE, J. “Initial Conditions, General Laws, Path-Dependence, and Explanation in Historical Sociology” *American Journal of Sociology* 104(3), 1998, ps. 829–845.

GOLDTHORPE, J. “The Uses of History in Sociology: Reflections on Some Recent Tendencies” en *British Journal of Sociology* 42(2), 1991, ps. 211–230.

GOULD, R. (ed.) *The Rational Choice Controversy in Historical Sociology*, University of Chicago Press, Chicago, 2005.

GOULDNER, A. *The Coming Crisis of Western Sociology*, Basic Books, New York, 1970.

HACKING, I. *The Social Construction of What?* Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

HALLIDAY, F. *Revolution and World Politics*, Macmillan, London, 1999.

HECHTER, M. “Rational Choice Theory and Historical Sociology” en *International Social Science Journal* 133, 1992, ps. 376–383.

HECHTER M. y KISER, E. “The Debate on Historical Sociology: Rational Choice Theory and its Critics” en *American Journal of Sociology* 104(3), 1998, ps.785–816.

HOBDEN, S. y HOBSON J. (eds.) *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

HOBSON, J. “What’s at Stake in Bringing Historical Sociology Back into International Relations?” en HOBDEN, S. y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

HOBSON, J. *The Eastern Origins of Western Civilisation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

HOBSON, J. “Eurocentrism and Neorealism in the ‘Fall of Mann: Will the Real Mann Please Stand Up?’” en *Millennium* 34(2), 2005, ps. 517–527.

HOFFMAN, S. *Contemporary Theory in International Relations*, Prentice-Hall, Mew York, 1960.

HOLLIS, M. *The Philosophy of Social Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

IKENBERRY, J. G. *After Victory: Institutions, Strategic Restraint and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton University Press, Princeton, 2003.

JACKSON, P. T. y NEXON, D. H. “Relations Before States” en *European Journal of International Relations* 5(3),1999, ps. 291–332.

JERVIS, R. *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1976.

KAPLAN, R. “The Coming Anarchy” en *The Atlantic Monthly*, February 1994, ps. 44–76.

KISER, E. “The Revival of Narrative in Historical Sociology: What Rational Choice Theory Can Contribute” en *Politics and Society* 24(3), 1996, ps. 249–271.

KRASNER, S. *Sovereignty: Organized Hypocrisy*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

KUHN, T. *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago University Press, Chicago, 1962.

LAWSON, G. *Negotiated Revolutions: The Czech Republic, South Africa and Chile*, Ashgate, Aldershot, 2005a.

LAWSON, G. “The Social Sources of Life, the Universe and Everything: A Conversation with Michael Mann” en *Millennium*, Vol. 34(2), 2005b, ps. 477–508.

LAWSON, G. “The Promise of Historical Sociology in International Relations” en *International Studies Review* 8(2), 2006, In Press.

LAYNE, C. “The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise” en *International Security* 17(4), 1993, ps. 5–51.

LINKLATER, A. *The Transformation of Political Community*, Polity, Cambridge, 1998.

MAHONEY, J. “Path Dependence in Historical Sociology” en *Theory and Society* 29(4), 2000, ps.507–548.

MAHONEY, J. *The Legacies of Liberalism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001.

MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1: A History of From the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 2: The Rise of Classes and Nation-States, 1760–1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

MANNHEIM, K. *Ideology and Utopia*, Routledge, Londres, 1960.

MCDONALD, T. (ed.) *The Historical Turn in the Human Sciences*, Michigan: University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996.

MEARSHEIMER, J. “Back to the Future: Instability in Europe After the Cold War” en *International Security* 15(4), 1990, ps. 5–56.

MEARSHEIMER, J. “The False Promise of International Institutions” en *International Security* 19(3), 1995, ps. 5–49.

MILLS, C. W. *The Sociological Imagination*, Oxford University Press, New York, 1959.

NISBET, R. *Social Change and History*, Oxford University Press, Oxford, 1969.

ORGANSKI, A. F. K. *World Politics*, Knopf, New York, 1968.

ORGANSKI, A. F. K. y KUGLER, J. *The War Ledger*, University of Chicago Press, Chicago, 1980.

OSIANDER, A. “Sovereignty, International Relations and the Westphalian Myth” en *International Organization* 55(2), 2001, ps. 251–287.

PAUL, T.V. “Soft Balancing in an Age of US Primacy”, en *International Security* 30(1), 2005, ps. 46–71.

PAPE, R. “Soft Balancing Against the United States” en *International Security* 30(1), 2005, ps. 7–45.

PATOMAKI, H. y WIGHT, C. “After Postpositivism? The Promises of Critical Realism” en *International Studies Quarterly* 44(2), 2000, ps. 213–237.

PIERSON, P. *Politics in Time*, Princeton University Press, Princeton, 2004.

POPPER, K. *The Poverty of Historicism*, Routledge, Londres, 1957.

POPPER, K. *The Open Society and its Enemies*, Routledge, Londres, 1962.

PRICE, R. y TANNENWALD, N. “Norms and Deterrence: The Nuclear and Chemical Weapons Taboos” en KATZENSTEIN, P.J. (ed.) *The Culture of National Security*, New York: Columbia University Press, 1996.

PUCHALA, D. *Theory and History in International Relations*, Routledge, Londres, 2003.

REUS-SMIT, C. “The Constitutional Structure of International Society and the Nature of Fundamental Institutions” en *International Organization* 51(4), 1997, ps. 555–589.

REUS-SMIT, C. *The Moral Purpose of the State*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

RINGMAR, E. “On the Ontological Status of the State” en *European Journal of International Relations* 2(4), 1996, ps. 439–466.

ROSENBERG, J. *The Empire of Civil Society*, Verso, Londres, 1994a.

ROSENBERG, J. “The International Imagination” en *Millennium* 23(1), 1994b, ps. 85–108.

ROSENBERG, J. “Globalisation Theory: A Post-Mortem” en *International Politics* 42(1), 2005, ps. 2–74.

ROSENBERG, J. ‘The Concept of Uneven and Combined Development’ en *European Journal of International Relations* 12(3), 2006, In Press.

SARTORI, G. “Concept Misinformation in Comparative Politics” en *American Political Science Review* 64(4), 1970, ps. 1033–1053.

SCHWELLER, R.L. *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler’s Strategy of World Conquest*, Columbia University Press, New York, 1998.

SEABROOKE, L. *The Social Sources of Financial Power*, Cornell University Press, Ithaca, 2006.

SEWELL, W. H. *Logics of History*, University of Chicago Press, Chicago, 2005.

SKOCPOL, T. “Doubly Engaged Social Science: The Promise of Comparative Historical Analysis” en MAHONEY, J. y RUESCHEMEYER, D. (eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

SMITH, D. *The Rise of Historical Sociology*, Polity, Cambridge, 1991.

SMITH, S. “Historical Sociology and International Relations Theory” en HOBDEN, S. y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

SOMERS, M. “We're No Angels: Realism, Rational Choice, and Relationality in Social Science” en *American Journal of Sociology* 104(3), 1998, ps. 722–784.

SPRUYT, H. *The Sovereign State and its Competitors*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

STEINMETZ, G. “A Disastrous Division” en *Newsletter of the American Association Comparative and Historical Sociology Section* 17(1), 2005, ps. 7–11.

STEINMO, S. THELEN, K. y LONGSTRETH, F. (eds) *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

STERLING-FOLKER, S. *Theories of International Cooperation and the Primacy of Anarchy*, State University of New York Press, Albany, New York, 2002.

STREECK, W. y THELEN, K. (eds.) *Beyond Continuity*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

SUGANAMI, H. “Agents, Structures, Narratives” en *European Journal of International Relations*, 5(3), 1999, ps. 365–386.

TESCHKE, B. *The Myth of 1648*, Verso, Londres, 2003.

TETLOCK, P. *Expert Political Judgement: How Good is It?* Princeton University Press, Princeton, 2005.

THELEN, K. *How Institutions Evolve*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

TILLY, C. *Coercion, Capital, and European States, AD990–1990*, Blackwell, Oxford, 1988.

TILLY, C. *Why (and How) Things Happen*, Lecture at the London School of Economics, 8 September 2005.

VASQUEZ, J. A. “The Realist Paradigm and Degeneration Versus Progressive Research Programs” en *American Political Science Review* 91(4), 1997, ps. 899–912.

WALLERSTEIN, I. *Historical Capitalism, with Capitalist Civilization*, Verso, Londres, 1995.

WALT, S. *The Origins of Alliances*, Cornell University Press, Ithaca, 1987.

WALTZ, K. *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading, MA, 1979.

WALTZ, K. “The Emerging Structure of International Politics” en *International Security* 18(2), 1993, ps. 44–79.

WALTZ, K. “Structural Realism after the Cold War” en *International Security* 25(1), 2000, ps. 5 - 41.

WATSON, A. *The Evolution of International Society*, Routledge, Londres, 1992.

WEBER, M. *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, University of California Press, Berkeley, 1978.

WOHLFORTH, W. *The Elusive Balance*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.

WOHLFORTH, W. “The Stability of a Unipolar World” en *International Security* 24(1), 1999, ps. 5 –41.

ZAKARIA, F. *From Wealth to Power*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

¹ ARON, R. *History, Truth and Liberty: Selected Writings*, University of Chicago Press, Chicago, 1986.

² HOFFMAN, S. *Contemporary Theory in International Relations*, Prentice-Hall, New York, 1960.

- ³ WATSON, A. *The Evolution of International Society*, Routledge, Londres, 1992; SPRUYT, H. *The Sovereign State and its Competitors*, Princeton University Press, Princeton, 1994; BUZAN, B. and LITTLE, R. *International Systems in World History*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- ⁴ OSIANDER, A. "Sovereignty, International Relations and the Westphalian Myth" en *International Organization* 55(2), 2001, ps. 251–287; TESCHKE, B. *The Myth of 1648*, Verso, Londres, 2003.
- ⁵ WALLERSTEIN, I. *Historical Capitalism, with Capitalist Civilization*, Verso, Londres, 1995; GILLS, B. "World Systems Analysis, Historical Sociology and International Relations: The Difference a Hyphen Makes", en Hobden, S., y HOBSON, J., (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002; HOBSON, J. *The Eastern Origins of Western Civilisation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- ⁶ HALLIDAY, F. *Revolution and World Politics*, Macmillan, London, 1999; LAWSON, G. *Negotiated Revolutions: The Czech Republic, South Africa and Chile*, Ashgate, Aldershot, 2005a.
- ⁷ SEABROOKE, L. *The Social Sources of Financial Power*, Cornell University Press, Ithaca, 2006.
- ⁸ ROSENBERG, J. *The Empire of Civil Society*, Verso, Londres, 1994^a; ROSENBERG, J. 'The Concept of Uneven and Combined Development' en *European Journal of International Relations* 12(3), 2006, In Press.
- ⁹ Ésta también constituye un peligro para una actuación de mayor envergadura de la Sociología Histórica. No existe, hasta donde yo conozco, ningún departamento de esta disciplina en el mundo. Al contrario, la división y subdivisión de los temas académicos en escuelas, facultades, departamentos y disciplinas ha servido para extender la Sociología Histórica en horizontal pero no en profundidad. Sin la existencia de una base propia institucional sobre la que construirse, lo que pudiera parecer en primera instancia un festín de Sociología Histórica más bien puede llegar a ser, a través de una inspección más cercana, la pura hambruna.
- ¹⁰ GOULDNER, A. *The Coming Crisis of Western Sociology*, Basic Books, New York, 1970.
- ¹¹ ROSENBERG, J. "The International Imagination" en *Millennium* 23(1), 1994, ps. 85–108.
- ¹² HOBSON, J. "What's at Stake in Bringing Historical Sociology Back into International Relations?" en HOBDEN, S. y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- ¹³ ROSENBERG, J. *The Empire of Civil Society*, Verso, Londres, 1994^a; ROSENBERG, J. 'The Concept of Uneven and Combined Development' en *European Journal of International Relations* 12(3), 2006, In Press.
- ¹⁴ HOBSON, J. *The Eastern Origins of Western Civilisation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- ¹⁵ HALLIDAY, F. *Revolution and World Politics*, Macmillan, London, 1999
- ¹⁶ LINKLATER, A. *The Transformation of Political Community*, Polity, Cambridge, 1998.
- ¹⁷ TESCHKE, B. *The Myth of 1648*, Verso, Londres, 2003.
- ¹⁸ BUZAN, B. and LITTLE, R. *International Systems in World History*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- ¹⁹ PRICE, R. y TANNENWALD, N. "Norms and Deterrence: The Nuclear and Chemical Weapons Taboos" en KATZENSTEIN, P.J. (ed.) *The Culture of National Security*, New York: Columbia University Press, 1996.
- ²⁰ FINNEMORE, M. "Constructing Norms of Humanitarian Intervention" en KATZENSTEIN, P.J., (ed.) *The Culture of National Security*, Columbia University Press, New York, 1996; FINNEMORE, M. *The Purpose of Intervention*, Cornell University Press, Ithaca, 2003.
- ²¹ REUS-SMIT, C. "The Constitutional Structure of International Society and the Nature of Fundamental Institutions" en *International Organization* 51(4), 1997, ps. 555–589.
- ²² BARNETT, M. "Historical Sociology and Constructivism: An Estranged Past. A Federated Future?" en Stephen HOBDEN, S., y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- ²³ ZAKARIA, F. *From Wealth to Power*, Princeton University Press, Princeton, 1999
- ²⁴ SCHWELLER, R.L. *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler's Strategy of World Conquest*, Columbia University Press, New York, 1998.
- ²⁵ WOHLFORTH, W. *The Elusive Balance*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.
- ²⁶ CHRISTENSEN, T. *Useful Adversaries*, Princeton University Press, Princeton, 1997
- ²⁷ STERLING-FOLKER, S. *Theories of International Cooperation and the Primacy of Anarchy*, State University of New York Press, Albany, New York, 2002

- ²⁸ BUZAN, B. *From International to World Society?*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004
- ²⁹ IKENBERRY, J. G. *After Victory: Institutions, Strategic Restraint and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton University Press, Princeton, 2003.
- ³⁰ KRASNER, S. *Sovereignty: Organized Hypocrisy*, Princeton University Press, Princeton, 1999
- ³¹ MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1: A History of From the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986
- ³² MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1: A History of From the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986; MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 2: The Rise of Classes and Nation-States, 1760–1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993
- ³³ TILLY, C. *Coercion, Capital, and European States, AD990–1990*, Blackwell, Oxford, 1988
- ³⁴ CARRUTHERS, B. “Frontier Arbitrage” en *Newsletter of the American Sociological Association Comparative and Historical Sociology Section* 17(1), 2005, ps. 3–6
- ³⁵ Ejemplos ilustrativos de la fructífera interdiscipliniedad incluyen el concepto del “equilibrio puntuado”, primeramente acuñando por el biólogo Stephen Jay Gould para describir los puntos de cambio en los que periodos largos de reproducción estable en el marco de sistemas complejos son puntuados por cortos periodos de cambio rápido. El concepto de Gould ha sido extrapolado a numerosas ciencias académicas de las consideradas como “blandas”. Otro ejemplo pertinente es el concepto de “dependencia del camino” que se originó en la historia académica y se ha utilizado en muchas disciplinas para describir cómo las pequeñas distinciones iniciales se amplifican en el tiempo, convirtiéndose en cismas sustantivos, difíciles de revertir.
- ³⁶ STEINMETZ, G. “A Disastrous Division” en *Newsletter of the American Association Comparative and Historical Sociology Section* 17(1), 2005, ps. 7–11
- ³⁷ Para profundizar sobre el tema, consultar Lawson (LAWSON, G. “The Social Sources of Life, the Universe and Everything: A Conversation with Michael Mann” en *Millennium*, Vol. 34(2), 2005b, ps. 477–508) y Hobson (HOBSON, J. “Eurocentrism and Neorealism in the ‘Fall of Mann: Will the Real Mann Please Stand Up?’” en *Millennium* 34(2), 2005, ps. 517–527).
- ³⁸ Es importante observar que estas categorías son propuestas como instrumentos de análisis más que como categorías explicativa concretas. Como tales, las fronteras entre ellas no deberían ser sobrepasadas ni presionadas hasta la artificialidad, la superficialidad, y finalmente, la absurdidad.
- ³⁹ BERLIN, I. *The Hedgehog and the Fox*, Simon and Schuster, New York, 1953
- ⁴⁰ Karl Popper dirigió el ataque que tuvo lugar en el siglo XX contra la inducción en numerosos textos (por ejemplo, 1957). Popper organizó y aglutinó un variado abanico de personalidades para que se uniesen a él en esta empresa, incluyendo a Albert Einstein, que le apoyó hasta el punto de precisarle en una carta dirigida a él (POPPER, K. *The Open Society and its Enemies*, Routledge, Londres, 1962, p.492), “la teoría no puede ser fabricada fuera de los resultados de las observaciones, pero debe ser inventada”.
- ⁴¹ WALLERSTEIN, I. *Historical Capitalism, Op. cit*
- ⁴² GIDDENS, A. *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, Stanford, 1991
- ⁴³ ROSENBERG, J. ‘The Concept of Uneven and Combined Development’ en *European Journal of International Relations* 12(3), 2006, In Press
- ⁴⁴ El debate entre la Escuela austriaca y la Escuela de Historia alemana sobre el método científico era conocido como la *Methodenstreit*. Frente al primer grupo, la Escuela de Historia alemana defendía que, más que centrarse en tópicos universales ejemplificados en el *homo economicus*, la línea seguida por los economistas clásicos defendía que los procesos económicos operaban dentro de un marco social que era conformado por fuerzas culturales e históricas sucesivamente. Así, Gustav Schmoller y sus colegas eran partidarios de una investigación comparada e histórica que pudiera descubrir las propiedades *distintivas* de los sistemas económicos. El núcleo de los debates sobre la *Methodenstreit* primera continúa reverberando en las ciencias sociales contemporáneas: hasta qué punto las acciones de las personas están modeladas por sus contextos sociales, históricos y normativos frente a los que consideran a los individuos universalmente como *homo politicus* u *homo economicus*; preferencias generadas exógenamente por las instituciones sociales o como resultado endógeno de impulsos originales; la racionalidad como una amplia categoría que abarca una variedad de motivaciones *versus* la racionalidad como una limitada y estrecha esfera de maximización de la utilidad.
- ⁴⁵ POPPER, K. *The Poverty of Historicism*, Routledge, Londres, 1957, p. 38

⁴⁶ Popper debe esta analogía al poeta alemán Novalis, “*las hipótesis son redes: sólo el que las lanza recoge*”.

⁴⁷ KUHN, T. *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago University Press, Chicago, 1962

⁴⁸ Como advierte Staley Hoffman (HOFFMAN, S. *Contemporary Theory in International Relations*, Prentice-Hall, Mew York, 1960, p.44) muchas de estas teorías suponen “un triunfo de la forma sobre la sustancia”.

⁴⁹ Por supuesto, el neorrealismo contiene una teoría de cambio sistémico; una gran parte del mismo originado en la teoría de la transición pero sólo cuando es llevado a cabo a través de la vía de la guerra. Sobre este tema, consultar, Organski (ORGANSKI, A. F. K. *World Politics*, Knopf, New York, 1968), Organski y Kugler (ORGANSKI, A. F. K. y KUGLER, J. *The War Ledger*, University of Chicago Press, Chicago, 1980), y Gilpin (GILPIN, R. *War and Change in World Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1981).

⁵⁰ Consultar, por ejemplo, Wohlforth (WOHLFORTH, W. *The Elusive Balance*, Cornell University Press, Ithaca, 1993)

⁵¹ Sobre polaridad, consultar Waltz (WALTZ, K. *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading, MA, 1979), Gilpin (GILPIN, R. *War and Change in World Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1981), Walt (WALT, S., *The Origins of Alliances*, Cornell University Press, Ithaca, 1987), Christensen y Snyder (CHRISTENSEN, T. y SNYDER, J. “Chain Gangs and Passed Bucks: Predicting Alliance Patterns in Multipolarity” en *International Organization* 44(2), 1990, ps. 137–168), Layne (LAYNE, C. “The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise” en *International Security* 17(4), 1993, ps. 5–51), Schweller (SCHWELLER, R.L. *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler’s Strategy of World Conquest*, Columbia University Press, New York, 1998), Wohlforth (WOHLFORTH, W. “The Stability of a Unipolar World” en *International Security* 24(1), 1999, ps. 5–41), y Waltz (WALTZ, K. “Structural Realism After the Cold War” en *International Security* 25(1), 2000, ps. 5–41); sobre *soft balance*, consultar Pape (PAPE, R. “Soft Balancing Against the United States” en *International Security* 30(1), 2005, ps. 7–45), Paul (PAUL, T.V. “Soft Balancing in an Age of US Primacy”, en *International Security* 30(1), 2005, ps. 46–71), y Brooks y Wohlforth (BROOKS, S. y WOHLFORTH W. “Hard Times for Soft Balancing” en *International Security*, 30(1), 2005, ps.72–108).

⁵² Sobre la degeneración neorrealista, consultar Vasquez (VASQUEZ, J. A. “The Realist Paradigm and Degeneration Versus Progressive Research Programs” en *American Political Science Review* 91(4), 1997, ps. 899–912); sobre su progreso, Elman y Elman (ELMAN, C. y ELMAN F. E. (eds.) *Progress in International Relations Theory* Massachusetts: MIT Press, Cambridge, 2003). Un argumento paralelo es elaborado por Philip Tetlock (TETLOCK, P. *Expert Political Judgement: How Good is It?* Princeton University Press, Princeton, 2005). Este autor defiende que los especialistas, en su ámbito, no son realmente tan buenos en la predicción de los hechos como los no especialistas, presentando una tendencia a extrapolar desde el pasado al futuro. Aunque esto no es tan sorprendente. Los expertos no son observadores neutrales sino partidarios que tienen un interés personal en explicar y predecir una cadena de acontecimientos. Así, presentan una tendencia innata hacia el sesgo y el pensamiento grupal – punto este bien subrayado hace treinta años por Robert Jervis (JERVIS, R. *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1976) y más recientemente por Michael Freedden (FREEDEN, M. *Ideology: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2003). Para consultar algunos ejemplos ilustrativos de ciertos *erizos* en las Relaciones Internacionales, en su intento por incorporar evidencias poco útiles y predecir grandes eventos en política internacional, consultar el artículo de Robert Kaplan (KAPLAN, R. “The Coming Anarchy” en *The Atlantic Monthly*, February 1994, ps. 44–76), que predijo la inminente disolución de Canadá, y los elaborados por John Mearsheimer (MEARSHEIMER, J. “Back to the Future: Instability in Europe After the Cold War” en *International Security* 15(4), 1990, ps. 5–56; MEARSHEIMER, J. “The False Promise of International Institutions” en *International Security* 19(3), 1995, ps. 5–49) quien, después del colapso de la Unión Soviética, predijo la ruptura de la Unión Europea y la disolución la OTAN, y abogó por ceder tecnología nuclear a Alemania para que pudiera actuar como elemento disuasorio frente a la agresión soviética (a pesar de las preocupaciones de Mearsheimer sobre una potencial invasión alemana sobre Polonia, y una guerra entre Hungría y Rumania).

⁵³ HOFFMAN, S. *Contemporary Theory in International Relations*, Prentice-Hall, Mew York, 1960, p.135

⁵⁴ SARTORI, G. “Concept Misinformation in Comparative Politics” en *American Political Science Review* 64(4), 1970, ps. 1033–1053

- ⁵⁵ Sobre la pobreza de aquél, consultar Spruyt (SPRUYT, H. *The Sovereign State and its Competitors*, Princeton University Press, Princeton, 1994); para éste último, consultar Rosenberg (ROSENBERG, J. "Globalisation Theory: A Post-Mortem" en *International Politics* 42(1), 2005, ps. 2–74)
- ⁵⁶ GIDDENS, A. *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press, Cambridge, 1984
- ⁵⁷ Mi agradecimiento a Justin Rosenberg por su ayuda en la comprensión de Giddens en este punto
- ⁵⁸ GOLDTHORPE, J. "The Uses of History in Sociology: Reflections on Some Recent Tendencia" en *British Journal of Sociology* 42(2), 1991, ps. 211–230
- ⁵⁹ NISBET, R. *Social Change and History*, Oxford University Press, Oxford, 1969, ps. 240–241
- ⁶⁰ MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1: A History of From the beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 4
- ⁶¹ SMITH, D. *The Rise of Historical Sociology*, Polity, Cambridge, 1991, p.231
- ⁶² MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1*, op. cit, p. 4
- ⁶³ Por supuesto, el método inductivo nunca puede ser "puro" – incluso los historiadores trabajan dentro de categorías generales (deductivas) que actúan como instrumentos orientativos en su investigación.
- ⁶⁴ RINGMAR, E. "On the Ontological Status of the State" en *European Journal of International Relations* 2(4), 1996, ps. 439–466
- ⁶⁵ Acerca de narrativas causales, consultar Suganami (SUGANAMI, H. "Agents, Structures, Narratives" en *European Journal of International Relations*, 5(3), 1999, ps. 365–386); para historias superiores, Tilly (TILLY, C. *Why (and How) Things Happen*, Lecture at the London School of Economics, 8 September 2005).
- ⁶⁶ SARTORI, G. "Concept Misinformation in Comparative Politics" en *American Political Science Review* 64(4), 1970, ps. 1033–1053
- ⁶⁷ COLLIER, D. y MAHON, J.E. "Conceptual Stretching Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis" en *American Political Science Review* 87(4), 1993, ps. 845–855
- ⁶⁸ MILLS, C. W. *The Sociological Imagination*, Oxford University Press, New York, 1959
- ⁶⁹ PATOMAKI, H. y WIGHT, C. "After Postpositivism? The Promises of Critical Realism" en *International Studies Quarterly* 44(2), 2000, ps. 213–237
- ⁷⁰ BHASKAR, R. *A Realist Theory of Science*, Verso, Londres, 1979 y BHASKAR, R. *Scientific Realism and Human Emancipation*, Verso, Londres, 1986; COLLIER, A. *Critical Realism*, Verso, Londres, 1994; HOLLIS, M. *The Philosophy of Social Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; HACKING, I. *The Social Construction of What?* Cambridge University Press, Cambridge, 1999
- ⁷¹ Pero no, por supuesto, fuera de la agencia humana. Aunque ciertas estructuras sociales como el capitalismo, el patriarcado o el tiempo parecen existir fuera o más allá de nosotros, no son más que relaciones sociales, formadas a partir de coyunturas históricas concretas, de acuerdo a un tiempo particular y una constelación espacial. En su esencia son, por lo tanto, el resultado de la agencia humana. Una función central de la investigación de la Sociología Histórica es revisar la producción, la reproducción y, potencialmente, la transformación de estas coyunturas históricas.
- ⁷² MANN, M. *The Sources of Social Power Volume 1: A History of From the beginning to A.D. 1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986
- ⁷³ Para Mann, éste es el punto en el que la ideología se convierte en trascendente (entrañando de esta forma la posibilidad de generar un orden alternativo radical) más que inminente (que atañe a la legitimación del orden existente). Karl Mannheim (MANNHEIM, K. *Ideology and Utopia*, Routledge, Londres, 1960) de forma similar apunta que dicho momento representa un cambio potencial de la ideología a la utopía.
- ⁷⁴ SMITH, D. *The Rise of Historical Sociology*, Polity, Cambridge, 1991, p. 1
- ⁷⁵ MANNHEIM, K. *Ideology and Utopia*, Routledge, Londres, 1960
- ⁷⁶ BERGER, P. y LUCKMANN, T. *The Social Construction of Reality*, Penguin, Londres, 1967
- ⁷⁷ NISBET, R. *Social Change and History*, Oxford University Press, Oxford, 1969
- ⁷⁸ HECHTER, M. "Rational Choice Theory and Historical Sociology" en *International Social Science Journal* 133, 1992, ps. 376–383
- ⁷⁹ KISER, E. "The Revival of Narrative in Historical Sociology: What Rational Choice Theory Can Contribute" en *Politics and Society* 24(3), 1996, ps. 249–271) y otros (véase las distintas contribuciones en Gould (ed.) 2005
- ⁸⁰ EMIRBAYER M. "Manifiesto for a Relational Sociology" en *American Journal of Sociology*, 103(2), 1997, ps. 81–317; SOMERS, M. "We're No Angels: Realism, Rational Choice, and Relationality in

- Social Science” en *American Journal of Sociology* 104(3), 1998, ps. 722–784; JACKSON, P. T. y NEXON, D. H. “Relations Before States” en *European Journal of International Relations* 5(3), 1999, ps. 291–332
- ⁸¹ MAHONEY, J. “Path Dependence in Historical Sociology” en *Theory and Society* 29(4), 2000, ps. 507–548; MAHONEY, J. *The Legacies of Liberalism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001; GOLDSTONE, J. “Initial Conditions, General Laws, Path-Dependence, and Explanation in Historical Sociology” *American Journal of Sociology* 104(3), 1998, ps. 829–845; PIERSON, P. *Politics in Time*, Princeton University Press, Princeton, 2004
- ⁸² AMINZADE, R. “Historical Sociology and Time” en *Sociological Methods and Research* 20(4), 1992, ps. 456–480; McDaniel (ed.) 1996, SEWELL, W. H. *Logics of History*, University of Chicago Press, Chicago, 2005
- ⁸³ DIMAGGIO, P. y POWELL, W. *The Iron Cage Revisited: Conformity and Diversity in Organizational Fields*, Yale University Press, New Haven, 1982; STEINMO, S. THELEN, K. y LONGSTRETH, F. (eds) *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992; THELEN, K. *How Institutions Evolve*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004; STREECK, W. y THELEN, K. (eds.) *Beyond Continuity*, Oxford University Press, Oxford, 2005
- ⁸⁴ CALHOUN, C. ‘The Rise and Domestication of Historical Sociology’ en McDONALD, T.J (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Harbor, 1996; CALHOUN, C. “Why Historical Sociology?”, en DELANTY, G. e ISIN, E. (eds.), *Handbook of Historical Sociology*, Sage, Londres, 2003
- ⁸⁵ SMITH, S. “Historical Sociology and International Relations Theory” en HOBDEN, S. y HOBSON, J. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002
- ⁸⁶ Una excelente colección de artículos sobre la tercera ola de la Sociología Histórica puede ser consultada en Adams, Clemens y Orloff (ADAMS, J., CLEMENS E., y ORLOFF, A. (eds.) *Remaking Modernity*, Duke University Press, Londres, 2005).
- ⁸⁷ Para profundizar sobre estos temas, consultar Mills (MILLS, C. W. *The Sociological Imagination*, Oxford University Press, New York, 1959) y Rosenberg (ROSENBERG, J. “The International Imagination” en *Millennium* 23(1), 1994b, ps. 85–108).
- ⁸⁸ Mabbe, 2007
- ⁸⁹ PATOMAKI, H. y WIGHT, C. “After Postpositivism? The Promises of Critical Realism”, op.cit. ps. 213–237
- ⁹⁰ PUCHALA, D. *Theory and History in International Relations*, Routledge, Londres, 2003
- ⁹¹ SKOCPOL, T. “Doubly Engaged Social Science: The Promise of Comparative Historical Analysis” en MAHONEY, J. y RUESCHEMEYER, D. (eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 412
- ⁹² LAWSON, G. “The Promise of Historical Sociology in International Relations” en *International Studies Review* 8(2), 2006, In Press
- ⁹³ SMITH, D. *The Rise of Historical Sociology*, Polity, Cambridge, 1991, p. 78

*El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados*¹

Michael Mann*

Este ensayo trata de especificar los orígenes, mecanismos y resultados del poder autónomo que posee el Estado en relación a las principales agrupaciones de poder de la «sociedad civil». El argumento se expone de forma general, pero deriva de mi *Sources of social power*², un gran proyecto de investigación empírica en curso sobre el desarrollo del poder en las sociedades humanas. Por ahora, mis generalizaciones son más audaces en materia de sociedades agrarias; en lo que toca a las sociedades industriales, seré más vacilante. Defino el Estado y busco después las implicaciones de dicha definición. Discuto dos partes esenciales de la definición, centralización y territorialidad, en relación con dos tipos de poder estatal, denominados aquí poder *despótico* e *infraestructural*. Defiendo que la autonomía estatal, en las dos formas despótica e infraestructural, procede principalmente de la específica capacidad del Estado de proporcionar una forma de organización *territorialmente centralizada*.

Hoy día no hay necesidad de reconsiderar que la mayoría de las teorías generales del Estado han estado erradas porque han sido reduccionistas. Han reducido el Estado a las estructuras preexistentes de la sociedad civil. Esto es claramente cierto de las tradiciones marxista, liberal y funcionalista de la teoría del Estado, cada una de las cuales ha contemplado el Estado predominantemente como un espacio, una *arena*, en la que las luchas de clases, grupos de interés e individuos se expresan e institucionalizan, y — en las versiones funcionalistas — en la que la voluntad general (o, por usar términos más modernos, los valores esenciales o el consenso normativo) se expresa y cumple. Aunque tales teorías discrepan en muchas cosas, se unen para negar poder autónomo significativo al Estado. Pero pese a la existencia de excelentes críticas a dicho reduccionismo³ y pese a la autocrítica implícita en el constante uso del término

«autonomía relativa» por marxistas recientes⁴, ha seguido aún habiendo una curiosa resistencia a analizar esta autonomía.

Un obstáculo importante ha sido de carácter político. La principal teoría alternativa que *parece* defender la autonomía estatal ha sido asociada con una política bastante poco atractiva. Me refiero a la tradición militarista de teoría del Estado encarnada alrededor de principios de siglo en la obra de escritores predominantemente de habla germánica como Gumplowicz⁵, Ratzenhofer y Schmitt. Ellos concebían el Estado como fuerza física, y como ésta era el primer motor de la sociedad, el Estado militarista era así superior a las estructuras económicas e ideológicas identificadas por las teorías reduccionistas. Pero los méritos científicos de estas teorías fueron rápidamente ahogados por sus asociaciones políticas: con el socialdarwinismo, el racismo, la glorificación del poder del Estado, y después el fascismo. El (profundamente irónico) resultado final fue que la teoría militarista fue derrotada en el campo de batalla por las fuerzas combinadas de Rusia (marxista) y los (liberal democráticos y funcionalistas) aliados occidentales. Poco hemos oído directamente de ella desde entonces. Pero su influencia indirecta se ha dejado sentir, especialmente en los últimos tiempos, a través de la obra de «alemanes buenos» como Weber, Hintze⁶, Rüstow⁷ y el anarquista Oppenheimer⁸, influidos todos ellos en uno u otro grado por la tradición militarista alemana, y cuyos principales trabajos han sido ya traducidos al inglés.

No estoy abogando por un retorno a esta tradición alternativa, ni siquiera a su nivel científico. Pues cuando miramos más de cerca, nos damos cuenta de que normalmente es también reduccionista. El Estado no es aún nada en sí mismo: es simplemente la encarnación de la fuerza física en la sociedad. El Estado no es una arena donde se resuelven asuntos internos económico/ideológicos, más bien es una arena en la que la fuerza militar es interiormente, y sobre todo internacionalmente, movilizada.

Ambos tipos de teoría tienen mérito, pero ambos son parciales. ¿Qué ocurriría si los pusiéramos juntos en una sola teoría? Que armaríamos una teoría esencialmente dual del Estado. Ésta identificaría dos dimensiones: el aspecto interior económico/ideológico del Estado y el aspecto militar internacional de los Estados. En el actual ambiente de sociología comparativa, dominado por un weberianismo marxistizado, el análisis de lo interior se centraría probablemente en las relaciones de clase. Y como los Estados estarían ahora respondiendo a dos tipos de grupos de presión e interés, se crearía un cierto «espacio» en el que la élite del Estado podría maniobrar, oponer las clases contra las facciones bélicas y otros Estados, y así marcar un área y un grado de autonomía de poder para sí mismo. Unir los dos tipos de teoría nos proporcionaría un cuadro rudimentario de la autonomía estatal.

Éste es precisamente el punto al que ha llegado la mejor teoría del Estado. Queda ejemplificado por el excelente *States and social revolutions* de Theda Skocpol. Skocpol se inspira en Marx y Weber más o menos en iguales cantidades. Cita con entusiasmo la visión bidimensional de Otto Hintze de los determinantes de la organización estatal, «primero, la estructura de las clases sociales y, segundo, la ordenación exterior de los Estados, su posición relativa mutua, y su posición general en el mundo», y entonces desarrolla la segunda en términos de relaciones militares. Estos dos «grupos básicos de tareas» son realizados por «un conjunto de organizaciones administrativas, policiales y militares dirigidas, y más o menos bien coordinadas, por una autoridad ejecutiva» que extraen recursos de la sociedad. Estas organizaciones administrativas y coactivas apoyadas en recursos son «la base del poder estatal como tal». Este poder puede entonces ser usado con un grado de autonomía bien contra la clase dominante, o contra las facciones interiores pacíficas o beligerantes, y contra Estados extranjeros⁹. En la obra de Charles Tilly subyace un enfoque muy parecido¹⁰. Y Anthony Giddens ha argumentado de forma similar¹¹.

No deseo abandonar este modelo «bidimensional» del Estado, pues yo también he aportado un detallado análisis de las finanzas estatales inglesas en el período 1130-1815 partiendo de él. Todos estos trabajos superan el reduccionismo. Podemos desarrollar sus ideas bastante más, y así penetrar en el corazón de la autonomía del Estado, su naturaleza, grado y consecuencias. Pero para hacer esto debemos efectuar una ruptura mucho más radical, aunque en cierto sentido peculiar y paradójica, con el reduccionismo. Defenderé en este artículo que el Estado *es* mera y esencialmente una arena, *un espacio* y que no obstante *ésta* es la fuente misma de su autonomía.

DEFINIENDO EL ESTADO

El Estado es sin duda un concepto confuso. El principal problema es que la mayoría de las definiciones contienen dos niveles diferentes de análisis, el «funcional» y el «institucional». Esto es, el Estado puede ser definido en términos de lo que parece, institucionalmente, o de lo que hace, sus funciones. Lo que predomina es una visión mixta, pero en buena medida institucional, propuesta por Weber. En ella el Estado contiene cuatro elementos principales, que son:

1. Un conjunto *diferenciado* de instituciones y personal.
2. *Centralización* en el sentido de que las relaciones políticas irradian del centro a la superficie.
3. Un *área territorialmente demarcada* sobre la que actúa.
4. Un monopolio de *dominación coactiva autoritaria*, apoyada en un monopolio de los medios de violencia física¹².

Dejando aparte la última frase, que tiende a equiparar el Estado con la fuerza militar (véase *infra*), seguiré esta definición. Sigue teniendo algo de cajón de sastre. Contiene un elemento predominantemente institucional: los Estados pueden ser reconocidos por la ubicación central de sus instituciones diferenciadas. No obstante

contiene también un elemento «funcional»: la esencia de las funciones estatales es un monopolio de la dominación coactiva. Sin embargo, mi principal interés reside en esas instituciones centralizadas generalmente llamadas «Estados», y en los poderes del personal que los sostiene, denominado generalmente en sus niveles más altos «élite estatal». La pregunta central para nosotros aquí es, entonces, ¿cuál es la naturaleza del poder que poseen los Estados y las élites estatales? Para contestar compararé las élites estatales con agrupaciones de poder cuya base reside fuera del Estado, en la «sociedad civil». En línea con el modelo de poder subyacente a mi obra, divido éstos en tres: grupos ideológicos, económicos y militares. Por tanto, ¿qué poder tienen las élites estatales frente al poder de los movimientos ideológicos, las clases económicas y las élites militares?

Dos significados del poder del Estado

¿Qué queremos decir con «el poder del Estado»? Tan pronto como empezamos a pensar en esta frase tópica, encontramos dos sentidos diferentes en los que los Estados y sus élites pueden ser considerados poderosos. Debemos discernirlos. El primer sentido atañe a lo que podemos denominar el *poder despótico* de la élite estatal, el abanico de acciones que la élite tiene facultad de emprender sin negociación rutinaria, institucional, con grupos de la sociedad civil. Las variaciones históricas en dichos poderes han sido tan inmensas que podemos fácilmente dejar de lado el espinoso problema de cómo los medimos concretamente. Los poderes despóticos de muchos Estados históricos han sido virtualmente ilimitados. El emperador chino, como Hijo del Sol, «poseía» toda China y podía hacer lo que quisiera con cualquier individuo o grupo dentro de sus dominios. El emperador romano, sólo un dios menor, adquirió poderes que también eran en principio ilimitados fuera de un área restringida de asuntos nominalmente controlados por el Senado. Algunos monarcas de la Europa de la Edad Moderna también reivindicaron poderes absolutos, de origen divino (aunque no fueran ellos mismos de origen divino). La contemporánea élite soviética estatal/de partido, como «depositaria» de los intereses

de las masas, también posee abundante poder despótico (aunque a veces estrictamente inconstitucional). Un inmenso poder despótico puede ser «calibrado» de forma muy elocuente en la capacidad de todas esas Reinas de Corazones de gritar «que le corten la cabeza» y ver satisfecho su capricho sin más dificultad, con tal de que la persona se encuentre a mano^A. El poder despótico es también normalmente lo que se entiende en la literatura por «autonomía del poden».

Pero hay otro sentido con el que la gente habla de «el poder del Estado», especialmente en las democracias capitalistas de hoy. Podemos denominarlo *poder infraestructural*, la capacidad del Estado para penetrar realmente la sociedad civil, y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país. Ésta era comparativamente débil en las sociedades históricas recién mencionadas: una vez que te hallabas fuera de la vista de la Reina de Corazones, ésta tenía dificultad en alcanzarte. Pero está fuertemente desarrollada en todas las sociedades industriales. Cuando hoy la gente en Occidente se queja del creciente poder del Estado, no pueden referirse sensatamente a los poderes despóticos de la élite estatal misma, pues si acaso, éstos siguen aún disminuyendo. Al fin y al cabo, sólo hace cuarenta años desde que se estableció plenamente el sufragio universal en varios de los Estados capitalistas avanzados, y los derechos políticos básicos de grupos como las minorías étnicas y las mujeres están aún aumentando. Pero la queja está más justamente elevada contra las intrusiones infraestructurales del Estado. Estos poderes son ahora inmensos. El Estado puede evaluar y gravar nuestros salarios y riqueza en su origen, sin nuestro consentimiento o el de nuestros vecinos o parientes (algo que los Estados anteriores a 1850 *nunca* fueron capaces de hacer); almacena y puede obtener de forma inmediata una ingente cantidad de información sobre todos nosotros; puede imponer sus deseos en un solo día casi por todo su dominio; su influencia en la economía general es enorme; incluso proporciona directamente la subsistencia de casi todos nosotros (en funcionariado, en pensiones, en ayudas familiares, etc.). El Estado penetra la vida diaria

más de lo que hizo cualquier Estado histórico. Su poder infraestructural se ha incrementado enormemente. Si existiera una Reina de Corazones, todos nos empequeñeceríamos ante ella: de Alaska a Florida, de las Shetland a Cornwall no hay lugar para esconderse del alcance infraestructural del Estado moderno.

Pero, ¿quién controla estos Estados? Sin prejuzgar enteramente un asunto complejo, la respuesta en las democracias capitalistas es menos probable que sea «una élite estatal autónoma» que en la mayoría de las sociedades históricas. En estos países, la mayor parte del liderazgo político formal es designable y revocable. Considere uno como auténtica la democracia o no, pocos negarían que los políticos están en gran medida controlados por grupos exteriores de la sociedad civil (bien por sus financiadores o sus electores) tanto como por la ley. El presidente Nixon o M. Chaban-Delmas pueden no haber pagado impuestos; los líderes políticos pueden amasar fortunas subrepticamente, infringir las libertades civiles de sus oponentes, y aferrarse al poder por medios astutamente antidemocráticos. Pero no expropián o matan a sus enemigos descaradamente, ni se atreven a modificar tradiciones legales que mantienen el dominio constitucional, la propiedad privada o las libertades individuales. En las inusuales ocasiones en que esto ocurre, lo llamamos *coup* o revolución, un trastocamiento de las normas. Si pasamos de los políticos electos a los burócratas permanentes seguimos sin verles ejercitar un poder autónomo significativo sobre la sociedad civil. Tal vez debería medir esto, pues las decisiones secretas de políticos y burócratas penetran nuestra vida cotidiana de forma a menudo exasperante, decidiendo que no somos aptos para este o aquel beneficio, incluyendo, para algunas personas, la ciudadanía misma. Pero su poder de modificar las reglas fundamentales y de dar la vuelta a la distribución del poder dentro de la sociedad civil es débil sin el respaldo de un movimiento social de dimensiones formidables.

De esta forma, los Estados en las democracias capitalistas son en un sentido débiles y en otro fuertes. Son «despóticamente débiles» pero «infraestructuralmente fuertes». Distingamos claramente estos dos tipos de poder del Estado. El primer sentido denota poder por la élite del Estado misma *sobre* la sociedad civil. La segunda denota el poder del Estado de penetrar y coordinar centralmente las actividades de la sociedad civil a través de su propia infraestructura. El segundo tipo de poder permite aún la posibilidad de que el mismo Estado sea un mero instrumento de fuerzas dentro de la sociedad civil, por ejemplo, que carece de poder despótico. Ambas son dimensiones analíticamente autónomas del poder. En la práctica, por supuesto, puede existir una relación entre ellas. Por ejemplo, cuanto más grande es el poder infraestructural del Estado, más grande es el volumen de dominación coactiva y, por tanto, mayor es la posibilidad de poder despótico sobre individuos y tal vez sobre grupos minoritarios marginales. Todos los Estados poderosos infraestructuralmente, incluyendo las democracias capitalistas, son fuertes en relación con los individuos y con los grupos más débiles en la sociedad civil, pero los Estados capitalistas democráticos son débiles en relación con los grupos dominantes, al menos en comparación con la mayoría de los Estados históricos.

De estas dos dimensiones independientes del poder del Estado podemos derivar los cuatro tipos ideales que se muestran en el cuadro 1.

CUADRO 1. DOS DIMENSIONES DEL PODER DEL ESTADO

<i>Poder despótico</i>	<i>Coordinación infraestructural</i>	
	<i>Baja</i>	<i>Alta</i>
Bajo	Feudal	Burocrático
Alto	Imperial	Autoritario

El Estado *feudal* es el más débil, pues tiene ambos poderes despótico e infraestructural bajos. El Estado medieval europeo se aproximó a este tipo ideal, gobernando principalmente de forma indirecta, a través de una infraestructura libre y contractualmente establecida y controlada por los principales e independientes magnates, clérigos y ciudades. El Estado *imperial* posee sus propios agentes de gobierno, pero tiene sólo capacidad limitada para penetrar y coordinar la sociedad civil sin la ayuda de otros grupos de poder. Corresponde al término de Estado patrimonial usado por autores como Weber¹³ y Bendix¹⁴. Estados antiguos como el acadio, el egipcio, el asirio, el persa y el romano se aproximaron a este tipo. Dudaba acerca del término Estado *burocrático*, por sus connotaciones negativas. Pero una burocracia tiene una alta capacidad organizativa, aunque no puede establecer sus fines propios; y el Estado burocrático está controlado por otros grupos de la sociedad civil, pero sus decisiones, una vez adoptadas, son aplicables a través de la infraestructura estatal. Las democracias capitalistas contemporáneas se aproximan a este tipo, como también el Estado futuro deseado por la mayoría de los radicales y socialistas. El *autoritario* está pensado para sugerir una forma más institucionalizada de despotismo, en la que los grupos de poder en competencia no pueden evitar el alcance infraestructural del Estado, ni están estructuralmente separados del Estado (como sí lo están en el tipo burocrático). Todo poder social significativo debe proceder a través de la estructura de gobierno autoritario del Estado. Es, por tanto, elevado en ambas dimensiones, pues tiene un alto poder despótico sobre la sociedad civil y es capaz de aplicar éste infraestructuralmente. De forma diferente, la Alemania nazi y la Unión Soviética tienden a este tipo. Pero posiblemente compensaron cierta pérdida de penetración infraestructural con un alto poder despótico (por lo que no consiguieron un grado tan alto de movilización social durante la Segunda Guerra Mundial como la «despóticamente débil» pero participativa Gran Bretaña). No pretende esto negar que tales Estados contengan grupos de intereses en competencia que pueden poseer bases diferentes en la «sociedad civil». Más bien, en un Estado autoritario el poder se transmite a través de sus órdenes y así dichos grupos

compiten por el control directo del Estado. Es distinto en las democracias capitalistas donde el poder de la clase capitalista, por ejemplo, permea toda la sociedad, y los Estados generalmente aceptan las reglas y la racionalidad de la economía capitalista que los rodea.

Éstos son tipos ideales. Pero mi elección de ejemplos históricos reales que se aproximan más o menos a ellos revela dos grandes tendencias que son suficientemente claras aunque merecen una explicación. Primera, ha tenido lugar un crecimiento histórico a largo plazo en el poder infraestructural del Estado, aparentemente con un impulso tremendo por parte de las sociedades industriales, pero también perceptible dentro de las sociedades preindustriales e industriales tomadas por separado. Segunda, dentro de cada época histórica han tenido lugar, sin embargo, enormes variaciones en los poderes despóticos. *No* ha existido una tendencia general de desarrollo en los poderes despóticos: Estados no despóticos existieron en Mesopotamia a fines del cuarto milenio a.C. (la «primitiva democracia» de las ciudades-Estado tempranas), en Fenicia, Grecia y Roma en el primer milenio a.C., en las repúblicas y ciudades-Estado medievales, y en el mundo moderno por igual. La historia del despotismo ha sido de oscilación, no de desarrollo. ¿Por qué tan amplias divergencias en una dimensión, pero una tendencia al desarrollo en la otra?

El desarrollo del poder infraestructural del Estado

El crecimiento del poder infraestructural del Estado es único en la logística del control político. No voy a enumerar aquí sus principales fases históricas. En cambio, daré ejemplos de algunas tecnologías logísticas que han ayudado a la penetración efectiva del Estado en la vida social, cada una de las cuales ha tenido un largo desarrollo histórico.

1. Una división del trabajo entre las principales actividades del Estado que éste coordina centralmente. Un microcosmos de esto puede encontrarse en los

campos de batalla de la historia donde una división administrativa coordinada entre infantería, caballería y artillería, normalmente organizadas por el Estado, derrotarían fuerzas en las que estas actividades estuvieran mezcladas, al menos en la guerra de «alta intensidad».

2. La alfabetización, la capacidad de estabilización de transmisión de mensajes a través de los territorios estatales por sus agentes, y la capacidad de codificación y archivo de responsabilidades legales. Giddens¹⁵ enfatiza el aspecto de «almacenaje» del poder estatal.
3. Establecimiento de pesas, medidas y moneda, permitiendo el intercambio de mercancías bajo una garantía última de valor por el Estado.
4. Velocidad de comunicación de mensajes y de transporte de personas y recursos a través de mejoras en vías, barcos, telégrafo, etc.

Los Estados que han sido capaces de usar formas altamente desarrolladas en términos relativos han tenido mayor capacidad de penetración infraestructural. Así se entiende el hecho de que la historia haya visto un proceso secular de avances infraestructurales.

Sin embargo, ninguna de estas técnicas es específica del Estado. Son parte del desarrollo social general, parte del crecimiento de las capacidades en aumento de los seres humanos para la movilización social colectiva de los recursos. Las sociedades en general, no sólo sus Estados, han aumentado sus poderes. De esta forma, ninguna de estas técnicas modifica necesariamente la relación entre un Estado y su sociedad civil; y ninguna está necesariamente promovida bien por el Estado o la sociedad civil.

Así el poder del Estado (en ambos sentidos) no deriva de técnicas o medios de poder peculiares a él. Las variadas técnicas de poder son de tres tipos principales: militares, económicas e ideológicas. Son propias de todas las relaciones sociales. El Es-

tado hace uso de todas ellas, sin añadir ningún cuarto medio propio de él mismo. Esto ha hecho más plausibles las teorías reduccionistas porque el Estado parece ser dependiente de recursos que se encuentran también de forma más general en la sociedad civil. Si son erróneas, no es porque el Estado manipule medios de poder negados a otros grupos. El Estado no es autónomo en *este* sentido.

En realidad, el hecho de que los medios usados sean esencialmente también los medios usados en todas las relaciones sociales asegura que los Estados raras veces se separen mucho de sus sociedades civiles. Examinemos qué ocurre cuando un Estado promociona un aumento de poderes logísticos. Un ejemplo característico, aunque de lento ritmo, es la alfabetización.

Las primeras etapas de la alfabetización en Mesopotamia, y probablemente también en los otros principales casos de la emergencia de la civilización, tuvieron lugar en el seno del Estado. En este sentido, el Estado estaba en gran parte codificando y estabilizando dos tipos de normas emergentes, derechos de propiedad «privada» y derechos y deberes comunitarios. Los primeros pictogramas y logogramas hicieron que los escribas de los templos-almacenes de las ciudades-Estado pudieran mejorar sus sistemas de contabilidad, e indicar de manera más indeleble quién poseía qué y quién debía qué a la comunidad. Solidificó las relaciones que se difundían a través de los territorios circundantes y las centró más en torno a él. La escritura fue entonces simplificada en la letra cuneiforme silábica básicamente aún en el interior de la burocracia estatal, realizando las mismas funciones duales. La escritura fue una parte importante del crecimiento de los primeros Estados imperiales, esto es, del acadio y de los Imperios posteriores de los milenios tercero y segundo a.C. La alfabetización estuvo restringida a la burocracia, estabilizó sus sistemas de justicia y comunicaciones y de esta forma proporcionó apoyo infraestructural al despotismo estatal, aunque en apariencia con cierto tipo de alianza con una clase económica propietaria.

Sin embargo, la utilidad general de la alfabetización fue entonces reconocida por grupos de la sociedad civil. A la altura de la época en que se generalizaron las siguientes simplificaciones, la escritura alfabética y el pergamino (alrededor del principio del primer milenio a.C.), la dominación del Estado había terminado. Los principales promotores no eran ya Estados despóticos sino grupos descentralizados de campesinos mercaderes, sacerdotes de aldea y comerciantes organizados en laxas federaciones de pequeñas ciudades o tribus-Estados (como los arameos, los fenicios y los griegos). Desde entonces, el poder de tales grupos, normalmente con Estados no despóticos, rivalizó con el de los Imperios despóticos. Lo que había comenzado reforzando el despotismo terminó socavándolo cuando las técnicas se extendieron más allá de los confines del Estado. El Estado no podía tener bajo control sus propias invenciones logísticas. Y éste es en general el caso de todas estas invenciones, cualquiera que sea el período que consideremos. En nuestro tiempo tenemos ejemplos como las «estadísticas»: cosas que en origen corresponden al Estado, posteriormente son un método útil de recogida de información para cualquier organización de poder, especialmente las grandes corporaciones capitalistas.

Sin embargo, tampoco es difícil de encontrar ejemplos contrarios, en que los Estados se apropian técnicas infraestructurales promovidas por grupos de la sociedad civil. El curso de la industrialización ha visto varios de estos ejemplos, culminando en la Unión Soviética cuyos sistemas de comunicaciones, vigilancia y contabilidad estatales son similares a los promovidos por las empresas capitalistas (con sus Estados como socios) en el Oeste. En este caso lo que comenzó en la sociedad civil, continuó en el despotismo estatal. Las técnicas infraestructurales se difunden hacia fuera de las organizaciones de poder particulares que las han inventado.

Surgen dos conclusiones. Primera, en toda la historia del desarrollo de la infraestructura del poder no existe virtualmente técnica alguna que pertenezca por necesidad al Estado, o a la inversa, a la sociedad civil. Segunda, existe cierto tipo de oscilación entre el papel de las dos en el desarrollo social. Más tarde espero mostrar que no se trata simplemente de oscilación, sino de una dialéctica.

La pregunta obvia es: si los poderes infraestructurales son una característica general a la sociedad, ¿en qué circunstancia son apropiados por el Estado? ¿Cómo adquiere el Estado en ciertas circunstancias, pero no en otras, poderes despóticos? ¿Cuáles son los orígenes del poder autónomo del Estado? Mi respuesta viene en tres etapas, que afectan a la *necesidad* del Estado, su *multiplicidad de funciones* y su *centralización territorializada*. Las dos primeras han sido identificadas a menudo en la reciente teoría, la tercera es, creo, novedosa.

ORÍGENES DEL PODER DEL ESTADO

La necesidad del Estado

Las únicas sociedades sin Estados han sido primitivas. No hay sociedades civilizadas complejas sin algún centro de autoridad dominadora coactiva, por limitado que sea su campo de acción. Si observamos los débiles ejemplos feudales encontramos que incluso ellos tienden a proceder de una historia de mayor centralidad estatal cuyas normas perviven para reforzar los nuevos Estados débiles. Los Estados feudales tienden a emerger bien como un freno a la desintegración mayor de un Estado superior antes unificado (como en China y Japón) o como una división de los despojos entre los victoriosos, y obviamente unidos, conquistadores, tras la conquista¹⁶. El feudalismo europeo occidental encarna estas dos historias, aunque con variadas mezclas en distintas regiones. Las leyes de los Estados feudales en Europa fueron reforzadas por reglas procedentes del derecho romano (sobre todo leyes de la propiedad), códigos cristianos

de conducta y nociones germánicas de lealtad y honor. Se trata de un vislumbre de un proceso al que volveré más tarde: una perpetua dialéctica de movimiento entre el Estado y la sociedad civil.

De esta forma, las sociedades con Estados han tenido un valor de supervivencia superior al de aquéllas sin Estado. No tenemos ejemplos de sociedades sin Estado perdurables a partir de un primitivo nivel de desarrollo, y sí muchos de sociedades con Estados absorbiendo a aquéllas o eliminándolas. Allí donde sociedades sin Estado conquistan otras con Estado, bien desarrollan ellas mismas un Estado, o provocan el retroceso social en la sociedad conquistada. Hay buenas razones sociológicas para esto. Sólo existen tres bases alternativas al orden: la fuerza, el intercambio y la costumbre, y ninguna de ellas es suficiente a largo plazo. Llegado cierto punto surgen nuevas exigencias para las que la costumbre se hace inadecuada; llegado cierto punto negociar sobre todas las cosas en relaciones de intercambio se torna ineficaz y desintegrador; mientras que la fuerza por sí sola, como resaltó Parsons, pronto «se desinflará». A largo plazo las reglas, normalmente dadas por descontado, pero aplicables, son necesarias para vincular a extraños o semiextraños. No es imprescindible que estas reglas sean aplicadas por un único Estado monopolista. De hecho, aunque el ejemplo feudal es extremo, la mayoría de los Estados coexiste en una civilización multiestatal que también aporta ciertas reglas de conducta normativas. Sin embargo, la mayoría de las sociedades parecen haber requerido que algunas reglas, en particular las relevantes para la protección de la vida y la propiedad, sean impuestas de forma monopolística, y éste ha sido el territorio del Estado.

De esta necesidad deriva en última instancia el poder autónomo del Estado. Las actividades del personal estatal son necesarias a la sociedad en conjunto y/o a los diversos grupos que se benefician de la estructura de reglas existente que el Estado aplica. De esta funcionalidad deriva la posibilidad de la explotación, un resorte para la

realización de los intereses privados del Estado. Que dicho resorte se utilice o no depende de otras condiciones, pues — después de todo — no hemos siquiera estipulado la existencia de un cuadro estatal permanente capaz de tener intereses reconocibles. Pero la necesidad es la madre del poder del Estado.

La multiplicidad de las funciones estatales

A pesar de las afirmaciones de los reduccionistas, la mayoría de los Estados no se ha dedicado en la práctica a la realización de una única función. La «dominación coactiva» es simplemente un paraguas conceptual. Las reglas y funciones han sido extremadamente variadas. Como reconoce el modelo bidimensional, podemos distinguir entre funciones internas e internacionales, o entre económicas, ideológicas y militares. Pero hay muchos tipos de actividad y cada una tiende a ser funcional para diferentes «circunscripciones» en la sociedad. Esto puede ilustrarse haciendo referencia a los cuatro tipos probablemente más persistentes de actividades estatales.

1. El mantenimiento del orden interior. Esto puede beneficiar a todos o a todos los subordinados a la ley del Estado. Puede también proteger a la mayoría de usurpaciones arbitrarias por parte de grupos social y económicamente poderosos, distintos de los relacionados con el Estado. Pero probablemente el principal beneficio es proteger las relaciones de propiedad existentes de la masa de desposeídos. Esta función sirve probablemente mejor a la circunscripción de la clase económica dominante.
2. La defensa/agresión militar, dirigida contra enemigos extranjeros. Los «partidos de la guerra» son raras veces coincidentes bien con la sociedad entera o con una clase determinada de ella. La defensa puede ser genuinamente colectiva; la agresión tiene normalmente intereses más específicos tras ella. Esos intereses pueden ser de forma bastante general compartidos por todos los «segundones» sin derechos de herencia o por todos los amplios de miras; o pueden comprender tan

sólo a una fracción de clase de la aristocracia, los mercaderes o los capitalistas. En los sistemas multiestatales la guerra normalmente implica alianzas con otros Estados, algunos de los cuales pueden compartir la misma religión, etnia o filosofía política como también algún aspecto interno. Éstos son raras veces reducibles a una clase económica. Por tanto, los espacios de la guerra y la paz son normalmente en cierta medida idiosincráticos.

3. El mantenimiento de las infraestructuras de comunicación: caminos, ríos, sistemas de mensajes, moneda, pesos y medidas, ordenamientos mercantiles. Aunque pocos Estados han monopolizado todos ellos, todos han proporcionado algunos de ellos, pues poseen una base territorial que a menudo está más eficientemente organizada desde un centro. Las principales circunscripciones son aquí un «interés general» y grupos más concretos dedicados al comercio.
4. La redistribución económica: la distribución autoritaria de los recursos materiales escasos entre diferentes espacios ecológicos, grupos de edad, sexos, regiones, clases, etc. Hay un fuerte elemento colectivo en esta función, mayor que en el caso de los otros. Sin embargo, muchas de las redistribuciones implican grupos bastante concretos, especialmente los económicamente inactivos cuya subsistencia es así protegida por el Estado. Una redistribución económica tiene también una dimensión internacional, pues el Estado normalmente regula las relaciones comerciales y los intercambios de moneda en circulación a través de sus fronteras, a veces de forma unilateral, a veces en consonancia con otros Estados. Esto proporciona también al Estado una circunscripción particular entre los mercaderes y otros agentes internacionales, quienes, no obstante, están pocas veces de acuerdo en materia de la política mercantil más conveniente.

Estas cuatro tareas son necesarias bien para la sociedad en conjunto o para grupos de interés en ella. Son emprendidas más eficazmente por el personal de un Estado central que se torna imprescindible. Y comprometen al Estado en relaciones

funcionales con distintos, y en ocasiones contrapuestos, grupos entre quienes existe espacio para maniobrar. El espacio puede ser explotado. Cualquier Estado comprometido en una multiplicidad de relaciones de poder puede oponer unos grupos contra otros.

Merece la pena resaltar que un ejemplo de esta estrategia de «divide y vencerás» ha sido un elemento básico del análisis sociológico. Tal es el caso del «Estado transicional», que vive en medio de profundas transformaciones económicas de un modo de producción a otro. No existe una única clase económica dominante, y el Estado puede oponer los grupos de poder tradicionales contra los emergentes. Dichas situaciones fueron discutidas por los dos teóricos clásicos de la estratificación. Marx analizó y ridiculizó los intentos de Luis Bonaparte de oponer las facciones del capital industrial y financiero, la pequeña burguesía, campesinado y proletariado, para acrecentar su propio poder independiente. Ésta es la «ley del equilibrio bonapartista», resaltada por Poulantzas¹⁷, aunque Marx (y Poulantzas) subestimaron bastante la habilidad de Bonaparte para triunfar¹⁸. Weber estaba impresionado por la capacidad del Estado prusiano de utilizar una clase económica en declive, los terratenientes agrarios *junker*, para aferrarse al poder autocrático en el vacío creado por la timidez política de las clases burguesa y proletaria¹⁹. Todos los distintos grupos en ambos ejemplos necesitaron del Estado, pero ninguno logró hacerse con él. Otro ejemplo es el desarrollo del absolutismo en la Europa de la Edad Moderna. Los monarcas opusieron (o fueron incapaces de elegir entre) grupos feudales y burgueses, rurales y urbanos unos frente a otros. En particular, las funciones militares y las funciones realizadas en relación con las clases económicas dominantes fueron distintas. Los Estados utilizaron la guerra como un medio para tratar de mermar su dependencia respecto de las clases²⁰.

Éstos son ejemplos conocidos del equilibrio estatal entre lo que son predominantemente clases o fracciones de clases. Pero las posibilidades de equilibrio

son mucho más numerosas si el Estado se compromete en una multiplicidad de relaciones con grupos que pueden ser en algunos aspectos más restringidos y en otros más amplios que las clases. Puesto que la mayoría de los Estados persiguen múltiples funciones, pueden realizar maniobras múltiples. La «ley del equilibrio bonapartista» es una habilidad adquirida por casi todos los Estados. Este espacio de maniobra es el lugar de nacimiento del poder estatal.

Y éste es más o menos el punto máximo de alcance de las ideas de la actual teoría bidimensional. Es un progreso, pero insuficiente. No capta en realidad la *especificidad* del Estado como organización social. Después de todo, la necesidad de más multiplicidad de funciones, y la ley de equilibrio, son también la fuente e instrumentos de poder de cualquier despiadado director de empresa. ¿Es el Estado simplemente una gran autoridad ejecutiva? No, como veremos ahora.

La centralización del Estado

La definición de Estado se concentra en su naturaleza institucional, territorial, centralizada. Ésta es la tercera y más importante precondition del poder estatal. Como se ha remarcado, el Estado no posee un específico *medio* de poder independiente de, y análogo a, el poder económico, militar e ideológico. Los medios utilizados por el Estado son sólo una combinación de éstos, que son también los medios de poder utilizados en todas las relaciones sociales. Sin embargo, el poder del Estado es irreductible en un sentido bastante distinto, *socioespacial* y *organizativo*. Solamente el Estado está inherentemente centralizado sobre un territorio delimitado sobre el que tiene poder autoritario. A diferencia de los grupos económicos, ideológicos y militares en la sociedad civil, los recursos de las élites estatales se difunden autoritariamente hacia fuera desde un centro pero se detienen ante barreras territoriales definidas. El Estado es, de hecho, un *lugar*: tanto un lugar central como un alcance territorial unificado. Puesto que las principales formas del poder autónomo estatal derivarán de este atributo

distintivo del Estado, es importante que pruebe primero que el Estado difiere de hecho socioespacial y organizativamente de las principales agrupaciones de poder de la sociedad civil.

Los grupos de poder *económico* — corporaciones de clases, casas mercantiles, señoríos, plantaciones, el *oikos*, etc. — se encuentran normalmente en relaciones descentralizadas, competitivas o conflictivas unos con otros. Ciertamente, las disposiciones internas de algunos de ellos (por ejemplo, la moderna corporación, o la casa y señorío del gran señor feudal) pueden estar relativamente centralizadas. Pero en primer lugar, están orientadas hacia fuera por otras oportunidades de beneficio económico que no están territorialmente limitadas ni sujetas a reglas autoritarias que controlen la expansión (excepto por los Estados). La expansión del poder económico no es autoritaria, dirigida: es «difundida», de manera informal. En segundo lugar, el campo de acción de las instituciones económicas modernas, y algunas de las históricas, no es territorial. No ejercen control general sobre un territorio específico, controlan una función especializada y procuran extenderla «transnacionalmente» allí donde tal función sea demandada y explotable. La General Motors no controla el territorio alrededor de Detroit, controla el montaje de automóviles y algunos aspectos de las opciones económicas de vida de sus empleados, accionistas y consumidores. En tercer lugar, en los casos en que las instituciones económicas han sido autoritarias, centralizadas y territoriales (como en la casa/señorío feudal de la nobleza histórica) han estado, bien sujetas a un nivel superior de control territorial central por el Estado (imperial), o han adquirido función política (administración de justicia, ejecución de levadas militares, etc.) de un Estado (feudal) débil convirtiéndose así en «mini-Estados». De esta forma, los Estados no pueden ser meros instrumentos de las clases, pues tienen un campo de acción territorial diferente.

Razonamientos análogos pueden hacerse acerca de los movimientos de poder ideológico como las religiones. Las ideologías (a menos que sean de dirección estatal) se difunden normalmente más que las relaciones económicas. Se mueven en difusión e «intersticialmente» dentro de los territorios estatales, extendiéndose por medio de redes de comunicación por entre segmentos de la población de un Estado (como clases, cohortes de edad, géneros, población rural/urbana); a menudo se mueven también transnacionalmente a través directamente de las fronteras estatales. Las ideologías pueden desarrollar instituciones centrales, autoritarias, de tipo eclesiástico, pero éstas suelen estar organizadas funcional más que territorialmente: se ocupan de lo sagrado más que de lo secular, por ejemplo. Hay algo de «trascendencia» socioespacial, como también espiritual, en los movimientos ideológicos, que es en realidad opuesta a los límites territoriales del Estado.

Es cierto, sin embargo, que el poder militar se solapa bastante con el Estado, especialmente en los Estados modernos que normalmente monopolizan los medios de violencia organizada. Sin embargo, es útil tratarlos como dos fuentes distintas de poder. No tengo espacio aquí para justificar plenamente esto²¹. En lugar de ello haré dos razonamientos. Primero, no toda guerra se organiza con más eficacia de forma central territorial: las guerrillas, el feudalismo militar y las bandas armadas son todos ejemplos de organizaciones militares relativamente descentralizadas eficaces en muchos períodos históricos. Segundo, el campo de acción efectivo del poder militar no cubre un solo y unitario territorio. En realidad tiene dos radios territoriales bastante diferentes de control efectivo.

El control militarista de la conducta cotidiana requiere tal grado de coerción organizada, apoyo logístico y extracción de excedente que solamente es práctico en comunicación estrecha con las fuerzas armadas en áreas de alta disponibilidad de recursos. No se extiende por igual sobre territorios estatales enteros. Permanece

concentrado en bolsas y a lo largo de las vías de comunicación. Es relativamente ineficaz para penetrar la agricultura campesina, por ejemplo.

El segundo radio capacita, no el control cotidiano, sino el establecimiento de amplios límites de conformidad externa sobre áreas mucho mayores. En este caso, el fracaso en el cumplimiento de amplios parámetros tales como el cobro de tributos, la realización de actos rituales de sumisión, el apoyo militar ocasional (o al menos la ausencia de rebelión) podrían terminar en una expedición punitiva, y por ello es evitado. Este radio de poder militar de choque ha sido normalmente mucho más grande que el del control político estatal, como afirmó brillantemente Owen Lattimore²². Esto es claramente así en el mundo actual, dadas las capacidades de los modernos armamentos. Y es cierto también de las superpotencias en un sentido más sutil: pueden imponer regímenes «amistosos» y desestabilizar los no amistosos a través de élites militares clientes y de sus propias organizaciones paramilitares encubiertas, pero no pueden hacer que esos regímenes se sometan fielmente a sus dictados políticos. Un ejemplo más tradicional sería la expedición punitiva a las Malvinas por parte de Gran Bretaña, capaz de derrotar y así deslegitimar al régimen argentino, y con capacidad de repetir el castigo, pero incapaz de proporcionar un futuro político a las islas. La logística de la «coerción concentrada» — es decir, del poder militar — difiere de la del Estado territorial centralizado. La teoría militarista del Estado es errónea, y una razón es que la organización del Estado no es colindante con la organización militar.

La autonomía organizativa del Estado no es sólo parcial: de hecho, en muchos casos, puede ser bastante pequeña. La General Motors o la clase capitalista en general, o la Iglesia católica o los señores y caballeros feudales, o los militares norteamericanos, son o fueron bastante capaces de vigilar los Estados que habían apuntalado. Sin embargo, no pudieron hacer ellos mismos el trabajo del Estado a menos que cambiaran su propia estructura socioespacial y organizativa. Un poder estatal autónomo resulta de

esta diferencia. Incluso si un Estado concreto es consolidado o intensificado simplemente para institucionalizar las relaciones entre grupos sociales dados, esto se hace concentrando recursos e infraestructuras en manos de una institución que tiene contornos socioespaciales e infraestructurales distintos de aquellos grupos. La flexibilidad y la rapidez de respuesta entraña la concentración del proceso de decisión y una tendencia hacia la permanencia de personal. Los grupos de interés descentralizados no territoriales que fundan el Estado en primer lugar son de esta forma menos capaces de controlarlo. La centralización territorial proporciona al Estado una base potencialmente independiente de movilización de poder que es necesaria para el desarrollo social y está específicamente apropiada por el Estado mismo.

Si juntamos la necesidad, la multiplicidad y la centralización territorial del Estado, podemos en principio explicar su poder autónomo. Por estos medios la élite estatal posee una independencia de la sociedad civil que, aunque no es absoluta, no es menos absoluta en principio que el poder de cualquier otro grupo importante. El poder de aquélla no puede ser reducido al de éstos ni directamente ni «en última instancia». El Estado no es simplemente un lugar de la lucha de clases, un instrumento del dominio de clase, el factor de cohesión social, la expresión de los valores fundamentales, el centro de los procesos de asignación social, la institucionalización de la fuerza militar (como en las diversas teorías reduccionistas): es una organización socioespacial distinta. Como consecuencia, podemos tratar a los Estados como *actores*, en la persona de las élites estatales, con una voluntad de poder, y podemos imputarle el tipo de teoría de los intereses del Estado de «acción racional» defendida por Levi²³.

Los mecanismos de adquisición de poder estatal autónomo

Por supuesto, esto no confiere por sí solo un grado significativo de poder real a la élite estatal, pues los grupos de la sociedad civil, aunque organizados de forma un tanto diferente, pueden aún ser capaces de controlarlo considerablemente. Pero los principios

nos ofrecen un par de hipótesis para explicar las variaciones de poder. 1) El poder infraestructural del Estado deriva de la utilidad social en cualquier tiempo y lugar de las formas de centralización territorial que no pueden suministrar las fuerzas mismas de la sociedad civil. 2) La extensión del poder despótico del Estado deriva de la incapacidad de las fuerzas de la sociedad civil para controlar esas formas de centralización territorial, una vez establecidas. Hay, por tanto, dos fases en el desarrollo del despotismo: el crecimiento de la centralización territorial, y la pérdida de control sobre él. Primero, la función, después, la explotación. Veámoslas por orden.

Puesto que los Estados han emprendido tal variedad de actividades sociales, hay también muchas formas por las que en diferentes épocas han adquirido una parte desproporcionada de la capacidad de coordinación infraestructural. Escogeré tres ejemplos relativamente indiscutibles: la utilidad de una economía redistributiva, de una jefatura militar coordinada y de una respuesta centralmente coordinada de «desarrollo tardío» a los rivales de un Estado. Son todas ellas típicas condiciones que favorecen la centralización territorial de los recursos sociales.

El Estado redistributivo parece haber sido, según afirman los antropólogos y arqueólogos, particularmente propio de la historia temprana de las sociedades antes de que se diera el intercambio de mercancías. Distintos núcleos ecológicos entregaban sus excedentes a un almacén central que finalmente se convirtió en un Estado permanente. El tema es a menudo sobrevalorado²⁴, pero ha sido a menudo arqueológicamente útil²⁵.

La vía militar fue, tal vez, la mejor conocida para los teóricos de fines del siglo XIX y comienzos del XX, como Spencer²⁶, Gumplowicz²⁷ y Oppenheimer²⁸. Aunque exageraron su papel, no hay duda de que la mayoría de los bien conocidos Imperios antiguos aumentaron considerablemente los poderes infraestructurales de sus Estados por su utilización de fuerzas militares centralizadas, altamente organizadas,

disciplinadas y bien equipadas tanto para la defensa como para la conquista. Roma es el ejemplo mejor conocido.

En tercer lugar, la respuesta de los Estados de desarrollo industrial tardío a la interferencia de sus rivales de industrialización temprana es bien conocida: un desarrollo acumulativo, a través de Francia, Prusia, Japón y Rusia de la movilización de recursos económicos más y más centralizados y territorialmente circunscritos con las finanzas estatales y las empresas estatales protegiéndose tras barreras arancelarias²⁹. Pero cuenta también con más tempranos paralelos: por ejemplo, en la historia de Asiria o la primitiva República romana, con la imitación de civilizaciones anteriores, pero de una forma más centralizada.

Nótese que en todos los casos no es la necesidad económica o militar *per se* la que aumenta el papel del Estado, pues esto puede simplemente situarlo en manos de las clases o grupos militares en la sociedad civil. Es más bien la particular utilidad de la *centralización territorial* económica o militar en una situación dada. Hay otros tipos de economía (por ejemplo, el intercambio de mercado) y de organización militar (por ejemplo, la caballería feudal, la defensa de castillos) que apoyan la descentralización y, por tanto, reducen el poder del Estado. En todos los ejemplos anteriores las principales agrupaciones de poder de la sociedad civil confieren *libremente* poderes infraestructurales a sus Estados. Mi explicación comienza así en un estilo funcionalista. Pero las funciones son entonces explotadas y tiene lugar el despotismo. La hipótesis es que la sociedad civil da libremente recursos pero, entonces, pierde control y pasa a ser oprimida por el Estado. ¿Cómo tiene esto lugar?

Consideremos primero ese viejo caballo de batalla, los orígenes del Estado. En algunas teorías de los orígenes del Estado, la pérdida de control por los «civiles» es virtualmente automática. Por ejemplo, en la tradición militarista de teoría, los jefes gue-

reros aparecen convirtiendo automáticamente la autoridad transitoria legítima de tiempo de guerra en poder coercitivo permanente en tiempo de paz. Pero como ha señalado Clastres³⁰, las sociedades primitivas toman grandes precauciones para asegurar que sus líderes militares no se conviertan en opresores permanentes. De manera similar, el Estado redistributivo de los antropólogos parece haber contenido una cantidad de frenos sobre todo contra la usurpación, que hace problemático su desarrollo ulterior. En realidad, parece que los Estados permanentes coercitivos generalmente *no* se desarrollan en la prehistoria tardía. Sólo en unos pocos casos inusuales (conectados con efectos regionales de la agricultura aluvial) los Estados «prístinos» se desarrollaron de forma endógena, e influyeron en todos los demás casos³¹. El problema parece ser que para convertir las funciones centralizadas en explotación, son necesarios recursos organizativos que sólo aparecieron con la emergencia de sociedades estatales civilizadas, estratificadas (lo cual es un proceso circular).

No obstante, el proceso es un tanto más claro con respecto a la intensificación del poder estatal en sociedades civilizadas ya establecidas, estratificadas, con Estados. Sabemos lo suficiente sobre la Roma temprana y sobre otros casos anteriores como para ampliar la noción de Spencer de «cooperación compulsiva». Spencer observó que la conquista podía poner nuevos recursos en manos de la jefatura centralizada conquistadora tales que podía adquirir un grado de autonomía respecto de los grupos que la habían puesto en movimiento. Pero el argumento de Spencer puede ser ampliado a la esfera de la producción agrícola. En condiciones preindustriales, el incremento de la productividad del trabajo a menudo implicaba el aumento de la intensidad de esfuerzo. Esta era más fácilmente obtenida por coerción. Una economía militarizada podría aumentar la producción y ser beneficiosa a la sociedad civil en general, o al menos a sus grupos dominantes. Obviamente, en la mayoría de las condiciones agrícolas, la coerción no podía ser aplicada rutinariamente. Pero donde el trabajo estaba concentrado — digamos, en la agricultura de irrigación, en plantaciones, minas y trabajos de

construcción — sí podía. Pero esto requería el mantenimiento del militarismo centralizado, pues un régimen centralizado era más eficiente en el uso de un mínimo de recursos militares para un efecto máximo.

Esto requeriría verdaderamente bastante elaboración. En otro trabajo lo denomino «militarismo keynesiano»³² debido a los efectos multiplicadores producidos por la fuerza militar. Estos efectos fomentan el poder despótico del Estado *vis-à-vis* la sociedad civil pues hacen útil el mantenimiento de la cooperación compulsiva centralizada, que la sociedad civil no puede satisfacer al principio. Es un ejemplo de cómo la centralización aumenta los recursos sociales generales — y así ningún grupo poderoso de la sociedad civil desea prescindir del Estado — pero también aumenta los recursos privados de poder de la élite estatal. Éstos pueden ser entonces usados despóticamente contra la sociedad civil.

Dado que las actividades del Estado generan recursos suplementarios, éste posee, por tanto, una ventaja logística concreta. La centralización territorial proporciona posibilidades de movilización efectiva, capaces de concentrar estos recursos contra cualquier grupo particular de la sociedad civil, aunque el Estado sea inferior en recursos generales. Los grupos de la sociedad civil pueden de hecho respaldar el poder del Estado. Si el Estado mantiene unas relaciones de producción dadas, entonces la clase económica dominante tendrá interés en la centralización estatal eficiente. Si el Estado defiende a la sociedad civil de agresiones exteriores, o reprime la criminalidad, entonces su centralización será apoyada de manera bastante general en la sociedad. Naturalmente, el grado de centralización útil a estos intereses de la sociedad civil variará de acuerdo al sistema de producción o al método de guerra en cuestión. La centralización puede también ser observada en la esfera de la ideología, como argumenta Eisenstadt³³. El Estado y los intereses que sirve han pretendido siempre apoyar su autoridad por una apelación al «universalismo» sobre sus territorios, una separación de todo vínculo

particularista, especializado, con el parentesco, el localismo, la clase, la Iglesia, etc. De forma natural, los Estados tienden, en la práctica, a representar los intereses de agrupaciones concretas de parentesco, localidad, clase, etc., pero si parecieran hacer simplemente esto, perderían toda reclamación de distinción y legitimidad. Los Estados se apropian lo que Eisenstadt denomina «recursos flotantes», no vinculados a grupo particular de interés alguno, capaces de flotar por toda la sociedad territorialmente definida.

Esto puede parecer un formidable catálogo de los poderes estatales. Y, sin embargo, las realizaciones de poder autónomo de los Estados históricos antes del siglo xx fueron en general limitadas y precarias. Hallamos aquí los imperativos logísticos infraestructurales fundamentales operando contra los regímenes centralizados en sociedades agrarias extensivas. Regresamos a la más grande gama eficaz de acción militar punitiva en comparación con el dominio político eficaz. Sin entrar aquí en cálculos logísticos detallados, sino basándonos en el trabajo seminal de Engel³⁴ y Van Creveld³⁵, podemos estimar que en las sociedades imperiales del Cercano Oriente hasta Alejandro Magno la campaña militar máxima sin abastecimiento era de en torno a 60-75 millas. Alejandro y los romanos pueden haberla extendido a casi 100 millas, y éste siguió siendo el máximo hasta el siglo XVIII en Europa, en que una elevación general de la productividad agrícola proporcionó la base logística para operaciones mucho más extensas. Antes de esto las distancias superiores requerían más de una fase de campaña, o bien — mucho más común si se buscaba algún grado de control político — elaboradas negociaciones con aliados locales en materia de abastecimiento. Esto se incrementa si se desea el control político rutinario sin la presencia del ejército principal. De forma que incluso los dirigentes despóticos más pretenciosos dominaron en realidad a través de notables locales. Todas las sociedades extensivas eran en realidad «territorialmente federales». Su dominio imperial fue siempre mucho más débil que lo que muestran las imágenes tradicionales de ellos³⁶.

Tenemos pues en este ejemplo tendencias contrarias: centralización militarista seguida de federalismo fragmentador. Combinándolos podemos obtener una dialéctica. Si la cooperación compulsiva es exitosa, incrementa tanto el poder infraestructural como el despótico del Estado. Pero también aumenta los recursos sociales infraestructurales en general. Los imperativos logísticos significan que las nuevas infraestructuras no pueden mantenerse dentro del cuerpo político del Estado. Sus agentes continuamente «desaparecen» en la sociedad civil, llevándose con ellos los recursos del Estado. Tal sucede continuamente a estos regímenes. El botín de guerra, las donaciones de tierra a jefes militares, los beneficios de los cargos, los impuestos, alfabetización, moneda, todos atraviesan un ciclo de dos fases, y son primero propiedad del Estado y después propiedad privada (en el sentido de «escondida»). Y aunque hay casos donde la fase de fragmentación induce al colapso social, hay otras donde la sociedad civil puede utilizar los recursos que el Estado despótico ha institucionalizado, sin necesitar un Estado tan fuerte. Los arameos, los fenicios y los griegos se apropiaron y desarrollaron las técnicas implantadas por los Estados despóticos del Próximo Oriente. La Europa cristiana se apropió de la herencia romana.

Mis ejemplos son un tanto militaristas solamente porque el proceso es aquí más fácil de describir. Fue una dialéctica general en las sociedades agrarias. En otras palabras, los regímenes imperiales y feudales no oscilan simplemente (como han afirmado Weber, Kautsky y muchos otros), se hallan entrelazados en un proceso dialéctico. Una gama de técnicas infraestructurales son iniciadas por los Estados despóticos, y después apropiadas por la sociedad civil (o viceversa); después aparecen otras oportunidades de coordinación centralizada, y el proceso comienza de nuevo. Tales tendencias son observables tanto en las sociedades de la Edad Moderna como en las antiguas, de las que he escogido mis ejemplos.

Tal visión rechaza una antítesis simple, común a las ideologías de nuestro tiempo, entre el Estado y la sociedad civil, entre propiedad pública y privada. Ve las dos como entrelazadas continuamente en el tiempo. Más específicamente ve las grandes concentraciones de propiedad privada — y, por tanto, el poder de las clases dominantes — normalmente incrementadas por la fragmentación de los Estados despóticos triunfantes, no como un producto de las fuerzas de la sociedad civil en solitario. De esta forma la autonomía de poder tanto del Estado como de la sociedad civil en esencia ha fluctuado dialécticamente. No puede haber una fórmula general para un nivel «atemporal» de poder estatal autónomo (en el sentido despótico).

Pero la situación actual es relativamente confusa. Las infraestructuras de poder dieron un salto adelante con la Revolución industrial. El capitalismo industrial destruyó las sociedades «territorialmente federadas», reemplazándolas con Estados-nación a través de cuyos territorios pudieron penetrar estructuras de control y vigilancia unitarios³⁷. La penetración logística del territorio se ha incrementado de forma exponencial en el último siglo y medio.

¿Qué sucede si un Estado adquiere control sobre todas esas instituciones de control históricamente divididas entre Estados, empresas capitalistas, Iglesias, asociaciones caritativas, etc.? ¿Es ése el fin de la dialéctica, puesto que el Estado puede ahora mantener lo que adquiere? Obviamente, en términos macrohistóricos la Unión Soviética puede controlar sus agentes provinciales, y por ende sus provincias, de una manera que era completamente imposible para cualquier Estado anterior. Más aún, aunque su grado de autoritarismo efectivo puede ser fácilmente exagerado (como por ejemplo, en las teorías «totalitarias»), sus tendencias de centralización son novedosas tanto en forma como en extensión. Las luchas grupales no están descentralizadas, como lo están en sustancia en las democracias capitalistas, ni se fragmentan como hacían en las sociedades agrarias. La lucha está en sí misma centralizada: hay algo que impulsa a

las principales fuerzas contendientes — los «liberales», los «tecnócratas», el «complejo militar/industrial pesado», etc. — hacia el *Presidium*. No pueden eludir el Estado, como hacían los disidentes agrarios; no pueden luchar fuera del Estado, como a menudo hacen los capitalistas y trabajadores. ¿Está este Estado autoritario despóticamente «por encima de» la sociedad, coaccionándola con sus propios recursos autónomos de poder? ¿O se da su despotismo autoritario en términos más suaves, primero como un lugar en el que las fuerzas sociales más poderosas luchan y se comprometen, y en segundo lugar como un conjunto de aparatos coercitivos para aplicar el compromiso a todos los demás? Esto ha sido largamente debatido entre los teóricos de la Unión Soviética. No pretendo conocer la respuesta.

Los Estados burocráticos del Oeste presentan también problemas. Son muy parecidos a como fueron en términos de poder relativo antes de que comenzara el crecimiento exponencial en poderes logísticos. Por muchos aumentos que se hayan dado en sus capacidades infraestructurales, no han contenido los poderes descentralizados de la clase capitalista, su principal rival de poder. Los organismos de hoy, como las corporaciones multinacionales y las instituciones bancarias internacionales imponen todavía similares parámetros de racionalidad capitalista que sus predecesores hace un siglo. Las élites estatales no han adquirido una autonomía de poder mayor a pesar de sus capacidades infraestructurales. De nuevo, sin embargo, estoy tocando algunos de los temas centrales por resolver en relación con las sociedades contemporáneas. Y, de nuevo, no ofrezco soluciones. En realidad, es necesaria una perspectiva histórica a más largo plazo que la de nuestra generación para resolverlos, y para decidir si la Revolución industrial acabó con la dialéctica agraria que he descrito.

De esta forma, el impacto de la autonomía estatal sobre el poder despótico ha sido ambiguo. En términos de la teoría tradicional los resultados pueden parecer desconcertantes: el Estado no ha poseído coherentemente grandes poderes o, en reali-

dad, ningún nivel estable de poder. Pero he discutido interesantes procesos de poder de un tipo diferente. En las sociedades agrarias, los Estados podían explotar su centralización territorial, pero en general sólo de forma precaria y temporal porque el poder despótico generaba también sus propias antítesis en la sociedad civil. En las sociedades industriales, la emergencia de Estados autoritarios indica un despotismo potencial muy superior, pero éste es aún un tanto controvertido y ambiguo. En las democracias capitalistas hay escasos signos de poder estatal autónomo, de tipo despótico.

Pero, tal vez, desde el principio y junto con las teorías más tradicionales, hemos estado buscando el poder del Estado en el lugar equivocado. Examinando más el poder infraestructural podemos ver que así es.

RESULTADOS: PODER INFRAESTRUCTURAL

Todo Estado que adquiere o explota la utilidad social se proveerá de bases infraestructurales. Éstas le capacitan para regular, normativamente y por la fuerza, un conjunto *dado* de relaciones sociales y territoriales, así como para erigir fronteras contra el exterior. Las nuevas fronteras momentáneamente alcanzadas por previas interacciones sociales son estabilizadas, reguladas y elevadas por las reglas universalistas monopolísticas del Estado. En este sentido el Estado da límites territoriales a las relaciones sociales cuya dinámica se halla fuera de él. El Estado *es* una arena, una condensación, una cristalización, un sumatorio de relaciones sociales, dentro de sus territorios, una afirmación a menudo hecha por Poulantzas³⁸. Sin embargo, pese a las apariencias, esto no apoya la visión reduccionista del Estado de Poulantzas, pues éste es un papel *activo*. El Estado puede promover un cambio social grande por medio de la consolidación territorial, imposible de hacerse sin él. La importancia de este papel se halla en proporción a sus poderes infraestructurales: cuanto mayores son o se hacen, mayor es la territorialización de la vida social. De esta forma, incluso si cada

movimiento del Estado hacia el despotismo es resistido triunfalmente por los grupos de la sociedad civil, puede tener lugar una reorganización infraestructural masiva dirigida por el Estado. Toda disputa entre la elite estatal y elementos de la sociedad civil, y toda disputa entre los segundos que se encuentra regulada rutinariamente a través de instituciones del Estado, tiende a focalizar las relaciones y las luchas de la sociedad civil en el plano territorial del Estado, consolidando la interacción social sobre ese terreno, creando mecanismos territorializados para reprimir o comprometer la lucha, y rompiendo las relaciones sociales tanto locales menores como territoriales más amplias.

Pondré un ejemplo. Desde el siglo XIII en adelante, dos procesos sociales principales favorecieron un mayor grado de centralización territorial en Europa. Primero, la guerra favoreció gradualmente estructuras de jefatura militar capaces de una coordinación rutinaria compleja de infantería especializada, caballería y artillería. Gradualmente, la leva feudal, más vaga, de caballeros, criados y unos pocos mercenarios, quedó obsoleta. A su vez esto presuponía un «ciclo de extracción-coerción» rutinario de entrega de hombres, dinero y víveres a las fuerzas³⁹. Finalmente, sólo los Estados territorialmente centralizados podían proveer tales recursos y los grandes ducados, principados-obispados y ligas de ciudades perdieron poder, frente a los Estados «nacionales» emergentes. Segundo, la expansión europea, especialmente la expansión económica bajo una forma crecientemente capitalista, requería: a) protección militar exterior en aumento, b) regulación legal más compleja de la propiedad y las transacciones comerciales, y c) formas de propiedad interior (como derechos de tierras comunes). Los propietarios capitalistas buscaron ayuda en estos aspectos en los Estados territoriales. De esta forma los Estados europeos adquirieron gradualmente poderes infraestructurales muy superiores: recaudación regular de impuestos, un monopolio sobre la movilización militar, administración burocrática permanente, un monopolio legislativo y ejecutivo. A largo plazo, a pesar de intentos de absolutismo, los Estados fracasaron en la adquisición de poderes despóticos a través de esto porque ello aumentó

también las capacidades infraestructurales de los grupos de la sociedad civil, especialmente de los propietarios capitalistas. Esto fue más marcado en Europa occidental y mientras el equilibrio de poder geopolítico basculó hacia el Oeste — y especialmente hacia Inglaterra — el Estado despóticamente débil demostró ser el modelo de la era moderna. Los Estados gobernaron con, y normalmente para los intereses de, la clase capitalista.

Pero el proceso y alianza facilitaron el auge de un tipo de poder estatal bastante diferente, de naturaleza infraestructural. Cuando el capitalismo se hizo dominante, adoptó la forma de un conjunto de segmentos territoriales: muchos sistemas de producción e intercambio, cada uno de ellos vinculados en buena medida (aunque no del todo) por un Estado y su esfera de influencia ultramarina. El sistema del Estado-nación de nuestra era no fue un producto del capitalismo (o, en realidad, del feudalismo) considerados como modos de producción puros. En este sentido es «autónomo». Fue el resultado de la manera en que los Estados preexistentes dieron fronteras normativas a las expansivas, emergentes, relaciones capitalistas. Los Estados eran los inicialmente débiles (en despotismo y en infraestructura) Estados de la Europa feudal. En el siglo XII hasta los más fuertes absorbían menos de un 2% del PNB (si pudiéramos medirlo), y hacían levas altamente descentralizadas de un máximo de 10 ó 20 000 hombres en ocasiones por un máximo de treinta días en el sistema de campaña, no podían gravar impuestos de forma regular alguna, regulaban sólo un pequeño porcentaje del total de disputas sociales: eran, de hecho, marginales a las vidas sociales de la mayoría de los europeos. Y, sin embargo, esos insignificantes Estados adquirieron una importancia decisiva en la estructuración del mundo que hoy vivimos. La necesidad de centralización territorial llevó a la reestructuración primero de la sociedad europea, luego de la mundial. El equilibrio del terror nuclear se encuentra entre los Estados sucesores de estos enclenques Estados europeos.

Hoy, en el sistema económico internacional, los Estados-nación se presentan como actores económicos colectivos. A través de las páginas de la mayoría de los trabajos actuales de economía política se mueven actores como «los Estados Unidos», «Japón» o «el Reino Unido». Esto no significa necesariamente que exista un «interés nacional» común, simplemente que en el plano internacional hay un conjunto de actores de poder organizados colectivamente, los Estados-nación. No hay ninguna duda sobre el papel económico del Estado-nación: la existencia de un mercado interior separado hasta cierto punto del mercado internacional, el valor de la moneda de uso corriente del Estado, el nivel de sus tarifas y cuotas de importación, su apoyo al capital y trabajo nativos, en realidad, toda su economía política, está permeada por la noción de que la «sociedad civil» es su dominio territorial. La territorialidad del Estado ha creado fuerzas sociales con vida propia.

En este ejemplo, la territorialidad en aumento no ha elevado el poder despótico. Los Estados occidentales eran débiles despóticamente en el siglo XII y continúan siéndolo hoy. Sin embargo, el aumento en penetración infraestructural ha elevado dramáticamente la delimitación territorial. Ésta parece una característica general del desarrollo social: los incrementos en los poderes infraestructurales estatales aumentan también la vinculación territorial de la interacción social. Podemos postular también la misma tendencia respecto del poder despótico, aunque es mucho más débil. Un Estado despótico sin fuertes apoyos infraestructurales sólo reivindicará la territorialidad. Como Roma y China, puede construir murallas, tanto para retener a sus súbditos como para frenar a los «bárbaros». Pero su éxito es limitado y precario. Así podríamos, de nuevo, elaborar una dialéctica histórica. Los aumentos en el poder estatal infraestructural territorializarán las relaciones sociales. Si entonces el Estado pierde control sobre sus recursos, se difunden hacia la sociedad civil, descentralizándolo y desterritorializándolo. Que esto esté, en realidad, comenzando a suceder en el mundo capitalista contemporáneo, con el auge de corporaciones multinacionales sobreviviendo al declive

de dos Estados triunfalmente hegemónicos, Gran Bretaña y Estados Unidos, es uno de los temas más acaloradamente discutidos en la economía política contemporánea. Debo dejarlo aquí como un tema abierto.

En este ensayo, he argumentado que el Estado es esencialmente una arena, un lugar — justamente como han argumentado las teorías reduccionistas — y que éste es precisamente el origen y mecanismo de sus poderes autónomos. El Estado, a diferencia de los principales actores de poder de la sociedad civil, está territorialmente limitado y centralizado. Las sociedades necesitaban que algunas de sus actividades sean reguladas sobre un territorio centralizado. Lo mismo sucede con las clases económicas dominantes, las Iglesias y otros movimientos de poder ideológico, y élites militares. Por tanto, ellos confían los recursos de poder a las élites estatales, recursos que no son capaces de recuperar completamente, precisamente porque sus propias bases socioespaciales de organización no están centralizadas ni territorializadas. Dichos recursos de poder estatal, y la autonomía a que llevan, pueden no ser muchos. Sin embargo, si el uso del Estado de los recursos conferidos genera ulteriores recursos de poder — como en realidad pretendían los mismos grupos de la sociedad civil — éstos normalmente fluirán a través del Estado, y llevarán así a un grado significativo de autonomía de poder. Por tanto, *el poder autónomo del Estado es el producto de la utilidad de la centralización territorial incrementada para la vida social en general*. Ésta ha variado de forma considerable a través de la historia de las sociedades, y consecuentemente lo ha hecho el poder de los Estados.

Distinguí entre dos tipos de poder estatal, despótico e infraestructural. El primero, el poder de la élite estatal sobre la sociedad civil, es lo que normalmente se ha entendido por poder estatal en la literatura. Aporté ejemplos de cómo la centralización territorial de los recursos económicos, ideológicos y militares ha elevado los poderes despóticos de los Estados. Pero los Estados raramente han sido capaces de aferrarse a

dicho poder por mucho tiempo. Los logros despóticos han sido normalmente precarios en los Estados históricos porque han carecido de infraestructuras logísticas eficaces para penetrar y coordinar la vida social. De esta forma cuando los Estados incrementaron sus recursos «privados», éstos fueron pronto llevados a la sociedad civil por sus propios agentes. De aquí resultó la oscilación entre regímenes imperial/patrimoniales y feudales analizados por primera vez por Max Weber.

Concentrándonos en el poder infraestructural, sin embargo, podemos ver que la oscilación era, en realidad, una dialéctica de desarrollo social. Los Estados despóticos han promovido una serie de infraestructuras de poder. Al «desaparecer» éstas en la sociedad civil, los poderes sociales generales aumentan. Yo sugiero que una parte central del desarrollo social en sociedades agrarias ha estado en una dialéctica entre estructuras centralizadas de poder autoritario, bien representadas por imperios de dominación, y estructuras descentralizadas de poder difuso, ejemplificadas en «civilizaciones de actores multipoder». De esta forma, el papel del Estado poderoso en el desarrollo ha fluctuado esencialmente: a veces promoviéndolo, otras retardándolo.

Pero también, he remarcado un segundo resultado de los poderes infraestructurales estatales. Donde éstos se han incrementado, también lo ha hecho la territorialidad de la vida social misma. Esto ha pasado normalmente desapercibido en la sociología debido al estatus incuestionable del concepto principal de la sociología: la «sociedad». La mayoría de los sociólogos — en realidad, la mayoría de la gente que lo usa — denomina «sociedad» al territorio de un Estado. Así, «la sociedad americana», «la sociedad británica», «la sociedad romana», etc. Lo mismo es predicable de sinónimos como «formación social» y (en menor medida) «sistema social». Sin embargo, la relevancia de las fronteras estatales para lo que denominamos sociedades es siempre parcial y ha variado enormemente. Los medievalistas no suelen caracterizar la «sociedad» en su época como definida por el Estado; es mucho más apropiada una

designación transnacional más amplia como «cristianismo» o «sociedad europea». Sin embargo, este cambio entre la época medieval y la moderna es uno de los aspectos más decisivos de las grandes transformaciones modernizadoras; de la misma forma que la relación actual entre Estados nacionales y el «sistema mundial» es crucial para nuestra comprensión de la sociedad del último siglo XX. ¿Qué grado de territorialización y centralización tienen las sociedades? Es éste el aspecto teórico en el que hallamos a los Estados ejerciendo una fuerza masiva sobre la vida social, y *no* el terreno más tradicional de controversia, el poder despótico de las élites estatales sobre las clases u otras élites. Los Estados son centrales para nuestra comprensión de lo que es la sociedad. Donde los Estados son fuertes, las sociedades están relativamente territorializadas y centralizadas. Ésta es la afirmación más general que podemos hacer acerca del poder autónomo del Estado.

* Michael MANN es profesor en el Departamento de Sociología de la Universidad de California (UCLA). Sus áreas de estudio son la Sociología Histórica, la Historia Comparada y la Sociología y Teoría Política, y su principal proyecto de investigación trata de la historia del poder social. Ha publicado dos volúmenes al respecto: *The Sources of Social Power* en Cambridge University Press (vol. I en 1986 y vol. II en 1993), y actualmente se encuentra trabajando en el tercer tomo. mmann@soc.ucla.edu

NOTAS:

¹ Este artículo fue publicado inicialmente en *Archives Européennes de Sociologie*, 25, 1984, ps. 185-213, y posteriormente en la compilación de trabajos de Michael MANN *States, war and capitalism: studies in political sociology*, Ed. Blackwell, Londres, 1988. Retomamos aquí la traducción al castellano de Pablo Sánchez León, publicada en 1991 en la revista *Zona Abierta*, 57-58, ps. 15-50.

² MANN, Michael *The Sources of social power, vol. 1, A history of power from the beginning to 1760 AD.*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1986

³ Véase por ejemplo WOLIN, S. *Politics and vision*, Ed. Little Brown, Boston, 1961

⁴ Como POULANTZAS, N. en *Pouvoir politique et classes sociales*, Ed. Maspero, París, 1972, y THERBORN, G. en *What does the ruling class do when it rules?*, Ed. New Left Books, Londres, 1978

⁵ Véase GUMFLOWICZ, L. *The outlines of sociology*, Ed. American Academy of Political and Social Science, Filadelfia, 1899

⁶ Véase HINTZE, Otto *The historical essays of Otto Hintze* compilado por F. GILBERT, Ed. Oxford University Press, Nueva York, 1975

⁷ RUSTOW, A. *Freedom and domination: a historical critique of civilization*, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1982

⁸ Véase la compilación hecha por OPPENHEIMER, F. *The state*, Ed. Free Life Editions, Nueva York, 1975

⁹ Theda SKOCPOL *States and social revolutions*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1979, ps. 29-31; Otto HINTZE *op.cit.*, 1975, p. 183

¹⁰ TILLY, Charles *As sociology meets history*, Ed. Academic Press, Nueva York, 1981, capítulos 5 y 8.

¹¹ GIDDENS, Anthony *A contemporary critique of historical materialism*, Ed. Macmillan, Londres, 1981

¹² Véanse, por ejemplo, las definiciones de EISENSTADT, S. N. en *The political systems of empires*, Ed. The Free Press, Nueva York, 1969, p. 5, de MACLER, R. M. *The modern state*, Ed. Clarendon Press, Oxford, 1926, p. 22 y de WEBER, M. *Economy and society*, Ed. Bedminster Press, Nueva York, 1968 p. 64.

^A N. del T.: Se refiere a la Reina de Alicia en *el país de las maravillas* de Lewis Carroll.

¹³ WEBER, M. *Economy and... op.cit.*

¹⁴ BENDIX, Reinhard *Kings or people*, Ed. University of California Press, Berkeley, 1978

¹⁵ GIDDENS, Anthony *A contemporary critique... op.cit.*

-
- ¹⁶ Véase LATTIMORE «Feudalism in history: a review essay» en *Past and Present*, 12, 1957, ps. 47-57
- ¹⁷ POULANTZAS, N. *Pouvoir politique... op.cit.*
- ¹⁸ Véase PÉREZ-DÍAZ, V. *State, bureaucracy and civil society: a critical discussion of the political theory of Karl Marx*, Ed. Macmillan, Londres, 1979
- ¹⁹ Véase LACHMANN, L. *The legacy of Max Weber*, Ed. Heinemann, Londres, 1970, ps. 92-142)
- ²⁰ Como afirman tanto SKOCPOL en *States and... op.cit.* como TRIMBERGER, E. en *Revolution from above: military bureaucrats and development in Japan, Turkey, Egypt and Peru*, Ed. Transaction Books, New Brunswick, 1978
- ²¹ Véase Michael MANN *The Sources of social power... op. cit.* capítulo 1
- ²² LATTIMORE «Feudalism in history: a review essay» *op.cit.*
- ²³ LEVI, M. «The predatory theory of rule» en *Politics and Society*, 10, 1981, páginas 31 a 65
- ²⁴ Por ejemplo por SERVICE, E. *Origins of the state and civilization*, Ed. Norton, Nueva York, 1975
- ²⁵ Véase RENFREW, Collin *The emergence of civilisation: the Cyclades and the Aegean in the Third Millennium BC*, Londres, Ed. Methuen, 1972
- ²⁶ Véase la edición de 1969 de SPENCER, T. *Principles of sociology* (síntesis en un volumen), Ed. Macmillan, Londres
- ²⁷ GUMPLOWICZ, L. *The outlines of sociology... op.cit.*
- ²⁸ OPPENHEIMER, F. *The state. op. cit.*
- ²⁹ Esto es planteado de forma clásica por GERSCHENKRON, A. *Economic backwardness in historical perspective*, Ed. Belknap Press, Cambridge, 1962
- ³⁰ CLASTRES, P. *Society against the state*, Ed. Blackwell, Oxford, 1977
- ³¹ Este argumento es desarrollado más extensamente en M. MANN *The Sources of social power... op.cit.* capítulos 2 a 4
- ³² *Íbidem* capítulo 9
- ³³ EISENSTADT, S.N. *The political systems... op.cit.*
- ³⁴ ENGEL, D. W. *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian Army*, Ed. University of California Press, Berkeley, 1978
- ³⁵ CREVELD, M. van *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1977

³⁶ Esto es bien reconocido hoy por muchos autores, como por ejemplo, KAUTSKY, J. H. *The politics of aristocratic empires*, Ed. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982; GELLNER, E. *Nations and Nationalism*, Ed. Blackwell, Oxford, 1983, capítulo 2; o GIDDENS, A. *A contemporary critique...* *op.cit.* ps. 103-104.

³⁷ Como ha argumentado, por ejemplo, Giddens, A. *A contemporary critique...* *op.cit.* ps. 103-104.

³⁸ POULANTZAS, N. *Pouvoir politique...* *op.cit.*

³⁹ Véase el brillante ensayo de FINER, S. «State and nation-building in Europe: the role of the military», en C. TILLY (comp.) *The formation of national states in Western Europe*, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1975

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- BENDIX, R. *Kings or people*, Ed. University of California Press, Berkeley, 1978
- CLASTRES, P. *Society against the state*, Ed. Blackwell, Oxford, 1977
- CREVELD, M. van *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1977
- EISENSTADT, S. N. *The political systems of empires*, Ed. The Free Press, Nueva York, 1969
- ENGEL, D. W. *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian Army*, Ed. University of California Press, Berkeley, 1978
- FINER, S. «State and nation-building in Europe: the role of the military», en C. TILLY (comp.) *The formation of national states in Western Europe*, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1975
- GELLNER, E. *Nations and Nationalism*, Ed. Blackwell, Oxford, 1983
[*Nación y nacionalismo*, Ed. Alianza, Madrid, 1988]
- GERSCHENKRON, A. *Economic backwardness in historical perspective*, Ed. Belknap Press, Cambridge, 1962
[*El atraso económico en su perspectiva histórica*, Ed. Ariel, Barcelona, 1968.]
- GIDDENS, A. *A contemporary critique of historical materialism*, Ed. Macmillan, Londres, 1981

-
- GUMPCLOWICZ, L. *The outlines of sociology*,
Ed. American Academy of Political and Social Science, Filadelfia,
1899
- HINTZE, O. *The historical essays of Otto Hintze*
(comp. F. GILBERT), Ed. Oxford University Press, Nueva York,
1975
- HOPKINS, K. *Conquerors and slaves*,
Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1978
- KAUTSKY, J. H. *The politics of aristocratic empires*,
Ed. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982
- LACHAMANN, L. *The legacy of Max Weber*,
Ed. Heinemann, Londres, 1970
- LATTIMORE, O. - «Feudalism in history: a review essay» en *Past and Present*, 12,
1957, ps. 47-57.
- *Studies in frontier history*,
Ed. Oxford University Press, Londres, 1962
- LEVI, M. «The predatory theory of rule» en *Politics and Society*, 10, 1981, ps.
431-65.
- MACLER, R. M. *The modern state*,
Ed. Clarendon Press, Oxford, 1926
- MANN, M. *The Sources of social power*, vol. 1, *A history of power from the
beginning to 1760 AD.*,
Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1986
[*Las fuentes del poder social*, vol. 1,
Ed. Alianza, Madrid, 1991]
- OPPENHEIMER, F. (comp.) *The state*,
Ed. Free Life Editions, Nueva York, 1975
- PÉREZ-DÍAZ, V. *State, bureaucracy and civil society: a critical discussion of the
political theory of Karl Marx*,
Ed. Macmillan, Londres, 1979
- POULANTZAS, N. *Pouvoir politique et classes sociales*,
Ed. Maspero, París, 1972
[*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Ed. Siglo
XXI, México, 1976]
- RENFREW, C. *The emergence of civilisation: the Cyclades and the Aegean in the
Third Millenium BC*, Londres, Ed. Methuen, 1972

-
- RUSTOW, A. *Freedom and domination: a historical critique of civilization*,
Ed. Princeton University Press, Princeton, 1982
- SERVICE, E. *Origins of the state and civilization*,
Ed. Norton, Nueva York, 1975
- SKOCPOL, T. *States and social revolutions*,
Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1979
[*Los Estados y las revoluciones sociales*,
Ed. FCE, México, 1984]
- SPENCER, T. *Principles of sociology* (síntesis en un volumen),
Ed. Macmillan, Londres, 1969
- THERBORN, G. *What does the ruling class do when it rules?*, Ed. New Left Books,
Londres, 1978
[*¿Cómo domina la clase dominante?*,
Ed. Siglo XXI, México, 1978]
- TILLY, C. (comp.) - *The formation of national states in Western Europe*,
Ed. Princeton University Press, Princeton, 1975
- *As sociology meets history*,
Ed. Academic Press, Nueva York, 1981
- TRIMBERGER, E. *Revolution from above: military bureaucrats and development in
Japan, Turkey, Egypt and Peru*,
Ed. Transaction Books, New Brunswick, 1978
- WEBER, M. *Economy and society*,
Ed. Bedminster Press, Nueva York, 1968 [*Economía y sociedad*, Ed.
FCE, México, 1964]
- WOLIN, S. *Politics and vision*,
Ed. Little Brown, Boston, 1961

Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance

Jaime PASTOR*

Después de un ya largo período de estimulante desarrollo de la sociología histórica, las valoraciones sobre cuál ha sido su aportación a la Teoría de Relaciones Internacionales siguen siendo diversas. En este trabajo, escrito desde la mirada de un politólogo afín, aunque no vinculado formalmente a ambos campos en presencia, me referiré primero a los orígenes y evolución de ese “mundo” transdisciplinar de investigación para, luego, analizar su diálogo con algunos de los especialistas en Relaciones Internacionales y presentar finalmente cuál es su estado actual el estado actual ante los nuevos desafíos.

Respecto a los orígenes, recordemos que en un primer momento la sociología histórica, en tanto que área específica de investigación y con penetración creciente en el ámbito académico, surge más bien como reacción frente a una sociología convencional y académica que parecía haberse olvidado de la historia para limitarse a analizar y justificar el presente como el único posible e inevitable. Sus inicios se sitúan tras la Segunda Guerra Mundial cuando irrumpen diversos intentos de ofrecer una interpretación alternativa frente a las que aparecían como dominantes en ese momento, vinculadas en mayor o menor medida a las teorías de la “modernización” y del “desarrollo”, pero también al marxismo “oficial”. Así, si Reinhard Bendix, Neil Smelser, Karl Polanyi o Norbert Elias pueden ser considerados pioneros en este ámbito, a ellos se van sumando otros como Barrington Moore, William McNeill, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein, Perry Anderson, Theda Skocpol, Michael Mann y Anthony Giddens, entre los más destacados. Todos ellos han publicado obras convertidas en “clásicas” que comparten algunos rasgos comunes, fundamentalmente la voluntad de construir un proyecto que parte de la convicción de que “el compromiso mutuo de la historia y la sociología es un prerequisite analítico para centrar la atención en la simultaneidad que determina la *constitución social* de los acontecimientos y procesos históricos, y la *transformación histórica* de los agentes, instituciones y culturas que

constituyen las realidades que fluyen y a través de las cuales la vida ‘histórica-social’ se va haciendo”¹.

En realidad, también desde la Teoría de Relaciones Internacionales se manifestó ya a finales de la década de los cincuenta, como rememora en un artículo reciente Justin Rosenberg², la preocupación por superar los límites de esa disciplina en reflexiones como las de Stanley Hoffmann y su propuesta de refundarla sobre la base metodológica de la sociología histórica, si bien la renovación de ésta todavía no se había producido.

Para los autores antes mencionados, el nuevo desafío obligaba a cuestionar los paradigmas dominantes en las ciencias sociales y en la historiografía y, por tanto, a superar su compartimentación y separación creciente entre ellas. Quizás la obra de Charles Tilly *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*³ representa uno de los más ilustres ejemplos del recorrido emprendido y de la propuesta de reconsideración crítica y radical de la herencia de la corriente de pensamiento evolucionista del siglo XIX, a la que se subordinaron en gran medida todas las disciplinas. A partir de este balance fue avanzando un proyecto de investigación que queda formulado en los siguientes términos:

“En el caso de los países occidentales en los últimos siglos, el proyecto empezaría por reconocer que el desarrollo del capitalismo y la formación de estados nacionales poderosos e interconectados dominó el resto de los procesos sociales y configuró todas las estructuras sociales. El proyecto continuaría con la localización de tiempos, espacios y personas en esos dos grandes procesos y con el intento de encontrar la lógica de los procesos. Continuaría con el proceso de creación y destrucción de diversos tipos de estructuras por el capitalismo y por el surgimiento de los estados, y después trazaría la relación de otros procesos – por ejemplo, migración, urbanización, variaciones en la fecundidad y formación de los hogares - con el capitalismo y el sistema de estados. Un proyecto complejo, pero muy satisfactorio”⁴.

En resumen, la sociología histórica se proponía y se propone como tarea superar una interpretación evolucionista de los cambios que ha estado generalmente limitada a

un marco nacional-estatal europeo, el cual debería seguir, por extensión, el resto del mundo según las teorías convencionales dominantes. En cambio, como concluye Tilly en la obra mencionada, lo que se sostiene es que “en nuestros días, es difícil imaginarse la construcción de cualquier análisis válido del cambio estructural a largo plazo que no conecte las alteraciones particulares, directa o indirectamente, a los dos principales procesos interdependientes de la época: la creación de un sistema de estados nacionales y la formación de un sistema capitalista mundial. Nos enfrentamos al reto de integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia”⁵.

Partiendo de la necesidad de responder a retos como el que propone Tilly, se han ido desarrollando varias corrientes de investigación, entre las que podríamos distinguir, siguiendo a Randall Collins⁶, la sociología comparada de las revoluciones (Barrington Moore, Theda Skocpol, Charles Tilly, Jack Goldstone, John Foran, entre otros), los movimientos sociales (Charles Tilly, Doug McAdam, Sydney Tarrow), el desarrollo del estado moderno (destacando, entre todos, a Michael Mann pero también a Tilly o Skocpol) y el “análisis del sistema-mundo” y de la economía-mundo capitalista (Immanuel Wallerstein, André Günder Frank, Christopher Chase-Dunn, Giovanni Arrighi...). La mayoría de estas corrientes se caracterizarían por cierta tendencia a mezclar conceptos weberianos y marxistas en la interpretación de esos fenómenos, siempre desde una perspectiva histórica y dentro de un contexto global.

Esta “familia de corrientes” transdisciplinar ha ido influyendo simultáneamente en unas ciencias sociales y una historiografía que estaban cada vez más hiperespecializadas y también, por tanto, en la teoría de relaciones internacionales. Quizás desde este ámbito, uno de los especialistas que más han resaltado esa contribución haya sido Fred Halliday, destacando la importancia que tuvo en su momento la obra colectiva *Bringing the State Back In*⁷, precisamente porque ayudó a situar el debate sobre la “autonomía” del estado y los cambios históricos más allá del falso debate sobre el “estatocentrismo” predominante en la Teoría de Relaciones Internacionales. En palabras suyas, “el argumento no es el de si somos o no ‘estatocéntricos’ sino el de qué entendemos por estado”⁸. Respondiendo a esa pregunta, obras colectivas como la mencionada confirmaban la necesidad de acabar con la visión

ideal del estado como “totalidad nacional-territorial” para pasar a entenderlo como “un conjunto específico de instituciones coercitivas y administrativas, diferentes del contexto político y social más amplio en el que están situadas”⁹. A partir de ahí Halliday extraía una serie de lecciones que obligaban a reconocer que “la perspectiva sociológica sobre el estado muestra la necesidad de estudiar, en un contexto comparativo, histórico, cómo ha afectado el funcionamiento internacional del estado al funcionamiento interno del propio aparato de estado”¹⁰.

El déficit de la mayoría de los estudios del área de relaciones internacionales para abordar los procesos de cambio desde ese “nuevo” enfoque explicaría, precisamente, su tendencia a menospreciar el análisis de las revoluciones en la historia contemporánea y, en cambio, su opción por centrarse en el papel de las grandes potencias desde un punto de vista meramente “realista”, de lucha por el poder. En este sentido, la obra de Theda Skocpol *Los Estados y las revoluciones sociales*¹¹, con tesis que demostraban la imposibilidad de evitar la separación entre lo interno y lo externo (“el estado es, en suma, fundamentalmente bifacético, como Jano, con un arraigo intrínsecamente doble en las estructuras socioeconómicas divididas por clases y en un sistema internacional de estados”¹²), argumentadas a partir del estudio comparado de los procesos revolucionarios y de sus resultados en Francia, Rusia y China, provocó una verdadera convulsión entre muchos investigadores no sólo de la Sociología y las Relaciones Internacionales sino también de otras disciplinas. Ello no ha impedido que la aplicación de sus postulados a los casos estudiados fuera objeto de controversias y sucesivas precisiones, precisamente por acabar dando demasiado peso a la dimensión internacional o por caer en algunos de los errores del neorrealismo¹³.

No obstante, si bien obras como las mencionadas tuvieron un notable impacto, no hay que olvidar que ya antes el enfoque conocido como “análisis del sistema-mundo” había irrumpido con fuerza como resultado de diversas influencias, entre ellas la teoría de la dependencia, surgida en América Latina desde la CEPAL, y la historiografía de la escuela de *Annales* de Fernand Braudel, con conceptos novedosos como el “tiempo social” y la “larga duración”. Como se sabe, ha sido Immanuel Wallerstein quien ha elaborado el cuerpo teórico y empírico más acabado de esta

corriente, proponiendo que había que analizar el sistema-mundo moderno como una economía-mundo capitalista “cuya combinación da cuenta de sus procesos, todos los cuales están interrelacionados entre sí. Las instituciones básicas son el mercado o, mejor dicho, los mercados; las compañías que compiten en los mercados; los múltiples estados, dentro de un sistema interestatal; las unidades domésticas; las clases, y los grupos de estatus (en la terminología de Weber, lo que algunos han dado en llamar en años recientes ‘identidades’)”¹⁴. En ese marco general se habría ido desarrollando una “geocultura” en la que han actuado distintas ideologías, movimientos sociales y ciencias sociales. La revolución mundial de 1968 habría marcado, según la interpretación de Wallerstein, el inicio de la crisis sistémica contemporánea y de la “geocultura” que ha mantenido la economía-mundo capitalista, abriendo así una era de transición histórica en la que todavía estaríamos¹⁵. En ese nuevo marco también se plantearían dudas sobre la propia utilidad de esta “escuela” ante las nuevas preguntas de investigación surgidas, tal como reconoce el propio Wallerstein¹⁶.

Junto a este autor, André Gunder Frank, Christopher Chase-Dunn, Samir Amín o, desde la geopolítica crítica, Peter J. Taylor, la contribución de Giovanni Arrighi me parece especialmente relevante, como se puede comprobar en obras como *El largo siglo XX*¹⁷ o, junto con Beverly Silver y otros, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*¹⁸. Su estudio comparado de los distintos ciclos de acumulación y de las sucesivas transiciones hegemónicas que entre cada uno de ellos se han ido produciendo hasta llegar a la que actualmente estamos viviendo, constituye una aportación especialmente rica. Pese a que esta “escuela” ha sido criticada generalmente por destacar la “primacía” de lo económico y relegar a un segundo plano el papel de los estados, habría que precisar que en trabajos como los de Arrighi esa observación debería ser mucho más matizada a la vista, sobre todo, de artículos suyos más recientes¹⁹. Es significativo que con esta corriente estén confluyendo, mediante un diálogo que parece fructífero, interpretaciones de la actual era histórica vinculadas a otros enfoques, como es el caso del materialismo histórico-geográfico que representa David Harvey²⁰, o también del pensamiento “des-colonial”²¹, sin que éste se haya ahorrado las críticas a esta “escuela” por haber reproducido durante toda una etapa un enfoque eurocéntrico del mundo hasta que aparecieron re-visiones en obras como las de Abu-Lughod²² o Gunder Frank²³.

Pero, sin duda, han sido los análisis sobre el estado que fueron apareciendo desde mediados de la década de los setenta y comienzos de los ochenta de autores como Charles Tilly²⁴, Theda Skocpol²⁵, Michael Mann²⁶ y Anthony Giddens²⁷ los que han tenido un mayor impacto en la reconsideración del concepto de estado y de su autonomía dentro de las relaciones internacionales, así como para tener en cuenta los nuevos actores y los procesos de cambio radical que se han ido produciendo en el mundo²⁸.

No es fácil precisar las variantes de los distintos análisis del estado procedentes de la sociología histórica que se han ido desarrollando a partir de los ya mencionados, pero parece acercarse a la realidad la siguiente clasificación de Jeff Goodwin²⁹: una sería la “*state-autonomy perspective*”; otra, la “*state-capacity*”; otra, la “*political-opportunity*”, y finalmente, la “*state-constructionist perspective*”. La primera, conocida también como teoría estructural, se encuentra en trabajos como los iniciales de Skocpol y Mann; la segunda, en los de Mann sobre los distintos recursos del poder; la tercera, en Tarrow y la “estructura de oportunidad política”, mientras que la última ligaría con el enfoque que Skocpol define como “*toquevilliano*” y que en la actualidad parece tener especial acogida.

El “modelo IEMP” de Mann

Probablemente, el trabajo que se puede considerar con mayor ambición teórica y empírica en lo que se refiere a la necesidad de una nueva interpretación del estado “como un lugar y un actor al mismo tiempo” haya sido, al menos hasta ahora, el de Michael Mann. Este investigador ha desarrollado una teoría propia sobre las fuentes del poder social en dos gruesos volúmenes³⁰ que se han convertido en una verdadera referencia para el debate no sólo dentro de la Sociología Histórica sino también en otras disciplinas, entre ellas las Relaciones Internacionales. Buena prueba de ello se encuentra en la reciente publicación de la obra colectiva *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann*³¹, donde estudiosos de muy diversas áreas comentan diferentes aspectos de las aportaciones que ha hecho hasta el momento. Por eso, aun no siendo objeto de este artículo exponer con amplitud su teoría sobre el poder, sí parece

necesario resumirla brevemente con el fin de poner de relieve lo que puede ser más útil para el tema que aquí nos ocupa.

Michael Mann parte de la tesis de que “la sociedad” como tal no existe. Más bien, lo que hay son, fundamentalmente, “redes organizadas de poder” que se interconectan y reconfiguran dentro y fuera de las fronteras de los estados y de las relaciones entre las clases. Esta afirmación que constituye una crítica al enfoque predominante acotado a las “sociedades-estado nacionales”, es desarrollada a través del largo recorrido histórico que hace a partir de la aparición de la civilización y los estados en Mesopotamia hasta la Primera Guerra Mundial del siglo XX, estando pendiente un tercer volumen en el que llegaría hasta el momento actual.

Mann ofrece algunas distinciones relevantes de las dimensiones que puede adoptar el poder – intensiva y extensiva, autoritaria y difusa - para sostener luego que existen cuatro fuentes sustantivas de poder social: la ideológica, la económica, la militar y la política, convencionalmente conocidas como “modelo IEMP de organización del poder”. El poder ideológico (término que prefiere frente a los de “cultura” o “discurso”) “procede de la necesidad humana de dotar a la vida de un significado último, compartir normas y valores, y participar en prácticas estéticas y rituales”³²; incluyendo, por tanto, en él las religiones, el liberalismo, el socialismo y el nacionalismo, siendo predominantemente difuso y distinguiendo entre las ideologías “transcendentes”, las “inmanentes” y, en sus estudios más recientes, las “institucionales”. El poder económico “nace de la necesidad de extraer, transformar, distribuir y consumir los recursos de la Naturaleza”³³, combinando poder intensivo y extensivo, así como también poder autoritario y difuso. El poder militar “es la organización social de la fuerza física. Nace de la necesidad de organizar la defensa y la utilidad de la agresión”³⁴, combinando aspectos intensivos y extensivos pero basándose en una organización militar por naturaleza autoritaria y “concentrada-coercitiva”; más tarde, precisará la definición de poder militar como “la organización social de la violencia letal concentrada”³⁵. El poder político, en fin, “surge de la utilidad de una regulación centralizada y territorial de la vida social. En definitiva, poder político significa poder *estatal*”³⁶, siendo fundamentalmente autoritario. Mann introduce a continuación, como

ya hizo en trabajos anteriores³⁷, la distinción entre dos tipos de poder estatal: el “poder despótico” (“poder distributivo de las elites estatales sobre la sociedad civil”) y el “poder infraestructural” (“la capacidad institucional de un estado central, despótico o no, para penetrar en sus territorios y llevar a cabo decisiones en el plano logístico”)³⁸.

Partiendo de un enfoque multicausal que él mismo asume definir como “materialismo organizativo” y, por tanto, de que “la lucha por el control de las organizaciones de poder ideológico, económico, militar y político constituye el drama más importante del desarrollo social”³⁹, Mann se centra en un repaso de las distintas teorías sobre el estado moderno – la de las clases, la pluralista, la elitista, la institucional - para pasar a proponer su propia teoría – a la que él mismo define como “teoría del embrollo” -, basada en las cuatro características relevantes que, según ha tratado de demostrar empíricamente, comparten todos los estados: 1) su centralización territorial; 2) el hecho de ser, al mismo tiempo, “un lugar, unas personas, un centro y un territorio”; 3) una variedad de instituciones estatales que desempeñan “distintas funciones para los distintos intereses de los grupos localizados dentro de su territorio” y 4) la existencia de un conjunto de relaciones políticas entre un estado determinado y otros estados; es decir, la geopolítica⁴⁰. Esta geopolítica se subdividiría, a su vez, en “dura” (la centrada en la guerra, la paz y las alianzas) y “blanda” (la que tiene que ver con las negociaciones en otros campos, como el económico o el ambiental)⁴¹. Apoyándose en esa teoría Mann analiza la formación y evolución de las clases y de los estados nacionales hasta la Primera Guerra Mundial concluyendo que se ha ido produciendo “el desarrollo entrelazado y no sistémico de las cristalizaciones estatales: capitalista, representativa, nacional y militarista”⁴².

Mann ha ido ampliando sus campos de investigación al tiempo que ha ido precisando y matizando sus tesis en otros trabajos. Nos parece importante resaltar el hecho de que, pese a estar todavía pendiente su tercer volumen sobre *Las fuentes del poder social*, haya presentado nuevos estudios que, previsiblemente, formen parte de él, ya que tratan sobre la evolución del movimiento obrero durante el siglo XX, el fascismo, la “limpieza étnica” (analizada como “el lado oscuro de la democracia”) o, lo

que más puede interesar aquí, la “globalización” y el papel de la superpotencia estadounidense.

En lo que se refiere a la “globalización”, Mann ha tratado de diferenciarse, principalmente, de las tesis sobre el declive irreversible del estado-nación de los que define como “globalistas incondicionales”. Por el contrario sostiene que habría que analizar en detalle cómo se están mezclando las distintas redes socio-espaciales de interacción social, entre las que diferencia las locales, las nacional-estatales, las internacionales, las transnacionales y las efectivamente globales para ver los impactos diferenciales, las tendencias que socavan y las que refuerzan a los estados-nación, así como los procesos y trayectorias que refuerzan a unas y otras redes. Su diagnóstico es que “la extensión del norte y, en definitiva, la globalización, ha dependido de los estados-nación que se han beneficiado de ella y, a su vez, los ha afianzado. Esta forma de globalización refuerza las redes de interacción nacional”⁴³. No obstante, reconoce que “Europa ha experimentado un cambio político y económico, con un notable descenso de la autonomía particularista y la soberanía de sus estados-nación”⁴⁴, si bien insiste en que sigue siendo, a pesar de todo, una asociación de estados-nación.

En su análisis del contexto internacional tras el 11-S de 2001⁴⁵, Mann se esfuerza por actualizar su “modelo IEMP” para interpretar la “globalización” como “la expansión de esas cuatro redes de interacción, cada una de las cuales puede tener fronteras, ritmos y resultados diferentes, extendiendo distintas formas de integración y desintegración a lo largo del planeta”⁴⁶. Desde su punto de vista, la “globalización” económica ha introducido una línea de ruptura a través de la configuración de un “imperialismo ostracista” y una “norteización”, acentuando las desigualdades en crecimiento y riqueza mientras, no obstante, los estados se mantienen como redes de interacción económica en la medida que proporcionan la mayor parte de la regulación política que el capitalismo precisa. En cuanto al poder militar, la hegemonía alcanzada por Estados Unidos no tendría precedentes históricos pero el consenso que en torno a ese “paraguas” existe en el norte tropieza en el exterior con dos líneas de ruptura: por un lado, determinadas potencias regionales (Rusia, China, Irán, Pakistán, India) y, por otro, una “revolución subversiva en lo que respecta a las ‘armas de los débiles’”⁴⁷, siendo el

11-S el ejemplo más espectacular; se configura así un mundo dual en el que coexisten “zonas de paz y zonas de turbulencia”. En el plano político, el fracaso del “desarrollismo” estaría debilitando la legitimidad de los gobiernos y de la democracia, y se combinaría a su vez con los conflictos étnico-religiosos. Son precisamente los movimientos étnicos y religiosos (especialmente, el “fundamentalismo de combate” en el mundo islámico) los que desafían más abiertamente la relativa “convergencia hacia una única cultura global del norte en el ámbito del consumismo, el humanismo liberal y la lengua inglesa”⁴⁸.

En *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*⁴⁹ trata de aplicar al caso estadounidense ese mismo “modelo IEMP”, llegando a la conclusión de que “el imperio estadounidense resulta ser un gigante militar, un conductor desde el asiento de atrás de la economía, un esquizofrénico político y un fantasma ideológico”⁵⁰. Desde esa caracterización considera que con la Administración Bush actual se va a producir una “incoherencia imperial y un fracaso de la política exterior” que no necesariamente podrían llevar a la pérdida de la hegemonía estadounidense. La prueba de fuego de lo que define como “el nuevo militarismo” imperialista se encontraría en el área verdaderamente problemática de Oriente Medio, en donde prevé que se produzca ese fracaso, ya que “no serán los poderosos europeos sino los enclenques árabes y musulmanes los que dejen al descubierto el punto débil del militarismo estadounidense. Por desgracia, antes tendrán que sufrir considerablemente”⁵¹.

Muchos son los aspectos y matices que quedan fuera de esta sucinta exposición de las tesis de Michael Mann, pero de ella no es difícil extraer la conclusión de que el conjunto de su obra⁵² constituye, sin duda, una contribución enormemente innovadora que ha llevado incluso a algunos a considerarle un nuevo Max Weber, pero a la vez ha provocado muchas críticas y polémicas. Un primer punto especialmente controvertido ha sido la introducción por parte de este autor del poder militar como una fuente separada del poder social, a diferencia de lo que era común tanto en Marx como en Weber o Durkheim. Ésta es precisamente la principal crítica que le hace Gianfranco Poggi⁵³, quien, aun reconociendo el papel de lo militar en muchos conflictos y su

tendencia a la autonomía, considera que no se le puede atribuir el mismo estatus que al poder político, al económico o al ideológico, precisamente porque su grado de autonomía se da dentro del marco del poder estatal en general y no fuera de él. En el mismo sentido se pronuncian otras críticas, partidarias de mantener lo que Poggi mismo recuerda como la “Santísima Trinidad”. Mann se ha mantenido, no obstante, firme en su defensa de la relevancia del poder militar, aun reconociendo que los estados más violentos y arbitrarios se saltan cualquier distinción entre poder político y militar; para ello ofrece como ilustración la importancia de éste último a la hora de comparar a las diferentes grandes potencias en la actualidad, particularmente la estadounidense, la alemana o la japonesa.

Desde la Teoría de Relaciones Internacionales tiene interés la utilización que Linda Weiss⁵⁴ ha hecho del concepto de “poder infraestructural” para tratar de comprender la capacidad transformadora de los estados modernos; es decir, su habilidad para coordinar el cambio estructural económico en respuesta a las presiones externas. A partir de ahí, Weiss ha propuesto el concepto de “interdependencia gobernada” para definir la red de relaciones de colaboración que se establecen entre el gobierno y el mundo empresarial en el objetivo común de llevar a cabo proyectos transformadores. Al igual que el “poder infraestructural”, la “interdependencia gobernada” implicaría “una relación *negociada* en la cual el estado y los actores de la sociedad civil mantienen su autonomía”⁵⁵. Desde esa reformulación de las relaciones entre el estado, la economía y la sociedad civil, Weiss sostiene que la “globalización” no ha disminuido la utilidad social del estado y, por tanto, su margen de maniobra, si bien éste depende del tipo de “instituciones domésticas”⁵⁶ existentes en cada país, y ofrece para ello argumentos consistentes, aunque generalmente referidos a los grandes estados. Esa es la crítica que le hace Mann, quien insiste en que “la globalización ni constriñe ni da mayores posibilidades (a los estados), ya que no es un agente. La globalización es plural y contiene muchos agentes. Algunos de ellos pueden constreñir (...). Pero veo pocas constricciones en el norte que vengan de los capitalistas globalizadores”⁵⁷.

John M. Hobson ha llamado la atención desde hace tiempo sobre la aportación de la Sociología Histórica y de Mann, en particular, al estudio de las Relaciones

Internacionales, así como al cuestionamiento del paradigma neorrealista dominante en ese área. Éste era un paradigma ahistoricista y negaba las discontinuidades y rupturas, por lo que aparecía como una herramienta escasamente útil tras el final de la “Guerra Fría” y la entrada en la “globalización”, ya que dejaba fuera el papel de la “agencia”, ignoraba la incidencia de los procesos sociales y era, en definitiva, reduccionista⁵⁸.

Para superar ese neorrealismo, Hobson considera que el análisis de las redes de poder y el modelo multicausal IEMP de organización del poder se han mostrado especialmente útiles. No obstante, observa que en Mann se desliza a veces un análisis neorrealista de las relaciones internacionales, en concreto cuando se refiere al auge y declive de las grandes potencias o cuando asimila la geopolítica con las relaciones internacionales, si bien en otros aspectos observa coincidencias con la Escuela Inglesa de Relaciones Internacionales, en particular con Hedley Bull y Martin Wight en cuanto a la definición que formularon de la “sociedad internacional” y la competencia o/y cooperación entre los distintos actores para establecer instituciones normativas de comportamiento. En su opinión, Mann debería profundizar más en estos terrenos, a la vez que tratar de confluir con un enfoque constructivista de lo social, basado en la *definición* (no la *defensa*) de los intereses de los agentes, y dando más relevancia al estudio de los procesos ideológicos y de construcción de las identidades.

En la obra de Mann aparece, como no podía ser de otra manera, un tema especialmente polémico que afecta no sólo a la historia de las relaciones internacionales sino a muy diversas disciplinas. Me refiero a la interpretación que hace de los factores que explicarían el ascenso de Europa occidental y de la “modernidad”, tal como es configurada por aquélla, así como el por qué esto no se produjo en otras regiones del mundo, particularmente en Asia. Se trata, sin duda, de un debate ya “clásico” (que aparece en varios artículos de la obra coordinada por Hall y Schroeder), difícil de resumir aquí y permanentemente abierto. En él las tesis de Mann sobre el “despegue británico-europeo” se ven confrontadas con las de Robert Brenner e Isett, por un lado, y con el nuevo “revisionismo asiático” (Gunder A., Goldstone J., Hobson J. M), por otro; pero también se diferencian de las de Eric Jones y, sobre todo, de las de David Landes, pese a que algunos han tendido a asimilarle con éstos últimos. Ha sido precisamente

esta afinidad a las tesis del “excepcionalismo europeo” (y, por ende, la presunta superioridad europea que se derivaría de éste) la que ha llevado a algunos críticos a acusar a Mann de “eurocentrismo”.

Ese es el caso de Hobson, quien ha presentado una contribución a esta controversia – y, por ende, a la Sociología Histórica y comparada - en *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*⁵⁹ que propone un nuevo marco de interpretación del ascenso europeo. En ella se puede encontrar una crítica, basada en un muy amplio conocimiento de la historia mundial, del doble mito del estado liberal-democrático racional de Occidente y de la gran línea divisoria entre Oriente y Occidente de 1500 a 1900. Frente a esa versión dominante reivindica “la historia olvidada de cómo Oriente permitió la ascensión del Occidente moderno”⁶⁰, después de una “globalización oriental” que duró desde el año 500 hasta 1800: “sin la existencia de una economía global y de una globalización oriental muchas de las carteras de recursos más avanzadas de Oriente no habrían podido ser transmitidas a Occidente. Y sin esas carteras de recursos, los europeos tal vez hubieran continuado en la periferia atrasada de la economía global liderada por africanos y asiáticos”⁶¹. Sin embargo, no por ello comparte las tesis de otros autores “anti-eurocéntricos”, ya que reconoce el papel de Europa como agente activo en la medida que consigue apoyarse en esa “globalización oriental” desarrollando lo que define como una “inquietud racista” (no “racional”) en su lucha por expoliar y explotar los recursos de Oriente – tierras, mano de obra y mercados -, entrando ya entonces en juego factores y acontecimientos contingentes que permitieron que Europa culminara su carrera y desembocara en su industrialización⁶².

Reconsideraciones críticas de la historia como ésta, haciéndola más “pluriversal”, ayudan también a relativizar mucho más el término “globalización” para caracterizar la era histórica actual y obligarían más bien a hablar, en todo caso, de una era de transición en la que el proyecto de “occidentalización del mundo”⁶³ emprendido ya hace tiempo se encuentra sometido a profundas contradicciones, tensiones y resistencias. Por eso esta obra puede servir también para abordar mejor debates contemporáneos como las relaciones entre “Occidente”, “Oriente” y el “Sur”, así como

para rebatir el discurso del “choque de civilizaciones” que desde la presunta superioridad histórica y moral “occidental” se predica.

La nueva “globalización”, los estados y las viejas y nuevas preguntas

Si bien hemos centrado la atención en la contribución teórica de Mann, existen sin duda otras aportaciones de notable interés procedentes de otros investigadores ubicados dentro de la Sociología Histórica como Tilly, Skocpol, Hall, Gladstone, entre otros. Pero el debate suscitado por Mann nos parece ya suficientemente ilustrativo de los esfuerzos por tender puentes entre una de las más relevantes corrientes de la Sociología Histórica, por un lado, y determinados estudios de Relaciones Internacionales, por otro, enlazando a su vez con la relativa recuperación de análisis como los de Hedley Bull⁶⁴ y su hipótesis sobre un “nuevo medievalismo”, los enfoques constructivistas o las nuevas visiones de la “globalización” que obligan a reubicar el papel de los estados y de otros actores políticos, sociales, económicos o ideológicos dentro de los procesos de cambio que vivimos contemporáneamente.

Es el fenómeno mismo de lo que se ha dado en denominar convencional e interesadamente “globalización” el que ha generado nuevas polémicas sobre la utilidad de la Sociología Histórica para interpretarla. En ese sentido, tiene interés traer aquí algunas reflexiones de diversos estudiosos de las relaciones internacionales y, en particular, las de John M. Hobson⁶⁵ y Martin Shaw⁶⁶. Mientras el primero ha insistido en la necesidad de extraer seis principios de la sociología histórica weberiana (la atención a la relación entre historia y cambio, la multicausalidad, la multiespacialidad, la autonomía parcial, la complejidad del cambio y una concepción “no realista” de la autonomía estatal) que deberían ser tenidos en cuenta por los “internacionalistas”, el segundo considera que esas propuestas tienen que ver ya más con el pasado; es decir, con las viejas categorías nacional-internacional, las cuales ya no sirven para reconocer las variables del nuevo orden como las redes globalizadas de autoridad, las políticas que se están legitimando globalmente, los mercados globales, las comunicaciones globales y los movimientos sociales globales.

El desacuerdo de Shaw con Hobson no significa una crítica a la Sociología Histórica, ya que ésta lo es del pasado y para ello ha sido extremadamente útil, especialmente mediante aportaciones como las de Mann, puesto que han ayudado a comprender los distintos recursos del poder y a liberarse de la asociación entre la nación y el estado o de conceptos mitificados como “soberanía”. Tampoco supone estar de acuerdo con las tesis liberal-pluralistas de Keohane o Nye ni con las de otros enfoques (Falk, Cox, Gill, van der Pijl) que tienden a subestimar el papel de los estados o consideran que estamos en una etapa “post-estatista”. Por eso, con el fin de superar el *impasse* actual entre esas viejas y nuevas respuestas, parece oportuna la propuesta de Shaw de una “tercera ola de sociología histórica” que rompa con los dualismos nacional-internacional y ayude a comprender las transformaciones de la “era global” emergente. Para ello haría falta una nueva síntesis de las Relaciones Internacionales que fuera efectivamente más allá del “estatocentrismo” y de la fallida comprensión de los estados desde unos enfoques realistas que consideraban al estado como “estado-nación” y al sistema de estados como una realidad muy aislada de las fuerzas sociales⁶⁷.

No obstante, la nueva teoría del estado global desarrollada por Shaw⁶⁸ también se ha mostrado enormemente polémica. Con ella se refiere a la configuración de un nuevo conglomerado estatal occidental, basado en formas institucionales tanto regionales como globales, con una vocación de dominación global; el cual contrastaría con la existencia de estados “casi-imperiales” y otros “nuevos” o/y “casi-estados”. Shaw no niega que existan contradicciones en la tendencia a la consolidación de ese conglomerado estatal occidental, constituido por un conjunto de instituciones y formas de asociación de todo tipo y encubierto bajo el eufemismo de “comunidad internacional”, pero es un hecho que está funcionando pese a que el “nuevo modo de guerra estadounidense” (que, según él, tendería a una “israelización” – y, por tanto, a una “palestinización” - de, al menos, algunas grandes potencias y regiones del planeta) podría estar tropezando con límites cada vez más visibles⁶⁹.

Esa discusión ha proseguido en otros artículos y obras individuales y colectivas, destacando entre ellas *Historical Sociology of International Relations*⁷⁰. En ella se expresan distintos puntos de vista (neoweberianos, constructivistas, análisis del sistema

mundo, materialismo histórico crítico, teoría crítica, posmodernismo y realismo estructural) sobre el balance y el futuro de lo que Hobden y Hobson ya proponen que se defina como “sociología mundial”; es decir, “un enfoque crítico que rechaza tratar el presente como una entidad autónoma fuera de la historia y que insiste, en cambio, en insertarlo dentro de un lugar específico socio-temporal, ofreciendo así remedios axiológicos a las ilusiones ahistóricas que el cronofetichismo y el tempocentrismo producen”⁷¹. Las aportaciones del enfoque constructivista en esta obra, con sendos artículos de Michael Barnett⁷² y Christian Reus-Smit⁷³ han sido también polémicas, ya que consideran que tanto los enfoques de Mann como los de Hobson no han dado suficiente relevancia a las ideas en la constitución de las preferencias de los actores y tampoco están teniendo en cuenta la nueva configuración de instituciones internacionales que, pese a sus limitaciones, han generado su propia burocracia y no pueden ser reducidas a meros instrumentos de los estados o de uno en particular. En ese marco interpretativo tiene sentido la distinción que hace Reus-Smit entre “*purposive change*” y “*configurative change*” en el sistema internacional.

El balance que de la relación entre la Sociología Histórica y la Teoría de Relaciones Internacionales se hace desde el marxismo es distinto de los anteriores. Así, por ejemplo, aun reconociendo que la tarea propuesta por Hoffmann ha sido ampliamente abordada, como se observa en trabajos como los presentados en la obra coordinada por Hobden y Hobson, Justin Rosenberg considera que el gran problema de ambas áreas – y de la teoría sociológica clásica en general, incluido Marx - está en que se sigue eludiendo una genuina definición sociológica de “lo internacional”. Por eso mismo ni Giddens ni Mann ni Skocpol extraen todas las consecuencias de su crítica al marco teórico predominante de la “sociedad-estado-nacional”; ni tampoco el concepto de “sociedad internacional” de Bull (con su defensa de una autonomía de las relaciones internacionales, pese a su acertada crítica a la falacia de la analogía doméstica) le parece una respuesta satisfactoria. La alternativa se encontraría en profundizar en la teoría del desarrollo desigual y combinado, tal como trata de demostrar aplicándola al caso ruso (partiendo no sólo de los análisis de Trotsky sino también de los de Perry Anderson) para llegar así a elaborar “un marco conceptual que, procediendo a partir de la estructura relacional de las sociedades como *explanans* (sociología), incorpora

sistemáticamente el significado causal de su interacción asincrónica (internacional) dentro de una explicación de su desarrollo individual y colectivo al igual que del cambio a lo largo del tiempo (historia)”⁷⁴. Habría que ver hasta qué punto y en qué aspectos esta propuesta se distingue de algunas vinculadas al análisis del sistema-mundo, especialmente de las de Arrighi o de las de Harvey.

También cabría mencionar la reflexión que desde la Teoría Crítica se hace sobre la utilidad de la Sociología Histórica para el estudio de las relaciones internacionales en la “nueva era”. Ubicándose dentro de esa corriente, E. Fuat Keyman se muestra especialmente crítico de las aportaciones de Giddens, Mann y Skocpol, ya que las considera cargadas de esencialismo institucionalista y reduccionista en su visión de los estados. No obstante, considera que éstos, junto con la acumulación de capital, la modernidad como proyecto hegemónico y el proceso de “*othering*” o de construcción histórico-ideológica de la “otredad”, son los aspectos constitutivos del sistema internacional que hay que estudiar. En ese marco analítico, el estado debería ser visto como “un conjunto de instituciones con su propia especificidad espacial y temporal, y como un lugar en donde la condensación de las prácticas políticas tiene lugar. Esta visión nos ayudaría a comprender por qué el estado constituye el lugar de la división más fundamental entre dentro y fuera en la medida que actúa como un lugar de soberanía con su especificidad institucional y territorial”⁷⁵. Partiendo de una crítica del patriarcado y del eurocentrismo dominantes en las ciencias sociales, E. Fuat Keyman propone una “teoría social crítica de las relaciones internacionales” que recoja lo positivo de los análisis de procedentes de la Sociología Histórica para hacerlos confluir con otros enfoques críticos, en particular los vinculados a la genealogía del poder de Foucault, a la crítica feminista del patriarcado y a los estudios postcoloniales, para así estimular un pluralismo teórico “*without foundations*”, capaz de problematizar y no dar respuestas simples ante un proceso de globalización lleno de contradicciones, ambigüedades y contingencias. Con ese enfoque coincidiría bastante Steve Smith (2002), quien insiste en que la corriente dominante en la Sociología Histórica ha sido demasiado materialista y racionalista, y no ha desarrollado una sociología genealógica del poder.

Movimientos sociales y cambio de escala en la contienda política

Otro objeto de especial reflexión en el nuevo contexto es el que tiene que ver con la relación entre la “globalización” y los movimientos sociales. Uno de los pioneros en la investigación en este campo es Sidney Tarrow, el cual, en obras como *The New Transnational Activism*⁷⁶, desarrolla un amplio estudio de la relación entre el nuevo activismo transnacional y la actual ola globalizadora dentro de la estructura cambiante de la política internacional. Su análisis parte de un marco teórico en el que trata de hacer confluir tres enfoques procedentes de la Teoría de Relaciones Internacionales - la teoría de la “interdependencia compleja”, la de la economía política internacional y el papel de las “instituciones domésticas” y el constructivismo - con la teoría de los movimientos sociales, tal como la han madurado McAdam, Tilly y él mismo⁷⁷, con el fin de dar un nuevo paso adelante que permita analizar la dinámica de la contienda política transnacional. Esta abarcaría aquellos “conflictos que ligan a los activistas transnacionales entre sí ante los estados y las instituciones internacionales”⁷⁸.

Según Tarrow, estaría dándose un proceso de cambio en la escala de la contienda política mediante una nueva relación entre lo local, lo estatal y lo global con ocasión de los distintos conflictos y movilizaciones sociales que surgen contemporáneamente: ninguna de esas escalas desaparece pero hay una interacción más estrecha entre todas ellas que constituye, precisamente, la base sobre la que actúa el nuevo activismo transnacional, cuya manifestación más visible estuvo en la jornada del 15 de febrero de 2003 contra la guerra de Irak. Con acciones colectivas como ésta se reflejaría, precisamente, la extraordinaria expansión de los actores no estatales para organizarse más allá de las fronteras e interactuar tanto con los estados como con las instituciones internacionales, con la ayuda, eso sí, de Internet como vehículo de difusión pero sin que éste haya sustituido el necesario trabajo en red interpersonal.

El caso de la Unión Europea ofrece a Tarrow un ejemplo de “*composite polity*” en la que se dan alineamientos diversos, clasificables en cuatro formas diferentes: nacionales-supranacionales, supranacionales-locales, populares-nacionales y, finalmente, la configuración de coaliciones transnacionales. De esta forma se darían

distintas escalas de conflicto o contienda política, si bien lo que se puede observar es su tendencia a mezclarse entre sí y a crear nuevos marcos de un activismo transnacional que, aunque episódico y contradictorio, puede tener su impacto en las políticas internas locales o estatales.

Como conclusión de su estudio, lo “nuevo” de ese activismo transnacional estaría en las nuevas actitudes “globales” emergentes (como se comprueba en la mayor atención a los niveles continental y global de los jóvenes en comparación con los mayores), en las nuevas formas de organización (con el apoyo en Internet y en una mayor facilidad para crear coaliciones *ad hoc*), así como en la mayor posibilidad de ir cambiando de una campaña a otra y en el auge de organizaciones del movimiento mucho más diversas que en el pasado.

Pero lo que tiene también especial interés en este trabajo es el recorrido histórico que hace antes de llegar a estas conclusiones y que le permite recordar que el “activismo transnacional” (entendido como ese subgrupo de personas y grupos a los que denomina “*rooted cosmopolitans*” que tienen un arraigo real en sus contextos específicos nacionales pero que se implican en actividades relacionadas con la “contienda política” que las vinculan a redes transnacionales de contactos y conflictos) tiene muchos precedentes, aun reconociendo la diferencia que supone el hecho de que, como ya adelantaba al final de *El poder en movimiento*⁷⁹, con la nueva era abierta en 1989 ya no sólo los activistas sino muchos movimientos sociales vayan dejando de ser “prisioneros del estado” cuyas tres políticas básicas – hacer la guerra, recaudar impuestos y proveer alimentos -, como recuerda el propio autor, crearon precisamente los escenarios para la emergencia histórica de los primeros movimientos sociales.

No obstante, al igual que Shaw, Tarrow no considera que se haya superado el estado o que nos encontremos ante la configuración de una “sociedad civil global” sino que, más bien, se estaría dando “un conjunto de procesos y mecanismos identificables que interfieren en políticas internas para producir nuevos y diferentes caminos de cambio político” en el que intervienen muy diferentes actores pero donde los estados siguen siendo relevantes⁸⁰.

A la vista del actual estado del mundo y del desarrollo de los movimientos “antiglobalización”, de nuevos movimientos populares sociales y/o político-militares en determinadas regiones y, aun siendo de naturaleza muy distinta, de redes político-militares de ámbito transnacional con ideologías integristas, la investigación sobre las peculiaridades de estos distintos actores no estatales y las nuevas dinámicas de contienda política que generan con los estados, las grandes potencias y las instituciones internacionales parece cada vez más necesaria⁸¹.

Una tarea similar a la de Tarrow, dirigida a analizar los procesos de cambio radical, se plantea desde la corriente de investigación más centrada en el estudio de las revoluciones, enlazando con la herencia de Barrington Moore⁸² y con trabajos como los de Tilly. Para ello se parte de la necesidad de “repensar el cambio radical en la era de la globalización”⁸³ y, por tanto, de redefinir una serie de conceptos, empezando por el de “revolución”, reubicar otros como los estados, reconsiderar las oportunidades y las contradicciones que afectan a los nuevos procesos revolucionarios (y, sobre todo, a la posibilidad de que generen unos resultados efectivamente revolucionarios) en función del contexto internacional y geopolítico en el que se den y, en fin, dar mayor relevancia a la “agencia” (o sea, a aquellos factores que estuvieron en segundo plano en muchos análisis demasiado estructuralistas del pasado, como las organizaciones sociales y políticas, la cultura, las ideologías, incluyendo en éstas a las religiones, la política simbólica o la memoria colectiva⁸⁴ y a la contingencia.

Para ir concluyendo..., por ahora

Después de este rápido repaso, en el que sin duda habría que haber hecho referencia a otras aportaciones, probablemente no menos interesantes que las mencionadas, el balance provisional que cabe sacar es que la Sociología Histórica ha tenido el enorme mérito de cuestionar los paradigmas dominantes en la teoría social y las ciencias sociales y, por tanto, también aquéllos que presidían el estudio de las Relaciones Internacionales. Con su contribución se ha hecho más fácil, entre otras cosas, hacer volver la historia a primer plano, revalorizar el papel de la fuerza y del poder militar desde un enfoque distinto al realismo, ir saliendo del etnocentrismo y, sobre todo,

repensar la conformación de los distintos tipos de poder y, en particular, los estados en un marco crecientemente interdependiente y global, y en progresiva interacción con otros actores, muy diversos, que compiten, cooperan o entran en conflicto con aquéllos a distintas escalas, muchas veces, combinándose y mezclándose todas ellas. Todo ello ha obligado también a analizar los momentos históricos de cambio según modelos multifactoriales, aunque prosigan viejas discusiones sobre la “primacía” de uno u otro factor o fuente de poder o sobre cuáles sean aquéllos que, en cada caso, permitan comprender la alternancia en la hegemonía o en el “adelantamiento” de unas regiones del mundo respecto a otras dentro de una ya larga historia de “globalización” del mundo que, sin duda, sigue abierta a nuevos desplazamientos de su(s) centro(s) de gravedad.

Mirando a ese futuro, posiblemente los seis principios que extrae Hobson como enseñanzas que para el estudio de las Relaciones Internacionales tiene la labor desarrollada por la Sociología Histórica deberían ser tenidos en cuenta críticamente, al igual que la agenda de investigación que junto a Hobden propone en las conclusiones de la obra por ambos coordinada⁸⁵. Del mismo modo, la “nueva síntesis” sugerida por Shaw, las sugerencias procedentes del constructivismo de Reus-Smit, del materialismo histórico crítico de Rosenberg o de la teoría crítica expuesta por Fuat Keyman y Smith también aparecen como propuestas no necesariamente incompatibles que apuntan a una renovación enriquecedora. Con estos y otros bagajes procedentes de muy distintos campos quizás se pueda llegar a sentar las bases de una “*comunidad dialógica*” abierta de académicos no sólo de la sociología histórica y las relaciones internacionales, sino también de la economía, la historia económica, la historia mundial, la política y la economía comparada, la antropología y la geografía político-histórica⁸⁶; una comunidad investigadora que deberá estar a la altura de los retos de una era como la actual en la que el futuro está abierto y, por tanto, en su construcción también habrá que tener en cuenta las alternativas - y las vías para llegar a ellas - que mejor contribuyan a construir una sociedad global justa y en paz en una Tierra habitable.

* **Jaime PASTOR** es Profesor Titular de Ciencia Política de la UNED.

NOTAS

¹BRYANT, Joseph “Grand, yet Grounded: Ontology, Theory, and Method in Michael Mann’s Historical Sociology” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2006, p. 71.

² ROSEMBERG, Justin “Why is There No International Historical Sociology” en *European Journal of International Relations*, n° 12, 2006. En prensa.

³ TILLY, Charles *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1991. La obra original fue publicada en 1984.

⁴ *Ibidem*, p. 30.

⁵ *Ibid.*, p. 177.

⁶ COLLINS, Randall “Mann’s Transformations of the Classic Sociological Traditions” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, Op. cit., p. 19.

⁷ EVANS, Peter B., RUESCHEMEYER, Dietrich y SKOCPOL, Theda (eds.) *Bringing the State Back In*. Cambridge, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

⁸ HALLIDAY, Fred “El Estado y la sociedad en las relaciones internacionales” en HALLIDAY, F. *Las relaciones internacionales en un mundo en transformación*, Ed. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002, p. 106. La obra original fue publicada en 1991.

⁹ *Ibidem*, p. 108.

¹⁰ *Ibid.*, p. 115.

¹¹ SKOCPOL, Theda *Los Estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1984. La obra original fue publicada en 1979.

¹² *Ibidem*, p. 65.

¹³ HOBSON, John M. “The Two Waves of Weberian Historical Sociology in International Relations” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. *Historical Sociology of International Relations*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

¹⁴ WALLERSTEIN, Immanuel *Análisis del sistema-mundo*, Ed. Siglo XXI, México-Buenos Aires, 2005, ps. 41-42. La obra original fue publicada en 2004.

¹⁵ Para una introducción reciente, acompañada de glosario y guía bibliográfica me remito a WALLERSTEIN, I. *Análisis del sistema-mundo*, op. cit.

¹⁶ WALLERSTEIN, Immanuel “El ascenso y la futura extinción del análisis de sistemas-mundo” en WALLERSTEIN, I. *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, Ed. Siglo XXI, Méjico, 2001, ps. 218-228.

¹⁷ ARRIGHI, Giovanni *El largo siglo XX*. Ed. Akal, Madrid, 1999. La obra original fue publicada en 1994.

¹⁸ ARRIGHI, Giovanni; SILVER, Beverly et al. *Caos y orden en el sistema-mundo*. Ed. Akal, Madrid, 2001. La obra original fue publicada en 1999.

¹⁹ Véase ARRIGHI, Giovanni “Comprender la hegemonía, 1” en *New Left Review*, nº 32, 2005, ps. 20-74; “Comprender la hegemonía, 2” en *New Left Review*, nº 33, 2005, ps. 24-54.

No obstante, su tesis sobre el “declive de la actual hegemonía estadounidense” es cuestionada en trabajos como los de Peter GOWAN, quien resalta los límites de la teoría de los ciclos hegemónicos para comprender las características diferentes de la actual potencia hegemónica, ubicada dentro de un “centro” políticamente plural, respecto a las que existían en anteriores etapas históricas (se puede consultar este debate en *Journal of World-Systems Research*, Vol. X, nº 2, 2004, visitando su sitio web <http://jwsr.ucr.edu>).

²⁰ HARVEY, David *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2003.

²¹ GROSFUGUEL, Ramón “Actualidad del pensamiento de Césaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial” en AIMÉ, Césaire et al., *Discurso sobre el colonialismo*, Ed. Akal, Madrid, ps. 147-172.

²² ABU-LUGHOD, J. *Before European Hegemony: The World System, A.D. 1250-1350*, Ed. Oxford University Press, Oxford, 1989.

²³ GUNDER, Frank A. *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Ed. California University Press, Berkeley y Los Angeles, 1998.

²⁴ Véase TILLY, Charles (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1975; *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1992. La obra original fue publicada en 1990.

²⁵ SKOCPOL, Theda *Los Estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1984. La obra original fue publicada en 1979.

²⁶ MANN, Michael, “El poder autónomo del estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, en *Zona Abierta*, nº 57/58, ps. 15-50. El artículo original fue publicado en 1984. Para una valoración crítica de las aportaciones de Skocpol y Mann, además de las de Anderson, en esos primeros trabajos sigue teniendo interés la contribución de Pablo Sánchez León en su artículo “La lógica del estado: autonomía política y naturaleza social”, en *Zona Abierta*, nº 61/62, Madrid, ps. 29-79.

²⁷ GIDDENS, Anthony *The Nation-State and Violence*, Ed. California University Press, Berkeley, 1985.

²⁸ Fue precisamente en trabajos como los mencionados en los que me apoyé para desarrollar mis modestas tesis sobre los estados, el militarismo, el pacifismo y el marxismo en la obra *Guerra, paz y sistema de Estados*, Ed. Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1990.

²⁹ GOODWIN, Jeff “State-Centred Approaches to Social Revolutions. Strengths and Limitations of a Theoretical Traditions” en FORAN, John (ed.), *Theorizing Revolutions*, Ed. Routledge, Londres, 1997, ps.11-37.

³⁰ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, I*. Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1991. Versión original publicada en 1986; *Las fuentes del poder social, II*. Ed. Alianza, Madrid, 1997. La obra original fue publicada en 1993.

³¹ HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit.

³² MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 23.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibid.*, p. 25.

³⁵ HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., p. 351.

³⁶ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 26.

³⁷ MANN, Michael “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, op. cit.

³⁸ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, ps. 89-90.

Entre esas fuentes de poder MANN ha recibido críticas por no haber destacado el papel específico de la ciencia y del conocimiento como un recurso propio o incluso como nueva fuente de poder. Como observa Goldstone, en un trabajo no publicado (“Modernidad y globalización”, 2000) MANN trató de corregir esto destacando la “ciencia racional secular” como una de las instituciones de poder de la modernidad pero sin considerarla como fuente de poder social distinta; en sus trabajos posteriores ha tratado de paliar esto “poniendo más ciencia dentro de mis cuatro fuentes de poder”, especialmente en el ideológico. Véase, HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 377-378.

³⁹ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 26.

⁴⁰ *Ibidem*, ps. 85-86.

⁴¹ MANN, Michael “¿Acaso la globalización ha puesto fin al progresivo auge del estado-nación?” en PANIAGUA, J. y PIQUERAS, J. A. (eds.) *Poder económico y poder político*, Ed. Historia Social, Alzira-Valencia, 1998, ps. 165-166.

⁴² *Ibidem*, p. 127.

⁴³ *Ibid.*, p. 176.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 185.

⁴⁵ MANN, Michael “La globalización y el 11 de septiembre” en *New Left Review*, nº 12, 2002, ps. 5-26, Edición española. Versión original publicada en 2001.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 8.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ MANN, Michael *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional* Ed. Paidós, Barcelona, 2004. La obra original fue publicada en 2003.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 26.

⁵¹ *Ibid.*, p. 302.

⁵² Para una referencia completa de sus escritos originales en inglés, me remito al anexo final de HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 397-399.

⁵³ POGGI, Gianfranco “Political Power Un-Manned: A Defence of the Holy Trinity from Mann’s Military Attack” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps.

⁵⁴ WEISS, Linda “Infraestructural Power, Economic Transformation and Globalisation” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 167-186.

⁵⁵ *Íbidem*, p. 168.

⁵⁶ Precisamente una obra colectiva coordinada por Linda Weiss, *States in the Global Economy*, tiene un subtítulo que es toda una tesis: “Bringing Domestic Institutions Back In”.

⁵⁷ WEISS, Linda “Infrastructural Power, Economic Transformation ...”, op. cit., ps. 391-392.

⁵⁸ HOBSON, JOHN M. “Mann, the State and War” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 150-166.

⁵⁹ HOBSON, JOHN M. *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Ed. Crítica, Barcelona, 2006. La obra original fue publicada en 2004.

⁶⁰ *Íbidem*, ps. 10-11.

⁶¹ *Ibid.*, p. 399.

⁶² No me resisto a la tentación de mencionar el dato curioso de que John M. Hobson sea bisnieto de John Atkinson Hobson, el famoso autor del *Estudio del Imperialismo*, publicado originalmente en 1902, y que sea a éste precisamente a quien aquél dedique su obra.

⁶³ Para este tema, en el que también se ofrece un estudio de las aportaciones de la Sociología Histórica, me sigue pareciendo útil la obra de PEÑAS Francisco J. *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1997.

⁶⁴ Reconociendo, eso sí, las limitaciones de su teoría y de su principal obra de referencia, *La sociedad anárquica*, entre ellas las que observan Caterina García, Andrew Hurrell o Stanley Hoffmann en sus prólogos aparecidos en la edición en castellano.

⁶⁵ HOBSON, John M. “The ‘Second Wave’ of Weberian Historical Sociology. The Historical Sociology of the State and the State of Historical Sociology in International Relations” en *Review of International Political Economy*, Vol. 5, nº 2, 1998, ps. 284-320.

⁶⁶ SHAW, Martin “The Historical Sociology of the Future” en *Review of International Political Economy*, Vol. 5, nº 2, 1998, ps. 321-326; “The State of International Relations” en Sarah OWEN-VANDERSLUIS, Sarah (ed.) *The State and Identity Construction in International Relations*, Ed. Macmillan Press, Londres, 2000, ps. 7-30.

⁶⁷ SHAW, Martín “The State of International Relations”, op. cit. , p. 30

⁶⁸ SHAW, Martín *Theory of the Global State. Globality as an Unified Revolution*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2000

⁶⁹ SHAW, Martin *The New Western Way of War: Risk-Transfer War and Its Crisis in Iraq*, Ed. Polity, Londres, 2005; “Militarismo de transferencia de riesgo y la legalidad de la guerra tras Irak” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, nº 3.
www.relacionesinternacionales.info/RRII/N3/artshaw3.htm.

⁷⁰ HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit.

⁷¹ *Íbidem*, p. 271.

⁷²BARNETT, Michael “Historical Sociology and Constructivism: An Estranged Past, a Federated Future?” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit.

⁷³REUS-SMIT, Christian “The Idea of History and History With Ideas” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit.

⁷⁴ROSEMBERG, Justin “Why is There No International ...”, op. cit.

⁷⁵FUAT, Keyman E. *Globalization, State, Identity/Difference*, Ed. Humanities Press, Atlantic Highlands, N.J., 1997, p. 205.

⁷⁶TARROW, Sidney *The New Transnational Activism*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

⁷⁷Los tres han publicado juntos una obra de referencia, *Dinámica de la contienda política*, basada en el estudio comparado de distintos casos de conflicto y confrontación entre regímenes políticos y movimientos sociales.

⁷⁸McADAM, D.; TARROW, S. y TILLY, Ch. *Dinámica de la contienda política*, Ed. Hacer, Barcelona, 2005, p. 25.

⁷⁹TARROW, Sydney *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1998. La obra original fue publicada en 1994.

⁸⁰TARROW, Sydney *The New Transnational Activism*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 9.

⁸¹CAIRO, Heriberto y PASTOR, Jaime (comps.) *Geopolítica, Guerras y Resistencias*, Ed. Trama, Madrid, 2006.

⁸²SKOCPOL, Theda (ed.) *Democracy, Revolution and History*, Ed. Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1998.

⁸³FORAN, John (ed.) *The Future of Revolutions. Rethinking Radical Change in the Age of Globalization*, Ed. Zed Books, Londres-Nueva York, 2003.

⁸⁴SELBIN, E. “Revolution in the Real World: Bringing Agency Back in” en FORAN, J. (ed.) *Theorizing Revolutions*, Ed. Routledge, Londres, 1997; HALLIDAY, F. “El estado y la sociedad en ...”, op. cit.

⁸⁵ Esa “agenda de investigación sociológica mundial” incluye diez áreas analíticas para la investigación empírica y normativa que abarcan diversos niveles y objetos de estudio, siempre sobre la base de la superación de las barreras interdisciplinarias.

⁸⁶ HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit., p. 275. Para las aportaciones desde la geografía político-histórica, John Agnew, *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*, Ed. Trama, Madrid, 2005

Sociologías Históricas: caminos separados y propuestas de reencuentro

Elsa GONZÁLEZ AIMÉ* y **Francisco J. PEÑAS ESTEBAN***

Cuando hablamos de Sociología Histórica podemos estar refiriéndonos a dos campos de estudio, a dos propuestas de investigación, a dos familias de obras que comparten entre sí un aire de semejanza a lo Wittgenstein. En un primer sentido, se entiende por *Sociología Histórica* una forma de abordar el estudio de las relaciones internacionales cuya paternidad, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, se debe a Raymond Aron. En un segundo sentido – al que se dedica este número de la *Revista Académica de Relaciones Internacionales* – se está hablando de un intento de superar el funcionalismo de Parsons mediante el recurso al estudio de la historia: de un estudio de las pautas, comportamientos y procesos sociales a través del examen de las “grandes estructuras, amplios procesos y comparaciones enorme”¹. La primera denominación es mucho menos popular que la segunda y casi se restringe a la disciplina de Relaciones Internacionales. La segunda ha logrado un estatus propio como una rama de la Sociología. Los autores claves que se pueden adscribir al primer sentido serían Raymond Aron o Stanley Hoffmann. Las figuras emblemáticas de la segunda se remontan a Karl Polanyi y Barrington Moore.

Aunque dediquemos nuestra atención fundamentalmente a las aportaciones que esta rama de la Sociología en su segunda acepción puede realizar al estudio de las Relaciones Internacionales, no conviene olvidar la primera.

La *Sociología Histórica* en la disciplina de Relaciones Internacionales: el enfoque de Raymond Aron

En la segunda mitad de los años cincuenta y a principios de los sesenta Raymond Aron, conocido sobre todo como sociólogo – se le atribuye la introducción del pensamiento de Max Weber en Francia – y como publicista, empieza a desgranar sus reflexiones sobre los aspectos internacionales en una serie de textos que concluyen en su magna obra *Paz y guerra entre las naciones*². Estos textos, escritos en pleno auge del realismo político

clásico norteamericano y cuando ya se apuntaba el giro behaviorista, suponían un posicionamiento frente a la excesiva simplificación del esquema explicativo realista, centrado en ideas como el estado en tanto actor unitario³, la política de poder y el interés nacional, y la guerra interestatal⁴.

Para nuestro autor “los especialistas de la ciencia política suelen caer en dos simplificaciones, peligrosas ambas”⁵. La primera, que atribuye a “la escuela histórica”, narraría sin explicar las vicisitudes de las relaciones internacionales. La segunda, la de “la escuela realista, tiende a *hipostasiar* a los estados y sus pretendidos intereses nacionales, a atribuir esos intereses a una especie de racionalidad o de constancia y a reducir la interpretación de los acontecimientos a los cálculos de fuerzas y a los compromisos de equilibrio”⁶. Tal simplificación olvida o falsea la psicología real de los gobernantes, la influencia de los regímenes internos sobre la política exterior, y la influencia de las ideologías sobre la conducción de las guerras y de los asuntos diplomáticos⁷. Pero por el contrario, un análisis del caso en concreto, de la época en concreto o de la acción concreta nos proporcionaría una imagen más detallada aunque poco pertinente teóricamente: “cuanto más nos acercamos a lo concreto y al detalle, más oportunidades tendremos de alcanzar lo verdadero, pero una verdad hasta tal punto fragmentaria y dispersa que podría ser poco instructiva”⁸.

Delimita así un campo de estudio que ni puede llegar a generalizaciones simplificadoras ni detenerse en el detalle. Su propuesta es una Sociología Histórica de las relaciones internacionales. Tal sociología – cuya distinción de la ciencia política es arbitraria – si quiere ir más allá de la simple descripción de esas relaciones, debería avanzar en el estudio de las “comparaciones históricas” de coyunturas determinadas o de aspectos centrales de dichas coyunturas; y en segundo lugar, debería relacionar la política exterior de los estados con “el conjunto de la comunidad nacional”, por un lado, y con la totalidad de la sociedad internacional, por el otro⁹.

Un concepto clave en su construcción teórica es el de “constelaciones históricas” o “constelaciones diplomáticas” si nos referimos al mundo de la política internacional.

Para tal análisis de las constelaciones contemporáneas plantea seis categorías principales: 1) determinación del campo de la actividad diplomática o límites del sistema o de los sistemas diplomáticos; 2) relaciones de potencia o esquemas de equilibrio; 3) las técnicas pacífica y belicosa de la relación entre estados o técnicas de diplomacia y guerra; 4) el reconocimiento o no reconocimiento recíproco de los estados; 5) las relaciones entre política exterior y política interior, y 6) el sentido y objetivos de la política exterior¹⁰.

De estas categorías nos interesa destacar algunos puntos. “Sistema” es aquí entendido de forma parecida a como se entiende en el realismo clásico; es decir, forman parte de un sistema aquellas unidades que se tienen en cuenta mutuamente a la hora del cálculo político. “Reconocimiento” es entendido por Aron explícitamente en sentido sociológico, no exclusivamente jurídico, de tal manera que el *no reconocimiento*, como el reconocimiento, forman parte de las consideraciones que una unidad tiene hacia las otras, de lo que se deriva la posibilidad de la guerra civilizatoria, de la guerra ideológica o de la famosa distinción entre sistemas homogéneos y heterogéneos. Por último, tanto la configuración del sistema social como del sistema económico o del político internos a las unidades, son elementos esenciales del análisis y, en este análisis, no debe olvidarse “el modo de pensar”, la “filosofía del mundo” – en palabras de Charles Taylor, el *imaginario social* - que determinará percepciones y entendimientos de la realidad sobre la que se actúa y, en definitiva, cursos de acción.

Lo que llama la atención es que ninguno de los que luego serán considerados destacados miembros de la Sociología Histórica es citado por Raymond Aron – en los artículos reseñados se cita a Spengler, Marx, Toynbee, Comte y Spencer, y planea la influencia de Weber, al que se cita, a menudo, sin mencionarlo – ni los representantes de lo que hoy se conoce comúnmente por Sociología Histórica citan a Aron¹¹.

Y sin embargo sus propuestas metodológicas son coincidentes en al menos cinco puntos: las comparaciones históricas; la consideración del estado como un conglomerado social de clases, grupos, instituciones, leyes etc.; la guerra como

“violencia creadora, tanto como destructora de los nexos sociales”¹² y del propio estado; la atención a la ideología, al “modo de pensar que impera en las masas y en la clase dirigente”¹³ y, finalmente, la vocación sociológica, es decir, para nuestros autores, el análisis múltiple y totalizador de la realidad social.

El enfoque de Aron fue recogido en la Academia internacionalista norteamericana – que era y es hegemónica en la disciplina – por Stanley Hoffmann ya en 1960¹⁴ en una obra en la que incluye dos textos de Aron¹⁵. El programa de investigación que plantea Hoffmann es, si no más completo sí más sistemático que el planteado por Aron. Una primera línea de investigación sería la del pasado-presente y “es el camino que Raymond Aron ha llamado «Sociología Histórica»”¹⁶. Para Hoffmann este camino debe recorrerse en tres fases: el punto de partida serían las constelaciones diplomáticas de Aron, un segundo estadio que requeriría la comparación de los sistemas históricos y un tercero que realizaría la comparación entre los sistemas políticos internos e internacionales. La tarea debe ser la del estudio del “todo social” que, aunque nunca se pueda captar científicamente como campo, debería ser nuestra forma de aproximarnos a la realidad; así como la del estudio histórico pues “sólo un enfoque histórico puede ayudarnos a evitar el error de generalizar a partir de la experiencia de un sistema”¹⁷. Para Hoffmann el estudio de las relaciones internacionales es un estudio del cambio y sólo puede abordarse mediante las comparaciones, desvelando, constantes y rupturas, necesidades y contingencias¹⁸.

La segunda línea de investigación que plantea Hoffmann es la de futuro-presente; es decir, la construcción de “utopías relevantes”¹⁹. El diagnóstico de nuestro autor es terminante: “la dos tareas tradicionales de la filosofía política, la búsqueda de la relación adecuada entre el individuo, las comunidades en que vive el mundo, por una parte, y la preocupación por el mejor método para establecer una relación deseable, no han sido bien ejecutadas en la política mundial. Ha habido demasiados supuestos (conflictivos, ciertamente) que convergen todos hacia la conclusión de que tal búsqueda y tal preocupación son innecesarios en nuestra disciplina. Hemos escuchado demasiados consejos dictados por la indolencia o por la desesperanza”²⁰.

Esta concepción del estudio de las Relaciones Internacionales como Sociología Histórica quedó apartada de la corriente canónica de una disciplina dominada por los autores anglosajones. Sin embargo, la obra de Raymond Aron influyó en las concepciones internacionalistas desarrolladas en la Europa continental. Claramente está presente en la obra de Antonio Truyol²¹, iniciador de la disciplina en la Academia española y como dato baste decir que *Paz y guerra entre las naciones* fue el manual de Relaciones Internacionales de la Escuela Diplomática durante años.

Del divorcio entre Sociología e Historia al encuentro interdisciplinario

El debate académico actual en torno a la Sociología Histórica arranca en el último tercio del siglo XX, y emana de un nuevo encuentro entre las dos disciplinas tradicionalmente separadas que componen su nombre. Si la Historia se ha definido habitualmente como el análisis de lo concreto, sin proposiciones de validez universal, la Sociología ha hecho lo contrario favoreciendo el análisis general, en busca de regularidades. El divorcio entre Sociología e Historia comenzó a operarse en el siglo XIX, particularmente en su segunda mitad, con la profesionalización de ambas disciplinas y se acompañó de una delimitación en negativo de los objetos, métodos y finalidades de cada disciplina. Los historiadores se mostraron convencidos de que su trabajo a partir de fuentes primarias podía ser absolutamente objetivo, siguiendo las pautas científicas marcadas por las ciencias naturales; acusaban a los sociólogos de realizar una labor “pseudocientífica” por carecer de un método específico y estudiar lo social, ámbito que en Historia parecía ser un batiburrillo formado por lo que la Historia política no se detenía en explicar. Mientras, aunque la Sociología no hubiera rechazado la Historia, defendió su terreno y la pertinencia de sus estudios, cargando contra los historiadores, tildándolos en su labor de almacén de información.

Surgió desde ese momento un debate en torno a la pertinencia de estos límites, pero no logró superar el afán cientificista de la Historia política, planteada como sucesión cronológica de hechos, batallas, pactos, acuerdos y demás, realizados por los actores institucionales; es la historia que posteriormente se tildaría de *évennementielle*.

Si el estado se mostró interesado en fomentar este conocimiento, y con él una visión lineal del desarrollo, el interés y la pertinencia de hacer una Historia social quedaron desautorizados. A medida que la Sociología fue concretando su ámbito de estudio y aunque sociólogos como Durkheim o Weber no rechazaran la importancia de la dimensión temporal, el trabajo sociológico se orientó hacia lo contemporáneo, volcándose en el presente, rehusando a su vez de la Historia social; pasó a su vez por la recopilación de datos, en un afán por demostrar el carácter científico y sistemático de su trabajo. Es comprensible que se haya considerado la relación tradicional entre Sociología e Historia como un “diálogo de sordos”²², particularmente agudizado tras la Primera Guerra Mundial.

Esta relación nos muestra dos inquietudes académicas que caracterizan el siglo XIX: por un lado, la necesidad de delimitar de forma clara los espacios de estudio y conocimiento, casi como una cuestión de supervivencia para los investigadores, y por el otro, la necesidad de definir científicamente las disciplinas. La frase del historiador Charles Seignobos, “*l’histoire est la science de ce qui n’arrive qu’une fois*”, recoge estas dos vertientes del debate académico, en respuesta al ataque de François Simiand²³ a “los tres ídolos” de los historiadores: lo político, lo individual, y lo cronológico, característicos del historicismo clásico. Éste, centrado en el individuo, fue en cierto modo ciego a la dimensión colectiva de los fenómenos históricos, y redundó en un hermetismo: al historiador le correspondía el pasado y lo concreto, al sociólogo el presente y lo universal.

La fundación de la revista francesa *Annales d’histoire économique et sociale* en 1929 por dos historiadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, trató de corregir esa tendencia en los estudios de Historia de lo político ensalzando la Historia económica y social; trataron de superar la historia *évennementielle*, aquella en que toda reflexión filosófica acerca del hecho quedaba proscrita frente a su relato, ampliando los análisis, abriéndolos a otros campos, fuentes, métodos, y planteando hipótesis para tratar de establecer relaciones causales. Al mismo tiempo dio la espalda a la política, la dimensión de las relaciones sociales en la que se había centrado la Historia hasta

entonces. La disciplina estaba absorbiendo las críticas que se le habían hecho desde otras disciplinas y, en concreto, la idea de pluralidad causal, ya defendida por John Stuart Mill frente a la escuela metodista en el siglo XIX.

Tras la Segunda Guerra mundial, la investigación histórica comenzó un proceso de apertura hacia las demás ciencias sociales, pero al mismo tiempo trataba con ello de situarse en el centro de todas ellas. Es en este contexto en el que hay que comprender el esplendor de la revista *Annales*, rebautizada con el nombre de *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, en las décadas de los cincuenta y sesenta. La publicación de la obra *La Méditerranée* de Fernand Braudel en 1949 marcó este período con una concepción del tiempo con tres temporalidades superpuestas – corta, media y larga –, que en parte aspiraba a consolidar la Historia como referente de las demás ciencias sociales, haciendo una historia casi inmóvil, casi omnipresente. A partir de la década de los setenta, la nueva dirección de la revista *Annales*, impulsó la historia de las mentalidades con la que en cierto modo, los historiadores reconocieron que no se pueden reconstruir los hechos sin contar con las dinámicas sociales que los originaron. Esta evolución de la revista de *Annales* parece cerrar un bucle: Peter Burke señala que la voluntad de *Annales* por superar la historia *évenementielle* se inspiró en la revista de Émile Durkheim *Année Sociologique*²⁴. A fin de cuentas, ninguna disciplina es ajena a los cambios que se producen en su entorno.

La convergencia entre Sociología e Historia se suele situar en la década de los sesenta²⁵ por varios motivos, como el desarrollo de la investigación y de los centros de enseñanza superior, o las carencias de cada disciplina. Este contexto propició el desarrollo de la comunicación entre las diferentes ciencias sociales, confrontadas a la necesidad de explicar los cambios sociales, políticos y económicos que caracterizan la segunda mitad del siglo XX. Ni el acantonamiento de la Sociología en su búsqueda de regularidades, ni el acantonamiento de la Historia en su explicación del pasado lograban que la primera estableciera a ciencia cierta las estructuras invariables en el tiempo, ni que la segunda explicase todas las variables causales posibles de la evolución. Pero lo

más significativo del proceso fue, sin duda, que las críticas provinieran primero desde dentro de cada disciplina.

Aún hoy algunos historiadores consideran que la Sociología Histórica es Historia hecha por sociólogos, y algunos sociólogos estiman que la Historia social es Sociología hecha por historiadores; otros investigadores defienden el encuentro de ambas disciplinas. Ese encuentro ha permitido la emergencia de la Sociología Histórica en un intento por hacer más comprensibles las sociedades humanas a partir del análisis interdisciplinario, lo que podemos ver en los trabajos publicados a partir de la década de los setenta, una década de publicaciones que se cierra con una conferencia en 1979 acerca de los métodos de análisis de la Sociología Histórica²⁶. Este nuevo método de análisis, enfoque o disciplina (la apreciación varía de un autor a otro) cobra fuerza y singularidad frente a los análisis tradicionales de Sociología e Historia.

La segunda corriente de Sociología Histórica: los años setenta

La definición de Peter Burke en *Sociología e historia* acerca del objetivo de este encuentro es clarificadora: “*lo que a algunos nos gustaría ver, lo que estamos empezando a ver, es una historia social, o sociología histórica — la distinción debería de ser irrelevante — que se interesa tanto por la comprensión desde dentro como por la explicación desde fuera; por lo general y por lo particular; y que combinara el agudo sentido para la estructura del sociólogo con el igualmente agudo sentido para el cambio del historiador*”²⁷. Es cierto que otros autores prefieren mantener una distinción entre estas dos disciplinas, pero reconocen que a partir del momento en que puedan compartir herramientas de trabajo es importante disfrutar del intercambio interdisciplinario; en este sentido Santos Juliá enfoca la Sociología Histórica como sociología de la historia y la historia social como historia de los hechos sociales, y afirma que el sociólogo histórico no se dedicará a reconstruir cómo ocurrió un determinado fenómeno, como hace principalmente el historiador, sino que buscará formular la posibilidad objetiva de un proceso o fenómeno contrastando múltiples hipótesis, comparando diversos procesos, o confrontándolo a una teoría²⁸.

Theda Skocpol, por su parte, analiza la Sociología Histórica como una disciplina que ofrece un marco de trabajo histórico y comparativo a los científicos sociales y que propicia el diálogo entre las demás disciplinas nutriéndose a su vez de éstas. En *Vision and Method in Historical Sociology* señala como objetivo principal de la Sociología Histórica la explicación de las estructuras sociales modernas y los procesos de cambio; la Sociología Histórica sería el análisis de las estructuras y procesos sociales, a gran escala y a lo largo del tiempo. Más concretamente, buscaría la interacción entre acción y contexto para comprender la evolución social e individual, las características de una determinada estructura social y los cambios que experimenta.

La idea subyacente a este tipo de trabajo es que el futuro está determinado por las decisiones del pasado; en consecuencia, la explicación de las estructuras sociales actuales y de los cambios que han experimentado tiene que contar con análisis históricos de los patrones sociales y de sus trayectorias. Pero al mismo tiempo, considera que aunque el pasado sea una clave en el desarrollo futuro, no lo determina todo; hereda de Weber la creencia en que “ni es necesario el pasado ni está libre el futuro de determinaciones”²⁹. Se trata entonces de comprender procesos en el tiempo, el lugar que en ellos ocupa un contexto concreto, y analizar las diferencias y similitudes culturales y sociales presentes en ellos. La Sociología Histórica trata por lo tanto de explicar algún fenómeno, actual o pasado, mostrando el entramado de variables causales que lo originan, sin privilegiar una variable explicativa sobre las demás y recordando que todos partimos de algún supuesto y de alguna pregunta.

Skocpol aplica este tipo de análisis en su libro *Los estados y las revoluciones sociales* partiendo de la pregunta “¿cómo explicar las revoluciones sociales?” y de la identificación de las revoluciones sociales como “transformaciones rápidas y fundamentales del estado y de las estructuras de clase de una sociedad, acompañadas y en parte realizadas mediante revueltas, basadas en las clases, desde abajo”³⁰. Su pensamiento se origina en la consideración de que las explicaciones clásicas de este proceso no son satisfactorias porque están marcadas por una perspectiva voluntarista que omite la dimensión internacional y la relación entre la esfera interna y externa de un

estado. La autora se sitúa frente a cuatro grandes teorías acerca de la revolución: la marxista, las teorías de agregado psicológico, las teorías de consenso de sistemas de valores y las teorías de conflicto político, de las que resalta las disensiones a la hora de explicar el proceso revolucionario. Sin embargo, a la hora de elaborar una nueva teoría, recalca que no tiene “pretensiones de neutralidad frente a tales desacuerdos”; se señala como deudora del enfoque marxista acerca del conflicto de clase como motor del cambio socioestructural y se apoya en las teorías del conflicto político.

Skocpol señala tres dimensiones de las revoluciones sociales ausentes en las teorías clásicas y que caracterizan el nuevo enfoque que trata de proporcionar:

- Primero, adopta una perspectiva estructural no voluntarista y, en este sentido, considera ingenuas y simplistas las teorías anteriores por trazar una “imagen intencional” de los procesos revolucionarios. Frente a ello afirma que “las situaciones revolucionarias se han desarrollado por el surgimiento de crisis político-militares de dominación del estado y de clase”³¹. De ello deduce que para explicar un proceso de este tipo se ha de aclarar cuál es la problemática; es decir, no detenerse sólo en que haya ocurrido sino en buscar el porqué y aclarar el cómo, aclarar la coyuntura que lo ha permitido.
- Segundo, esta explicación ha de conllevar un estudio del ámbito internacional, cuya estructura estaría compuesta por el capitalismo mundial por un lado y por el sistema internacional de estados por el otro. La autora trata de superar la concepción clásica de la modernización como proceso nacional para resaltar que los procesos económicos y políticos a nivel mundial influyen en las naciones y que éstas, a su vez, influyen en la dimensión internacional. Skocpol mantiene la sociedad-estado como unidad básica del análisis pero inserta en un “tiempo del mundo” que no se corresponde obligatoriamente con el “tiempo de la sociedad-estado”. Este enfoque es el que le permite afirmar que las revoluciones sociales modernas han tenido lugar “en países situados en posiciones desventajosas dentro de la arena internacional”³².
- Tercero, considera que el estado es una entidad con cierta autonomía con respecto a la sociedad a la que gobierna, y que no es el simple reflejo de grupos

socioeconómicos en pugna. Esto es lo que la aleja de las teorías marxistas y del conflicto político de los que se dice deudora, puesto que ve el estado como macroestructura que puede actuar contra los intereses de grupos sociales que gobierna. “El estado es, en suma, fundamentalmente bifacético, como a Jano, con un arraigo intrínsecamente doble en las estructuras socioeconómicas divididas por clase y en un sistema internacional de estados”³³.

Otra de las lagunas que Theda Skocpol identifica en los estudios clásicos sobre las revoluciones sociales es el fracaso a la hora de elaborar una explicación teórica de esos procesos que vaya más allá del caso por caso, y señala el divorcio tradicional entre la Sociología y la Historia como obstáculo principal para el “desarrollo de explicaciones de las revoluciones sociales que iluminen las pautas verdaderamente generales de las causas y de los resultados, sin pasar por alto ni abstraerse por completo de los aspectos particulares de cada revolución y su contexto”³⁴. Para Skocpol, el método con el que superar este divorcio es el análisis histórico comparado, con el que trata de “establecer asociaciones válidas de causas potenciales” para explicar el fenómeno de las revoluciones sociales en tres casos: Francia, Rusia y China. Lo aplica combinando los dos métodos distinguidos por John Stuart Mill: el método del acuerdo (que resalta las variables causales comunes) y el método de la diferencia (que trata de comparar los casos que se quieren analizar con otros que comparten ciertas variables causales y características pero que no abocaron a resultados similares). Combinar la búsqueda de similitudes y de divergencias entre los diferentes casos de un fenómeno análogo y contrastar tanto unas como otras con otros fenómenos, permite señalar elementos específicos del proceso revolucionario sin desdeñar la singularidad de cada ejemplo; así se armonizaría la especulación teórica con el análisis histórico.

Algunos logros y fallos de la conjunción de la Sociología y la Historia

Theda Skocpol advierte de tres dificultades del método histórico-comparativo: primero, la imposibilidad de abarcar todas las variables causales de un caso a analizar dificulta su comparación con otros similares; segundo, presupone que todas las variables a analizar

son independientes, cuando es poco probable que sea exactamente así; tercero, depende de la teoría macrosociológica y de la historia para definir qué casos es pertinente estudiar.

No obstante, estas dificultades también son retos que pueden dinamizar los análisis de Sociología Histórica, en la medida en que invitan a una reflexión constante sobre el objeto de estudio e implican una postura abierta a la crítica constructiva, no un revisionismo relativista. Si el entorno en el que nos desenvolvemos influye en nuestra manera de percibir un problema y de analizarlo, entonces hasta los análisis más sólidos pueden ser trabajados de nuevo, examinados desde otro ángulo, con el fin de aclarar variables no contempladas previamente. Por otra parte, los análisis forzosamente han de depurar las variables para poder examinarlas; este mismo ejercicio de síntesis puede aplicarse a la complejidad mientras que no se pierda de vista que no todo es abarcable. Finalmente, la propia trayectoria de la Sociología Histórica muestra que la interdisciplinariedad es una de las claves para hacer avanzar cualquier investigación y que, en consecuencia, contar con los aportes de otras disciplinas no es forzosamente un lastre, siempre y cuando existan canales de comunicación entre cada campo de estudio.

El trabajo de Theda Skocpol ha recibido una serie de críticas, centradas principalmente en su enfoque estructural. Stephen Hobden³⁵ estima que éste ha fracasado en la medida en que sus análisis no explicarían tanto la dimensión internacional como la dimensión bélica de éste y su impacto en las unidades estatales que lo componen. Sin embargo, considera que ha funcionado a la hora de explicar la dimensión temporal histórico mundial. Éste es uno de los aportes principales de la Sociología Histórica, presente en los trabajos de Skocpol, pero también de Charles Tilly, Michael Mann o Inmanuel Wallerstein: el sistema internacional y los estados son formaciones históricas que interactúan con otras formaciones.

Poco consenso hay entre los especialistas en Relaciones Internacionales acerca del peso real que la Sociología Histórica ha otorgado a la dimensión internacional en sus análisis. Richardson³⁶ considera que uno de los temas principales de los que se ocupa la Sociología Histórica es la transformación del sistema internacional y los

cambios que lo caracterizan, mientras que Lawson³⁷ y Hobden³⁸ estiman que uno de los fallos de la Sociología Histórica es que ha prestado poca atención a los factores internacionales y que sólo ha comenzado recientemente a hacerlo. Si estos autores difieren en la apreciación acerca de la relación entre Sociología Histórica y Relaciones Internacionales, convergen a la hora de señalar la importancia del enfoque histórico y sociológico para comprender los procesos de cambio que afectan al sistema internacional y las motivaciones de sus actores. Reclaman por lo tanto una apertura de las Relaciones Internacionales hacia otras disciplinas, con otras preguntas y otros análisis.

Según éstos autores, dicha apertura debería contar con la Sociología Histórica porque ésta analiza el cambio social centrándose en variables políticas y, especialmente, en el estado, porque incorpora la dimensión internacional con el fin de situar los procesos de cambio con respecto a otros acontecimientos en otros lugares del planeta, y porque analiza los procesos políticos a partir de la historia, recurriendo a fuentes secundarias, con el fin de dilucidar qué características comparten o no ciertos procesos y para explicar las repercusiones que hayan tenido a posteriori. La Sociología Histórica parte del interés por comprender cómo la interacción entre decisión y contexto no desemboca siempre en los resultados previstos, y cómo esa misma interacción implica transformaciones sociales; incorpora asimismo el presente aunque sólo sea porque explicita el marco intelectual del que parte³⁹. El rigor en los análisis viene determinado por el método empleado, no por sus pretensiones de objetividad. Sociología Histórica y Relaciones Internacionales comparten algunas variables analíticas y métodos en sus análisis.

Aportes de la Sociología Histórica a las Relaciones Internacionales

La segunda corriente de Sociología Histórica coincide con el desarrollo en la disciplina de Relaciones Internacionales de nuevas corrientes de pensamiento críticas con las tradiciones clásicas, en un momento de creciente diálogo interdisciplinario. Actualmente estaríamos asistiendo al cuarto debate de la disciplina de Relaciones Internacionales, centrado en la discusión de cuestiones de carácter epistemológico y ontológico. En este contexto, mientras que la Sociología Histórica incorpora en mayor o

menor medida la dimensión internacional en sus análisis, las Relaciones Internacionales ante las limitaciones explicativas de los paradigmas dominantes, están buscando nuevos enfoques que aporten otra luz sobre temáticas clásicas. Algunos de los elementos característicos de la Sociología Histórica coinciden con estas nuevas corrientes, en particular la voluntad de superar la visión antropomórfica de los estados, de incorporar la dimensión sociocultural en el análisis de los fenómenos políticos y de concebir el mundo de una manera más global, menos fragmentada.

Las circunstancias históricas e intelectuales que conocemos desde el final de la Guerra Fría, con la desaparición de la URSS, agudizadas con los atentados del 11 de Septiembre de 2001, han descalabrado el alcance explicativo de las tradiciones clásicas de la disciplina y su concepción del desarrollo excesivamente lineal, dado su carácter positivista. Los cambios en la estructura internacional visibles en los acontecimientos mencionados, señalan que las estructuras son cambiantes y que la cuestión identitaria es de importancia en la conformación del panorama internacional. El impacto de dichos cambios incluso ha conducido a considerar la existencia de una “crisis de la modernidad” o la entrada en una “era postmoderna”. En Relaciones Internacionales, las explicaciones clásicas y especialmente el paradigma estatocéntrico, con su visión anárquica del sistema internacional, centrado en el estado como actor principal de éste, se han visto confrontadas a una creciente diversidad paradigmática que lo cuestionan tanto ontológica como epistemológicamente⁴⁰.

En el plano ontológico, frente a la dimensión materialista e individualista de las primeras corrientes, emergieron otras explicaciones englobadas bajo el término reflectivista (por la reflexión acerca de la propia construcción de la teoría) que defendieron la pertinencia de la dimensión idealista y holista de las relaciones internacionales. Los reflectivistas plantearon que ni las fuerzas materiales permitían explicar *per se* las relaciones de poder, ni las circunstancias concretas de una acción se entendían sólo vía el individuo; para ellos la estructura del sistema internacional dependía tanto o más de las ideas que de sus posibilidades materiales, y a su vez las posibilidades de acción más que estar influidas por la estructura, están absolutamente

determinadas por ella. Renuevan entonces la idea acerca de la relación entre agente y estructura, siendo ésta más dual y recíproca, y se intenta de recuperar la dimensión social de la estructura.

Al analizar el panorama internacional como construcción social antes que como una realidad dada, estos nuevos planteamientos constituyen un “giro sociológico”⁴¹ en Relaciones Internacionales, susceptible de verse enriquecido con aportes desde la Sociología Histórica. Ésta combina en sus análisis lo particular y lo general, lo individual y lo colectivo, el agente y la estructura, y fuerza con ello un enfoque amplio, susceptible de identificar diferentes variables sin privilegiar *a priori* alguna de ellas, y a valorar de forma más equilibrada las variables causales que originan un fenómeno. Por otra parte, la dimensión histórica que incorpora requiere conocer la trayectoria del objeto de estudio, sus variaciones temporales y geográficas, y obliga a matizar cualquier generalización. Si en Sociología Histórica los investigadores enuncian los postulados de los que parten es consecuencia de la constatación de que cualquier análisis se encuentra limitado por el contexto en el que se realiza, pero asimismo que con ello está tratando de modificarlo, y que tanto los contextos como sus explicaciones fluctúan.

Las corrientes reflectivistas supondrían un segundo giro con respecto a la ortodoxia, un “giro interpretativo” que supera el plano epistemológico clásico: más allá de la necesaria explicación de cualquier fenómeno, el análisis ha de comprender el porqué, la intencionalidad de quienes lo protagonizaron y los significados intersubjetivos que manejaban. La comprensión pasa entonces por el acercamiento a coyunturas históricas concretas que marcaron el pensamiento de los actores, pero también por la reflexión renovada sobre fenómenos ya estudiados a la luz de circunstancias nuevas que pueden originar otros enfoques⁴². Aquí también comprendemos por qué la Sociología Histórica puede aportar elementos fructíferos para el análisis en Relaciones Internacionales; evita con ello trasladar el conocimiento generado por una situación particular a otros casos, y permite a su vez partir del conocimiento de ciertos casos para abordar el estudio de otros nuevos. Por otra parte, la Sociología Histórica presta atención a la construcción social de los conceptos con los

que describimos el mundo que nos rodea y a la forma en que sus connotaciones varían en el tiempo. El análisis de un fenómeno no puede sustentarse sólo en la explicación de cómo sucedió y ha de tratar de explicar por qué sucedió; ésta es, sin duda una, de las principales críticas que se pueden dirigir contra el positivismo: la enumeración de los hechos y de cómo se encadenaron supone una concepción teleológica de la Historia en la que no cabe cuestionamiento del mundo en el que vivimos. La distinción entre diferentes variables, su análisis o la importancia acordada a cada una de ellas varía según el contexto espacio-temporal y según la postura de quien se enfrenta a ellas.

Kalevi Holsti⁴³ considera que la crisis de la disciplina más bien estaría motivada por lo que llama el “síndrome del monopolio”; es decir, por el carácter excluyente de las diferentes escuelas de pensamiento. La amenaza principal que encarna este síndrome sería la disgregación de la propia disciplina al cuestionar la validez de la propia teoría y su capacidad para hacer más inteligible el mundo. Esta amenaza sería visible en diferentes niveles: en la forma en que ciertas corrientes ponen en tela de juicio la autoridad del trabajo teórico, en las dificultades para explicar o prever nuevas tendencias y situaciones del sistema internacional, en la carencia de un debate en torno a cuestiones determinadas – más allá de los planos ontológico y epistemológico – en un momento en el que parece haberse superado la reflexión sobre cuestiones clásicas como la guerra o la paz. Esta situación emana para Holsti de una preocupación excesiva por cuestiones de identidad entre los propios investigadores frente a la sustancia de la disciplina que impide que el pluralismo intelectual sea fecundo; señala que la identidad es tan importante como la sustancia de la disciplina, lo que reúne la idea de Kupa Sodupe (aunque no su forma) acerca de la pertinencia del cuestionamiento sobre la epistemología y la ontología.

Este cuestionamiento remite a su vez al problema identificado por Hoffman en Relaciones Internacionales: la disciplina habría tratado de erradicar lo incierto en vez de “ser ciencia de la incertidumbre, de los límites de la acción, de las formas en que los estados tratan de eliminar su inseguridad sin lograrlo del todo”. A su entender, se ha dejado en manos de los historiadores el estudio de los estadistas o el pasado de las

relaciones internacionales y no se ha estudiado el componente subjetivo de la política internacional. “La pregunta clave no ha sido “¿Qué deberíamos saber?”, ha sido “¿Qué deberíamos hacer?” – acerca de los rusos, de los chinos... Pero podemos decirnos que no hay atajos al desarrollo político, que Estados Unidos no puede construir naciones para otros, y que deberíamos volver a las fundaciones, es decir, a un entendimiento del pasado de los demás”⁴⁴. Es una crítica a la concepción ahistórica del estado y a las pretensiones de objetividad que marcan el pensamiento positivista.

Algunos autores acusan a la Sociología Histórica de que en el tratamiento de los determinantes internacionales – la constricción del sistema de estados, el marco de la economía mundial, etc. – en sus análisis y en su descripción de la acción y de los motivos de los estados, éstos son examinados a través de lo que en la disciplina de Relaciones Internacionales se denomina el *paradigma realista*. Es decir, los estados son contemplados como maximizadores *racionales* de poder y riqueza en un entorno conflictual. En otros casos dicho paradigma no se postula de los estados, sino de las élites dominantes en cada sociedad concreta, lo que en definitiva lleva a conclusiones parecidas, en tanto que tales élites son las que deciden los cursos de acción internacionales.

Es cierto que en ocasiones, los análisis sobre el sistema internacional y los estados – los análisis que pudiéramos denominar de Relaciones Internacionales – en algunos textos de Sociología Histórica, son pocos sofisticados teóricamente, que un conocimiento mayor de la literatura de la disciplina por parte de los *sociólogos históricos* les hubiera permitido matizar algunas de sus afirmaciones sobre el comportamiento de los estados en el sistema internacional.

Sin negar que se pueda mantener esta afirmación con respecto a ciertos trabajos de Sociología Histórica, lo cierto es que, tomada como campo o enfoque en su conjunto, precisamente lo que puede aportar al estudio de las Relaciones Internacionales es un concepto mucho más matizado y polimorfo de los estados y del sistema internacional. En primer lugar, porque la Sociología Histórica juega con la mutua conformación de *lo interno* y *lo externo*. La configuración interna del estado está sujeta a presiones y

determinaciones del sistema internacional pero, a su vez, la composición social de los estados, sus instituciones, etc., configuran el sistema internacional⁴⁵. En este sentido, la Sociología Histórica no hace más que seguir la senda ya marcada por Otto Hintze en sus conocidos análisis sobre el papel de la competencia interestatal en el surgimiento de las asambleas representativas en los estados europeos⁴⁶ y las apreciaciones de Weber sobre la necesidad de la competencia interestatal – o intersocietal – como precondition para “la preservación de un grado alto de libertad y dinamismo” en el sistema⁴⁷.

Visto desde la otra perspectiva, las estructuras internas de los estados, sus estructuras sociales, sus instituciones, sus historias, sus memorias colectivas influyen en el sistema internacional y lo conforman. El ejemplo clásico es el de las revoluciones sociales, que tan detalladamente estudió Theda Skocpol: las revoluciones no sólo responden a presiones intersistémicas, sino que la Revolución, normalmente triunfante dentro de las demarcaciones de un estado determinado, influye decisivamente en el carácter del sistema internacional. Tales son los casos obvios de la revolución francesa y de la revolución rusa⁴⁸.

La Sociología Histórica aporta un análisis multicausal de lo que Aron llamaría “constelaciones históricas”, coyunturas mundiales concretas en las que no sólo habría que tener en cuenta la correlación internacional de fuerzas en términos materialistas, sino la constitución interna de las unidades que actúan en el ámbito mundial internacional, sus instituciones, los imaginarios sociales, los significados históricamente concretos de los conceptos, los discursos y, en general, de los hechos — volvemos aquí a la diferencia entre *explicar* y *comprender* — en una red de determinaciones que Mann ha calificado de “el paradigma de embrollo”⁴⁹.

Fred Halliday cita explícitamente un texto seminal de Sociología Histórica, *Bringing the State Back In*⁵⁰ como ejemplo, en un doble sentido: por un lado, de la renovada importancia del estado en los estudios sociales; por otro, y es esto lo que aquí glosaremos, del uso de un concepto polimorfo de estado, ajeno al canon clásico de las Relaciones Internacionales. Para Halliday la definición de estado que proporciona

Skocpol – “un conjunto de organizaciones policiales y militares encabezadas, y más o menos bien coordinadas, por una autoridad ejecutiva”⁵¹ es una alternativa a su acepción tradicional en Relaciones Internacionales. De hecho, todo este capítulo del libro de Halliday está dedicado a enfrentar a una concepción de raigambre jurídica dominante en la disciplina — “el estado es una *totalidad nacional-territorial*”⁵² — una concepción sociológica que distingue el estado como ente jurídico del estado como aparato, entre estado y nación, entre éstos y pueblo(s), etc., y así sucesivamente *desagregando* lo que en el canon clásico aparece antropomórficamente como un actor unitario, racional y egoísta⁵³.

La Sociología Histórica aporta también a la Teoría de Relaciones Internacionales una nueva conciencia de la Historia. No pretendemos afirmar, ni mucho menos, que los clásicos de nuestra disciplina – Reinhold Niebhur, Hans Morgenthau y, no digamos, Edward H. Carr – no fueran asiduos estudiosos de la Historia, ni que ésta esté ausente de su análisis. Lo presente como herencia del pasado, la Historia como el *gran almacén* de donde inducir proposiciones generales, el horror a la *foto fija* – que nos presenta el pasado, no como fruto del desarrollo de las dinámicas de la acción y de la contingencia, de los cambios, sociales, etc., sino como una realidad de presencia casi divina e inmutable y que se explica por sí sola, como una verdad revelada al mundo *per secula seculorum* - es uno de los puntos fuertes del realismo clásico, pero no de sus sedicentes seguidores *científicos*.

Lo que aporta esta nueva conciencia de la Historia es, en primer lugar, un sentido del cambio. Y que el estudio del cambio - la comparación entre lo nuevo y lo viejo y la descripción del proceso que lleva de lo uno a lo otro - es tan revelador, o más, de la condición humana y de la condición social, que la permanencia en el tiempo. Es posible que podamos encontrar *el argumento de necesidad* en el “Diálogo de Melos” y en la *raison d’Etat* de Richelieu, y esto nos dice algo sobre la Política; pero la forma en que se formula tal *ley de la necesidad* está determinada por el contexto histórico y sólo ese contexto le da significado. Esta comparación es tan amplia en el tiempo que parece baladí, pero es obvio que la defensa de los intereses de Atenas – si es que tales intereses,

formulados así sin desagregar, existieron alguna vez – y los de la monarquía absolutista francesa no es, no significa, lo mismo. Parece baladí, pero no lo es tanto si uno recuerda que, en los años ochenta del siglo XX, un afamado teórico de Relaciones Internacionales afirmaba sin ningún rubor que no había nada que los que nos dedicamos a esta disciplina pudiéramos decir que no lo hubiera dicho ya Tucídides⁵⁴.

Mitchell Dean resume así esta nueva historicidad aportada por la Sociología Histórica: 1) el uso del método comparativo, sobre el que volveremos más abajo; 2) un marco “macrosociológico” de grandes procesos que se despliegan en prolongado lapsos de tiempo; 3) en este sentido, una definición más afinada del estado, en términos de la evolución de su territorialidad, de su *monopolio* de la violencia, de sus instituciones, y todo ello considerando al estado como una creación social - contingente y fruto de una correlación de fuerzas, añadimos nosotros –; 4) la vinculación del surgimiento y evolución del estado con otros macroprocesos, como la formación del capitalismo, el proceso de burocratización y racionalización, etc.⁵⁵ Cabe añadir que esta nueva *historicidad* se articula en el relato de los macroprocesos en combinación o a través del análisis de situaciones históricas concretas. Típicamente, el segundo volumen de *Las fuentes del poder social* de M. Mann, subtulado *El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, concluye el texto con una *culminación* sobre “Geopolítica, la lucha de clases y la Primera Guerra Mundial”⁵⁶.

Como ya plantearan, desde otro ámbito, Raymond Aron y Stanley Hoffmann, la Sociología Histórica hace un uso frecuente de las comparaciones históricas sistemáticas que traspasan las fronteras del tiempo y del espacio. El uso de las comparaciones como instrumento metodológico se justifica, en primer lugar, con el argumento de evitar sacar conclusiones generales o casi generales del estudio de un único caso. Obviamente, el *desideratum* sería encontrar pautas generales del comportamiento humano, del surgimiento y funcionamiento de las instituciones, de las relaciones interestatales y de los sistemas de estados, etc.⁵⁷ Se puede, a primera vista y con prudencia y modestia, detectar aquí una cierta contradicción, pues la búsqueda de pautas generales parece no casar con lo singular de cada acontecimiento, con “destacar lo particular y lo

variable”⁵⁸, con la propia *historicidad*, entendida como el cúmulo de impulsos, circunstancias, contingencias y conflictos que constituyen la historia particular de un evento, de una institución o de una determinada relación. Pero más allá de esta contradicción – a la que seguramente los practicantes de la disciplina contestarían – las comparaciones sirven para contrastar. Un fenómeno aparece más relevante y singular enfrentado a otros fenómenos; una historia nos dice más cuantas más historias diferentes sepamos.

Una segunda función de las enormes comparaciones (Tilly) es evitar lo que Reinhard Bendix llama “determinismo retrospectivo”: “cuando descuidemos la perspectiva comparativa (...) probablemente caeremos en la comisión de la falacia del determinismo retrospectivo, o considerar nuestra propia realidad sociocultural como el mejor de los mundos posibles”⁵⁹.

En este análisis de los grandes procesos (Tilly) cobra crucial importancia el papel que juegan lo que Weber denominó las consecuencias no deseadas de la acción, “la ambivalencia crucial de nuestra presencia humana en nuestra historia, en parte sujetos, en parte objetos, agentes voluntarios de nuestras determinaciones involuntarias”, según la acertada frase de E. P. Thompson⁶⁰. En este sentido, M. Dean sostiene que, mientras que una filosofía sintética de la Historia nos encuadra dentro de un destino sin aristas y trascendente, la tarea de la Sociología Histórica es emprender una sistematización de los conocimientos sin poner en cuestión el *reino* de la incertidumbre y de la contingencia⁶¹.

Caben, para concluir, tres apuntes más que creemos de cierta relevancia para el estudio de las Relaciones Internacionales. En primer lugar, lo que D. Rueschemeyer llama el “principio Schumpeter” y que atribuye a Bendix: la insistencia en la persistencia de las estructuras sociales, de las instituciones y de las actitudes como explicación de pautas sociales y culturales distintas⁶². En realidad, tal insistencia es un ataque al corazón de los análisis funcionalistas y tiene especial relevancia en nuestros días cuando, por ejemplo, se discute sobre el porvenir –d isfuncionalidad – del estado-

nación en un mundo globalizado. Un segundo apunte nos retrotrae a algunas de las ideas sobre la creatividad del conflicto de R. Aron que ya hemos expuesto y las vincula con las ya mencionadas *consecuencias no deseadas de la acción*. Bendix cita *The Whig Interpretación of History* de Herbert Butterfield y merece ser recogido *in extenso*: “en lugar del ver el mundo moderno emergiendo de una victoria en cada generación de los hijos de la luz frente a los hijos de las tinieblas, sería mas acertado considerarlo como el resultado de un choque de voluntades, un resultado que realmente, en muchos casos, ambos contendientes hubieran odiado, pero un resultado cuya existencia necesitó de ambos y de su confrontación”⁶³.

Y un apunte final sobre el estatus *científico* de la Sociología Histórica. Sostiene Bendix que la búsqueda de la verdad por aparte del *historicista* no se sustenta en una creencia en el progreso, y que la acumulación de conocimientos en campos que no sean las ciencias naturales es, como mucho, modesta: sus métodos de validación son variables, sus intereses sobre lo que es pertinente y lo que no, cambian con las circunstancias históricas y los avances acumulativos son, en la mayoría de los casos, no conclusivos⁶⁴. “No sabemos suficiente para estar seguros de lo que no puede ser conocido”⁶⁵.

A modo de conclusión

La insatisfacción que genera entre los investigadores el estado del mundo y el estado de la disciplina es un incentivo para su renovación, para la superación de los factores que la originaron y que ahora parecen encorsetarla. En su origen, la disciplina estuvo dominada por la Academia estadounidense y por una atención excesiva al presente; ahora, se plantea cada vez más la necesidad de tomar una perspectiva histórica o de recuperar los valores de riqueza y diversidad de los que las Relaciones Internacionales adolecen⁶⁶. Uno de los aportes principales de la Sociología Histórica es, sin duda, que la comprensión del pasado del otro, de las circunstancias en que vivía, y de los mapas mentales que manejaba, requiere un trabajo interdisciplinar.

NOTAS

¹ Así titula Charles TILLY una de sus obras que constituye una reflexión general sobre su forma de abordar la investigación: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Ed. Alianza, Madrid, 1991.

² ARON, Raymond *Paz y guerra entre las naciones*, Ed. Alianza, Madrid, 1985. La obra original fue publicada en 1962.

³ Aron apunta que aunque parezca que la actuación de los estados se haya sustraído a toda presión doméstica y a toda filosofía global debido a la unicidad del estado en su actuación internacional “en realidad, esta no filosofía es una cierta filosofía que no quiere saber más que de cálculos de interés nacional y de equilibrio de fuerzas, e implica un acuerdo entre los principales partidos sobre los grandes alineamientos de la política exterior”. Véase, ARON, Raymond “El análisis de las constelaciones diplomáticas” en *Estudios Políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 413.

⁴ Para Aron el mundo del conflicto internacional es algo más amplio que el conflicto entre unidades políticas reconocidas jurídicamente.

⁵ ARON, Raymond “Las tensiones y las guerras desde el punto de vista de la sociología histórica” en ARON, R. *Estudios Políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 386.

⁶ *Íbidem*.

⁷ *Íbid.*, ps. 386-87.

⁸ *Íbid.*, p. 387.

⁹ ARON, Raymond “Las comparaciones históricas” en *Estudios Políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 416. Lo curioso es que en esos mismos años Kennetz WALTZ (*Man, the state and War*, Ed. Columbia University Press, Nueva York, 1959) descarta “la relación con la comunidad nacional” – la imagen II – como punto de partida e incluso como elemento determinante del análisis de las causas de la guerra, de las relaciones internacionales, para encontrarlas en el sistema internacional – imagen III -, un concepto más restrictivo que la “sociedad internacional” de Aron.

¹⁰ ARON, Reyond “El análisis de las constelaciones ...”, *op. cit.*, ps. 401-406.

¹¹ Esta afirmación puede ser excesiva. No podemos afirmar que ningún *sociólogo histórico* nunca cite a Aron – a falta de controlar toda la literatura de la disciplina – pero sí es posible afirmar que no figura como precursor o practicante de la sociología histórica en aquellas obras que recogen y revisan esta literatura, como por ejemplo *Vision and Method* que editó Theda SKOCPOL (SKOCPOL, Th. (ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1984), aunque en la “Annotated Bibliography” se menciona un artículo suyo sobre epistemología. Hay múltiples referencias a la obra de Aron en autores de la disciplina de Relaciones Internacionales que propugnan un acercamiento a los métodos de la sociología histórica como Fred HALLIDAY.

¹² ARON, Raymond “Las tensiones y las guerras ...”, *op. cit.*, p. 397.

¹³ *Íbidem*, p. 382.

¹⁴ Esta es la fecha de publicación, en su versión original inglesa, de *Teorías contemporáneas sobre las Relaciones Internacionales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1963. Por cierto, Stanley HOFFMAN sí cita un texto (*Political Power and Social Theory*) de Barrington MOORE de 1958.

¹⁵ ARON, Raymond “En busca de una filosofía de la política exterior” de 1953 y el ya citado “Las tensiones y las guerras...” de 1957.

¹⁶ HOFFMAN, Stanley *Teorías contemporáneas sobre ...*, *op. cit.*, p. 218.

¹⁷ *Ibidem*, p. 221.

¹⁸ Sorprende lo perdurable de algunas ideas como, por ejemplo, la teleología en el análisis social. Hoffmann combate esta historia teleológica y lo hace con palabras que Alexis de TOCQUEVILLE escribiera más de un siglo antes entre 1835 y 1840: “(tienden a someter al pueblo al que dirigen) a una inflexible Providencia o a una ciega necesidad. Para ellos no es bastante mostrar los acontecimientos que han acaecido; quieren demostrar que no hubieran podido producirse otros”. Referencia extraída de *La democracia en América* y citada en ARON, Raymond “Las tensiones y las guerras ...”, *op. cit.*, p. 223.

¹⁹ *Ibid.*, p. 229.

²⁰ *Ibid.*, p. 230. No estoy seguro de que Raymond ARON estuviera dispuesto a seguir esta segunda línea propuesta por HOFFMAN, a tenor de las palabras con las que concluye su *Paz y guerra entre las naciones*: “dejemos a otros más dotados para la ilusión, el privilegio de plantearse con la imaginación un punto final de esta aventura e intentemos no faltar a ninguna de las obligaciones impuestas a cada uno de los hombres, no evadirnos de una historia bélica y no traicionar al ideal. Pensar y actuar con el firme propósito de que la ausencia de la guerra se prolongue hasta el día en que la paz se haga posible – suponiendo que lo sea alguna vez”, p. 929.

²¹ Por ejemplo, en *La teoría de las relaciones internacionales como sociología* (Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957) y *La sociedad internacional* (Ed. Alianza, Madrid, 1974). Sin embargo, Celestino del ARENAL no incluye a Antonio TRUYOL en su epígrafe “La sociología histórica” aunque sostiene que “... la concepción de Truyol se acerca, pues, a la sociología histórica tal y como la perfila Hoffmann” (*Introducción a las relaciones internacionales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1984, p. 163).

²² BURKE, Peter *Sociología e Historia*, Ed. Alianza, Madrid, 1987, p. 11.

²³ SIMIAND, François es economista (cf. P. Burke *op. cit.* p. 27) y sociólogo seguidor de Durkheim (cf. DOSSE, F. *Histoire du structuralisme*, Ed. La Découverte, Paris, 1992, p. 217).

²⁴ BURKE, Peter citado por MITRE, Emilio en *Historia y Pensamiento Histórico*, Ed. Cátedra, Madrid, 1997, p. 294.

²⁵ BURKE, Peter *Sociología e Historia*, Ed. Alianza, Madrid, 1987 p. 30.

²⁶ Esta conferencia originó el libro *Vision and method in Historical Sociology* editado por Theda SKOCPOL.

²⁷ BURKE, Peter *Sociología e Historia*, *op. cit.* p. 33.

²⁸ SANTOS, Juliá *Historia Social/Sociología Histórica*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1989, p. 83

²⁹ *Ibidem*, p. S. Juliá *op. cit.* p. 60.

³⁰ SKOCPOL, Theda *Los estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 21

³¹ *Íbidem*, p. 41.

³² *Íbid.* p. 51.

³³ *Íbid.* p. 65.

³⁴ *Íbid.* p. 70.

³⁵ HOBDEN, Stephen *International Relations and Historical Sociology. Breaking down boundaries*, Ed. Routledge, Londres, 1998, ps. 70-93.

³⁶ L. RICHARDSON, James “International Relations and Cognate Disciplines: from Economics to Historical Sociology” en CRAWFORD, Robert M. A. y JARVIS, Darryl S. L. *International Relations – Still an American Social Science?*, Ed. State University of New York Press, Albany, 2001, ps. 277-298.

³⁷ Véase la introducción al libro de LAWSON, George *Negotiated Revolutions. The Czech Republic, South Africa and Chile*, Ed. Ashgate, Hants y Burlington, 2005.

³⁸ HOBDEN, Stephen *International Relations and ...*, *op. cit.*, ps. 167-196.

³⁹ Retomando los autores estudiados en el libro de SKOCPOL *Vision and method...* podemos señalar a modo de ejemplo los casos de BLOCH (perció en un campo de concentración en el año 1944), Polanyi (se posicionó como crítico del liberalismo económico) o TILLY (quien rechazó la idea de leyes de desarrollo y de modelos (explicativos y evolutivos) atemporales).

⁴⁰ Para un análisis acerca de esta discusión que caracteriza el cuarto debate en la disciplina de Relaciones Internacionales véase SODUPE, Kepa *La teoría de Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*, Ed. Universidad del País Vasco, Zarauz, 2003.

⁴¹ *Íbidem*.

⁴² Cf. HOLLIS, Martín y SMITH, Steve *Explaining and Understanding International Relations*, Ed. Clarendon Press, Oxford, 1990.

⁴³ HOLSTI, Kalevi J. “Along the Road of International Theory in the Next Millennium: Four Travelogues” en CRAWFORD, Robert M. A. y JARVIS, Darryl S. L. *International Relations – Still an..., op. cit.*

⁴⁴ HOFFMAN, Stanley “An American Social Science: International Relations” en CRAWFORD, Robert M. A. y JARVIS, Darryl S. L. *International Relations – Still an ..., op. cit.*

⁴⁵ K. POLANYI nos habla de “estructuras de oportunidad” refiriéndose a momentos particulares del régimen de la economía mundial en la que se abren determinadas oportunidades para la acción de los estados, y el grado de libertad que tiene esta acción del estado da forma a lo que es posible en la lucha de clases internas. Véase BLOCK, F. y SOMERS, M. R. “Beyond the Economic Fallacy: The Holistic Social Science of Karl Polanyi” en SKOCPOL, Th. (ed.), *Vision and Method...*, *op. cit.* ps. 73 y ss.

⁴⁶ HINTZE, Otto “La configuración de los estados y el desarrollo constitucional. Estudios históricos (1902)” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, n°. 1, marzo 2005. www.relacionesinternacionales.info.

⁴⁷ W. J. MOMMSEN, W. J. *The Political and Social Theory of Max Weber*, Ed. Polity Press, Cambridge, 1989, p. 30.

⁴⁸ La literatura sobre revoluciones y relaciones internacionales es muy amplia. Baste citar aquí a David ARMSTRONG (*Revolutions and World Order. The Revolutionary State in International Society*, Ed. Clarendon Press, Oxford, 1993) que parte de un enfoque de la *Sociedad Internacional*, es decir, de la llamada “Escuela Inglesa” y a Fred HALLIDAY (*Revolutions and World Politics. The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, Ed. Duke University Press, Durham, 1999) que incorpora el análisis de Sociología Histórica.

⁴⁹ Sobre el “paradigma del embrollo”, véase MANN, Michael *Las fuentes del poder social, vol. II*, Ed. Alianza, Madrid, 1997 y para su explicación, el artículo de Jaime PASTOR publicado en este número de la *Revista Académica de Relaciones Internacionales*.

⁵⁰ EVANS, P. B., RUESCHEMEYER, D. y SKOCPOL, Theda. (eds.) *Bringing the State Back In*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

⁵¹ La cita es del libro de T. SKOCPOL, *El estado y las revoluciones sociales* en HALLIDAY, F. *Las relaciones internacionales en un mundo en transformación*, Ed. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002, p. 108.

⁵² Véase NAVARI, C. “Introduction: The State as a Contested Concept in International Relations” en NAVARI, C. (ed.) *The Condition of States*, Ed. Open University Press, Buckingham, 1991, p. 12.

⁵³ No está de más señalar que F. HALLIDAY es uno de los pocos académicos anglosajones de Relaciones Internacionales que ha prestado mucha atención a la obra de R. ARON.

⁵⁴ GILPIN, G. *War and Change in World Politics*, Ed. Cambridge University Press, Nueva York, 1991, p. 227.

⁵⁵ DEAN, M. *Critical and Effective Histories. Foucault's Methods and Historical Sociology*, Ed. Routledge, Londres, 1994, p. 143.

⁵⁶ MANN, Michael, *Las fuentes del poder social ...*, *op. cit.*

⁵⁷ Como, por ejemplo, TILLY, Charles *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

⁵⁸ En palabras de T. SKOCPOL en su Introducción a *Vision and Method...*, *op. cit.* p.1.

⁵⁹ BENDIX, R. *Force, Fate and Freedom. On Historical Sociology*, Ed. University of California Press, Berkeley, 1984, p. XII.

⁶⁰ Citado por TRIMBERGER, E. K. “E. P. Thompson: Understanding Forces of History” en SKOCPOL, T. (ed.) *Vision and Method ...*, *op. cit.*, p. 220.

⁶¹ DEAN, M. *Critical and Effective ...*, *op. cit.*, p.120.

⁶² “The Theoretical Generalization and Historical Particularity in the Comparative Sociology of Reinhard Bendix” en SKOCPOL, T. (ed.) *Vision and Method ...*, *op. cit.*, p.154.

⁶³ Citado por R. BENDIX en *Force, Fate ...*, *op. cit.*, p.136, nota 7. Un historiador de las relaciones internacionales, J. L. Gaddis, nos ofrece la misma visión pero, en este caso, sobre la Guerra Fría: “... sin que nadie la hubiera diseñado, y sin asomo de intento de tener en consideración de los reclamos de la

justicia, las naciones de la posguerra fueron avocadas a un sistema de relaciones internacionales que, puesto que se basó en las realidades del poder, ha servido a la causa del orden – que no de la justicia – mucho mejor de lo que cabría haber esperado” en *The Long Peace. Inquires into the History of the Cold War*, Ed. Oxford University Press, Oxford, 1987, p. 223.

⁶⁴ R. BENDIX en *Force, Fate ..., op. cit.*, p.10.

⁶⁵ Citado por D. RUESCHEMEYER en SKOCPOL, T. (ed.) *Vision and Method ..., op. cit.*, p. 133.

⁶⁶ Pal AHLUWALIA y Michael SULLIVAN retoman aquí la obra de Edward SAID; cf. “Beyond International Relations: Edward Said and the World” en CRAWFORD, Robert M. A. y JARVIS, Darryl S. L. *International Relations – Still an ..., op. cit.*

BIBLIOGRAFÍA:

ARENAL, Celestino del

- *La teoría de las relaciones internacionales como sociología* Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957
- *La sociedad internacional*, Ed. Alianza, Madrid, 1974
- *Introducción a las relaciones internacionales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1984

ARMSTRONG, David

Revolutions and World Order. The Revolutionary State in International Society, Ed. Clarendon Press, Oxford, 1993

ARON, Raymond

- *Teorías contemporáneas sobre las Relaciones Internacionales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1963
- *Paz y guerra entre las naciones*, Ed. Alianza, Madrid, 1985
- *Estudios Políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1997

BENDIX, R.

Force, Fate and Freedom. On Historical Sociology, Ed. University of California Press, Berkeley, 1984

BURKE, Peter

Sociología e Historia, Ed. Alianza, Madrid, 1987

CRAWFORD, Robert M. A. y JARVIS, Darryl S. L. (eds.)

International Relations – Still an American Social Science?, Ed. State University of New York Press, Albany, 2001

DEAN, M.

Critical and Effective Histories. Foucault's Methods and Historical Sociology, Ed. Routledge, Londres, 1994

DOSSE, François

Histoire du structuralisme, Ed. La Découverte, Paris, 1992

EVANS, P. B., RUESCHEMEYER, D. y SKOCPOL, Theda. (eds.)

Bringing the State Back In, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

GADDIS, J. L.

The Long Peace. Inquires into the History of the Cold War, Ed. Oxford University Press, Oxford, 1987

GILPIN, G.

War and Change in World Politics, Ed. Cambridge University Press, Nueva York, 1991

HALLIDAY, F.

- *Revolutions and World Politics. The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, Ed. Duke University Press, Durham, 1999

- *Las relaciones internacionales en un mundo en transformación*, Ed. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002

HINTZE, Otto

“La configuración de los estados y el desarrollo constitucional. Estudios históricos (1902)” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, nº 1, marzo 2005, www.relacionesinternacionales.info

HOBDEN, Stephen

International Relations and Historical Sociology. Breaking down boundaries, Ed. Routledge, Londres, 1998

HOLLIS, Martín y SMITH, Steve

Explaining and Understanding International Relations, Ed. Clarendon Press, Oxford, 1990

LAWSON, George

Negotiated Revolutions. The Czech Republic, South Africa and Chile, Ed. Ashgate, Hants y Burlington, 2005

MANN, Michael

Las fuentes del poder social, vol. II, Ed. Alianza, Madrid, 1997

MITRE, Emilio

Historia y Pensamiento Histórico, Ed. Cátedra, Madrid, 1997

MOMMSEN, W. J.

The Political and Social Theory of Max Weber, Ed. Polity Press, Cambridge, 1989

NAVARI, C. (ed.)

The Condition of States, Ed. Open University Press, Buckingham, 1991

PASTOR VERDÚ, Jaime

“Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales* nº 5, noviembre de 2006, www.relacionesinternacionales.info

SANTOS, Juliá

Historia Social/Sociología Histórica, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1989

SKOCPOL, Theda (ed.)

- *Vision and Method in Historical Sociology*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1984

- *Los estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1984

SODUPE, Kepa

La teoría de Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI, Ed. Universidad del País Vasco, Zarauz, 2003.

TILLY, Charles

- *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Ed. Alianza, Madrid, 1991
- *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

WALTZ, Kenneth

Man, the state and War, Ed. Columbia University Press, Nueva York, 1959

Guerra y construcción del estado como crimen organizado¹

Charles TILLY

Aviso

Si el negocio de la protección representa el crimen organizado en su versión más sofisticada, entonces la guerra y la construcción del estado – paradigma del negocio legítimo de la protección – se convierten en su representación más importante. Sin tener la pretensión de calificar a todos los generales y estadistas de asesinos o ladrones quiero, no obstante, poner de relieve el valor de esta analogía. Por lo menos, en el caso europeo de los últimos siglos, la visión de los *war makers* y de los constructores del estado como agentes coercitivos y empresarios egoístas se asemeja más a la realidad que el resto de posibilidades existentes, como serían: la idea de un contrato social, la idea de un mercado libre en el cual los ejércitos y los estados ofrecen servicios a unos consumidores deseosos o la idea de una sociedad que, compartiendo normas y expectativas comunes, demanda un determinado tipo de gobierno.

Las reflexiones que siguen pretenden simplemente ilustrar la analogía entre la guerra y la construcción del estado, por un lado, y el crimen organizado, por otro, durante unos cuantos cientos de años de experiencia europea y favorecer así una tímida discusión sobre posibles cambios y variaciones que se derivan de la misma. Mis reflexiones parten de inquietudes contemporáneas: preocupaciones sobre la creciente capacidad de destrucción que provocan las guerras, el papel cada vez mayor de las grandes potencias como proveedoras de armas y de estructura militar a los países pobres, y la continua presencia de gobiernos militares en estos mismos países. Estas consideraciones nacen de la esperanza de que la experiencia europea, interpretada adecuadamente, nos pueda ayudar a entender qué está ocurriendo actualmente y quizás, incluso, a hacer algo al respecto.

El Tercer Mundo del siglo XX no se parece demasiado a la Europa de los siglos XVI y XVII. Difícilmente podemos deducir el futuro de los países del Tercer Mundo del pasado de los países europeos. Sin embargo, una exploración atenta de la experiencia europea puede resultar muy útil. Nos mostrará cómo la explotación coactiva jugó un papel fundamental en la creación

de los estados europeos; cómo la resistencia popular a esta explotación forzó a aquellos aspirantes a detentar el poder a conceder protección y a contener sus propias acciones. Nos ayudará, por tanto, a eliminar erróneas comparaciones entre el presente del Tercer Mundo y el pasado de Europa, facilitando la comprensión sobre las diferencias con el mundo presente y qué es, por tanto, lo que tenemos que explicar. Puede incluso ayudarnos a analizar la amenazante presencia actual de organizaciones militares y de hostilidades en el mundo actual. Aunque lograr todo esto me encantaría no prometo, sin embargo, nada tan ambicioso finalmente.

Este ensayo, por tanto, hace referencia al papel que jugaron las formas de violencia organizada en el crecimiento y cambio de esos peculiares sistemas de gobierno que denominamos estados nacionales: organizaciones relativamente centralizadas y diferenciadas cuyos funcionarios, con más o menos suerte, ejercen cierto control sobre esas formas de violencia monopolizadas por una autoridad, sobre el conjunto de una población que habita un territorio amplio y contiguo a otro. Éste razonamiento nace de los trabajos históricos sobre la formación de los estados nacionales en Europa Occidental, especialmente el desarrollo del estado francés a partir del año 1600. Sin embargo, esta argumentación traspasa estos estudios para observarlos desde un punto de vista teórico, aunque, finalmente, aporte pocas explicaciones y ninguna evidencia especialmente reseñable.

Del mismo modo que uno rehace una mochila apresuradamente preparada después de varios días de camino – retirando lo que sobra, ordenando las cosas según su importancia, y equilibrando la carga –, he reestructurado mi bagaje teórico para la escalada que viene; la verdadera prueba para la nueva mochila llega con el siguiente trecho del camino. El razonamiento expuesto a continuación enfatiza la interdependencia entre la guerra y la construcción del estado, y la analogía entre estos dos procesos y lo que, aunque con menos éxito y menor importancia, se denomina crimen organizado. Como afirmaré más adelante, la guerra crea estados. Asimismo, la delincuencia, la piratería, la rivalidad criminal, el mantenimiento del orden público, y la guerra pertenecen todos a esa misma realidad. Durante el periodo en el cual los estados nacionales se fueron convirtiendo en las organizaciones dominantes en los países occidentales, el capitalismo mercantil y la construcción del estado se reforzaron mutuamente.

Protección de doble filo

En el lenguaje americano contemporáneo, la palabra “protección” tiene dos acepciones contrapuestas. Una conforta; la otra, inquieta. Por un lado, “protección” evoca las imágenes de refugio contra el peligro que ofrece un amigo poderoso, una amplia póliza de seguros o un tejado robusto. Por otro, evoca el negocio mediante el cual el cacique local obliga a los comerciantes a pagar un impuesto para evitar peligros con los que el propio cacique les amenaza. La diferencia es un problema de grado: un sacerdote que sermonea sobre el infierno y la perdición recibirá colectas de sus feligreses sólo en la medida en que éstos crean sus predicciones. El gángster del barrio puede realmente ser, como él mismo afirma, la mejor garantía de un burdel frente a la intervención policial.

Cuál de estas imágenes evocadoras de la “protección” viene a la mente depende principalmente de nuestra evaluación de la realidad y de la externalidad de la amenaza: el que ejecuta al mismo tiempo tanto el peligro como, por un precio, la protección ante el mismo, es un chantajista; aquel que facilita una protección necesaria pero tiene un escaso grado de control sobre la aparición del peligro se legitima como protector, especialmente si su precio no es mayor que el de sus competidores; y finalmente, el que ofrece una protección fiable y barata tanto ante los chantajistas locales como ante los intrusos de fuera hace la mejor oferta de todas.

Los defensores de determinados gobiernos o del gobierno en general, argumentan, precisamente, que éstos ofrecen protección frente a la violencia local y la externa. Afirman que los precios que cobran apenas cubren los costes de la protección. Califican a las personas que se quejan de sus precios de “anarquistas”, “subversivos” o ambas cosas. Sin embargo, definen como chantajista a la persona que crea la amenaza y después cobra por su eliminación. La provisión de protección por parte del gobierno, partiendo de esta definición, puede entonces calificarse con frecuencia como chantaje, en la medida en que las amenazas frente a las que un gobierno determinado defiende a sus ciudadanos son imaginarias o son consecuencia de sus propias actividades, el gobierno ha establecido un negocio de protección. Desde el momento en que los propios gobiernos con frecuencia simulan, favorecen o incluso inventan amenazas o guerras externas y desde el instante en el que las actividades de represión de los gobiernos a menudo constituyen las amenazas más importantes para sus propios ciudadanos, muchos

gobiernos actúan, en esencia, del mismo modo que los chantajistas. Existe, por supuesto, una diferencia: los chantajistas, según la definición convencional, actúan sin el beneplácito de los gobernantes.

¿Cómo obtienen su autoridad los gobiernos chantajistas? Desde el punto de vista práctico y ético, éste constituye uno de los enigmas más antiguos del análisis político. De acuerdo con Maquiavelo o Hobbes, los observadores políticos han reconocido que, hagan lo que hagan, los gobiernos organizan y, si es posible, monopolizan la violencia. Poco importa si consideramos la violencia en un sentido limitado, como el daño a personas o cosas, o en un sentido amplio, como la vulneración de los deseos e intereses de la gente. Desde cualquier punto de vista, los gobiernos se diferencian de otras organizaciones por su tendencia a monopolizar las formas de violencia. La distinción entre fuerza “legítima” e “ilegítima”, además, importa poco en la práctica. Si consideramos que la legitimidad se deriva de la conformidad con un principio abstracto o del consentimiento del gobernado (o de ambas a la vez), estas condiciones pueden servir para justificar, quizás incluso para explicar, la tendencia a monopolizar la fuerza. No contradicen por tanto la realidad, los hechos.

En cualquier caso, el tratamiento cínico que Arthur Stinchcombe da a la legitimidad es eficaz para los propósitos del análisis político. La legitimidad, según este autor, depende bastante poco de principios abstractos o del consentimiento del gobernado: “la persona *sobre la que el poder es ejercido* no es generalmente tan importante como *otros titulares del poder*”². La legitimidad es la probabilidad de que otras autoridades intervengan para confirmar las decisiones de una autoridad determinada. Otras autoridades, añade, estarán especialmente dispuestas a confirmar las decisiones de una autoridad cuestionada cuando ésta ejerza control sobre una fuerza considerable. Tanto el miedo a las represalias como el deseo de mantener un entorno estable son razones que recomiendan esta regla general, que recalca la importancia del monopolio de la fuerza ejercido por la autoridad. La tendencia a monopolizar el uso de la violencia hace que el ofrecimiento de protección de un gobierno, ya sea en el sentido más reconfortante o en el inquietante de la palabra, sea más creíble y por tanto, más difícil de rechazar.

El reconocimiento sincero del papel central de la fuerza en las actividades gubernamentales no implica que creamos que la autoridad del gobierno descansa “únicamente” o “en última instancia” en la amenaza de violencia. Tampoco implica la asunción de que el único servicio de un gobierno es la protección. Incluso cuando el empleo del uso de la fuerza por parte de un gobierno implica un coste elevado, algunas personas pueden decidir acertadamente que otros servicios del gobierno compensan los costes de acceso a su monopolio de la violencia. El reconocimiento del papel central de la fuerza permite una mejor comprensión del desarrollo y la transformación de las formas de gobierno.

He aquí un avance del argumento más común: el afán bélico de los titulares del poder exige, quieran o no, que extraigan recursos para la guerra de las poblaciones sobre las que ejercen el control y que fomenten la acumulación de capital por parte de aquellos que les pueden ayudar mediante el préstamo y la compra. La guerra, la extracción y la acumulación de capital interactuaron para configurar la construcción del estado en Europa. Los titulares del poder no emprendieron estas tres actividades trascendentales con la intención de crear estados nacionales –centralizados, diferenciados, autónomos, organizados políticamente. Ni tampoco previeron que de la guerra, la extracción y la acumulación de capital pudiesen emerger estados nacionales.

Muy al contrario, las personas que controlaban los estados europeos y los estados en proceso de construcción luchaban con la intención de frenar o de dominar a sus rivales y, de este modo, disfrutar de las ventajas del poder dentro de un territorio seguro o cada vez más extenso. Para hacer más eficaz la guerra, intentaron localizar más capital. A corto plazo, tuvieron que acceder a éste a través de conquistas, de la liquidación de sus activos o desposeyendo a los acumuladores de capital. A largo plazo, la búsqueda les obligó inevitablemente a permitir la actividad habitual de los acumuladores de capital que podían facilitarles crédito, y a imponer alguna modalidad de impuesto periódico a las personas y actividades que se encontraban dentro de su ámbito de control.

A medida que el proceso continuó, las personas que llevaban a cabo la construcción del estado desarrollaron un creciente interés por fomentar la acumulación de capital, a veces con el pretexto de utilizarlo posteriormente para sus propias iniciativas. Las diferencias existentes en la dificultad para recaudar impuestos, en el coste de mantener el tipo específico de fuerza armada

adoptado, en la cantidad de recursos militares necesarios para defenderse de los rivales, etcétera, fueron las causantes de las principales variedades en la forma de los estados europeos. Todo comenzó con el esfuerzo por monopolizar las formas de violencia dentro de un territorio delimitado contiguo a la sede de un titular del poder.

Violencia y gobierno

¿En qué se distinguían la violencia ejercida por los estados de la violencia llevada a cabo por cualquier otro actor? A largo plazo, se diferenciaron lo suficiente como para hacer creíble la división entre fuerza “legítima” e “ilegítima”. Con el tiempo, los funcionarios ejercieron la violencia a mayor escala, con mayor eficacia, con mayor eficiencia, con un consentimiento más amplio por parte de sus propias poblaciones, y con una colaboración más solícita por parte de las autoridades vecinas que por parte de otras organizaciones. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que estas diferencias se hicieran patentes. En los primeros momentos del proceso de construcción del estado, muchos de los implicados defendieron el derecho a utilizar la violencia, la práctica de su uso rutinario para cumplir sus objetivos, o ambos al mismo tiempo. La secuencia fue la siguiente: se pasó de bandidos y piratas a reyes a través de los recaudadores de impuestos, los titulares de poder de la región y los soldados profesionales.

La delgada y difusa línea que separa la violencia “legítima” e “ilegítima” apareció en los escalafones más altos del poder. En los primeros momentos del proceso de construcción del estado muchos de los implicados defendieron el derecho a utilizar la violencia, su empleo propiamente dicho o ambos a la vez. La prolongada relación amor-odio entre los potenciales constructores del estado y los piratas y bandidos ilustra esta división. “Detrás de la piratería en el mar actuaban las ciudades y las ciudades-estado”, escribe Fernand Braudel respecto al siglo XVI. “Detrás del bandolerismo, esa piratería terrestre, estaba la ayuda constante de los señores”³. De hecho, en tiempos de guerra los dirigentes de estados plenamente constituidos, a menudo encargaban a corsarios o contrataban a bandidos para que atacasen a sus enemigos, y animaban a sus tropas regulares a conseguir botín. En el servicio real, se esperaba de los soldados y marineros que se proveyesen por sí mismos a costa de la población civil: requisando, violando, saqueando... Cuando se desmovilizaban, continuaban con las mismas prácticas, aunque sin la protección real: los buques desmovilizados se convertían en barcos pirata; las tropas desmovilizadas, en bandidos.

Esto también funcionó de otro modo. La mejor manera para un rey de conseguir apoyo armado era recurrir al mundo de los proscritos. La conversión de Robin Hood en arquero real puede que sea un mito, pero se trata de un mito que constata una práctica. Las diferencias entre las formas de violencia “legítimas” e “ilegítimas” se hicieron patentes muy lentamente, proceso durante el cual las fuerzas armadas del estado se convirtieron en algo relativamente cohesionado y permanente.

Hasta ese momento, como apunta Braudel, las ciudades costeras y los señores feudales a menudo ofrecían protección, o incluso apoyo, a los filibusteros. Muchos grandes señores que no pretendían ser reyes, además, apoyaron con éxito el derecho a llevar a cabo levadas de tropas y a mantener su propio ejército. Ningún rey podía ir a la guerra sin pedir a alguno de estos señores que acudiese a ayudarlo con su ejército; y al mismo tiempo, éstos y sus ejércitos eran los rivales y oponentes de los reyes, es decir, los aliados potenciales de sus enemigos. Por esta razón, antes del siglo XVII, los regentes de niños soberanos provocaron con frecuencia guerras civiles. Asimismo, el desarme se introdujo en la agenda de todos los aspirantes a constructores del estado.

Los Tudor, por ejemplo, consiguieron este objetivo en gran parte de Inglaterra. “La mayor victoria de los Tudor”, escribe Lawrence Stone, fue la intención, exitosa en última instancia, de crear un monopolio de la Corona sobre la violencia tanto pública como privada, un logro que alteró profundamente no sólo la naturaleza de la política sino también la calidad de vida diaria. Supuso un cambio en las costumbres inglesas que sólo puede ser comparado con una medida adoptada posteriormente, en el siglo XIX, cuando el desarrollo de una fuerza de policía consolidó finalmente el monopolio y lo hizo eficaz en las ciudades más grandes y en los pueblos más pequeños⁴.

La desmilitarización de los grandes señores feudales llevada a cabo por los Tudor se realizó a través de cuatro estrategias complementarias: eliminar las bandas armadas de estos señores; arrasar sus castillos; controlar su habitual recurso a la fuerza para la solución de las disputas; y dificultar la cooperación entre sus subordinados y arrendatarios. En las Marcas de Inglaterra y Escocia, la tarea fue más delicada para los Percy y los Dacre, quienes mantuvieron

ejércitos y castillos a lo largo de la frontera, amenazando a la Corona pero también sirviendo de tapón ante los invasores escoceses. Finalmente, ellos también tendrían que ceder.

En Francia, Richelieu comenzó el gran desarme en la década de 1620. Aconsejado por el Cardenal, Luis XIII destrozó sistemáticamente los castillos de los señores rebeldes, protestantes y católicos, y combatió contra ellos sin descanso. Empezó a condenar los duelos, el portar armas letales, y el mantenimiento de ejércitos privados. Al final de esa década, Richelieu ya estaba declarando el monopolio de la fuerza como doctrina. Fue necesario otro medio siglo para que esta doctrina fuese efectiva.

Nuevamente, los conflictos de La Fronde^A tuvieron como protagonistas a los ejércitos armados por los “grandes”. Únicamente la última de las regencias, la que sucedió a la muerte de Luis XIV, no condujo a sublevaciones armadas. Para entonces, el principio de Richelieu se había convertido en una realidad. Asimismo, en el Imperio que sucedió a la Guerra de los Treinta Años sólo los príncipes tenían el derecho a dictar levas de tropas y a poseer fortalezas... En todas partes, los castillos arrasados, el elevado coste de la artillería, la fascinación por la vida en la corte, y la consiguiente domesticación de la nobleza tuvieron su parte de culpa en esta transformación⁵.

Para finales del siglo XVIII, en la mayor parte de Europa, los monarcas controlaban fuerzas militares permanentes y profesionales que rivalizaban con las de sus vecinos y que excedían con mucho cualquier organización armada existente dentro de sus propios territorios. El monopolio estatal de la violencia a gran escala estaba pasando de la teoría a la realidad.

La eliminación de los rivales locales supuso, sin embargo, un grave problema. Más allá de las pequeñas ciudades-estado, ningún monarca podía gobernar una población exclusivamente con sus fuerzas armadas, del mismo modo que tampoco podía crear un grupo profesional lo suficientemente amplio y fuerte como para que llegase desde él hasta el ciudadano de a pie. Hasta fechas recientes, ningún gobierno europeo ha alcanzado el nivel de articulación administrativa vertical lograda por la China imperial; ni siquiera el Imperio Romano. De un modo u otro, todos los gobiernos europeos posteriores a la Revolución Francesa se apoyaron de forma indirecta en magnates locales. Éstos colaboraron con el gobierno sin convertirse en

funcionarios en el sentido estricto de la palabra, con cierto acceso al uso de la fuerza que ejercía el gobierno, y gozando de una amplia autonomía en la gestión de sus propios territorios: nobleza (*junkers*^B), jueces de paz, señores. Con todo, estos mismos magnates eran rivales potenciales, posibles aliados de una revuelta popular.

Con el tiempo, los gobiernos europeos redujeron su dependencia a este apoyo indirecto a través de dos estrategias costosas aunque efectivas: (a) extendiendo su burocracia a la comunidad local y (b) fomentando la creación de fuerzas policiales, subordinadas al gobierno y no a individuos, diferentes de las fuerzas empleadas en la guerra y, por tanto, menos útiles para ser utilizadas como instrumentos por sus rivales. Al mismo tiempo, sin embargo, los constructores del poder nacional llevaron a cabo una estrategia múltiple: eliminando, subyugando, dividiendo, conquistando, engatusando, comprando, según lo requiriese la situación. La compra de las voluntades disidentes se concretó en exenciones de impuestos, creación de cargos honoríficos, establecimiento de privilegios ante el tesoro nacional, y una gran variedad de otras estratagemas que hiciesen que el bienestar del magnate dependiera del mantenimiento de la estructura de poder existente. A largo plazo, todo esto se tradujo en una sólida pacificación y monopolización de los medios de coerción.

Protección como negocio

Volviendo la vista atrás, la pacificación, la cooptación o la eliminación de rivales díscolos a la soberanía parece una empresa imponente, noble, encomiable, destinada a traer paz a la gente. Sin embargo, estaba basada ineludiblemente en una lógica de poder expansiva. Si una autoridad se beneficiaba de la provisión de protección, sus rivales tendrían que ceder. Como el historiador económico Frederic Lane afirmó hace veinticinco años, los gobiernos participan en el negocio de venta de protección..., quisiera la gente o no. Lane argumentó que la propia actividad de producir y controlar la violencia favorecía el monopolio porque la competencia en este campo aumentaba los costes en lugar de disminuirlos. La producción de violencia, según Lane, facilitó la creación de grandes economías de escala.

Partiendo desde este punto, Lane distinguió entre: (a) el beneficio del monopolio, o *tributo*, que llega a los que controlan los medios de producción de violencia como resultado de la diferencia entre los costes de producción y el precio exacto que pagan los “clientes” y, (b) el

pago de la protección más elevado para aquellos clientes – por ejemplo, comerciantes – que deseen una protección efectiva contra los competidores externos. Lane, gran experto de la historia de la ciudad de Venecia, se centró en el caso de un gobierno que provoca el pago de la protección a sus comerciantes mediante ataques deliberados a sus competidores. En su adaptación del esquema de Lane, además, Edward Ames y Richard Rapp sustituyen la palabra “tributo”, empleada por aquel, por la más acertada “extorsión”. Según esta idea, depredación, coerción, piratería, bandolerismo y chantaje guardan grandes similitudes con las actividades desarrolladas por el gobierno.

El modelo de Lane funciona de la siguiente manera: si un príncipe que necesita cincuenta mil monedas para crear una fuerza armada suficiente para defenderse a sí mismo y a sus súbditos de sus enemigos externos, y para controlar a dichos súbditos les cobrase setenta y cinco mil, ganaría un tributo de $(75-50=)$ veinticinco mil monedas. Si las diez monedas que paga en impuestos uno de estos súbditos, comerciante, le asegurasen el acceso al mercado mundial frente a las quince monedas pagadas por su competidor extranjero a *su* respectivo príncipe, aquel súbdito también ganaría en el pago de protección $(15-10=)$ 5 monedas en virtud de la mayor eficacia de su príncipe. Esta lógica difiere únicamente en grado y en escala de la lógica de la protección entre los criminales y sus clientes. El chantaje en el ámbito laboral – en el cual, por ejemplo, un armador evita los problemas con los estibadores portuarios a través de un pago periódico al jefe del sindicato local – funciona exactamente con el mismo principio: el jefe del sindicato recibe un tributo para que los estibadores no amenacen con una huelga, mientras el armador evita las huelgas que los estibadores imponen a su competidores.

Lane precisó sobre el distinto comportamiento que debemos esperar de las autoridades de un gobierno, que presta protección, según quién dirija dicho gobierno:

1. Ciudadanos en general
2. Un monarca que actúa en su propio beneficio
3. Las propias autoridades

Si los ciudadanos en general ejercen un verdadero control sobre el gobierno – ¡ideal inalcanzable! – deberíamos esperar que las autoridades redujeran los costes de la protección y el

tributo, maximizando el pago de la protección. Un monarca que actúa en su propio beneficio, sin embargo, maximizaría el tributo, fijaría los costes de acuerdo con esa maximización del tributo, y se mostraría indiferente a la cantidad del pago. Si las autoridades controlasen el gobierno, intentarían mantener los costes elevados maximizando sus propios salarios, maximizando el tributo por encima de esos costes exigiendo un precio elevado a sus súbditos y siendo, asimismo, indiferentes al nivel del pago de la protección. El primer modelo se aproxima a una democracia jeffersoniana, el segundo a un despotismo mezquino, y el tercero a una junta militar.

Lane no incluyó la evidente cuarta categoría que podría encargarse de la dirección de un gobierno, esto es, la clase dominante. Si la hubiese incluido, su esquema habría ofrecido criterios empíricos muy interesantes para evaluar si un gobierno determinado es “relativamente autónomo” o está estrictamente subordinado a los intereses de la clase dominante. Presumiblemente, un gobierno subordinado tendería a maximizar los beneficios del monopolio – que volverían a la clase dominante como resultado de la diferencia entre los costes de protección y el pago recibido por ella – y a adecuar los pagos de la protección a los intereses económicos de la clase dominante. Un gobierno autónomo, por el contrario, intentaría maximizar los salarios de las autoridades y se mostraría indiferente al pago de la protección. El análisis de Lane sugiere una serie de propuestas y métodos novedosos.

Lane también sugirió que la lógica de la situación provocó la sucesión de cuatro etapas en la historia general del capitalismo:

1. Un periodo de anarquía y pillaje.
2. Una etapa en la cual los cobradores del tributo atrajeron clientes y establecieron sus monopolios, luchando para crear estados exclusivos y sólidos.
3. Una etapa en la que los comerciantes y propietarios comenzaron a obtener más beneficios con el pago de la protección de lo que las autoridades ganaban con el tributo.
4. Un periodo (bastante reciente) en el cual los cambios tecnológicos sobrepasaron los pagos de la protección como fuentes de beneficio para los empresarios.

En su nueva historia económica del mundo occidental, Douglass North y Robert Paul Thomas hacen de las etapas 2 y 3 – aquellas en las que los constructores del estado crearon sus monopolios por la fuerza y establecieron los derechos de propiedad que permitieron a los individuos un mejor acceso a las ganancias de las innovaciones derivadas de su propio desarrollo – los momentos fundamentales del desarrollo económico sostenido. La protección, en este punto, supera al tributo. Si reconocemos que los derechos de propiedad protegidos fueron principalmente los de capital y que el desarrollo del capitalismo también facilitó la acumulación de los recursos necesarios para dirigir estados sólidos, esta extensión del análisis de Lane ofrece un buen punto de vista sobre las similitudes entre la guerra, la construcción del estado y la acumulación de capital.

Desafortunadamente, no supo obtener todo el rendimiento posible de su propio enfoque. Al tratar de mantener su análisis en todo momento dentro de la teoría neoclásica de la organización industrial, Lane interpuso obstáculos a su percepción de la protección: considerando a todos los contribuyentes como “clientes” por el “servicio” prestado por los gobiernos productores de dicha protección; dejando a un lado las objeciones a la idea de una venta forzosa al insistir en que el “cliente” siempre tuvo la posibilidad de no pagar y asumir las consecuencias del impago; minimizando los problemas de divisibilidad que genera el carácter de bien público de la protección; y omitiendo deliberadamente la distinción entre los costes de producir las formas de violencia en general y los costes de la protección proporcionada a los “clientes” por medio de esa violencia. Las ideas de Lane, asfixiadas dentro de los límites del esquema neoclásico, no encuentran ninguna restricción fuera de ellos. Finalmente, tanto dentro como fuera, arrojan luz sobre el análisis económico de los gobiernos, mostrando las principales actividades que los gobiernos reales han llevado a cabo históricamente: guerra, represión, protección, adjudicación.

Más recientemente, Richard Bean ha aplicado una lógica similar al aumento de estados nacionales europeos entre 1400 y 1600. Recurre a las economías de escala en la producción de fuerza efectiva, contrarrestadas por diseconomías^C de escala. Afirma entonces que el desarrollo de la artillería en el siglo XV (el cañón hizo mucho más vulnerables a los pequeños fuertes medievales frente a una fuerza organizada) cambió la curva de las economías y las diseconomías para hacer los ejércitos grandes y permanentes, y los gobiernos centralizados más

provechosos para sus señores. Por lo tanto, según Bean, la innovación militar fomentó la creación de estados nacionales extensos, costosos y bien armados.

Conversaciones sobre la Historia

El resumen de Bean, sin embargo, no resiste un examen histórico. En la práctica, el cambio de la infantería por la artillería para el asedio de ciudades fortificadas no ocurrió hasta los siglos XVI y XVII. La artillería mejoró durante el siglo XV, pero la construcción de nuevas fortificaciones, especialmente la *trace italienne*, contrarrestó rápidamente la ventaja de la artillería. La llegada de artillería eficaz llegó demasiado tarde como para haber *causado* el aumento en el número de estados. (Sin embargo, el creciente coste de las fortificaciones para defenderse de la artillería dio ventaja a los estados que disponían de bases fiscales más sólidas).

Tampoco es evidente que los cambios en el terreno bélico tuviesen una influencia tan notoria como Bean les atribuye. La creciente importancia de la guerra naval, que ocurrió simultáneamente, podía haber llevado la ventaja militar hacia las pequeñas potencias marítimas como la República de los Siete Países Bajos Unidos^D. Además, aunque muchas ciudades-estado y otras entidades microscópicas desaparecieron en el seno de unidades políticas más grandes antes de 1600, acontecimientos como el fraccionamiento del Imperio de los Habsburgo y hechos como la permanencia de unas extensas aunque débilmente unidas Polonia y Rusia cuestionan su afirmación sobre el aumento del número de estados a escala geográfica. En resumen, tanto la explicación propuesta por Bean como su exposición sobre lo que debería ser explicado generan ciertas dudas históricas.

Aunque despojada de su determinismo tecnológico, la lógica de Bean complementa la de Lane, ya que los diferentes cuerpos militares exigen cantidades sustancialmente diferentes para aprovisionarse, y también otorgan muy diferentes grados de control sobre los oponentes, ya sean domésticos o extranjeros. Después de 1400, la búsqueda europea de una modalidad de organización militar más grande, más estable, y más costosa provocó, en la práctica, un espectacular aumento del presupuesto de los príncipes, de los impuestos y del personal. Después de 1500 más o menos, los príncipes que se las habían arreglado para crear alguna de esas costosas organizaciones militares estaban capacitados para conquistar nuevos territorios.

La palabra “territorio” no debería confundirnos. Hasta el siglo XVIII, las grandes potencias fueron estados marítimos, y la guerra naval siguió siendo crucial para determinar la posición internacional de los estados. Es preciso tener en cuenta la lista de sucesivas potencias hegemónicas dentro del mundo capitalista que ofrece Fernand Braudel: Venecia y su imperio, Génova y su imperio, Amberes-España, Ámsterdam-Holanda, Londres-Inglaterra, Nueva York-Estados Unidos. Aunque Brandenburgo-Prusia constituye una pequeña excepción, sólo en la actualidad estados con fronteras esencialmente terrestres como China y Rusia han adquirido una posición tan preponderante en el sistema de estados del mundo. La guerra marítima no fue, en modo alguno, la única razón para tal predisposición hacia el mar. Antes de finales del siglo XIX, el transporte terrestre era tan caro en cualquier punto de Europa que ningún país podía permitirse abastecer un gran ejército o una gran ciudad con grano o cualquier otro producto de primera necesidad sin disponer de un transporte marítimo eficaz. Los gobernantes alimentaron centros interiores como Berlín y Madrid únicamente con un gran esfuerzo y con un coste considerable para sus territorios internos. La excepcional eficacia de los canales en los Países Bajos les dio indudablemente grandes ventajas tanto en tiempos de paz y como de guerra.

El acceso al agua fue importante también en otro sentido. Aquellas metrópolis incluidas en la lista de Braudel eran puertos importantes, grandes centros de comercio donde el capital se movía en grandes cantidades. Tanto el comercio como el capital sirvieron a los propósitos de gobernantes ambiciosos. A través de una ruta sinuosa, esta observación nos conduce de nuevo a los argumentos de Lane y Bean. Teniendo en cuenta que ambos eran historiadores económicos, el punto más débil de sus análisis resulta sorprendente. Ambos subestiman la importancia de la acumulación de capital en la expansión territorial. Como Jan de Vries dice acerca del periodo posterior a 1600:

Mirando hacia atrás, uno no puede evitar sorprenderse de la relación aparentemente simbiótica entre el estado, el poder militar y la eficiencia de la economía privada en la época del absolutismo. Detrás de cada dinastía de éxito había una colección de opulentas familias banqueras. El acceso a los recursos de la burguesía se mostró crucial para las políticas de la construcción del estado y del proceso de centralización de los príncipes. Éstos también necesitaron acceso directo a los recursos agrícolas, que podían movilizarse únicamente cuando la productividad agrícola crecía y existía un efectivo poder militar y

administrativo para imponer los deseos de los príncipes. Pero las líneas de causalidad también funcionaron en la dirección opuesta. El éxito de las actividades encaminadas a la construcción del estado y a la formación de imperios, junto a la tendencia a la concentración de la población urbana y del gasto gubernamental, ofrecieron a la economía privada oportunidades únicas e incalculables para capturar economías de escala. Éstas afectaron ocasionalmente a la producción industrial pero fueron más significativas en el crecimiento del comercio y de las finanzas. Además, la liviana presión de la tributación del gobierno central hizo tanto como cualquier otra fuerza económica para canalizar la producción campesina hacia el mercado, aumentando de este modo las oportunidades para la creación de comercio y la especialización económica⁶.

La “relación simbiótica” no se da únicamente en el periodo posterior a 1600. En el caso precoz de Francia se puede considerar el aumento de gastos e ingresos de la Corona desde 1515 hasta 1785. Aunque la tasa de crecimiento de ambos aumentó aceleradamente después de 1600, también había subido sustancialmente durante el siglo XVI. Después de 1550, las guerras de religión internas obstaculizaron la tarea de expansión internacional que Francisco I, había comenzado a principios de siglo, pero desde 1620 hacia delante Luis XIII y Luis XIV (ayudados e instigados, para ser precisos, por Richelieu, Mazarin, Colbert y otros magos de la construcción del estado) reanudaron la tarea con ahínco. “Como siempre”, comenta V. G. Kiernan, “la guerra tenía la aprobación del poder político y las reservas de los economistas”⁷.

Pedían prestado y después pagaban intereses con cuentas deudoras, sin importar que las dos curvas – ingresos y gastos – se distanciasen. Los capitalistas poderosos jugaron un papel crucial a ambos lados de la transacción: como las principales fuentes de provisión de crédito de la Corona, especialmente en el corto plazo y, al mismo tiempo, como los encargados del peligroso pero lucrativo negocio de la recaudación de impuestos reales. Por esta razón, merece la pena destacar que

la deuda pública tuvo su origen, con una finalidad práctica, en el reinado de Francisco I. Tras la pérdida de Milán, la llave del norte de Italia, el 15 de septiembre de 1522, Francisco I pidió prestados 200.000 francos... al 12,5 por ciento a los comerciantes de Paris, para intensificar la guerra contra Carlos V. Administrada por el gobierno de la

ciudad, inauguró la famosa serie de bonos basados en las rentas públicas de capital y conocidas como *rentes sur l'Hôtel de Ville*⁸.

(El impago de estas rentas por parte del gobierno, por cierto, ayudó a alinear a la burguesía parisina contra la Corona durante La Fronde, unos ciento veinte años más tarde). Para 1595, la deuda nacional había ascendido a 300 millones de francos; a pesar de las bancarrotas gubernamentales, de las manipulaciones de la moneda y de las monumentales subidas de impuestos, para la muerte de Luis XIV en 1715 los préstamos solicitados para la guerra habían inflado el total hasta los tres mil millones de francos, el equivalente a unos ochenta años de ingresos reales⁹. La guerra, el aparato del estado, los impuestos y los préstamos aumentaron a un ritmo acompasado.

Aunque Francia fue precoz, no fue la única. “Todavía más que en el caso de Francia”, narra Earl J. Hamilton,

la deuda pública de Inglaterra se originó y creció durante las principales guerras. A excepción de una pequeña cantidad anterior de los Estuardo, la deuda comenzó en 1689 con el reinado de William y Mary. En palabras de Adam Smith “fue en la guerra que comenzó en 1688 y concluyó con el Tratado de Ryswick en 1697, cuando se pusieron las bases de la enorme deuda actual de Gran Bretaña”¹⁰.

Hamilton, es cierto, continúa citando al mercantilista Charles Davenant, quien se quejaba en 1698 de que los elevados impuestos exigidos por el gobierno para pagar los préstamos estaban destrozando el mercado inglés. La queja de Davenant sugiere, no obstante, que Inglaterra estaba entrando ya en la tercera de las etapas de las relaciones estado-capital propuestas por Frederic Lane, aquella en la que los comerciantes y propietarios reciben un beneficio mayor que los proveedores de la protección.

Hasta el siglo XVI, los ingleses esperaban de sus reyes que viviesen de las rentas de sus propios bienes y que aumentasen los impuestos únicamente en caso de guerra. G. R. Elton señala como punto de inflexión el borrador de Thomas Cromwell de las *Subsidy Bills* de Enrique VIII para 1534 y 1540: “la de 1540 no se olvidó de recoger la novedad introducida en

1534, más concretamente, la posibilidad de exigir contribuciones especiales para otras finalidades distintas de la guerra”¹¹. Sin embargo, después de esta declaración, y como ya venía ocurriendo con anterioridad, la guerra fue el mayor estímulo para el aumento tanto de los impuestos como de la deuda. Pocas veces disminuyeron la deuda y los impuestos. Ocurrió lo que A. T. Peacock y J. Wiseman llaman “efecto desplazamiento” (y otros, algunas veces, denominan “efecto trinquete”): cuando los gastos e ingresos públicos ascendían bruscamente durante la guerra, establecían un tope nuevo y más elevado, que los ingresos y gastos en tiempo de paz no podían reducir. Durante las guerras napoleónicas, los impuestos británicos subieron del 15 al 24 por ciento del ingreso nacional y ya eran casi tres veces el nivel impositivo francés¹².

Realmente, Gran Bretaña tenía una doble ventaja: dependía menos de costosas fuerzas terrestres que sus rivales continentales y obtenía mayor proporción de sus ingresos por impuestos de aduana – impuestos que eran, a pesar del contrabando, significativamente más baratos de recaudar que los impuestos de tierras, los de propiedad o que el impuesto municipal por cabeza. Sin embargo, en Inglaterra, como en otros lugares, tanto la deuda como los impuestos aumentaron enormemente a partir del siglo XVII, principalmente, como resultado del creciente coste de la guerra.

¿Qué hacen los estados?

Como ya he apuntado, el análisis de Lane sobre la protección se equivoca al distinguir entre los muy diferentes usos de la violencia controlada por el estado. Bajo la expresión general de violencia organizada, los agentes del estado incluyen generalmente cuatro actividades diferentes:

1. La guerra: eliminando o neutralizando a los rivales fuera del territorio en el cual tienen preferencia permanente y notoria en el uso de la fuerza.
2. La construcción del estado: eliminando o neutralizando a sus rivales dentro de ese territorio.
3. Protección: eliminando o neutralizando a los enemigos de sus clientes.
4. Extracción: adquiriendo los medios para llevar a cabo las actividades anteriores – la guerra, la construcción del estado y la protección.

La tercera actividad corresponde a la protección tal y como la analizó Lane, pero las otras tres también implican la aplicación de la fuerza. Estas actividades se superponen parcialmente y en diferentes grados: por ejemplo, la guerra contra comerciantes rivales de la burguesía local implica la protección de dicha burguesía. Asimismo, desde el momento en que la población está dividida en clases enemigas, y el estado favorece parcialmente a una clase u otra, la construcción del estado realmente reduce la protección dada a algunas clases.

Cada una de ellas – guerra, construcción del estado, protección y extracción – adopta formas muy diferentes. La extracción, por ejemplo, va desde el saqueo más absoluto hasta el tributo periódico pasando por el impuesto burocratizado. Con todo, las cuatro actividades dependen de la tendencia del estado a monopolizar las formas concentradas de coerción. Desde la perspectiva de aquellos que dominan el estado, cada una de ellas – si se llevan a cabo eficazmente – generalmente refuerza a las otras. Por tanto, un estado que elimina con éxito a sus rivales internos, fortalece su capacidad para extraer recursos, para hacer la guerra y para proteger a sus principales partidarios. En los primeros tiempos de la experiencia europea, en líneas generales, estos partidarios eran usualmente los propietarios, la guardia personal del monarca, y los religiosos.

Cada uno de los principales usos de la violencia produjo formas de organización determinadas. La guerra daba como resultado ejércitos, navíos y servicios de suministro. La construcción del estado producía instrumentos permanentes de vigilancia y control dentro del territorio. La protección se apoyaba en la organización que provenía de la guerra y de la construcción del estado pero añadía a ésta un aparato a través del cual el protegido solicitaba la protección debida, especialmente mediante tribunales y asambleas representativas. La extracción formó las estructuras fiscal y contable. La organización y el uso de la violencia, por sí mismas, explican en gran medida la estructura característica de los estados europeos.

La regla general parece haber sido la siguiente: cuando más costosa era la actividad, permaneciendo invariables todas las demás circunstancias, más grande era la organización resultante. En el caso, por ejemplo, de que un gobierno determinado invirtiese en grandes ejércitos permanentes – un medio muy costoso, aunque eficaz de preparar la guerra –, era muy

probable que la burocracia creada para servir el ejército fuese voluminosa. Además, un gobierno que forma un ejército permanente mientras controla una pequeña población está más predispuesto a incurrir en grandes costes y, por tanto, a construir una estructura voluminosa, que un gobierno de un país muy poblado. Brandenburgo-Prusia fue el clásico ejemplo de alto coste de acuerdo a los recursos disponibles. El esfuerzo prusiano por formar un ejército que pudiese competir con sus más vastos vecinos continentales creó una estructura inmensa; ello militarizó y burocratizó mucho la vida social germana.

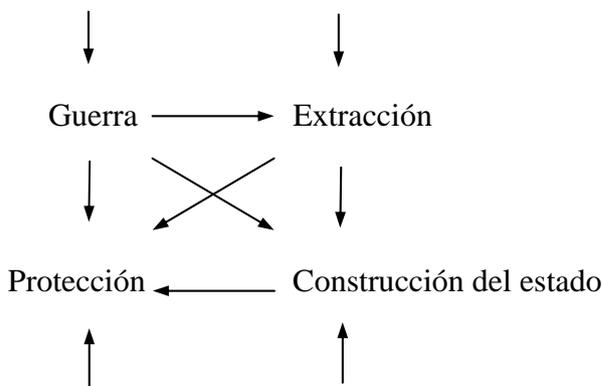
En el caso de la extracción, cuanto menores fuesen los recursos y menos comercializada estuviese la economía, permaneciendo invariables las demás circunstancias, más difícil sería extraer recursos para mantener la guerra y otras actividades gubernamentales. Por lo tanto, el aparato fiscal sería más extenso. Inglaterra es el ejemplo claro de esta situación, con una relativamente amplia y comercializada reserva de recursos que se servía de un relativamente pequeño aparato fiscal. Como ha argumentado Gabriel Ardant, la elección de la estrategia fiscal probablemente era una diferencia adicional. En general, los impuestos sobre las tierras eran caros de recaudar en comparación con los impuestos sobre el comercio, especialmente los grandes flujos de comercio que pasaban por los puntos de control de fácil vigilancia. Su posición sobre la entrada al Báltico le dio a Dinamarca una extraordinaria oportunidad de beneficiarse de los ingresos de aduana.

Con respecto a la construcción del estado (en el sentido de eliminación o neutralización de los rivales locales de las personas que controlan el estado), un territorio poblado por grandes propietarios o por distintos grupos religiosos generalmente imponía mayores costes a un conquistador que otro caracterizado por un poder fragmentado o una cultura homogénea. Esta vez, la fragmentada y homogénea Suecia, con su relativamente pequeño pero efectivo aparato de control, es el ejemplo claro.

Por último, el coste de la protección (en el sentido de eliminación o neutralización de los enemigos de los clientes de los constructores del estado) aumentaba de acuerdo con el marco en que dicha protección tenía lugar. El esfuerzo de Portugal por obstruir el Mediterráneo a sus comerciantes competidores en el mercado de especias es un caso de manual que ilustra el fracaso del intento de protección que, sin embargo, fortaleció una enorme estructura.

Por lo tanto, el tamaño concreto del gobierno era directamente proporcional al esfuerzo dedicado a la extracción, la construcción del estado, la protección y, especialmente, la guerra, pero inversamente proporcional a la comercialización de la economía y a la cantidad de recursos disponibles. Más aún, el tamaño de cada una de las diferentes partes del gobierno variaba según los ratios coste/recurso de la extracción, la construcción del estado, la protección y la guerra. En el caso de España la hipertrofia de la Corte y de los tribunales es el resultado de siglos de esfuerzo por controlar a los enemigos internos, mientras que en Holanda sorprende ver cómo puede desarrollarse un pequeño aparato fiscal gracias a unos impuestos elevados dentro de una economía rica y comercializada.

Evidentemente, la guerra, la extracción, la construcción del estado y la protección eran interdependientes. En términos muy, muy generales, la experiencia clásica de construcción del estado en Europa siguió el siguiente esquema:



En una secuencia ideal, un gran señor hacía la guerra de forma lo suficientemente efectiva como para convertirse en el dominador de un territorio sustancial, pero esa guerra conducía a una creciente extracción de recursos para la guerra – hombres, armas, comida, alojamiento, transporte, provisiones, y/o el dinero necesario para comprarlos – que sufría la población que ocupaba dicho territorio. El desarrollo de la capacidad de hacer la guerra aumentaba asimismo la capacidad de extraer. La propia actividad de extracción, si era un éxito, implicaba la eliminación, neutralización o cooptación de los grandes señores rivales locales. Por lo tanto, llevaba a la construcción del estado. Como consecuencia, se organizaba en forma de

agencias recaudadoras, fuerzas de policía, tribunales, haciendas públicas, contables; por lo tanto, nuevamente llevaba a dicha construcción. En menor medida, la guerra también conducía a la construcción del estado a través de la expansión de la propia organización militar como un ejército permanente, industrias de guerra, logística, burocracia y (bastante más tarde) escuelas que se desarrollaron dentro del aparato estatal. Todas estas estructuras controlaban a los potenciales rivales y oponentes. En el transcurso de la guerra, de la extracción de recursos y de la construcción del aparato estatal, las autoridades de los estados formaron alianzas con determinadas clases sociales. Los miembros de estas clases prestaron recursos, proporcionaron servicios técnicos o ayudaron a asegurar la sumisión del resto de la población; todo ello a cambio de cierta protección contra sus propios rivales y enemigos. Como resultado de estas múltiples posibilidades de estrategia, se desarrollaron diferentes aparatos de estado por toda Europa.

Cómo se formaron los estados

Este análisis, si es correcto, tiene dos importantes implicaciones para el desarrollo de los estados nacionales. La primera, que la resistencia popular a la guerra y a la construcción del estado fueron determinantes. Cuando la gente de la calle se resistió tenazmente, las autoridades hicieron concesiones: garantía de derechos, instituciones representativas, tribunales de apelación. Aquellas concesiones, cuando tuvieron lugar, se convirtieron en obstáculos para la guerra y la construcción del estado. Ciertamente, las alianzas llevadas a cabo con determinados miembros de la clase dirigente multiplicaron los efectos de la acción popular; la amplia movilización de la aristocracia contra Carlos I ayudó a que la revolución inglesa de 1640 tuviese un impacto mucho mayor en las instituciones políticas del que tuvo cualquier otra de las múltiples rebeliones que se sucedieron durante la época de los Tudor.

La segunda, el relativo equilibrio entre la guerra, la protección, la extracción y la construcción del estado afectó significativamente a la organización de los estados que surgieron de estas cuatro actividades. En el momento en el que la guerra se llevó a cabo, por ejemplo, con una relativamente menor extracción, protección o construcción del estado, las fuerzas militares gozaron de una mayor y más autónoma participación en la política nacional. España es, posiblemente, el mejor ejemplo europeo. En el momento en el que la protección, como en Venecia u Holanda, prevaleció sobre la guerra, la extracción y la construcción del estado, las

oligarquías de las clases protegidas tendieron a dominar la subsiguiente política nacional. Del relativo predominio de la construcción del estado surgió una desproporcionada creación de servicios de policía y vigilancia. Los estados Papales son un buen ejemplo. Antes del siglo XX, el margen para los desequilibrios era muy pequeño. El estado que fracasaba en sus esfuerzos por hacer la guerra tenía muchas posibilidades de desaparecer. A medida que transcurría el siglo XX, sin embargo, fue cada vez más común que un estado prestase, diese o vendiese a otro recursos para llevar a cabo una guerra. En esos casos, el estado receptor podía dedicar un esfuerzo desproporcionado a la extracción, protección y/o construcción del estado y seguir sobreviviendo. En el momento actual, los clientes de Estados Unidos y de la Unión Soviética ofrecen numerosos ejemplos.

Este modelo simplificado, sin embargo, omite las relaciones externas que configuraron cada estado nacional. En los primeros momentos del proceso, la distinción entre “interno” y “externo” permanecía tan difusa como la distinción entre el poder estatal y el poder acumulado por los señores feudales aliados del estado. Más tarde, tres factores interrelacionados conectaron cualquier estado nacional con el resto de estados europeos. En primer lugar, había un flujo de recursos en forma de préstamos y provisiones, especialmente préstamos y provisiones destinados a la guerra. En segundo lugar, existía una rivalidad entre estados por la hegemonía en los territorios objeto de disputa que estimulaba la guerra y eliminaba temporalmente las distinciones entre los procesos de guerra, de construcción del estado y de extracción. En tercer lugar, aparecía la intermitente creación de coaliciones de estados que unían temporalmente sus esfuerzos para forzar a un estado dado hacia un determinado comportamiento y posición dentro de la estructura internacional. La coalición de guerra es un ejemplo, pero la coalición de paz jugó un papel todavía más importante: desde 1648, si no antes, al final de las guerras todos los estados europeos se reunían por un tiempo para negociar las fronteras y los gobernantes de las partes contendientes. Por ello, los periodos de mayor reorganización del sistema de estados europeo se producían en gran número, debido a los acuerdos que se derivaban de las guerras generalizadas. De cada gran guerra, generalmente, salían menos estados nacionales de los que habían entrado.

La guerra como relaciones internacionales

Bajo estas premisas, la guerra se convirtió en una circunstancia normal del sistema internacional de estados y en el medio habitual para defender o mejorar una posición en el sistema. ¿Por qué la guerra? No existe una respuesta simple. La guerra fue más eficaz que ningún otro medio. Pero posiblemente, parte de la respuesta remite al instrumento principal de la construcción del estado: la lógica por la cual un señor feudal extendía o defendía el perímetro dentro del cual monopolizaba los medios de violencia y, de ese modo, aumentaba la contraprestación bajo la forma de tributos, dando un paso más en la lógica de la guerra. Al comienzo del proceso, los rivales internos y externos coincidían en gran medida. Sólo el establecimiento de grandes perímetros de control dentro de los cuales los grandes señores frenaban a sus rivales marcó la línea entre lo interno y lo externo. George Modelski resume la lógica competitiva de forma convincente:

El poder mundial... fortaleció a aquellos estados que lo lograron frente al resto de organizaciones políticas o de otro tipo. Más aún, otros estados que competían por el poder mundial desarrollaron formas de organización similares y resistencias similares: también se convirtieron en estados nacionales –en una reacción de defensa, porque se vieron forzados a discrepar o a enfrentarse a una potencia mundial, como Francia se enfrentó a España y posteriormente a Inglaterra, o de imitación de su evidente éxito y eficacia, como siguió Alemania el ejemplo de Gran Bretaña con el *Weltmacht*, o como antes Pedro el Grande había reconstruido Rusia siguiendo el ejemplo holandés. De modo que no sólo Portugal, Países Bajos, Gran Bretaña y Estados Unidos se convirtieron en estados nacionales sino también España, Francia, Alemania, Rusia y Japón. La respuesta más corta y también más frugal a la pregunta de porqué sucedió esto donde “la mayor parte de los esfuerzos europeos para construir estados fracasaron” es que ellas también eran potencias mundiales, o lucharon con éxito con o contra ellas¹³.

Esta lógica de construcción del estado internacional implica en gran medida la lógica del engrandecimiento local: lo externo complementa lo interno.

Si aceptamos aquella frágil distinción entre procesos de construcción del estado “internos” o “externos”, entonces debemos esquematizar la historia de la construcción del

estado europeo en tres etapas: (a) el diferente éxito de algunos de los titulares de poder en las luchas “externas” marca la diferencia entre un marco “interno” o “externo” para el uso de la violencia; (b) la rivalidad “externa” genera la construcción “interna” del estado; (c) los acuerdos “externos” entre estados tienen cada vez más influencia en la forma y el lugar en el que se encuentra cada estado en el sistema internacional. Bajo esta perspectiva, las organizaciones legitimadoras de estados como la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas sencillamente extendieron el proceso basado en la experiencia europea a todo el mundo. Bien fuese de forma forzada o voluntaria, sangrienta o pacífica, la colonización sencillamente completó ese proceso por el cual los estados existentes se asociaron para crear nuevos.

La extensión al resto del mundo del proceso de construcción del estado tal y como tuvo lugar en Europa, sin embargo, no tuvo como resultado la creación de estados a imagen y semejanza de los europeos. En términos generales, las luchas internas como el control de los grandes señores regionales y la imposición de impuestos en los pueblos campesinos produjeron rasgos organizacionales importantes de los estados europeos: la relativa subordinación del poder militar al control civil, la excesiva burocratización de la vigilancia fiscal, la representación de intereses mediante petición y parlamento. En general, los estados se desarrollaron de forma diferente. El más claro ejemplo de esta diferencia aparece en la organización militar. Los estados europeos construyeron sus aparatos militares a través de constantes luchas con su población y por medio de una extensión selectiva de la protección a clases diferentes dentro de esas poblaciones. Los acuerdos sobre la protección limitaron a los propios gobernantes, haciéndoles vulnerables a los tribunales, a los parlamentos, etc.

En gran medida, los estados creados recientemente a través de la descolonización o mediante la redistribución de territorios dominados por otros estados han heredado su organización militar, sin haber establecido firmemente las obligaciones mutuas entre gobernantes y gobernados. En la medida en que la influencia externa continúe proporcionando material y experiencia militar a cambio de materias primas, de apoyo militar o de ambos, los nuevos estados acogerán organizaciones poderosas, espontáneas que eclipsarán todas las demás organizaciones dentro de su territorio. En la medida en que esta influencia externa garantice sus fronteras, los líderes de esas organizaciones militares ejercerán un extraordinario poder dentro de ellas. Las ventajas del poder militar son enormes; los incentivos para hacerse con el poder

por encima del estado son muy importantes. A pesar del importante papel que la guerra jugó en la construcción de los estados europeos, los viejos estados nacionales de Europa casi nunca experimentaron la gran desproporción entre la organización militar y el resto de formas de organización que parecen destinados a soportar los estados satélite por todo el mundo contemporáneo. Hace un siglo, los europeos deberían haberse felicitado por la propagación de gobiernos civiles por todo el mundo. En la actualidad, la analogía entre la guerra y la construcción del estado, por un lado, y el crimen organizado, por otro, se está convirtiendo en una trágica tendencia.

Charles **TILLY** es profesor de Ciencia Social en el departamento de Sociología de la Universidad de Columbia en Nueva York. Sus áreas de estudio son los procesos de cambio social a largo plazo en Europa desde una perspectiva política. Ha publicado numerosos libros, algunos traducidos al español, entre los que cabe destacar *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Ed. Alianza, Madrid, 1991 o *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995. *Why?* es su último libro, y ha sido publicado por Princeton University Press en 2006.

ct135@columbia.edu

Artículo traducido por Iker **ZIRION LANDALUCE**

NOTAS

¹ Este artículo fue publicado en inglés bajo el título "War Making and State Making as Organized Crime" en P. EVANS, D. RUESCHEMEYER y T. SKOCPOL (eds.) *Bringing the State Back*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

² STINCHCOMBE, Arthur L., *Constructing Social Theories* New York: Harcourt, Brace & World, 1968, p. 150; cursiva en el original.

³ BRAUDEL Fernand , *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* Armand Colin, París, 1966, vol. 2, ps. 88-89.

⁴ STONE, Lawrence, *The Crisis of the Aristocracy* Clarendon Press, Oxford, 1965, p. 200.

⁵ N.d T. Se conoce como *La Fronde* a la guerra civil que tuvo lugar en Francia entre 1648 y 1653, durante la minoría de edad de Luis XIV.

⁶ GERHARD, Dietrich, *Old Europe: A Study of Continuity, 1000-1800* New York: Academic Press, 1981, pp. 124-25

^B N.d T. Se conoce con el nombre de *junkers* a una nobleza terrateniente que dominó Alemania durante el siglo XIX y principios del XX.

^C N. d T.: *diseconomies* en el original.

^D N.d T. La República de los Siete Países Bajos Unidos, también conocida como Provincias Unidas fue una República europea formada por las siete provincias del Norte de los Países Bajos – Frisia, Groninga, Güeldres, Holanda, Overijssel, Utrecht y Zelanda –, agrupadas desde la Unión de Utrecht (1579-81) hasta la ocupación francesa en 1795.

⁶ DE VRIES, Jan, *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750* Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

⁷ KIERNAN, V. G., *State and Society in Europe, 1550-1650* Oxford: Blackwell, 1980, p. 104. Acerca de las finanzas francesas, véase GUERY, Alain "Les Finances de la Monarchie Française sous l'Ancien Regime" en *Annales Economies, Societes, Civilisations* 33 1978, p. 227.

⁸ HAMILTON, Earl J., "Origin and Growth of the National Debt in France and England" en *Studi in onore di Gino Luzzato* Giuffre, Milán, 1950, vol. 2, p. 254.

⁹ Íbidem ps. 247-249.

¹⁰ Íbid. p. 254.

¹¹ ELTON, G. R., "Taxation for War and Peace in Early-Tudor England," en *War and Economic Development: Essays in Memory of David Joslin* J. M. WINTER (ed.) Cambridge University Press, Cambridge, 1975, p. 42.

¹² MATHIAS, Peter, *The Transformation of England: Essays in the Economic and Social History of England in the Eighteenth Century* Oxford University Press, New York, 1979, p.122.

¹³ MODELSKI, George, "The Long Cycle of Global Politics and the Nation State" en *Comparative Studies in Society and History* n° 20, 1978, p. 231.

“La larga duración”*

Fernand BRAUDEL

Hay una crisis general de las ciencias del hombre: todas ellas se encuentran abrumadas por sus propios progresos, aunque sólo sea debido a la acumulación de nuevos conocimientos y a la necesidad de un trabajo colectivo cuya organización inteligente está todavía por establecer; directa o indirectamente, todas se ven afectadas, lo quieran o no, por los progresos de las más ágiles de entre ellas, al mismo tiempo que continúan, no obstante, bregando con un humanismo retrógrado e insidioso, incapaz de servirles ya de marco. A todas ellas, con mayor o menor lucidez, les preocupa el lugar a ocupar en el conjunto monstruoso de las antiguas y recientes investigaciones, cuya necesaria convergencia se vislumbra hoy.

El problema está en saber cómo superarán las ciencias del hombre estas dificultades: si a través de un esfuerzo suplementario de definición o, por el contrario, mediante un incremento de mal humor. En todo caso, se preocupan hoy más que ayer (a riesgo de insistir machaconamente sobre problemas tan viejos como falsos) de definir sus objetivos, métodos y superioridades. Se encuentran comprometidas, a porfía, en embrollados pleitos respecto a las fronteras que puedan o no existir entre ellas. Cada una sueña, en efecto, con quedarse en sus dominios o con volver a ellos. Algunos investigadores aislados organizan acercamientos: Claude Lévi-Strauss¹ empuja a la antropología «estructural» hacia los procedimientos de la lingüística, los horizontes de la historia «inconsciente» y el imperialismo juvenil de las matemáticas «cualitativas». Tiende hacia una ciencia capaz de unir, bajo el nombre de *ciencia de la comunicación*, a la antropología, a la economía política y a la lingüística. Pero ¿quién está preparado para franquear fronteras y prestarse a reagrupaciones en el momento en que la geografía y la historia se encuentran al borde del divorcio?

Más no seamos injustos; estas querellas y estas repulsas tienen su interés. El deseo de afirmarse frente a los demás da forzosamente pie a nuevas curiosidades: negar

al prójimo supone conocerle previamente. Más aún. Sin tener explícita voluntad de ello, las ciencias sociales se imponen las unas a las otras: cada una de ellas intenta captar lo social en su «totalidad»; cada una de ellas se entromete en el terreno de sus vecinas, en la creencia de permanecer en el propio. La economía descubre a la sociología, que la cerca; y la historia - quizá la menos estructurada de las ciencias del hombre - acepta todas las lecciones que le ofrece su múltiple vecindad y se esfuerza por repercutirlas. De esta forma, a pesar de las reticencias, las oposiciones y las tranquilas ignorancias, se va esbozando la instalación de un «mercado común»; es una experiencia que merece la pena de ser intentada en los próximos años, incluso en el caso de que a cada ciencia le resulte con posterioridad más conveniente volverse a aventurar, durante un cierto tiempo, por un camino más estrictamente personal.

Pero de momento urge acercarse unos a otros. En Estados Unidos, esta reunión se ha realizado bajo la forma de investigaciones colectivas respecto de las áreas culturales del mundo actual; en efecto, los *area studies* son, ante todo, el estudio por un equipo de *social scientists* de los monstruos políticos de la actualidad: China, la India, Rusia, América Latina, Estados Unidos. Se impone conocerlos. Pero es imprescindible, con motivo de esta puesta en común de técnicas y de conocimientos, que ninguno de los participantes permanezca, como la víspera, sumido en su propio trabajo, ciego y sordo a lo que dicen, escriben o piensan los demás. Es igualmente imprescindible que la reunión de las ciencias sea completa, que no se menosprecie a la más antigua en provecho de las más jóvenes, capaces de prometer mucho, aunque no siempre de cumplir mucho. Se da el caso, por ejemplo, que el lugar concedido en estas tentativas americanas a la geografía es prácticamente nulo, siendo el de la historia extremadamente exiguo. Y, además, ¿de qué historia se trata?

Las demás ciencias sociales están bastante mal informadas de la crisis que nuestra disciplina ha atravesado en el curso de los veinte o treinta últimos años y tienen tendencia a desconocer, al mismo tiempo, que los trabajos de los historiadores, un aspecto de la realidad social del que la historia es, si no hábil vendedora, al menos sí buena servidora: la duración social, esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres que no son únicamente la sustancia del pasado, sino también la materia

de la vida social actual. Razón de más para subrayar con fuerza, en el debate que se inicia entre todas las ciencias del hombre, la importancia y la utilidad de la historia o, mejor dicho, en la dialéctica de la duración, tal y como se desprende del oficio y de la reiterada observación del historiador; para nosotros, nada hay más importante en el centro de la realidad social que esta viva e íntima oposición, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir. Tanto si se trata del pasado como si se trata de la actualidad, una consciencia neta de esta pluralidad del tiempo social resulta indispensable para una metodología común de las ciencias del hombre.

Hablaré, pues, largamente de la historia, del tiempo de la historia. Y menos para los historiadores que para nuestros vecinos, especialistas en las otras ciencias del hombre: economistas, etnógrafos, etnólogos (o antropólogos), sociólogos, psicólogos, lingüistas, demógrafos, geógrafos y hasta matemáticos sociales y estadísticos; vecinos todos ellos de cuyas experiencias e investigaciones nos hemos ido durante muchos años informando porque estábamos convencidos - y lo estamos aún - de que la historia, remolcada por ellos o por simple contacto, había de aclararse con nueva luz. Quizá haya llegado nuestro turno de tener algo que ofrecerles. Una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo y del valor excepcional del tiempo largo se va abriendo paso – consciente o no consciente, aceptada o no aceptada – a partir de las experiencias y de las tentativas recientes de la historia. Es esta última noción, más que la propia historia - historia de muchos semblantes -, la que tendría que interesar a las ciencias sociales, nuestras vecinas.

1. Historia y duraciones

Todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas según preferencias y exclusivas más o menos conscientes. La historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, desde hace largo tiempo nos ha habituado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento.

La nueva historia económica y social coloca en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y apuesta por su duración: se ha dejado embaucar por el espejismo - y también por la realidad - de las alzas y caídas cíclicas de precios. De esta forma, existe

hoy, junto al relato (o al «recitativo») tradicional, un recitativo de la coyuntura que para estudiar el pasado lo divide en amplias secciones: decenas, veintenas o cincuentenas de años.

Muy por encima de este segundo recitativo se sitúa una historia de aliento mucho más sostenido todavía y, en este caso, de amplitud secular: se trata de la historia de larga, incluso de muy larga, duración. La fórmula, buena o mala, me es hoy familiar para designar lo contrario de aquello que François Simiand, uno de los primeros después de Paul Lacombe, bautizó con el nombre de historia de los acontecimientos o episódica (*événementielle*). Poco importan las fórmulas pero nuestra discusión se dirigirá de una a otra, de un polo a otro del tiempo, de lo instantáneo a la larga duración. No quiere esto decir que ambos términos sean de una seguridad absoluta. Así, por ejemplo, el término *acontecimiento*. Por lo que a mí se refiere, me gustaría encerrado, aprisionado, en la corta duración: el acontecimiento es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama.

Los filósofos dirían, sin duda, que afirmar esto equivale a vaciar el concepto de una gran parte de su sentido. Un acontecimiento puede, en rigor, cargarse de una serie de significaciones y de relaciones. Testimonia a veces sobre movimientos muy profundos; y por el mecanismo, facticio o no, de las «causas» y de los «efectos», a los que tan aficionados eran los historiadores de ayer, se anexiona un tiempo muy superior a su propia duración. Extensible hasta el infinito, se une, libremente o no, a toda una cadena de sucesos, de realidades subyacentes, inseparables aparentemente, a partir de entonces, unos de otros. Gracias a este mecanismo de adiciones, Benedetto Croce podía pretender que la historia entera y el hombre entero se incorporan, y más tarde se re-descubren a voluntad, en todo acontecimiento; a condición, sin duda, de añadir a este fragmento lo que no contiene en una primera aproximación, y a condición, por consiguiente, de conocer lo que es o no es injusto agregarle. Este juego inteligente y peligroso es el que las recientes reflexiones de Jean-Paul Sartre proponen².

Entonces, expresémoslo más claramente que con el término de episódico: el tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia; el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. Ahora bien, téngase en cuenta que la crónica o el periódico ofrecen, junto con los grandes acontecimientos llamados históricos, los mediocres accidentes de la vida ordinaria: un incendio, una catástrofe ferroviaria, el precio del trigo, un crimen, una representación teatral, una inundación. Es, pues, evidente que existe un tiempo corto de todas las formas de la vida: económico, social, literario, institucional, religioso e incluso geográfico (un vendaval, una tempestad) tanto como político.

El pasado está, pues, constituido, en una primera aprehensión, por esta masa de hechos menudos, los unos resplandecientes, los otros oscuros e indefinidamente repetidos; precisamente aquellos hechos con los que la microsociología o la sociometría forman en la actualidad su botín cotidiano (también existe una microhistoria). Pero esta masa no constituye toda la realidad, todo el espesor de la historia, sobre el que la reflexión científica puede trabajar a sus anchas. La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones.

Este es el motivo de que exista entre nosotros, los historiadores, una fuerte desconfianza hacia una historia tradicional, llamada historia de los acontecimientos; etiqueta que se suele confundir con la de historia política no sin cierta inexactitud: la historia política no es forzosamente episódica ni está condenada a serlo. Es un hecho, no obstante, que - salvo algunos cuadros artificiosos, casi sin espesor temporal, con los que entrecortaba sus relatos³ y salvo algunas explicaciones de larga duración que resultaban, en definitiva, ineludibles - la historia de estos últimos cien años, centrada en su conjunto sobre el drama de los «grandes acontecimientos», ha trabajado en y sobre el tiempo corto. Quizá se tratara del rescate a pagar por los progresos realizados durante este mismo período en la conquista científica de instrumentos de trabajo y de métodos rigurosos. El descubrimiento masivo del documento ha hecho creer al historiador que en la autenticidad documental estaba contenida toda la verdad. “Basta - escribía muy

recientemente aún Louis Halphen⁴- con dejarse llevar en cierta manera por los documentos, leídos uno tras otro, tal y como se nos ofrecen, para asistir a la reconstitución automática de la cadena de los hechos”. Este ideal, «la historia incipiente», culmina hacia finales del siglo XIX en una crónica de nuevo estilo que, en su prurito de exactitud, sigue paso a paso la historia de los acontecimientos, tal y como se desprende de la correspondencia de los embajadores o de los debates parlamentarios. Los historiadores del siglo XVIII y de principios del XIX habían sido mucho más sensibles a las perspectivas de la larga duración, la cual sólo los grandes espíritus como Michelet, Ranke, Jacobo Burckhardt o Fustel supieron redescubrir más tarde. Si se acepta que esta superación del tiempo corto ha supuesto el mayor enriquecimiento - al ser el menos común - de la historiografía de los últimos cien años, se comprenderá la eminente función que han desempeñado tanto la historia de las instituciones como la de las religiones y la de las civilizaciones y, gracias a la arqueología que necesita grandes espacios cronológicos, la función de vanguardia de los estudios consagrados a la antigüedad clásica. Fueron ellos quienes, ayer, salvaron nuestro oficio.

La reciente ruptura con las formas tradicionales del siglo XIX no ha supuesto una ruptura total con el tiempo corto. Ha obrado, como es sabido, en provecho de la historia económica y social y en detrimento de la historia política. En consecuencia, se han producido una conmoción y una renovación innegables; han tenido lugar, inevitablemente, transformaciones metodológicas, desplazamientos de centros de interés con la entrada en escena de una historia cuantitativa que, con toda seguridad, no ha dicho aún su última palabra.

Pero, sobre todo, se ha producido una alteración del tiempo histórico tradicional. Un día, un año, podían parecerle a un historiador político de ayer medidas correctas. El tiempo no era sino una suma de días. Pero una curva de precios, una progresión demográfica, el movimiento de salarios, las variaciones de la tasa de interés, el estudio (más soñado que realizado) de la producción o un análisis riguroso de la circulación exigen medidas mucho más amplias.

Aparece un nuevo modo de relato histórico - cabe decir el «recitativo» de la

coyuntura, del ciclo y hasta del «interciclo» - que ofrece a nuestra elección una decena de años, un cuarto de siglo y, en última instancia, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff. Por ejemplo, si no se tienen en cuenta breves y superficiales accidentes, hay un movimiento general de subida de precios en Europa de 1791 a 1817; en cambio, los precios bajan de 1817 a 1852: este doble y lento movimiento de alza y de retroceso representa un interciclo completo para Europa y casi para el mundo entero. Estos períodos cronológicos no tienen, sin duda, un valor absoluto. Con otros barómetros - los del crecimiento económico y de la renta o del producto nacional - François Perroux⁵ nos ofrecería otros límites quizá más válidos. ¡Pero poco importan estas discusiones en curso! El historiador dispone con toda seguridad de un tiempo nuevo, realizado a la altura de una explicación en la que la historia puede tratar de inscribirse, recortándose según unos puntos de referencia inéditos, según curvas y su propia respiración.

Así es como Ernest Labrousse y sus discípulos han puesto en marcha, desde su manifiesto del Congreso histórico de Roma (1955), una amplia encuesta social bajo el signo de la cuantificación. No creo traicionar su designio afirmando que esta encuesta está abocada forzosamente a culminar en la determinación de coyunturas (y hasta de estructuras) sociales; y nada nos asegura de antemano que esta coyuntura haya de tener la misma velocidad o la misma lentitud que la económica. Además, estos dos grandes personajes - coyuntura económica y coyuntura social - no nos deben hacer perder de vista a otros actores, cuya marcha resultará difícil de determinar y será quizá indeterminable a falta de medidas precisas. Las ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, los utillajes mentales y las civilizaciones (por emplear una palabra tan cómoda) tienen también su ritmo de vida y de crecimiento; y la nueva historia coyuntural sólo estará a punto cuando haya completado su orquesta.

Este recitativo debería haber conducido, lógicamente, por su misma superación, a la larga duración. Pero, por multitud de razones, esta superación no siempre se ha llevado a cabo y asistimos hoy a una vuelta al tiempo corto, quizá porque parece más urgente coser juntas la historia «cíclica» y la historia corta tradicional que seguir avanzando hacia lo desconocido. Dicho en términos militares, se trata de consolidar posiciones adquiridas. El primer gran libro de Ernest Labrousse, en 1933, estudiaba el

movimiento general de los precios en Francia en el siglo XVIII⁶, movimiento secular. En 1943, en el más importante libro de historia aparecido en Francia en el curso de estos últimos veinticinco años, el mismo Ernest Labrousse cedía a esa exigencia de vuelta a un tiempo menos embarazoso, reconociendo en la depresión misma de 1774 a 1791 una de las más vigorosas fuentes de la Revolución Francesa, una de sus rampas de lanzamiento. Aún así, estudiaba un semiinterciclo, medida relativamente amplia. La ponencia que presentó al Congreso Internacional de París en 1948, “*Comment naissent les révolutions?*”, se esforzaba, esta vez, en vincular un patetismo económico de corta duración (nuevo estilo) a un patetismo político (muy viejo estilo), el de las jornadas revolucionarias. Henos de nuevo, y hasta el cuello, en el tiempo corto. Claro está, la operación es lícita y útil, pero ¡qué sintomática! El historiador se presta de buena gana a ser director de escena. ¿Cómo habría de renunciar al drama del tiempo breve, a los mejores hilos de un muy viejo oficio?

Más allá de los ciclos y de los interciclos está lo que los economistas llaman, aunque no siempre lo estudien, la tendencia secular. Pero el tema sólo interesa a unos cuantos economistas; y sus consideraciones sobre las crisis estructurales que no han soportado todavía la prueba de las verificaciones históricas, se presentan como unos esbozos o unas hipótesis apenas sumidos en el pasado reciente: hasta 1929 y como mucho hasta la década de 1870⁷. Representan, sin embargo, una útil introducción a la historia de larga duración. Constituyen una primera llave.

La segunda, mucho más útil, es la palabra *estructura*. Buena o mala, es ella la que domina los problemas de larga duración. Los observadores de lo social entienden por *estructura* una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transformar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. En tanto que obstáculos, se presentan como lími-

tes (*envolventes*, en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración.

Parece que el ejemplo más accesible continúa todavía siendo el de la coacción geográfica. El hombre es prisionero, desde hace siglos, de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones animales, de las culturas, de un equilibrio lentamente construido del que no puede apartarse sin correr el riesgo de volverlo a poner todo en tela de juicio. Considérese el lugar ocupado por la trashumancia de la vida de montaña, la permanencia en ciertos sectores de la vida marítima, arraigados en puntos privilegiados de las articulaciones litorales; repárese en la duradera implantación de las ciudades, en la persistencia de las rutas y de los tráficos, en la sorprendente fijeza del marco geográfico de las civilizaciones.

Las mismas permanencias o supervivencias se dan en el inmenso campo de lo cultural. El magnífico libro de Ernst Róbert Curtius⁸ constituye el estudio de un sistema cultural que prolonga, deformándola, la civilización latina del Bajo Imperio, abrumada a su vez por una herencia de mucho peso: la civilización de las *elites* intelectuales ha vivido hasta los siglos XIII y XIV, hasta el nacimiento de las literaturas nacionales, nutriéndose de los mismos temas, las mismas comparaciones y los mismos lugares comunes. En una línea de pensamiento análoga, el estudio de Lucien Febvre, *Rabelais et le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*⁹, pretende precisar el utillaje mental del pensamiento francés en la época de Rabelais, ese conjunto de concepciones que, mucho antes de Rabelais y mucho después de él, ha presidido las artes de vivir, de pensar y de creer y ha limitado de antemano, con dureza, la aventura intelectual de los espíritus más libres. El tema tratado por Alphonse Dupront¹⁰ aparece también como una de las más nuevas investigaciones de la Escuela histórica francesa: la idea de Cruzada es considerada, en Occidente, después del siglo XIV - es decir, con mucha posterioridad a la «verdadera» cruzada -, como la continuidad de una actitud de larga duración que, repetida sin fin, atraviesa las sociedades, los mundos y los psiquismos más diversos, y

alcanza con un último reflejo a los hombres del siglo XIX. El libro de Pierre Francastel, *Peinture et Société*¹¹ subraya, en un terreno todavía próximo, a partir de los principios del Renacimiento florentino, la permanencia de un espacio pictórico «geométrico» que nada había ya de alterar hasta el cubismo y la pintura intelectual de principios de nuestro siglo. La historia de las ciencias también conoce universos contruidos que constituyen otras tantas explicaciones imperfectas pero a quienes les son concedidos por lo general siglos de duración. Sólo se les rechaza tras un muy largo uso. El universo aristotélico no fue prácticamente impugnado hasta Galileo, Descartes y Newton; se desvanece entonces ante un universo profundamente geometrizado que, a su vez, había de derrumbarse, mucho más tarde, ante las revoluciones einsteinianas¹².

Por una paradoja sólo aparente, la dificultad estriba en descubrir la larga duración en un terreno en el que la investigación histórica acaba de obtener innegables éxitos: el económico. Ciclos, interciclos y crisis estructurales encubren aquí las regularidades y las permanencias de sistemas o, como también se ha dicho, de civilizaciones económicas¹³; es decir, de viejas costumbres de pensar o de obrar, de marcos resistentes y tenaces a veces contra toda lógica.

Pero mejor es razonar sobre un ejemplo rápidamente analizado. Consideremos, muy próximo a nosotros, en el marco de Europa, un sistema económico que se inscribe en algunas líneas y reglas generales bastante claras: se mantiene en vigor aproximadamente desde el siglo XIV al siglo XVIII - digamos, para mayor seguridad, que hasta la década de 1750. Durante siglos, la actividad económica depende de poblaciones demográficamente frágiles, como lo demuestran los grandes reflujos de 1350-1450 y, sin duda, de 1630-1730¹⁴. A lo largo de siglos, la circulación asiste al triunfo del agua y de la navegación al constituir cualquier espesor continental un obstáculo, una inferioridad. Los auges europeos, salvo excepciones que confirman la regla (ferias de Champagne, ya en decadencia al iniciarse el período, o ferias de Leipzig en el siglo XVIII), se sitúan a lo largo de franjas litorales. Otras características de este sistema: la primacía de mercaderes y comerciantes; el papel eminente desempeñado por los metales preciosos, oro, plata, e incluso cobre, cuyos choques incesantes sólo serán amortiguados, al desarrollarse decisivamente el crédito a finales del siglo XVI; las

repetidas dentelladas de las crisis agrícolas estacionarias; la fragilidad, cabe decir, de la base misma de la vida económica; la función, por último, desproporcionada a primera vista, de uno o dos grandes tráficos exteriores: el comercio del Levante del siglo XII al siglo XVI, el comercio colonial en el siglo XVIII.

He definido así - o mejor dicho he evocado a mi vez después de algunos otros - los rasgos fundamentales, para Europa Occidental, del capitalismo comercial, etapa de larga duración. Estos cuatro o cinco siglos de vida económica, a pesar de todas las evidentes transformaciones, poseyeron una *cierta* coherencia hasta la conmoción del siglo XVIII y la revolución industrial de la que todavía no hemos salido. Estuvieron caracterizados por una serie de rasgos comunes que permanecieron inmutables mientras que a su alrededor, entre otras continuidades, miles de rupturas y de conmociones renovaban la faz del mundo.

Entre los diferentes tiempos de la historia, la larga duración se presenta, pues, como un personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédita. Admitirla en el seno de nuestro oficio no puede representar un simple juego, la acostumbrada ampliación de estudios y de curiosidades. Tampoco se trata de una elección de la que la historia sería la única beneficiaria. Para el historiador, aceptarla equivale a prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una inversión de pensamiento, a una nueva concepción de lo social. Equivale a familiarizarse con un tiempo frenado, a veces incluso en el límite de lo móvil. Es lícito desprenderse en este nivel, pero no en otro - volveré sobre ello - del tiempo exigente de la historia, salirse de él para volver a él más tarde pero con otros ojos, cargados con otras inquietudes, con otras preguntas. La totalidad de la historia puede, en todo caso, ser replanteada como a partir de una infraestructura en relación a estas capas de historia lenta. Todos los niveles, todos los miles de niveles, todas las miles de fragmentaciones del tiempo de la historia, se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semiinmovilidad; todo gravita en torno a ella.

No pretendo haber definido, en las líneas precedentes, el oficio de historiador sino una concepción del mismo. Feliz - y muy ingenuo también - quien crea, después de

las tempestades de los últimos años, que hemos encontrado los verdaderos principios, los límites claros, la buena Escuela. De hecho, todos los oficios de las ciencias sociales no cesan de transformarse en razón de sus propios movimientos y del dinámico movimiento de conjunto. La historia no constituye una excepción. No se vislumbra, pues, ninguna quietud; y la hora de los discípulos no ha sonado todavía. Mucho hay de Charles Victor Langlois y de Charles Seignobos a Marc Bloch; pero desde Marc Bloch la rueda no ha cesado de girar. Para mí, la historia es la suma de todas las historias posibles: una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana.

El único error, a mi modo de ver, radicaría en escoger una de estas historias a expensas de las demás. En ello ha consistido - y en ello consistiría - el error historizante. No será fácil, ya se sabe, convencer de ella a todos los historiadores, y menos aún a las ciencias sociales, empeñadas en arrinconarnos en la historia tal como era en el pasado. Exigirá mucho tiempo y mucho esfuerzo que todas estas transformaciones y novedades sean admitidas bajo el viejo nombre de historia. No obstante, una «ciencia histórica» nueva ha nacido y continúa interrogándose y transformándose. En Francia, se anuncia desde 1900 con la *Revue de Synthèse historique* y con las *Annales* a partir de 1929. El historiador ha pretendido preocuparse por *todas* las ciencias del hombre. Este hecho confiere a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades. Por lo mismo, no imaginemos que existen entre el historiador y el observador de las ciencias sociales las barreras y las diferencias que antes existían. Todas las ciencias del hombre, comprendida la historia, están contaminadas unas por otras. Hablan o pueden hablar el mismo idioma.

Ya se coloque uno en 1558 o en el año de gracia de 1958, para quien pretenda captar el mundo, se trata de definir una jerarquía de fuerzas, de corrientes y de movimientos particulares; y, más tarde, de recobrar una constelación de conjunto. En cada momento de esta investigación, es necesario distinguir entre movimientos largos y empujes breves, considerados estos últimos en sus fuentes inmediatas Y aquellos en su proyección de un tiempo lejano. El mundo de 1558, tan desapacible desde el punto de vista francés, no nació en el umbral de ese año sin encanto. Y lo mismo ocurre, siempre visto desde el punto de vista francés, con el difícil año de 1958. Cada «actualidad»

reúne movimientos de origen y de ritmo diferente: el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de anteayer, de antaño.

2. La controversia del tiempo corto

Estas verdades son, claro está, triviales. A las ciencias sociales no les tienta en absoluto, no obstante, la búsqueda del tiempo perdido. No quiere esto decir que se les pueda reprochar con firmeza este desinterés y se les pueda declarar siempre culpables por no aceptar la historia o la duración como dimensiones necesarias de sus estudios. Aparentemente, incluso nos reservan una buena acogida; el examen «diacrónico» que reintroduce a la historia no siempre está ausente de sus preocupaciones teóricas.

Una vez apartadas estas aquiescencias, se impone, sin embargo, admitir que las ciencias sociales, por gusto, por instinto profundo y quizá por formación, tienen siempre tendencia a prescindir de la explicación histórica; se evaden de ello mediante dos procedimientos casi opuestos: el uno «sucesualiza» o, si se quiere, «actualiza» en exceso los estudios sociales mediante una sociología empírica que desdeña todo tipo de historia y que se limita a los datos del tiempo corto y del trabajo de campo; el otro rebasa simplemente el tiempo, imaginando en el término de una «ciencia de la comunicación» una formulación matemática de estructuras casi intemporales. Este último procedimiento, el más nuevo de todos, es con toda evidencia el único que nos puede interesar profundamente. Pero lo episódico (*évenementiel*) tiene todavía un número suficiente de partidarios como para que valga la pena examinar sucesivamente ambos aspectos de la cuestión.

He expresado ya mi desconfianza respecto a una historia que se limita simplemente al relato de los acontecimientos o sucesos. Pero seamos justos, si existe pecado de abusiva y exclusiva preocupación por los acontecimientos, la historia, principal acusada, no es ni mucho menos la única culpable. Todas las ciencias sociales incurren en este terror. Tanto los economistas como los demógrafos y los geógrafos están divididos - y mal divididos - entre el pasado y el presente; la prudencia exigiría que mantuvieran igualados los dos platillos de la balanza, cosa que resulta evidente para el demógrafo y que es casi evidente para los geógrafos (en particular para los franceses, formados en la tradición de Vidal de la Blache); pero, en cambio, es cosa muy rara de

encontrar entre los economistas, prisioneros de la más corta actualidad y encarcelados entre un límite en el pasado que no va más atrás de 1945 y un presente que los planes y previsiones prolongan en el inmediato porvenir algunos meses y - todo lo más - algunos años. Sostengo que todo pensamiento económico se encuentra bloqueado por esta restricción temporal. A los historiadores les corresponde, dicen los economistas, remontarse más allá de 1945, en búsqueda de viejas economías; pero al aceptar esta restricción, los economistas se privan a sí mismos de un extraordinario campo de observación, del que prescinden por su propia voluntad sin por ello negar su valor. El economista se ha acostumbrado a ponerse al servicio de lo actual, al servicio de los gobiernos.

La posición de los etnógrafos y de los etnólogos no es tan clara ni tan alarmante. Bien es verdad que algunos de ellos han subrayado la imposibilidad (pero a lo imposible están sometidos todos los intelectuales) y la inutilidad de la historia en el interior de su oficio. Este rechazo autoritario de la historia no ha servido sino para mermar la aportación de Malinowski y de sus discípulos. De hecho, es imposible que la antropología, al ser - como acostumbra a decir Claude Lévi-Strauss¹⁵ - la aventura misma del espíritu, se desinterese de la historia. En toda sociedad, por muy tosca que sea, cabe observar las «garras del acontecimiento»; de la misma manera, no existe una sola sociedad cuya historia haya naufragado por completo. A este respecto, sería un error por nuestra parte el quejarnos o el insistir.

Nuestra controversia será, por el contrario, bastante enérgica en las fronteras del tiempo corto, frente a la sociología de las encuestas sobre lo actual y de las encuestas en mil direcciones, entre sociología, psicología y economía. Dichas encuestas proliferan en Francia y en el extranjero. Constituyen, a su manera, una apuesta reiterada a favor del insustituible del tiempo presente, de su calor «volcánico», de su copiosidad. ¿Para qué volverse hacia el tiempo de la historia: empobrecido, simplificado, asolado por el silencio, reconstruido, digo bien, *reconstruido*? Pero, en realidad, el problema está en saber si este tiempo de la historia está tan muerto y tan reconstruido como dicen. Indudablemente el historiador demuestra una excesiva facilidad en desentrañar lo esencial de una época pasada; en términos de Henri Pirenne, distingue sin dificultad los

«acontecimientos importantes» (entiéndase: «aquellos que han tenido consecuencias»). Se trata, sin ningún género de dudas, de un peligroso procedimiento de simplificación. Pero, ¿qué no daría el viajero de lo actual por poseer esta perspectiva en el tiempo, susceptible de desenmascarar y de simplificar la vida presente, la cual resulta confusa y poco legible por estar anegada en gestos y signos de importancia secundaria? Lévi-Strauss pretende que una hora de conversación con un contemporáneo de Platón le informaría, en mucho mayor grado que nuestros típicos discursos, sobre la coherencia o incoherencia de la civilización de la Grecia clásica¹⁶. Estoy totalmente de acuerdo. Pero esto obedece a que, a lo largo de años, le ha sido dado oír cientos de voces griegas salvadas del silencio. El historiador le ha preparado el viaje. Una hora en la Grecia de hoy no le enseñaría nada o casi nada sobre las coherencias o incoherencias actuales.

Más aún, el encuestador del tiempo presente sólo alcanza las «finas» tramas de las estructuras a condición de *reconstruir* también él, de anticipar hipótesis y explicaciones, de rechazar lo real tal y como es percibido, de truncarlo, de superarlo; operaciones todas ellas que permiten escapar a los datos para dominarlos mejor pero que - todas ellas sin excepción - constituyen reconstrucciones. Dudo que la fotografía sociológica del presente sea más «verdadera» que el cuadro histórico del pasado, tanto menos cuanto más alejada pretenda estar de lo reconstruido.

Philippe Aries¹⁷ ha insistido sobre la importancia del factor desorientador, del factor sorpresa en la explicación histórica: se tropieza uno, en el siglo XVI, con una extrañeza; extrañeza para uno que es hombre del siglo XX. ¿Por qué esta diferencia? El problema está planteado. Pero a mi modo de ver la sorpresa, la desorientación, el alejamiento y la perspectiva - insustituibles métodos de conocimiento todos ellos - son igualmente necesarios para comprender aquello que nos rodea tan de cerca que es difícil vislumbrarlo con claridad. Si uno pasa un año en Londres, lo más probable es que llegue a conocer muy mal Inglaterra. Pero, en comparación, a la luz de los asombros experimentados, comprenderá bruscamente algunos de los rasgos más profundos y originales de Francia, aquellos que no se conocen a fuerza de conocerlos. Frente a lo actual, el pasado confiere, de la misma manera, perspectiva.

Los historiadores y los *social scientists* podrían, pues, seguir devolviéndose la pelota hasta el infinito a propósito del documento muerto y del testimonio demasiado vivo, del pasado lejano y de la actualidad próxima en exceso. No creo que resida en ello el problema fundamental. Presente y pasado se aclaran mutuamente, con luz recíproca. Y si la observación se limita a la estricta actualidad, la atención se dirigirá hacia lo que se mueve deprisa, hacia lo que sobresale con razón o sin ella, hacia lo que acaba de cambiar, hace ruido o se pone inmediatamente de manifiesto. Una monótona sucesión de hechos y de acontecimientos, tan enfadosa como la de las ciencias históricas, acecha al observador, apresurado, tanto si se trata del etnógrafo que durante tres meses se preocupa por una tribu polinesia como si se trata del sociólogo industrial que «descubre» los tópicos de su última encuesta o que cree, gracias a unos cuestionarios hábiles y a las combinaciones de fichas perforadas, delimitar perfectamente un mecanismo social. Lo social es una liebre mucho más esquiva.

¿Qué interés puede merecer, en realidad, a las ciencias del hombre los desplazamientos - de los que trata una amplia y seria encuesta sobre la región parisina¹⁸ - que tiene que efectuar una joven entre su domicilio en el *XVI^{ème} arrondissement*, el domicilio de su profesor de música y la Facultad de Ciencias Políticas? Cabe hacer con ellos un bonito mapa. Pero bastaría con que esta joven hubiera realizado estudios de agronomía o practicado el ski acuático para que todo cambiara en estos viajes triangulares. Me alegra ver representada en un mapa la distribución de los domicilios de los empleados de una gran empresa; pero si carezco de un mapa anterior a esta distribución, si la distancia cronológica entre los puntos señalados no basta para permitir inscribirlo todo en un verdadero movimiento, no existirá la problemática a falta de la cual una encuesta no es sino un esfuerzo inútil. El interés de estas encuestas por la encuesta estriba, todo lo más, en acumular datos; teniendo en cuenta que ni siquiera serán válidos todos ellos *ipso facto* para trabajos *futuros*. Desconfiemos, pues, del arte por el arte.

De la misma manera, dudo que el estudio de una ciudad, cualesquiera que ésta sea, pueda convertirse en objeto de una encuesta sociológica como ocurrió en los casos de Auxerre¹⁹ o de Vienne en el Delfinado²⁰, de no haber sido inscrito en la duración

histórica. Toda ciudad, sociedad en tensión con crisis, cortes, averías y cálculos necesarios propios debe ser situada de nuevo tanto en el complejo de los campos que la rodean como en el de esos archipiélagos de ciudades vecinas de las que el historiador Richard Hapke fue el primero en hablar; por consiguiente, en el movimiento más o menos alejado en el tiempo - a veces muy alejado en el tiempo - que alienta a este complejo. Y no es indiferente, sino por el contrario esencial, al constatar un determinado intercambio entre el campo y la ciudad o una determinada rivalidad industrial o comercial, el saber si se trata de un movimiento joven en pleno impulso o de una última bocanada, de un lejano resurgir o de un nuevo y monótono comienzo.

Unas palabras para concluir: Lucien Febvre, durante los últimos diez años de su vida, ha repetido: «historia, ciencia del pasado; ciencia del presente». La historia, dialéctica de la duración, ¿no es acaso, a su manera, explicación de lo social en toda su realidad y, por tanto, también de lo actual? Su lección vale en este aspecto como puesta en guardia contra el acontecimiento. No pensar tan sólo en el tiempo corto, no creer que sólo los sectores que meten ruido son los más auténticos; también los hay silenciosos. Pero, ¿vale la pena recordado?

3. Comunicación y matemáticas sociales

Quizá hayamos cometido un error al detenernos en demasía en la agitada frontera del tiempo corto, donde el debate se desenvuelve en realidad sin gran interés y sin sorpresas útiles. El debate fundamental está en otra parte, allí donde se encuentran aquellos de nuestros vecinos a los que arrastra la más nueva de las ciencias sociales bajo el doble signo de la «comunicación» y de la matemática.

Pero no ha de ser fácil situar a estas tentativas con respecto al tiempo de la historia, a la que, al menos en apariencia, escapan por entero. Pero, de hecho, ningún estudio social escapa al tiempo de la historia.

En esta discusión, en todo caso, conviene que el lector, si quiere seguirnos (tanto si es para aprobarnos como si es para contradecir nuestro punto de vista), sopesa, a su vez, uno por uno, los términos de su vocabulario, no enteramente nuevo, claro está, pero

sí recogido y rejuvenecido en nuevas discusiones que tienen lugar ante nuestros ojos. Evidentemente, nada hay que decir de nuevo sobre el acontecimiento o la larga duración. Poca cosa sobre las *estructuras*, aunque la palabra - y la cosa - no se encuentren al amparo de las discusiones y de las incertidumbres²¹. Inútil también discutir mucho sobre los conceptos de *sincronía* y de *diacronía*; se definen por sí mismos, aunque su función, en un estudio concreto de lo esencial, sea menos fácil de cerner de lo que aparenta. En efecto, en el lenguaje de la historia (tal y como lo imagino) no puede en absoluto haber sincronía perfecta: una suspensión instantánea que detenga todas las duraciones es prácticamente un absurdo en sí o - lo que es lo mismo - muy artificioso; de la misma manera, un descenso según la pendiente del tiempo sólo es imaginable bajo la forma de una multiplicidad de descensos, según los diversos e innumerables ríos del tiempo.

Estas breves precisiones y puestas en guardia bastarán por el momento. Pero hay que ser más explícito en lo que concierne a la *historia inconsciente*, a los *modelos*, a las *matemáticas sociales*. Además, estos comentarios, cuya necesidad se impone, se reúnen - o espero que no tardarán en reunirse en una problemática común a las ciencias sociales.

La *historia inconsciente* es, claro está, la historia de las formas inconscientes de lo social. «Los hombres hacen la historia pero ignoran que la hacen»²². La fórmula de Mari esclarece en cierta manera pero no resuelve el problema. De hecho, es una vez más, todo el problema del tiempo corto, del «microtiempo», de los acontecimientos, el que se nos vuelve a plantear con un nombre nuevo. Los hombres han tenido siempre la impresión, viviendo su tiempo, de captar día a día su desenvolvimiento. ¿Es esta historia consciente, abusiva, como muchos historiadores desde hace tiempo ya coinciden en pensar? No hace mucho que la lingüística creía poderlo deducir todo de las palabras. En cuanto a la historia, se forjó la ilusión de que todo podía ser deducido de los acontecimientos. Más de uno de nuestros contemporáneos se inclinaría de buena gana a pensar que todo proviene de los acuerdos de Yalta o de Potsdam, de los accidentes de Dien-Bien-Fu o de Sakhiet-Sidi-Yussef, o de este otro acontecimiento - de muy distinta importancia, es verdad - que constituyó el lanzamiento de los sputniks. La historia inconsciente transcurre más allá de estas luces, de sus flashes. Admítase, pues,

que existe, a una cierta distancia, un inconsciente social. Admítase, además, en espera de algo mejor que este inconsciente sea considerado como más rico científicamente que la superficie relampagueante a la que están acostumbrados nuestros ojos; más rico científicamente, es decir, más simple, más fácil de explotar, si no de descubrir. Pero el reparto entre superficie clara y profundidades oscuras - entre ruido y silencio - es difícil, aleatorio. Añadamos que la historia «inconsciente» - terreno a medias del tiempo coyuntural y terreno por excelencia del tiempo estructural - es con frecuencia más netamente percibida de lo que se quiere admitir. Todos nosotros tenemos la sensación, más allá de nuestra propia vida, de una historia de masa cuyo poder y cuyo empuje son, bien es verdad, más fáciles de percibir que sus leyes o su duración. Y esta conciencia no data únicamente de ayer (así, por ejemplo, en lo que concierne a la historia económica), aunque sea hoy cada vez más viva. La revolución - porque se trata, en efecto, de una revolución en espíritu - ha consistido en abordar de frente esta semioscuridad, en hacerle un sitio cada vez más amplio al lado - por no decir a expensas - de los acontecimientos.

En esta prospección en la que la historia no está sola (no hace, por el contrario, más que seguir en este campo y adaptar a su uso los puntos de vista de las nuevas ciencias sociales), han sido construidos nuevos instrumentos de conocimiento y de investigación, tales como - más o menos perfeccionados, a veces artesanales todavía - los *modelos*. Los modelos no son más que hipótesis, sistemas de explicación sólidamente vinculados según la forma de la ecuación o de la función; esto iguala a aquello o determina aquello. Una determinada realidad sólo aparece acompañada de otra, y entre ambas se ponen de manifiesto relaciones estrechas y constantes. El modelo establecido con sumo cuidado permitirá, pues, encausar, además del medio social observado - a partir del cual ha sido, en definitiva, creado - otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y del espacio. En ello reside su valor recurrente. Estos sistemas de explicaciones varían hasta el infinito según el temperamento, el cálculo o la finalidad de los usuarios: simples o complejos, cualitativos o cuantitativos, estáticos o dinámicos, mecánicos o estadísticos. Esta última distinción la recojo de Cl. Lévi-Strauss. De ser mecánico, el modelo se encontraría a la medida misma de la realidad directamente observada, realidad de pequeñas dimensiones que no afecta más

que a grupos minúsculos de hombres (así proceden los etnólogos respecto de las sociedades primitivas). En cuanto a las grandes sociedades, en las que grandes números intervienen, se imponen el cálculo de medias: conducen a modelos estadísticos. ¡Pero poco importan estas definiciones, a veces discutibles!

Desde mi punto de vista, lo esencial consiste en precisar, antes de establecer un programa común de las ciencias sociales, la función y los límites del modelo, al que ciertas iniciativas corren el riesgo de inflar en exceso. De donde se deduce la necesidad de confrontar también los modelos con la idea de duración; porque de la duración que implican dependen bastante íntimamente, a mi modo de ver, tanto su significación como su valor de explicación.

Para una mayor claridad, tomemos una serie de ejemplos de entre los modelos históricos²³ -entiéndase, fabricados por los historiadores -, modelos bastante elementales y rudimentarios que rara vez alcanzan el rigor de una verdadera regla científica y que nunca se han preocupado de desembocar en un lenguaje matemático revolucionario pero que, no obstante, son modelos a su manera.

Hemos hablado más arriba del capitalismo comercial entre los siglos XIV y XVIII: se trata de uno de los modelos elaborados por Marx. Sólo se aplica enteramente a una familia dada de sociedades y a lo largo de un tiempo dado aunque deja la puerta abierta a todas las extrapolaciones.

Algo diferente ocurre ya con los modelos que he esbozado, en un libro ya antiguo²⁴, de un ciclo de desarrollo económico, a propósito de las ciudades italianas entre los siglos XVI y XVII, sucesivamente mercantiles, «industriales», y más tarde especializadas en el comercio bancario; esta última actividad, la más lenta en florecer, fue también la más lenta en desaparecer. Este bosquejo, más restringido de hecho que la estructura del capitalismo mercantil sería más fácilmente que aquél, susceptible de extenderse tanto en la duración como en el espacio. Registra un fenómeno (algunos, dirían una estructura dinámica; pero todas las estructuras de la historia son, por lo

menos, elementalmente dinámicas) capaz de reproducirse en un número de circunstancias fáciles de reencontrar. Quizá quepa decir lo mismo del modelo esbozado por Frank Spooner y por mí mismo²⁵, respecto de la historia de los metales preciosos, antes, en y después del siglo XVI: oro, plata y cobre – y crédito, ágil sustituto del metal - son, ellos también, jugadores; la «estrategia» del uno pesa sobre la «estrategia» del otro. No será difícil transportar este modelo fuera del siglo privilegiado y particularmente movido, el XVI, que hemos escogido para nuestra observación. ¿Acaso no ha habido economistas que han tratado de verificar, en el caso concreto de los países subdesarrollados de hoy, la vieja teoría cuantitativa de la moneda, modelos también a su manera?²⁶.

Pero las posibilidades de duración de todos estos modelos todavía son breves en comparación con las del modelo imaginado por un joven historiador sociólogo americano, Sigmund Diamond²⁷. Habiéndole llamado la atención el doble lenguaje de la clase dominante de los grandes financieros americanos contemporáneos de Pierpont Morgan – lenguaje, por un lado, interior a la clase y, por el otro, exterior (este último, bien es verdad, alegato frente a la opinión pública a quien se describe el éxito del financiero como el triunfo típico del *self made man*, condición de la fortuna de la propia nación) - ve en él la reacción acostumbrada de toda clase dominante que siente amenazados su prestigio y sus privilegios; necesita, para camuflarse, confundir su suerte con la de la ciudad o la de la nación, y su interés particular con el interés público. S. Diamond explicaría gustoso, de la misma manera, la evolución de la idea de dinastía o de Imperio, dinastía inglesa, Imperio romano ... El modelo así concebido es evidentemente capaz de recorrer siglos. Supone ciertas condiciones sociales precisas pero en las que la historia se ha mostrado particularmente pródiga: es válido, por consiguiente, para una duración mucho más larga que los modelos precedentes, pero al mismo tiempo pone en causa a realidades más precisas, más exiguas.

Este tipo de modelo se aproximaría, en último extremo, a los modelos favoritos, casi intemporales, de los sociólogos matemáticos. Casi intemporales; es decir, en realidad circulando por las rutas oscuras e inéditas de la muy larga duración.

Las explicaciones que preceden no son más que una insuficiente introducción a la ciencia y a la teoría de los modelos. Y falta mucho para que los historiadores ocupen en este terreno posiciones de vanguardia. Sus modelos apenas son otra cosa que haces de explicaciones. Nuestros colegas son mucho más ambiciosos y están mucho más avanzados en la investigación cuando tratan de reunir las teorías y los lenguajes de la información, la comunicación o las matemáticas cualitativas. Su mérito -que es grande - consiste en acoger en su campo este lenguaje sutil que constituyen las matemáticas pero que corre el riesgo, a la mínima inadvertencia, de escapar a nuestro control y de correr por su cuenta. Información, comunicación, matemáticas cualitativas: todo se reúne bastante bien bajo el vocablo mucho más amplio de matemáticas sociales.

Las matemáticas sociales²⁸ son por lo menos tres lenguajes; susceptibles, además, de mezclarse y de no excluir continuaciones. Los matemáticos no se encuentran al cabo de la imaginación. En todo caso, no existe *una* matemática, *la* matemática (o de existir se trata de una reivindicación). «No se debe decir el álgebra, la geometría, sino un álgebra, una geometría (Th. Guilbaud)»; lo que no simplifica nuestros problemas ni los suyos. Tres lenguajes, pues: el de los hechos de necesidad (el uno es dado, el otro consecutivo) es el campo de las matemáticas tradicionales; el lenguaje de los hechos aleatorios es, desde Pascal, campo del cálculo de probabilidades; el lenguaje, por último, de los hechos condicionados - ni determinados ni aleatorios pero sometidos a ciertas coacciones, a reglas de juegos - en el eje de la «estrategia» de los juegos de Von Neumann y Morgenstern²⁹, esa estrategia triunfante que no se ha quedado únicamente en los principios y osadías de sus fundadores. La estrategia de los juegos, en razón del uso de los conjuntos, de los grupos y del cálculo mismo de las probabilidades, abre camino a las matemáticas «cualitativas». Desde este momento, el paso de la observación a la formulación matemática no se hace ya obligatoriamente por la intrincada vía de las medidas y de los largos cálculos estadísticos. Se puede pasar directamente del análisis social a una fórmula matemática; casi diríamos que a la máquina de calcular.

Evidentemente, esta máquina no englete ni tritura todos los alimentos sin distinción; su tarea debe ser preparada. Por lo demás, se ha esbozado y desarrollado una ciencia de la información en función de verdaderas máquinas, de sus reglas de

funcionamiento, para las *comunicaciones* en el sentido más material de la palabra. El autor de este artículo no es, en absoluto, un especialista en estos intrincados terrenos. Las investigaciones para la fabricación de una máquina de traducir, cuyo curso ha seguido desde lejos (pero seguido, no obstante), le sumen, al igual que a algunos otros, en un mar de reflexiones. Un doble hecho está, sin embargo, establecido: en primer lugar, que semejantes máquinas, que semejantes posibilidades matemáticas existen; en segundo lugar, que hay que preparar a lo social para las matemáticas de lo social, que han dejado de ser únicamente nuestras viejas matemáticas tradicionales: curvas de precios, de salarios, de nacimientos ...

Ahora bien, aunque el nuevo mecanismo matemático muy a menudo se nos escape, no nos es posible sustraernos a la preparación de la realidad social para su uso, su taladramiento, su recorte. Hasta ahora, el tratamiento previo ha sido prácticamente casi siempre el mismo: escoger una unidad restringida de observación como, por ejemplo, una tribu «primitiva» o una unidad demográfica «cerrada» en la que casi todo sea examinable y tangible; establecer, después, entre los elementos distinguidos, todas las relaciones, todos los juegos posibles. Estas relaciones rigurosamente determinadas suministran las ecuaciones de las que las matemáticas habrán de sacar todas las conclusiones y prolongaciones posibles, para culminar en un *modelo* que las reúna a todas ellas o, dicho con más exactitud, que las tome a todas ellas en cuenta.

En estos campos se abren con toda evidencia miles de posibilidades de investigación. Pero un ejemplo resultará más ilustrativo que un largo discurso. Puesto que Claude Lévi-Strauss se nos ofrece como un excelente guía, sigámoslo. Nos va a introducir en un sector de estas investigaciones al que se puede calificar de ciencia de la comunicación³⁰.

«En toda sociedad - escribe Lévi-Strauss³¹ - la comunicación se realiza al menos en tres niveles: comunicación de las mujeres; comunicación de los bienes y de los servicios; comunicación de los mensajes». Admitamos que se trate, a niveles distintos, de *lenguajes* diferentes pero, en todo caso, se trata de lenguajes. En estas circunstancias, ¿no tendremos acaso derecho a tratados como lenguajes, o incluso como el lenguaje por

antonomasia, y a asociarlos, de manera directa o indirecta, a los sensacionales progresos de la lingüística o - lo que es más - de la fonología, que «tiene ineluctablemente que desempeñar, respecto de las ciencias sociales, la misma función renovadora que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado para con el conjunto de las ciencias exactas»³²? Es ir demasiado lejos pero a veces es necesario. Al igual que la historia atrapada en la trampa del acontecimiento, la lingüística, atrapada en la trampa de las palabras (relación de las palabras al objeto, evolución histórica de las palabras), se ha evadido mediante la revolución fonológica. Más allá de la palabra, se ha interesado por el esquema de sonido que constituye el fonema, indiferente, a partir de entonces a su sentido pero atenta en cambio a los sonidos que lo acompañan, a las formas de agruparse estos sonidos, a las estructuras infrafonémicas, a toda la realidad subyacente, *inconsciente*, de la lengua. De esta forma, el nuevo trabajo matemático se ha puesto en marcha con el material que suponen las decenas de fonemas que se encuentran en todas las lenguas del mundo; y, en consecuencia, la lingüística, o por lo menos una parte de la lingüística, ha escapado, en el curso de los últimos veinte años, al mundo de las ciencias sociales para franquear «el puerto de las ciencias exactas».

Extender el sentido del lenguaje a las estructuras elementales de parentesco, a los mitos, al ceremonial y a los intercambios económicos equivale a buscar el camino, difícil pero saludable, que accede hasta ese puerto; esta es la hazaña que ha realizado Lévi-Strauss a propósito, en primer lugar, del intercambio matrimonial, lenguaje primero, esencial a las comunicaciones humanas, hasta el punto de que no existen sociedades, primitivas o no, en las que el incesto, el matrimonio en el interior de la estrecha célula familiar, no se encuentre vedado. Se trata, por tanto, de un lenguaje. Bajo este lenguaje, Lévi-Strauss ha buscado un elemento de base, correspondiente si se quiere al fonema; ese elemento, ese «átomo» de parentesco al que se refirió en su tesis de 1949³³ bajo su más simple expresión: entiéndase, el hombre, la esposa, el hijo, más el tío materno del hijo. A partir de este elemento cuadrangular y de todos los sistemas de matrimonios conocidos en estos mundos primitivos - son muy numerosos -, los matemáticos se encargarán de buscar las combinaciones y las soluciones posibles. Con la ayuda del matemático André Weill, Lévi-Strauss ha conseguido traducir a términos matemáticos

la observación del antropólogo. El modelo desentrañado debe probar la validez, la estabilidad del sistema y señalar las soluciones que éste último implica.

Se ve, pues, qué rumbo sigue este tipo de investigación: traspasar la superficie, de la observación para alcanzar la zona de los elementos inconscientes o poco conscientes y reducir después esta realidad a elementos menudos, finos, idénticos, cuyas relaciones pueden ser analizadas con precisión. En este grado «microsociológico [de un cierto tipo; soy yo quien añado esta reserva] cabe esperar percibir las leyes de estructuras más generales, al igual que el lingüista descubre las suyas en el grado infrafonémico y el físico en el grado inframolecular, es decir, a nivel del átomo»³⁴. Es posible continuar el juego, evidentemente, en muchas otras direcciones. Así, por ejemplo, nada más didáctico que ver a Lévi-Strauss enfrentarse con los mitos y hasta con la cocina (ese otro lenguaje): reducirá los mitos a una serie de células elementales, los *mitemas*; reducirá (sin creer demasiado en ello) el lenguaje de los libros de cocina a los *gustemas*. En cada caso, busca niveles en profundidad, subconscientes: mientras hablo no me preocupo de los fonemas de mi discurso; mientras como, tampoco me preocupo, culinariamente, de los «gustemas» (si los hubiere). Y en cada caso, no obstante, el juego de las relaciones sutiles y precisas me acompaña. ¿Pretende acaso el último grito de la investigación sociológica aprender bajo todos los lenguajes estas relaciones simples y misteriosas, a fin de traducirlas a un alfabeto Morse, quiero decir, al universal lenguaje matemático? Tal es la ambición de las nuevas matemáticas sociales. Pero ¿se me permitirá decir, sin pretender ironizar, que se trata de otra historia?

Reintroduzcamos, en efecto, la duración. He dicho que los modelos tenían una duración variable: son válidos mientras es válida la realidad que registran. Y, para el observador de lo social, este tiempo es primordial, puesto que más significativa aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro bajo el efecto de presiones contradictorias.

He comparado a veces los modelos a barcos. A mí lo que me interesa, una vez constituido el barco, es ponerlo en el agua y comprobar si flota, y, más tarde, hacerle

bajar o remontar a voluntad las aguas del tiempo. El naufragio es siempre el momento más significativo. Así, por ejemplo, la explicación que F. Spooner y yo mismo construimos juntos para los mecanismos de los metales preciosos no me parece en absoluto válida antes del siglo XV. Antes de este siglo, los choques entre metales preciosos son de una violencia no puesta de relieve por la observación ulterior. A nosotros nos corresponde entonces buscar la causa. De la misma manera que es necesario investigar por qué, aguas abajo esta vez, la navegación de nuestra excesivamente simple embarcación se vuelve primero difícil y más tarde imposible con el siglo XVIII y el empuje anormal del crédito. A mi modo de ver, la investigación debe hacerse volviendo continuamente de la realidad social al modelo, y de éste a aquélla; y este continuo vaivén nunca debe ser interrumpido realizándose por una especie de pequeños retoques, de viajes pacientemente reemprendidos. De esta forma, el modelo es sucesivamente ensayo de explicación de la estructura, instrumento de control, de comparación, verificación de la solidez y de la vida misma de una estructura dada. Si yo fabricara un modelo a partir de lo actual, procedería inmediatamente a volver a colocado en la realidad, para más tarde irlo remontando en el tiempo, caso de ser posible hasta su nacimiento. Una vez hecho esto, calcularía su probabilidad de vida hasta la próxima ruptura, según el movimiento concomitante de otras realidades sociales. A menos que, utilizándolo como elemento de comparación, opte por pasearlo en el tiempo y en el espacio, a la busca de otras realidades susceptibles de esclarecerse gracias a él.

¿Tengo o no razón para pensar que los modelos de las matemáticas cualitativas, tal y como nos han sido presentadas hasta ahora³⁵, se prestarían difícilmente a semejantes viajes, ante todo porque se limitan a circular por una sola de las innumerables rutas del tiempo, la de la larga, *muy larga* duración, al amparo de los accidentes, de las coyunturas, de las rupturas? Me volveré a referir, una vez más, a Claude Lévi-Strauss porque su tentativa en este campo me parece ser la más inteligente, la más clara y también la mejor arraigada en la experiencia social de la que todo debe partir y a la que todo debe volver. En cada uno de los casos, señalémoslo, encausa un fenómeno de extremada lentitud, como si fuera intemporal. Todos los sistemas de parentesco se perpetúan porque no hay vida humana posible más allá de una cierta tasa de consanguinidad, porque se impone que un pequeño grupo de hombres para vivir se

abra al mundo exterior: la prohibición de incesto es una realidad de larga duración. Los mitos, de lento desarrollo, también corresponden a estructuras de una extensa longevidad. Se pueden, sin preocupación de escoger la más antigua, coleccionar versiones del mito de Edipo; el problema estaría en ordenar las diferentes variaciones y en poner de manifiesto, por debajo de ellas, una profunda articulación que las determine. Pero supongamos que nuestro colega se interese no por un mito sino por las imágenes, por las interpretaciones sucesivas del «maquiavelismo»; esto es, que investigue los elementos de base de una doctrina bastante simple y muy extendida a partir de su lanzamiento real hacia la mitad del siglo XVI. Continuamente aparecen, en este caso, rupturas e inversiones hasta en la estructura misma del maquiavelismo, ya que este sistema no tiene la solidez teatral, casi eterna, del mito; es sensible a las incidencias y a los rebrotes, a las múltiples intemperies de la historia. En una palabra, no se encuentra únicamente sobre las rutas tranquilas y monótonas de la larga duración. De esta forma, el procedimiento recomendado por Lévi-Strauss en la investigación de las estructuras matemáticas no se sitúa tan sólo en el nivel microsociológico sino también, en el encuentro de lo infinitamente pequeño y de la muy larga duración.

¿Se encuentran, además, las revoluciones matemáticas cualitativas, condenadas a seguir únicamente los caminos de la muy larga duración? En este caso, sólo reencontraríamos en fin de cuentas verdades que son demasiado las del hombre eterno. Verdades primeras, aforismos de la sabiduría de las naciones, dirán los escépticos. Verdades esenciales, responderemos nosotros, y que pueden esclarecer con nueva luz las bases mismas de toda vida social. Pero no reside aquí el conjunto del debate. .

No creo, de hecho, que estas tentativas - o tentativas análogas - puedan proseguirse fuera de la muy larga duración. Lo que se pone a disposición de las matemáticas sociales cualitativas no son cifras sino relaciones que deben estar definidas con el suficiente rigor como para poder ser afectadas de un signo matemático a partir del cual serán estudiadas todas las posibilidades matemáticas de estos signos, sin ni siquiera preocuparse ya de la realidad social que representan. Todo el valor de las conclusiones depende, pues, del valor de la observación inicial, de la selección que aísla los elementos esenciales de la realidad observada y determina sus relaciones en el seno

de esta realidad. Se comprende entonces la preferencia que demuestran las matemáticas sociales por los modelos que Claude Lévi-Strauss llama mecánicos, es decir, establecidos a partir de grupos estrechos en los que cada individuo, por así decirlo, es directamente observable y en los que una vida social muy homogénea permite definir con toda seguridad relaciones humanas, simples y concretas y poco variables.

Los modelos llamados estadísticos se dirigen, por el contrario a las sociedades amplias y complejas en las que la observación sólo puede ser dirigida a través de las medias, es decir, de las matemáticas tradicionales. Pero, una vez establecidas estas medias, si el observador es capaz de establecer, a escala de los grupos y no ya de los individuos, esas relaciones de base de las que hablábamos y que son necesarias para las elaboraciones de las matemáticas cualitativas, nada impide recurrir entonces a ellas. Todavía no ha habido, que yo sepa, tentativas de este tipo. Por el momento, ya se trate de psicología, de economía o de antropología, todas las experiencias han sido realizadas en el sentido que he definido a propósito de Lévi-Strauss; pero las matemáticas sociales cualitativas sólo demostrarán lo que pueden dar de sí el día en que se enfrenten a una sociedad moderna, a sus embrollados problemas, a sus diferentes velocidades de vida. Apostemos que esta aventura tentará algún día a alguno de nuestros sociólogos matemáticos; apostemos también a que dará lugar a una revisión obligatoria de los métodos hasta ahora observados por las nuevas matemáticas, ya que éstas no pueden confinarse en lo que llamaré en este caso la excesivamente larga duración: deben reencontrar el juego múltiple de la vida, todos sus movimientos, todas sus duraciones, todas sus rupturas, todas sus variaciones.

4. Tiempo del historiador, tiempo del sociólogo

Al cabo de una incursión en el país de las intemporales matemáticas sociales, heme de vuelta al tiempo, a la duración. Y, como historiador incorregible que soy, expreso mi asombro, una vez más, de que los sociólogos hayan podido escaparse de él. Pero lo que ocurre es que su tiempo no es el nuestro: es mucho menos imperativo, menos concreto también, y no se encuentra nunca en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones.

De hecho, el historiador no se evade nunca del tiempo de la historia: el tiempo

se adhiere a su pensamiento como la tierra a la pala del jardinero. Sueña, claro está, con escapar de él. Ayudado por la angustia de 1940, Gaston Roupnel³⁶ ha escrito a este respecto frases que hacen sufrir a todo historiador sincero. En este sentido, hay que comprender igualmente una vieja reflexión de Paul Lacombe, historiador también de gran clase: «el tiempo no es nada en sí, objetivamente; no es más que una idea nuestra»...³⁷ Pero en ambos casos, ¿cabe hablar en realidad de verdaderas evasiones? Personalmente, a lo largo de un cautiverio bastante taciturno, luché mucho por escapar a la crónica de estos difíciles años (1940-1945). Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos equivalía a ponerse al margen, al amparo, para mirados con una cierta perspectiva, para juzgados mejor y no creer demasiado en ellos. La operación consistente en pasar del tiempo corto al tiempo menos corto y al tiempo muy largo (este último, si existe, no puede ser más que el tiempo de los sabios) para después, una vez alcanzado este punto, detenerse, reconsiderar y reconstruir todo de nuevo, ver girar todo en torno a uno, no puede dejar de resultar sumamente tentadora para un historiador.

Pero estas sucesivas fugas no le lanzan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo, del tiempo de la historia, imperioso por irreversible y porque discurre al ritmo mismo en que gira la tierra. De hecho, las duraciones que distinguimos son solidarias unas de otras: no es tanto la duración la que es creación de nuestro espíritu, sino las fragmentaciones de esta duración. Pero estos fragmentos se reúnen al cabo de nuestro trabajo. Larga duración, coyuntura, acontecimiento, se ajustan sin dificultad, puesto que todos ellos se miden en una misma escala. Por lo mismo, participar espiritualmente en uno de estos tiempos equivale a participar en todos ellos. El filósofo, atento al aspecto subjetivo, interior, de la noción del tiempo, no experimenta jamás ese peso del tiempo de la historia, del tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la coyuntura que describe Ernest Labrousse en el umbral de su libro³⁸ bajo los rasgos de un viajero siempre idéntico a sí mismo que recorre el mundo e impone por doquier idénticas coacciones, cualquiera que sea el país en el que desembarca, el régimen político o el orden social que inviste.

Para el historiador todo comienza y todo termina por el tiempo; un tiempo matemático y demiurgo sobre el que resultaría demasiado fácil ironizar; un tiempo que

parece exterior a los hombres, «exógeno», dirían los economistas, que les empuja, que les obliga, que les arranca a sus tiempos particulares de diferentes colores: el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, claro está, no aceptan esta noción excesivamente simple. Se encuentran mucho más cercanos de la *Dialectique de la Durée* tal y como la presenta Gaston Bachelard³⁹. El tiempo social es, sencillamente, una dimensión particular de una determinada realidad social que yo contemplo. Este tiempo, interior a esta realidad como podría serlo a un determinado individuo, constituye uno de los aspectos - entre otros que aquélla reviste, una de las propiedades que la caracterizan como ser particular. Al sociólogo no le estorba en absoluto ese tiempo complaciente, al que puede dividir a placer y cuyas exclusas puede cerrar y abrir a voluntad. El tiempo de la historia se prestaría menos, insisto, al doble y ágil juego de la sincronía y de la diacronía: impide totalmente imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento puede ser detenido a fin de presentar, cuando se desee, una imagen inmóvil.

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro; la estructura profunda de nuestro oficio lo rechaza. Nuestro tiempo, como el de los economistas, es medida. Cuando un sociólogo nos dice que una estructura no cesa de destruirse más que para reconstituirse, aceptamos de buena gana la explicación, confirmada por lo demás por la observación histórica. Pero en la trayectoria de nuestras habituales exigencias aspiraríamos a conocer la duración precisa de estos movimientos, positivos o negativos. Los ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material, son mensurables. De la misma manera, a una crisis estructural social se le deben señalar puntos de referencia en el tiempo, a través del tiempo, y se la debe localizar con exactitud en sí misma y más aún con relación a los movimientos de las estructuras concomitantes. Lo que le interesa apasionadamente a un historiador es la manera en que se entrecruzan estos movimientos, su integración y sus puntos de ruptura: cosas todas ellas que sólo se pueden registrar con relación al tiempo uniforme de los historiadores, medida general de estos fenómenos, y no con relación al tiempo social multiforme, medida particular de cada uno de ellos.

Estas reflexiones encontradas un historiador las formula, con razón o sin ella, incluso cuando penetra en la sociología acogedora, casi fraterna, de Georges Gurvitch. ¿Acaso no ha sido definido Gurvitch, hace tiempo, por un filósofo⁴⁰, como el que «arrincona a la sociología en la historia»? Y, no obstante, incluso en Gurvitch el historiador no reconoce ni sus duraciones ni sus temporalidades. El amplio edificio social (¿cabe decir el modelo?) de Gurvitch se organiza según cinco arquitecturas fundamentales⁴¹: los niveles en profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos; siendo este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo y también el de más reciente construcción y como sobreañadido al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltiples. Distingue toda una serie de ellas: el tiempo de larga duración y en *ralenti*, el tiempo engañoso o tiempo sorpresa, el tiempo de palpitación irregular, el tiempo cíclico, el tiempo retrasado sobre sí mismo, el tiempo alternativamente retrasado y adelantado, el tiempo anticipado con relación a sí mismo, el tiempo explosivo⁴². ¿Cómo suponer que un historiador podría dejarse convencer? Con esta gama de colores; le sería imposible reconstituir la luz blanca, unitaria, que le es indispensable. Pronto advierte, además, que este tiempo camaleón no hace más que señalar, con un signo suplementario o con un toque de color, categorías anteriormente distinguidas. En la ciudad de nuestro autor, el tiempo, último llegado, se instala con toda naturalidad en el alojamiento de los demás; se pliega a las dimensiones de estos domicilios y de sus exigencias, según los niveles, las sociabilidades, los grupos y las sociedades globales. Es una manera distinta de reescribir, sin modificadas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega su tiempo o sus escalas de tiempos, como simples conchas. Pero ¿qué ganamos los historiadores con ello? La inmensa arquitectura de esta ciudad ideal permanece inmóvil. No hay historia en ella. El tiempo del mundo y el tiempo histórico se encuentra en ella, pero encerrados, al igual que el viento en los dominios de Eolo, en un pellejo. La animadversión que los sociólogos experimentan no va dirigida, en definitiva e inconscientemente, contra la historia, sino contra el tiempo de la historia, esa realidad que sigue siendo violenta incluso cuando se pretende ordenada y diversificada; imposición a la que ningún historiador logra escapar mientras que los sociólogos, por el contrario, se escabullen casi siempre prestando

atención ya sea al instante, siempre actual, como suspenso por encima del tiempo, ya sea a los fenómenos de repetición que no tienen edad; por tanto, se evaden gracias a un procedimiento mental opuesto que les encierra o bien en lo más estrictamente episódico (*événementiel*) o bien en la más larga duración. ¿Es lícita esta evasión? Ahí reside el verdadero debate entre historiadores y sociólogos, incluso entre historiadores de diferentes opiniones.

Ignoro si este artículo demasiado claro y que se apoya con exceso, según la costumbre de los historiadores, en ejemplos concretos, merecerá el acuerdo de los sociólogos y de nuestros demás vecinos. En todo caso, no resulta en absoluto útil repetir, a guisa de conclusión, su *leit motiv* expuesto con insistencia. Si la historia está abocada, por naturaleza, a prestar una atención privilegiada a la duración, a *todos* los movimientos en los que ésta puede descomponerse, la larga duración nos parece, en este abanico, la línea más útil para una observación y una reflexión comunes a las ciencias sociales. ¿Es exigir demasiado el pedirles a nuestros vecinos que en un momento de sus razonamientos refieran a este eje sus constataciones o sus investigaciones?

Para los historiadores, que no estarán todos de acuerdo conmigo, esto supondría un cambio de rumbo: instintivamente sus preferencias se dirigen hacia la historia corta. Esta goza de la complicidad de los sacrosantos programas de la universidad. Jean-Paul Sartre, en recientes artículos⁴³, viene a reforzar este punto de vista cuando, pretendiendo alzarse contra aquello que le parece en el marxismo a un tiempo demasiado simple y de demasiado peso, lo hace en nombre de lo biográfico, de la prolífica realidad de la historia de los acontecimientos. Estoy enteramente de acuerdo en que no se habrá dicho todo cuando se haya «situado» a Flaubert como burgués y a Tintoretto como un pequeño burgués; pero el estudio de un caso concreto - Flaubert, Valéry, o la política exterior de los girondinos - siempre devuelve en definitiva a Sartre al contexto estructural y profundo. Esta investigación va de la superficie a la profundidad de la historia y se aproxima a mis propias preocupaciones. Se aproximaría mucho más aún si el reloj de arena fuera invertido en ambos sentidos: primero, del acontecimiento a la estructura, y, después, de las estructuras y de los modelos al acontecimiento.

El marxismo es un mundo de modelos. Sartre se alza contra la rigidez, el esquematismo y la insuficiencia del modelo en nombre de lo particular y de lo individual. Yo me alzaré, al igual que él (con algunos matices ciertamente), no contra el modelo, sino contra el uso que de él se hace, que se han creído autorizados a hacer. El genio de Marx, el secreto de su prolongado poder; proviene de que fue el primero en fabricar verdaderos modelos sociales y a partir de la larga duración histórica. Pero estos modelos han sido inmovilizados en su sencillez, concediéndoseles un valor de ley, de explicación previa, automática, aplicable a todos los lugares, a todas las sociedades; mientras que sí fueran devueltos a las aguas cambiantes del tiempo, su entramado se pondría de manifiesto porque es sólido y está bien tejido: reaparecería constantemente, pero matizado, unas veces esfumado y otras vivificado por la presencia de otras estructuras, susceptibles, ellas también, de ser definidas por otras reglas y, por tanto, por otros modelos. Con lo acontecido, el poder creador del más poderoso análisis del siglo pasado ha quedado limitado.

Sólo puede reencontrar fuerza y juventud en la larga duración. Casi puedo añadir que el marxismo actual me parece ser la imagen misma del peligro que ronda a toda ciencia social, enamorada del modelo en bruto, del modelo por el modelo.

Querría también subrayar, para concluir, que la larga duración sólo es una de las posibilidades del lenguaje común en aras de una confrontación de las ciencias sociales. Existen otras. He señalado, bien o mal, las tentativas de las nuevas matemáticas sociales. Las nuevas me seducen; pero las antiguas, cuyo triunfo es patente en economía - la más avanzada quizá de las ciencias del hombre -, no merecen un comentario, desengañado. Inmensos cálculos nos esperan en este terreno clásico; pero contamos con equipos de calculadoras y máquinas de calcular, cada día más perfeccionadas. Creo en la utilidad de las largas estadísticas, en la necesidad de remontar hacia un pasado cada vez más lejano estos cálculos e investigaciones. Ya no es sólo el siglo XVIII europeo, en su totalidad, el que está sembrado de nuestras obras, sino que el XVII comienza a estarlo y más aún el XVI. Estadísticas de increíble longitud nos abren, por su lenguaje universal, las profundidades del pasado chino⁴⁴. Sin duda, la estadística simplifica para conocer mejor. Pero toda ciencia va, en esta forma, de lo complejo a lo simple.

Que no se olvide, no obstante, un último lenguaje, una última familia de modelos: la reducción necesaria de toda la realidad social al espacio que ocupa. Digamos la geografía, la ecología, sin detenernos demasiado en estas fórmulas para escoger entre ellas. Es una pena que a la geografía se la considere con excesiva frecuencia como un mundo en sí. Está necesitada de un Vidal de la Blache que, en lugar de pensar esta vez tiempo y espacio, pensara espacio y realidad social. A partir de entonces, se concedería la primacía en la investigación geográfica a los problemas del conjunto de las ciencias del hombre. Ecología: para el sociólogo, sin que siempre se lo confiese, el concepto es una manera de no decir geografía y de esquivar, de esta forma, los problemas que el espacio plantea y - más aún - pone de relieve a la observación atenta. Los modelos espaciales son esos mapas en los que la realidad social se proyecta y se explica parcialmente, modelos de verdad para todos los movimientos de la duración (y, sobre todo, de la larga duración), para todas las categorías de lo social. Pero la ciencia social los ignora de manera asombrosa. He pensado a menudo que una de las superioridades francesas en las ciencias sociales es esa escala geográfica de Vidal de la Blache cuyo espíritu y cuyas lecciones no nos consolaríamos de ver traicionados. Se impone que todas las ciencias sociales dejen sitio a una «concepción (cada vez) más geográfica de la humanidad»⁴⁵, como pedía Vidal de la Blache ya en 1903.

En la práctica - porque este artículo tiene una finalidad práctica - desearía que las ciencias sociales dejaran, provisionalmente, de discutir tanto sobre sus fronteras recíprocas sobre lo que es o no es ciencia social, sobre lo que es o no es estructura ... Que intenten más bien trazar, a través de nuestros investigadores, las líneas - si líneas hubiere - que pudieran orientar una investigación colectiva y también los temas que permitieran alcanzar una primera convergencia. Yo personalmente llamo a estas líneas matematización, reducción al espacio, larga duración. Pero me interesaría conocer cuáles propondrían otros especialistas. Porque este artículo, no hay necesidad de decirlo, no ha sido casualmente colocado bajo la rúbrica de *Debates y Combates*. Pretendo plantear - no resolver - problemas en los que por desgracia cada uno de nosotros, en lo que no concierne a su especialidad, se expone a evidentes riesgos. Estas páginas constituyen un llamamiento a la discusión.

NOTAS AL PIE:

* Capítulo 3 “La larga duración” en *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1979 (4ª Edición). La obra original, “Histoire et sciences sociales: la longue durée”, fue publicada en *Annales E.S.C.*, n.º 4, octubre-diciembre 1958, *Débats et Combats*, ps. 725-753.

¹ LÉVI-STRAUSS, Claude *L'Anthropologie structurale*, Ed. Plon, París, 1958, *passim* y concretamente p. 329.

² SARTRE, Jean-Paul “Questions de méthode” en *Les Temps Modernes*, n.º 139 y 140, 1957.

³ “Europa en 1500”, “El mundo en 1880”, “Alemania en vísperas de la Reforma”, etc.

⁴ HALPHEN, Louis *Introduction a l'Histoire*, Ed. P.U.F., París, 1946, p. 50.

⁵ Cf. su *Théorie générale du progres économique*, Cuadernos del I.S.E.A., 1957.

⁶ LABROUSSE, Ernest *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIème siècle*, 2 tomos, Ed. Dalloz, París, 1933. [Refundición y traducción al castellano en *Fluctuaciones económicas e historia social*, Ed. Tecnos, Madrid, 1962].

⁷ Véase CLEMENT, René *Prolegómenos d'une théorie de la structure économique*, Ed. Domat Montchrestien, París, 1952; Johann AKERMAN, Johann “Cycle et estructura” en *Revue économique*, n.º 1, 1952.

⁸ CURTIUS, Ernst Robert *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, A. Francke AG Verlag, Berna, 1948. [Traducción al castellano de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, *Literatura europea y Edad Media latina*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1955, 2 tomos].

⁹ FEBVRE, Lucien *Rabelais et le problème de l'incroyance au XVIème siècle*, Ed. Albin Michel, París, 1943; Segunda Edición, 1946.

¹⁰ DUPRONT, Alphonse *Le Mythe des Croisades. Essai de sociologie religieuse*, París, 1959.

¹¹ FRANCASTEL, Pierre *Peinture et Société. Naissance et distribution d'un espace plastique, de la Renaissance au cubisme*, Ed. Audin, Lyon, 1951.

¹² Otros argumentos: cf. los poderosos artículos que alegan todos en el mismo sentido, de Otto BRUNNER sobre la historia social de Europa, *Historische Zeitschrift*, n.º 3, p. 177; de BULTMANN, R., *Íbidem*, n.º 1, p. 176, sobre el humanismo; de LEFEBVRE, Georges *Annales historiques de la Révolution française*, 1949, n.º 114 y de HARTUNG, F. *Historische Zeitschrift*, n.º 1, p.180, sobre el despotismo ilustrado.

¹³ COURTIN, René *La civilisation économique du Brésil*, Ed. Librairie de Médicis, París, 1941.

¹⁴ En Francia. En España, el reflujo demográfico es sensible desde finales del siglo XVI.

¹⁵ LÉVI-STRAUSS, Claude *L'Anthropologie structurale ...*, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁶ LÉVI-STRAUSS, Claude “Diogène couché” en *Les Temps Modernes*, n.º 195, p.17.

¹⁷ ARIES, Philippe *Le temps de l'histoire*, Ed. Plon, París, 1954, en particular ps. 298 y ss.

¹⁸ CHOMBART DE LAUWE, P. *París et l'agglomération parisienne*, Ed. P.U.F., París, 1952, Tomo I, p.106.

¹⁹ FRERE, Suzanne y BETTELHEIM, Charles, *Une ville française moyenne, Auxerre en 1950*, Armand Colin, Cuadernos de Ciencias Políticas, n.º 1, París, 1951.

²⁰ CLÉMENT, Pierre y XYDIAS, Nelly *Vienne-sur-le-Rhône. Sociologie d'une cité française*, Armand Colin, Cuadernos de Ciencias Políticas, n.º 71, París, 1955.

²¹ Ver el Coloquio sobre las Estructuras, VI Sección de la *École Pratique des Hautes Études*, resumen dactilografiado, 1958.

²² Citado por LÉVI-STRAUSS, Claude *L'Anthropologie structurale ...*, *op. cit.*, ps. 30-31.

²³ Sería tentador hacer sitio a los “modelos” de los economistas que, en realidad, han determinado nuestra imitación.

²⁴ BRAUDEL, Fernand *La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*, Ed. Armand Colin, París, 1949, p. 264 y ss. [Traducción al castellano de Wenceslao Roces, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.]

²⁵ BRAUDEL, Fernand y SPOONER, Frank “Les métaux monétaires et l'économie du XVIème siècle” en *Rapports au Congrès international de Rome*, vol. IV, Roma, ps. 233-264.

²⁶ CHABERT, Alexandre *Structure économique et théorie monétaire*, Armand Colin, Centre d'Études économiques, París, 1956.

²⁷ DIAMOND, Sigmund *The Reputation of the American Businessman*, Cambridge, (Massachusetts), 1955.

²⁸ Ver en especial LÉVI-STRAUSS, Claude *Bulletin International des Sciences Sociales*, UNESCO, VI,

nº. 4, y de manera más general todo el número de gran interés, intitulado *Les mathématiques et les science sociales*.

²⁹ *The Theory of Games and Economic Behaviour*, Princeton, 1944. [Versión castellana en preparación: Alianza Editorial, Biblioteca de la Ciencia Económica.] Cf. la reseña brillante de FOURASTIÉ, Jean *Critique*, nº 51, octubre 1951.

³⁰ Todas las observaciones siguientes han sido extraídas de su última obra, *L'Anthropologie structurale*, *op. cit.*,

³¹ *Ibidem*, p. 326.

³² *Ibid.*, p. 39.

³³ LÉVI-STRAUSS, Claude *Les structures élémentaires de la parenté*, Ed. P.U.F., París, 1949. Ver *Anthropologie structurale*, *op. cit.*, ps. 47-62.

³⁴ LÉVI-STRAUSS, Claude *Anthropologie structurale*, *op. cit.*, ps. 42-43.

³⁵ Digo bien matemáticas cualitativas, según la estrategia de los juegos. Sobre los modelos clásicos y tales como los elaboran los economistas, habría que iniciar un discusión diferente.

³⁶ ROUPNEL, Gaston *Histoire et Destin*, Bernard Grasset, París, 1943, *passim*, y en concreto p.169.

³⁷ *Revue de synthèse Historique*, 1900, p. 32.

³⁸ LABROUSSE, Ernest *La crise de l'économie française a la veille de la Révolution française*, Ed. P.U.F., París, 1944, Introducción. [Refundición y traducción al castellano en *Fluctuaciones económicas e historia social*, Ed. Tecnos, Madrid, 1962].

³⁹ BACHELARD, Gaston *Dialectique de la Durée*, Ed. P.U.F., París, 1950 (Segunda Edición).

⁴⁰ GRANGER, Gilles "Événement et structure dans les sciences de l'homme" en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, Serie M, nº 1, ps. 41-42.

⁴¹ Ver mi artículo, demasiado polémico sin duda: "Georges Gurvitch et la discontinuité du Social" en *Annales E.S.C.*, 1953, 3, ps. 347-361.

⁴² Cf. GURVITCH, George *Déterminismes sociaux et Liberté humaine*, Ed. P.U.F., París, ps. 38-40 y *passim*.

⁴³ SARTRE, Jean-Paul "Fragment d'un livre à paraître sur le Tintoret" en *Les Temps Modernes*, noviembre 1957.

⁴⁴ BERKELBACH, Otto, van der SPRENKEL *Population Statistics of Ming China*, B.S.O.A.S., 1953; RIEGER, Marianne "Zur Finanz-und Agrargeschichte der Ming-Dynastie, 1368-1643" en *Sinica*, 1932.

⁴⁵ de la BLANCHE, Vidal *Revue de synthèse historique*, p. 239, 1903.

Conferencia dictada el 17 de Febrero de 1906 en Dresde, Alemania^A

Organización Militar y Organización del Estado

Otto HINTZE (1861-1940)

Cuando recibí la amable invitación de hablar ante ustedes sobre la organización militar y la organización del estado, tenía claro de antemano que no podía tratar el tema mediante una argumentación general, con ejemplos extraídos de todas las épocas y sociedades, sino que mi tarea era más bien la de presentar como un proceso histórico continuo, los cambios y las interacciones en las relaciones entre la organización del estado y la organización militar. No quiero por ello negar que con la primera manera de proceder (si se usa tal y como Herbert Spencer la utiliza en sus “*Principios de Sociología*”^B) se puedan obtener importantes resultados. Pero el método tiene cierta fuerza bruta que resulta intolerable para una sensibilidad versada en la historia. Casi como si fuese imposible evitarlo, las instituciones individuales son brutalmente arrancadas de su contexto en el pasado, hasta tal punto que la historia y la etnología son saqueadas en busca de evidencias para apoyar unas tesis que podrían deducirse de meras reflexiones generales. Incluso sin tener esto en cuenta: ¡Qué intangibles y poco claras, qué vagas y oscuras son las ideas que se establecen como ley de esta manera! La fórmula general que puede abarcar toda la historia de la humanidad y de las naciones, se vacía de contenido concreto a medida que se expande el horizonte de observación, hasta que al final se reduce a trivialidades obvias. Prefiero, entonces, poner un poco de luz a la interdependencia entre la organización militar y la organización del estado mediante un ejemplo concreto. He escogido para ello el desarrollo de los pueblos Latino-Germánicos desde el declive de la cultura antigua, un desarrollo que nos lleva hasta las circunstancias e intereses actuales. Sin embargo, me gustaría en primer lugar empezar con algunos comentarios generales que puedan servir de orientación previa.

Originariamente, toda organización del estado era de tipo militar, es decir, una organización para la guerra. Esta afirmación puede ser considerada como una conclusión cierta a partir de la comparación histórica. Grandes grupos de personas se unían en una

estructura más sólida, el estado, principalmente por motivos defensivos y ofensivos. De esta organización marcial surgió en primer lugar un gobierno inclemente con poder de coerción sobre los individuos y que ganaba fuerza cuantas más guerras llevaba a cabo. Todos los hombres libres capaces de manejar armas eran guerreros y aunque probablemente al mismo tiempo también cazasen y criasen ganado, la agricultura y el cuidado del hogar era tarea de las mujeres y de los esclavos. La asamblea de guerreros era la asamblea política; el comandante supremo era el jefe de estado; y quien no fuese un guerrero no tenía lugar en la comunidad política. Posteriormente, sin embargo, sobrevino un periodo - con la expansión de la agricultura, al asentarse los hombres raíces en la tierra que cultivaban, con el aumento de la población, el avance de las comunicaciones y la tecnología, el desarrollo del comercio, en suma, con el cambio de las condiciones de la vida económica -, en el que se produjo una separación entre la actividad militar y la actividad comercial, es decir, una división entre la clase que luchaba y la clase que alimentaba. Las fuerzas armadas se convirtieron en una parte especial del conjunto y su organización, en un aspecto especial de la organización del estado.

Las preguntas que surgen en este punto son: ¿Qué lugar ocupa la organización del ejército en la organización general del estado? ¿Hasta qué punto influencia a las instituciones políticas en su conjunto? ¿Hasta qué punto los requisitos económicos de toda la comunidad, o incluso de ciertas clases, imponen límites a las demandas de la clase guerrera por dominar la vida pública? ¿Cómo, en general, las contradicciones de clase se entretajan con la contradicción entre la vida militar y la vida comercial? ¿Qué equilibrio aporta la organización estatal entre ambas?

Herbert Spencer distingue dos tipos básicos de organización estatal y social, que denomina como tipo militar y tipo industrial. La estructura de tipo militar, a través de fuertes poderes coercitivos, el despotismo centralizado, y la regulación del estado en la vida económica y privada, tiene como objetivo la consecución del máximo poder militar, mientras que la libertad y el bienestar pasan a un segundo plano. Por el otro lado, en el tipo industrial de sociedad los objetivos de libertad individual y de bienestar, si no se ven constreñidos por graves presiones externas, proveen a la estructura de un intercambio y diálogo públicos, e impregnan a la comunidad con un carácter de voluntariedad, de descentralización, de autogobierno, de libertad individual en todos los aspectos de la vida.

Son éstos tipos ideales que quizás nunca hayan sido completamente realizados en la historia de la humanidad. Casi en cualquier lugar, la realidad ha sido testigo de la mezcla de ambos. Sin embargo, el tipo militar ha sido particularmente predominante en muchos estados, antiguos y modernos, en pueblos civilizados e incivilizados. Spencer señala el Imperio de Dahomey, el Imperio Inca, el Antiguo Egipto y Esparta, Prusia y el Imperio Germánico, y Rusia. El tipo de industrial sólo se desarrolla en unas condiciones especialmente favorables, muy lentamente y de manera menos obvia. Ejemplos son, en particular, Inglaterra y Estados Unidos, con su sistema de milicias, su autogobierno y su principio de libertad de movimientos, comparados con la vida más vigilada de los estados militares del continente.

Spencer llega a sugerir que el avance general del desarrollo cultural tiende a desplazar gradualmente el tipo militar para sustituirlo finalmente por el tipo industrial. Reconoce que puede haber importantes y poderosos retrocesos en este proceso y que todo depende de si las guerras se vuelven poco frecuentes, de si se llevan a cabo en los límites del mundo civilizado y de si las actividades comerciales pacíficas prevalecen sobre las actividades militares. Pero coincide con aquéllos que consideran que el mundo se mueve, en su conjunto, en esa dirección. Escuchamos en él la voz de la Inglaterra de Cobden y Gladstone, el espíritu de una política y de una visión del mundo satisfechas consigo mismas, su predominio comercial sin amenaza alguna de competidores y por ende, pacífico y humanitario. Desde entonces, esta visión ha cambiado mucho en Inglaterra y en el resto del mundo y me pregunto si hombres de estado como Disraeli o incluso Cecil Rhodes y Chamberlain, creen, o han creído con la misma confianza, en el progreso pacífico de los estados hacia un tipo industrial puro. Puede que los tipos de Spencer sean opuestos extremos entre los que se da la vida política de la humanidad, a veces más cerca de uno y otras, del otro. En los cuatro mil años de historia de la humanidad en los que nos fijamos hoy ha habido un incuestionable gran aumento de la actividad comercial, pero realmente no ha habido una reducción de la predisposición de los estados para la guerra.

En cuanto al tema se refiere, me gustaría señalar que no concibo la organización del estado en el sentido constitucional y jurídico estricto, que sólo abarca la distribución de poderes y funciones del estado entre sus distintos agentes ejecutivos. Si queremos entender las relaciones entre la organización militar y la organización del estado tenemos que prestar

especial atención a dos fenómenos que condicionan la organización real de éste último. En primer lugar, a la estructura social de clases y en segundo lugar, al orden externo de los estados, es decir, a su posición relativa entre ellos y a su posición general en el mundo.

Considerar el conflicto entre clases como la única fuerza que ha movido el mundo es sesgado, exagerado y por ello falso. Ha sido mucho más importante el conflicto entre naciones y a lo largo del tiempo, la presión venida del exterior ha tenido una influencia determinante en la estructura interna de los estados. A menudo esta presión ha suprimido las querellas internas e incluso forzado compromisos. Estas fuerzas han trabajado conjunta y manifiestamente en el diseño del orden militar y de la organización del estado. En el mundo antiguo, cuando se lograba o se estaba modificando el equilibrio entre los grupos sociales (*Stände*^C) las falanges hoplitas^D de la ciudadanía ocupaban el lugar de los caballeros que luchaban en sus caballos o en carretas. Cuando el cambio se estabilizaba, como ocurrió en Esparta, no se producían más extensiones del poder o del alcance del estado. Pero allí donde la comunidad era lo suficientemente flexible, como en Roma, la presión de la situación exterior forzaba una extensión progresiva de la ciudadanía con derechos políticos ya que se necesitaba a incorporar a grandes masas de soldados. En el fondo, fue esta doble condición de presión externa y de flexibilidad interna la que permitió a Roma progresar de ciudad-estado a imperio mundial.

La historia de Roma nos muestra, además, un claro ejemplo de la manera en la que la forma y el tamaño del estado influyen en la composición y organización del ejército. La milicia de ciudadanos dividida en función de las posesiones territoriales corresponde a la ciudad-estado; la conquista progresiva de Italia se acompaña de una colonización militar. En la gran batalla por el poder y la supervivencia contra Aníbal, el antiguo principio del servicio militar universal se pone definitivamente en práctica. Cuando el dominio de la ciudad-estado se extiende más allá de las fronteras italianas, cuando provincias lejanas como Macedonia, África y sobre todo, las dos Españas, con su desobediente y guerrera población, tienen que ser sometidas y administradas, entonces las necesidades militares aumentan de tal manera que la clase de propietarios no puede hacerlas frente. Así, la milicia ciudadana va siendo reemplazada por un ejército permanente compuesto básicamente por proletarios, y el pago de salarios, hasta entonces sólo utilizado para rellenar las tropas, se vuelve la norma general.

Este ejército permanente, unido a la necesidad de enviar comandantes de campo a provincias lejanas por la expansión del imperio, además de la influencia personal que adquirirían estos *imperatores*^E entre las tropas durante largas guerras, socava la constitución republicana. Estos comandantes, en un primer momento oficiales de la república, se vuelven señores independientes que pelean entre ellos. A largo plazo, incluso las ideas de restauración que predominaron durante el reinado de Augusto no podían haber evitado la transformación del *imperator*^F en monarca, ni de Roma en un imperio en el que el ciudadano romano, es decir la población italiana, mantenía una posición privilegiada pero también en el cual se perdía el carácter nacional exclusivamente romano. Así, en Roma el ejército permanente creó al monarca así como en otras partes, el monarca creó al ejército permanente. Ambos están íntimamente ligados al desarrollo de una ciudad-estado en un imperio mundial.

La gran cuestión sobre qué originó este imperio y con él, el colapso de la cultura antigua, todavía no ha sido resuelto de manera clara y plausible por nadie. Obviamente, hay muchas razones al respecto pero me gustaría mencionar sólo una de ellas. El Imperio Romano no se vio sobrepasado por otro poder externo — no había ningún poder vecino que superase su fuerza. Era un imperio mundial en un sentido muy distinto al que entendemos hoy por potencia mundial. Era un estado universal, un estado que ejercía su poder sobre todo el mundo civilizado. No existía una sociedad o un sistema de estados como tal, no había un número de estados coordinados en mantener un equilibrio de poder entre ellos, condicionados permanentemente en su uso de la fuerza por tensiones y rivalidades constantes, de manera que ninguno pudiese desplazar a otro de su lugar. Las guerras en las fronteras ya no afectaban a cuestiones vitales de poder o de supervivencia, en realidad no significaron mucho más que las guerras coloniales de Inglaterra o que la actual guerra en el suroeste de África. La presión exterior se alivió. La presión en los asuntos exteriores que había estimulado al estado romano de conquista en conquista se relajó en el momento en el que éstas habían engullido a todo el mundo civilizado.

Comparado con los ejércitos modernos, la proporción cuantitativa de la fuerza del poder romano, con respecto al total de la población del Imperio, era pequeña. Incluso este pequeño número de tropas perdía poco a poco su carácter nacional romano. Mediante el otorgamiento de la ciudadanía romana a todo extranjero que se enrolase, el principio de que

sólo los ciudadanos romanos podían servir en el ejército quedó invalidado *de facto*. Augusto todavía distinguía entre las legiones de ciudadanos y las tropas extranjeras auxiliares y durante el periodo de los Julios las legiones romanas estaban formadas, todavía, por una mayoría de italianos. Pero esto terminó con Vespasiano. De hecho, a partir de entonces, los italianos quedaron exentos del servicio militar al igual que ya lo estaban del pago de impuestos directos. Las legiones afrontaron este hecho reclutando en las provincias y su diferenciación con respecto a las divisiones auxiliares se fue difuminando. A pesar del mantenimiento del servicio militar universal, el ejército se rellenó básicamente por voluntarios y reclutas, y las autoridades civiles solo proclamaban una leva como medida incidental. De hecho, los sustitutos estaban permitidos por ley y en la práctica, eran la regla. Por mucho tiempo, al menos la Guardia Pretoriana de Roma mantuvo su función representativa de la elite dominante italiana. Pero esto también se acabó bajo Séptimo Severo. Los *Palatini*^G que la reemplazaron fueron reclutados entre las legiones de las provincias. El otorgamiento por parte de Caracalla de unos derechos ciudadanos a todo sujeto puso un punto y final institucional a la posición privilegiada de Italia dentro del Imperio mundial.

Este ejército de mercenarios, hecho a partir de diversas nacionalidades y romanizado superficialmente, solo tenía contacto con el Imperio mediante la figura del comandante en jefe del Emperador. Incluso poseía unas prácticas religiosas propias, distintas de las civiles, en las que la adoración al César como divinidad tenía un papel sobresaliente. Era un poder en sí, y en ausencia de una estricta ley de sucesión y de un principio firmemente establecido de legitimidad, la coronación del Emperador dependía en gran medida de él. Solo la disciplina militar mantenía unida la estructura del Imperio, pero con el final de la dinastía de los Severos sobrevino asimismo el fin de aquélla. Durante los incesantes motines en los cincuenta años entre Alejandro Severo y Diocleciano, las tradiciones del antiguo ejército romano se destruyeron y la organización se colapsó. En el siglo IV, la legión era ya algo muy distinto a lo que había sido anteriormente. En las fronteras, los soldados vivían diseminados en granjas con sus mujeres e hijos y no bajo la antigua y estricta disciplina del campo militar. Los grandes propietarios de tierras que se habían mudado de la capital a las provincias y que administraban personalmente sus haciendas eran los encargados de proporcionar los reclutas. Así, hordas de pueblos germánicos auténticamente bárbaros se alistaron y desde entonces el ejército empezó a ser cada vez más germánico. Se puede decir que el Imperio empezó a

barbarizarse desde el ejército. El resultado fue que el antiguo edificio constitucional, al menos en Occidente, empezó, más o menos rápidamente, a derrumbarse completamente.

Éste es el punto de partida de un nuevo periodo en la historia de los pueblos Latino-Germánicos. Por un lado, está el Imperio romano universal desmoronándose y dejando remanentes de su cultura y civilización y por otro, están las tribus germanas con un vigor y una frescura juveniles. Estos dos factores pusieron en marcha el gran proceso histórico que nos lleva hasta hoy. Me gustaría ahora explicarles el sentido de este proceso mediante un repaso rápido a sus distintas fases desde el punto de vista de cómo el orden político y el orden militar se condicionaron e influyeron el uno en el otro.

Dentro de este proceso, podemos distinguir tres grandes épocas en las que tipos definidos de organizaciones militares y estatales aparecen unidos: la época del sistema de tribus y clanes, en el amanecer de la historia; la época del feudalismo en la Edad Media; y la época del militarismo en el periodo moderno. Este último periodo produce una doble imagen con, por un lado, estados militares absolutistas y por otro, sistemas más libres con predominio de planes defensivos basados en la milicia. Me gustaría a continuación hacer un breve comentario de las dos primeras épocas para posteriormente hablar con detenimiento de la tercera. Como veremos más adelante, se puede dividir la época del militarismo en tres periodos de acuerdo con las siguientes características: en el primero, desde el final del siglo XV hasta mediados del siglo XVII, el sistema de mercenarios todavía no estaba plena y permanentemente integrado en las instituciones políticas, ni tampoco la organización del estado se había afianzado en el tipo de estado centralista y absolutista hacia el que se dirigía. En el segundo periodo, desde mediados del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, se desarrollaron, por un lado los estados continentales absolutistas y militaristas maduros y por otro, Inglaterra, con su milicia, su Parlamento y su autogobierno. Por último, en el tercer periodo, en el siglo XIX, emergieron los principios interrelacionados de servicio militar universal y de orden constitucional del estado. Además, hay que recordarlo, la milicia se mantuvo y las fuerzas navales adquirieron una mayor importancia.

No tenemos demasiadas certezas de la primera época. Para nuestro propósito basta con tener en cuenta que tratamos con una organización social en la que el estado y el ejército son

unidades virtualmente idénticas. El sistema político alemán más antiguo tenía una característica asociativa-federativa; y si es correcta la hipótesis, en cierto modo atrevida, que permite considerar la centuria (*Hundertschaft*), el clan (*Geschlecht*^H) y el asentamiento tribal (*Gauansiedlung*^I) como idénticos, entonces tenemos ante nuestros ojos, de una forma concreta una asociación de clanes (*Sippenverband*) que es a la vez comunidad política y cuerpo militar. De todas formas, no hay dudas de que de alguna forma la organización del estado y la organización militar de la época dependían de la cohesión de los clanes y de que se corresponde con lo que conocemos de la organización de la vida primitiva a partir de las evidencias históricas y etnográficas. Los germanos iban a la guerra como clan y la estrecha solidaridad producida por los lazos de sangre y vecindad, además de por la completa comunión de intereses dio a su formación táctica, el *cuneus*^J o cabeza de verraco (*Eberkopf*), un sustituto ante la ausencia de la verdadera disciplina militar tal y como la conocían los romanos. Hasta qué punto los lazos de sangre eran una realidad o hasta dónde funcionó como idea, no es relevante. Lo importante es que existía un sentimiento de comunidad, un contrato natural de asociación que reunía a los guerreros y a sus lugares de asentamiento en una unidad política y militar.

Aparte de este elemento de asociación de la organización, no faltaba el elemento de autoridad, con una presencia mayor o menor dependiendo de los casos. Se comprueba en el sistema de caciques, en el principado tal y como Tácito lo detalla, y sobre todo, en la posición del duque como cabeza de la *civitas*^K durante los tiempos de grandes guerras. Incluso en los tiempos de Tácito, el sistema de caciques paso a estar bajo el dominio de un rey pero no por ello se alteró el carácter cooperativo básico de la política. Sin embargo, a lo largo de los siglos el elemento autoritario de los acuerdos políticos fue ganando peso sobre el elemento de asociación. Ya en la época de Tácito se observan los primeros movimientos en este sentido dentro de la organización militar, en concreto en torno al *comitatus*^L: el sistema de seguidores que designaban a un famoso cacique o líder militar para ser el centro de una banda de guerreros especialmente escogidos, ligados a él personalmente por un lazo de lealtad particular por el cual el anterior lazo familiar se reemplazaba por el de la pertenencia a la familia del señor.

Con la expansión de lo que originariamente eran unidades políticas reducidas a grandes alianzas tribales que abarcaban múltiples *civitates*^M, con el inicio de migraciones guerreras de pueblos enteros o con los asaltos de una simple tribu a las fronteras del Imperio romano, el poder real se fortificó y generalizó como elemento característico mientras que el contrato asociativo de las antiguas unidades de clanes se hizo cada vez más infrecuente, especialmente después de su asentamiento en tierras romanas. En el reino franco de los Merovingios, que realmente no fue asaltado por un pueblo de conquistadores con un rey militar elegido, sino que un gobernante de una antigua familia con el prestigio de unos orígenes sagrados —un auténtico déspota— lideró el ataque, el poder del rey se desarrolló de manera especialmente fuerte. Por consiguiente, se intentó extender a todos los sujetos la organización autoritaria venerada en la institución del séquito militar. El rey Merovingio tenía en los *antrustiones*^N no sólo una exclusiva comitiva a caballo estrechamente unida a él, sino también a sus grandes vasallos, que tenían originariamente una relación similar de lealtad y servicio, formando entonces una especie de séquito de segundo rango. Al final, el rey demandó a todo sujeto juramentos de lealtad y servicio (*fidelitatem et leudesamium*).

Este intento de transformar una organización asociativa de la vida militar y social en pleno colapso en una organización basada en el autoritarismo, no tuvo ningún éxito en esta forma. Pero, casi un siglo después de la incautación de la Galia, encontramos una poderosa clase emergente de propietarios de tierras que provenían de los antiguos *possessores*^O romanos o de concesiones reales de tierra, probablemente provenientes de líderes inferiores pero que tenían la importante particularidad de representar tanto en la paz como en la guerra a la autoridad real dentro de unos determinados distritos. Estos señores se rodearon además de enormes séquitos a los que gobernaban y proveían de una manera militar o patriarcal, como *señores*^P. Presumiblemente, este hecho sea el fruto de la unión de la actitud de servicio y lealtad germana en la forma de un séquito y de la relación patrón-cliente galo-románica — sin olvidarnos de la influencia de los soldados privados romanos al servicio de los propietarios de las tierras. Incluso los grandes propietarios de la iglesia mantenían esos séquitos militares y el sistema eclesiástico de beneficios proporcionaba la mejor manera de proveer tierras a los soldados sin perder completamente esas tierras. La posesión no dependía sólo del cumplimiento de unos servicios sino también de la renovación de la dádiva entre las

partes. A través de estas relaciones de vasallaje y beneficio, de servicio con un feudo, el sistema feudal franco adquirió su peculiar forma.

La política más inteligente de los gobernantes de la Casa de Arnulfo supo cómo enlazar esta institución con la autoridad central, y conllevó un éxito parcial de la tendencia anterior hacia a una organización autoritaria de las fuerzas armadas. Así, en contraste con la idea de una masa toscamente igual de sujetos, el sistema feudal presentó una forma de autoridad que se transmitía y se debilitaba a través de numerosos grados intermedios. En una sociedad basada en la economía natural, donde la población pasaba gradualmente de una vida militar a una agrícola, donde las comunicaciones no estaban desarrolladas y donde la aristocracia con tierras y personas dependientes se había establecido firmemente, este tipo de autoridad era la única que permitía obtener las fuerzas armadas requeridas para la época —es decir tropas a caballo con un alto grado de entrenamiento individual. Por supuesto, parte de la utilidad potencial de esta forma de organización del poder del estado se perdió cuando los feudos se volvieron progresivamente hereditarios, pero este cambio era más bien una expresión más refinada de las relaciones entre la más alta autoridad y la aristocracia, la cual se mantenía bastante independiente a pesar de todo. De esta forma, las instituciones feudales ejercerían durante siglos una influencia decisiva en la vida política y militar, e incluso por más tiempo en la vida social.

En términos militares, el sistema feudal significó la sustitución gradual de las antiguas levadas (mayormente infantería) por caballería pesada, cuyo éxito dependía no tanto del choque de un ataque masivo con unidades tácticas sino de la valentía y la destreza de cada caballero en combates uno contra uno. Las antiguas levadas no llegaron a desaparecer pero perdieron su importancia militar. El antiguo cemento del ejército alemán, los lazos de sangre y camaradería, perdió su fuerza con los cambios económicos y sociales que se dieron durante el asentamiento en Galia, es decir con el enraízamiento de la población en las tierras y con el auge de la relación de dependencia entre el vasallo y el señor. Y con las comunicaciones primitivas de una economía natural generalizada, no había otra manera de crear una armada disciplinada. Los soldados de a pie no estaban totalmente ausentes en las guerras medievales, pero solo se hallaban en las ciudades, donde más tarde las comunidades serían organizadas a la manera

militar. En suma, al menos durante los primeros siglos, su importancia era inferior a la de los caballeros.

Un importante cambio social estuvo intrínsecamente ligado a este cambio en la naturaleza de la guerra. El sistema feudal implicaba una diferenciación social permanente, un acto histórico y mundial de división del trabajo y de las ocupaciones, y así, los inicios de la formación de una estructura de clases comprensiva. La vocación militar fue segregada de la comercial: ambas se convirtieron en hereditarias. El estamento de los caballeros se enfrentaba al estamento de los campesinos por la posición de clase dominante; pero los caballeros estaban ligados a la clase de propietarios de tierras por lo que los campesinos, cuya ocupación había dejado de ser militar, se hundieron cada vez más en la servidumbre o en varios grados de dependencia.

Las consecuencias sociales del sistema feudal perduraron largo tiempo. En el continente, a pesar de limitaciones ni disminuciones, se mantuvieron hasta la Revolución Francesa — en otras palabras, hasta mucho después de que el sistema militar y e incluso político del feudalismo fuese reemplazado.

En términos políticos, el sistema feudal representaba una forma de la organización estado muy diferente de la típica en un estado moderno. El estado feudal carecía de atributos de soberanía — es decir de independencia más allá de sus fronteras y de unos derechos exclusivos dentro de ellas. La vida pública estaba dominada por la idea de una pirámide de poderes gobernadores, cada uno ilimitado dentro de su propia esfera pero con una deuda con el más alto poder de obediencia y servicio dentro de unos límites estrictamente definidos. Los estados no tenían todavía un área geográfica fijada, una consolidación interna o una distinción clara entre ellos. Así, el Rey de Inglaterra era el vasallo del Rey de Francia por las amplias zonas de tierra continental que éste último dominaba; el Emperador proclamaba su autoridad sobre toda la Cristiandad Occidental; el Papa, por último, anunciaba que todos los reyes cristianos eran sus vasallos y de hecho algunos reyes le reconocían este poder.

En términos internos, primaba el principio de *chaque seigneur souverain dans sa seigneurie*^Q. El poder del estado no estaba todavía concentrado en un punto sino disperso en

varios centros y sólo efectivo de una manera diluida en la cima. Era un tipo de organización del estado íntimamente ligada a una forma de organización militar pero al igual que ésta, basada en lazos entre grandes grupos de personas y en la existencia aislada de cada región, debido a una economía natural y a un estado de las comunicaciones sin desarrollar. Las contiendas armadas, las economías y las políticas conspiraron gradualmente para cambiar esta circunstancia. Así, las ciudades se volvieron centros con un comercio más activo; la vida política se hizo más integrada primero en las provincias individualmente y luego en los estados más grandes, aunque al principio sólo superficialmente. La sede Papal no obtuvo un éxito mayor con su idea de dominio universal que el Emperador con su idea secular de supremacía. Hacia finales del siglo XV, Francia, Inglaterra y España habían conseguido una cierta consolidación interna y algunos estados territoriales de Alemania e Italia iban adquiriendo una forma más o menos definida. Y una vez más, este proceso conllevó notables cambios en la organización militar.

Aproximadamente hacia los tiempos de las Cruzadas, la tradición de pagar salarios se empezó a introducir paulatinamente dentro del sistema militar feudal. Apareció antes y más claramente en Inglaterra, después en Francia e Italia y finalmente en Alemania. La precondition básica para este desarrollo era la extensión del comercio asentado en una economía monetaria, pero la causa principal fue la necesidad política de los gobernantes de desplegar de manera más efectiva su poder militar. En ninguna parte hubo un aligeramiento de la obligación militar feudal. En las grandes campañas, como la de Inglaterra en Francia y la de Alemania en Italia, siempre se habían demandado y otorgado compensaciones especiales, en forma de dinero o de concesiones de propiedades. En la Inglaterra de los siglos XII y XIII ya se podía eludir la obligación del servicio militar mediante el pago al terrateniente feudal, en general, en contra de la voluntad de los vasallos. De esta manera, el rey obtenía los medios para reclutar caballeros de pago y podía disponer de ellos con mayor libertad que con sus vasallos. En Francia, apareció el *hommage lige*^R que obligaba ilimitadamente, y Alemania se creó la institución del *Ministerialität*. Al final, el pago de salarios y de mercenarios se generalizó, especialmente en Italia. Así, la preparación para la guerra se convirtió en una cuestión financiera y después de los siglos XIV y XV, se observa que al preparar una guerra los gobernantes se esforzaban más en el pago exacto por parte de los vasallos y de otros sujetos que en el propio servicio militar. Esta fue una de las principales causas del desarrollo

de las asambleas de los Feudos, de los Parlamentos, *États-généraux*^S y *Landtage*, — al menos de su convocatoria con mayor frecuencia. El sistema feudal con sus centros de autoridad aislados fue desplazado por el sistema de estamentos, con la unificación de los estamentos en cuerpos corporativos a través de los cuales tenía lugar la participación común en los asuntos de la provincia o del estado.

Sin embargo, los elementos feudales reaccionaron con vehemencia contra este principio monárquico y de señoríos de crear una unidad política. Se opusieron a la incipiente consolidación del estado y a su autoridad. Intentaron mantener a toda costa su derecho a luchar — ya que el sistema feudal no impedía las guerras privadas. Con la entrada en escena de los pagos de salarios, los firmes lazos de las obligaciones feudales se deshicieron. Así, en el siglo XV los grandes señores de todos los países mantenían grandes séquitos armados, verdaderos ejércitos privados: los *grands seigneurs*^T en Francia, los *grandes* en España, los *lores* de Inglaterra, los príncipes en Alemania. En Italia, el sistema de los *condottiere*^U empezó a florecer con caballeros mercenarios, muchos de los cuales eran extranjeros y la mayor parte alemanes. Todo ello suponía un claro elemento en contra de los esfuerzos de los monarcas y del resto de estamentos para la consolidación del estado.

Mientras esta licencia feudal se mantuvo, no era concebible un funcionamiento regular del sistema de estamentos monárquico. En Inglaterra, no se dieron unas condiciones favorables hasta que la parte guerrera de la aristocracia quedó exhausta después de las Guerras de las Dos Rosas y se desgastaron a sí mismos; Enrique VII y sus sucesores prohibieron estrictamente cualquier ejército privado y de hecho los persiguieron. En Francia, se instauró en 1439 el principio por el que sólo el Rey tenía derecho a reclutar tropas y a recaudar impuestos para este fin. Así desapareció el reconocimiento del derecho de lucha y se estableció por principio el derecho exclusivo y soberano del Rey en asuntos de guerra. De una manera similar, en España Fernando e Isabel organizaron la santa *Hermandad* como una fuerza de paz monárquica, obligando a los *grandes* a abandonar sus ejércitos. En Alemania, tras la interminable pelea entre príncipes, caballeros y ciudades, la perpetua *Landfriede* de 1495 puso punto y final, al menos en principio, a esta anarquía feudal. En Italia, solo la invasión por parte de poderes extranjeros y el establecimiento de la ley extranjera permitió imponer ciertas medidas de orden.

Pero la reacción feudal no estaba todavía vencida. En realidad esto sólo ocurrió en Inglaterra. España todavía tendría su revuelta de los *Comuneros* en el siglo XVI. En Francia, las tendencias feudales y anárquicas se aliaron con tendencias constitucionales y estamentales en las Guerras Hugonotas e incluso en la *Fronde*^V del siglo XVII. Sin embargo, aunque la consolidación política no era completa, una buena parte se había logrado en los tres reinos occidentales en los cuales se había originado una menor o mayor autoridad monárquica con sus correspondientes instituciones estamentales. Mientras, en Italia, parcialmente bajo control extranjero, predominaban las tiranías. Y en Alemania, los príncipes se aseguraron una independencia completa del Emperador durante los conflictos de la Reforma y de la Guerra de los Treinta Años, y los territorios con sus sistemas monárquicos y estamentales se convirtieron en auténticos estados.

El menguante siglo XV se puede considerar como el final de la edad feudal. A partir de entonces entramos en la tercera gran época, la del militarismo. En alguna momento en la frontera entre ambas ellas surgió una importante institución que podría adscribirse tanto en la edad feudal como en la militar. Se trata de las compañías de artillería de Carlos VII de Francia. Desde el punto de vista del arte de la guerra, eran completamente unas unidades feudales: un ejército de caballeros y sus auxiliares organizados a la manera tradicional en lanceros (*Lanzen*). Sin embargo, desde el punto de vista de la organización política, eran algo nuevo: el primer ejército permanente en Europa basado en el derecho exclusivo y soberano del monarca de hacer la guerra. En el resto del continente, ésta fue una medida de la época y fue imitada por Carlos el Temerario de Borgoña y Maximiliano I de Austria.

Sería de interés echar un vistazo a uno de los grandes teóricos en el umbral de la nueva época, alguien que relacionó el arte de la guerra con el arte de la política - Maquiavelo. Este reformador de la ciencia política reflexionó de una manera muy instructiva sobre la organización militar y sobre su relación con la organización del estado y con la política. Su ideal político era de hecho la unificación nacional de Italia, a la que concebía como un estado federado más que como un estado unificado. Tenía claro que una república no iba a estar a la altura de la tarea, que solo un príncipe podría lograrlo y que requeriría ciertos usos extraordinarios de la fuerza militar. Pero en cuanto a la organización militar, su lema era: “No a los mercenarios extranjeros, no a los *condottieri* ^W”. Afirmaba que habían sido la ruina de

Italia y que la habían convertido en una tentación para el dominio de los extranjeros. La nueva Italia debía descansar, según él, en un ejército del populacho y en el servicio militar universal, pero no en la forma de un ejército permanente — lo que le parecía financieramente imposible —, sino más bien en la forma de una milicia convocada sólo en tiempos de guerra y que en tiempos de paz practicase el uso de la armas únicamente en vacaciones o en horas de ocio.

Se puede observar que la idea de Maquiavelo no llega tan lejos como para, eventualmente, aseverar su proclamación como profeta del servicio militar universal, en el sentido moderno del término. En realidad, su idea se remonta a la antigüedad, a Livio; y en la práctica, su experimento con la milicia no tuvo éxito en el tiempo en el que ocupaba el cargo de Secretario de la República de Florencia. A pesar de todo, subyacía escondida una idea con un futuro prometedor, tal y como veremos cuando nos percatemos de cómo el concepto de milicia mantuvo su importancia en tiempos posteriores. Lo que Maquiavelo no deseaba de ninguna manera era su propia invención ya que efectivamente había adquirido cierta forma en otras partes del mundo. Conocía el intento de Carlos VII de Francia de formar una milicia campesina de *francs-archers*^X(*Freischützen*). Ésta complementaba a las compañías de artillería, proveía de una infantería a la caballería y se erigía y armaba en los condados. No sé si Maquiavelo estaba familiarizado también con el modelo inglés de los *francs-archers*^Y, esos arqueros que durante las guerras de los siglos XIV y XV dieron a los ingleses una superioridad inicial decisiva frente a los franceses, constituidos básicamente por hordas de caballeros. Esta institución, sin embargo, se remonta a la antigua milicia inglesa, creada en 1184 bajo la declaración de Enrique II, *Assisa de armis habendis in Anglia*^Z. Casi al mismo tiempo que desaparecían los campesinos de las armadas alemanas, en Inglaterra la población libre — hasta el punto que no estuviese bajo obligación feudal — se organizó para la defensa del país en clases de acuerdo con la propiedad de sus tierras, rememorando el sistema timocrático de las milicias civiles de la antigüedad. Ésta fue una parte esencial del sistema de autogobierno que se estableció bajo Enrique II. El autogobierno y la milicia iban de la mano. El contexto social que permitió este desarrollo se formó gracias a que en Inglaterra el sistema feudal y la servidumbre de los campesinos, no había reemplazado totalmente a los poseedores de feudos francos y de hecho, el sistema feudal empezó a desaparecer desde mediados del siglo XIV. Por esta razón, la milicia inglesa se mantuvo y se desarrolló tanto que esos arqueros podían ser usados incluso en las guerras en el extranjero. Por el contrario, en Francia

la misma institución no funcionó tan bien. No produjo soldados fiables y parecía peligroso armar a las poblaciones rurales con unas tierras organizadas a partir del sistema feudal que se mantenía. Luis XI abolió entonces la milicia campesina y en su lugar contrató a mercenarios suizos, que se convirtieron en el núcleo de la infantería francesa. De todas maneras, es interesante que en el inicio de la época del militarismo, la idea de milicia — con sus complementos y sus contrastes — se volviera prominente.

En efecto, el avance en el arte de la guerra y en la organización militar que hizo posible el desarrollo del militarismo en el continente, se derivó de las milicias campesinas. Los suizos se convirtieron en los profesores de todas las naciones. El secreto de su éxito militar contra los ejércitos de caballeros — los austriacos en el siglo XIV y los borgoñeses en el siglo XV — partía de su comprensión para formar un cuerpo táctico — es decir de cómo mover y desplegar grandes masas de tropas de acuerdo con un plan unificado y enfocado a objetivos de guerra concretos. Hasta que estos métodos no se aplicaron con éxito, la infantería utilizable no emergió de nuevo y eventualmente probó ser incluso superior a los caballeros en los combates individuales. Esta superioridad no se debía a su posesión de armas de fuego — que todavía no jugaban un papel decisivo en el ejército suizo —, sino a su solidaridad táctica. Esta solidaridad de los confederados suizos no estaba basada en el adiestramiento sino en su acostumbramiento permanente a la guerra y, en particular, en la moral y el factor político de una comunidad ordenada y vivida que unía el sentimiento de solidaridad común entre los vecinos al reconocimiento de la autoridad de un líder. En otras palabras, era algo semejante al poder moral que animaba el antiguo *cuneus*^{AA} germano, transformado en cuerpo táctico. Esta capacidad de organización fundada en un sentido de comunidad, esta solidaridad de camaradería, se puede encontrar a lo largo de todo el periodo del feudalismo en tierras germanas, donde campesinos libres estaban enamorados de su organización comunitaria, en particular tengo en mente a los *Ditmarschen*. Entre los Husitas, el fanatismo nacional y religioso tenía un rol similar.

Las tácticas suizas se impusieron. Allanaron el camino para el final de las contiendas feudales e hicieron de la infantería el factor decisivo y determinante de las guerras modernas, por encima de la caballería. Sus efectos se sintieron en todos los países continentales. Pero, mientras los franceses se contentaban con enrolar a los suizos con los gastos consiguientes,

los españoles y los germanos modelaron sus sistemas de guerra a semejanza del suizo, pero con sus propios hombres. La imitación germana fue los *Landsknechte* cuyo reclutamiento era tenía lugar, mayoritariamente, entre jornaleros fornidos, y que podían usar las tradiciones cooperativas de los gremios y de las uniones de jornaleros para su disciplina. Sus líderes siguieron el modelo italiano de los *condottieri*^{BB}.

Estos ejércitos de mercenarios que libraron principalmente las guerras del siglo XVI y en particular las del siglo XVII y que después se ejercitaron sistemáticamente a las ordenes de grandes organizadores como Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo de Suecia, se convirtieron en los ejércitos permanentes de los siglos XVII y XVIII. En general, los antiguos ejércitos de mercenarios de los siglos XVI y XVII no habían sido instituciones de estado. Al ser erigidas sólo como medida extraordinaria y para específicos objetivos temporales, no estaban ligadas al estado ni a su constitución de manera duradera o sistemática. Ni siquiera los ejércitos de Mauricio de Nassau o de Gustavo Adolfo de Suecia eran una excepción. El nuevo tipo de organización militar empezó entonces fuera de la organización del estado. No había lugar para los ejércitos de mercenarios en el orden político, tanto de carácter constitucional como estamental, que se desarrolló después del final del siglo XV en oposición a la anarquía militar feudal. El espíritu de este orden político era pacífico y dirigido hacia la prosperidad y el orden en vez de hacia el poder militar. Este era el caso de los territorios germanos y de Inglaterra, y este espíritu se manifestó también en los “Estados-Generales” franceses del siglo XVI. Pero en el continente, el ideal de una sociedad política pacificada, absorto en la persecución de prosperidad y cultura, murió en la vida. Los enormes antagonismos políticos de entonces no permitieron su desarrollo. Desde el momento en el que prendió la violenta rivalidad entre Francia y los Habsburgo — una lid que duró casi dos siglos y que era una lucha por la supremacía en Europa a expensas de la cual vivió la antigua idea medieval de imperio — no hubo una paz duradera en Europa. Cuando en mitad del siglo XVII, la Francia de Richelieu y Mazarin triunfó sobre el Emperador y España, se convirtió en decisiva la resistencia ante las tendencias de Luis XIV por la dominar del mundo. La constante rivalidad entre los Grandes Poderes, todavía mezclados con diferencias confesionales; la permanente tensión política que invariablemente provocaba más esfuerzos militares, destinados a preservar la independencia de los estados y por ello la base de toda su prosperidad y cultura; en suma, las políticas de poder y las políticas de equilibrio del poder crearon los cimientos de la Europa moderna: el

sistema internacional así como el sistema absolutista de gobierno y el ejército permanente del continente. Inglaterra, con su seguridad insular, no estaba directamente expuesta al peligro de esas guerras. Necesitaba no tanto un ejército permanente - al menos no de proporciones como las del continente -, sino una marina que sirviese tanto para los intereses comerciales como para los objetivos militares. En consecuencia, no desarrolló absolutismo alguno. Absolutismo y militarismo van juntos en el continente como el autogobierno y la milicia lo hacen en Inglaterra. La principal explicación para la diferencia entre Inglaterra y el continente en la manera en la que se desarrolló la organización política y militar — diferencia que se acentuó después de la segunda mitad del siglo XVII — reside en la situación exterior.

En los estados continentales el ejército se convirtió en la columna vertebral del nuevo gran estado centralizado. Para hacer posible que la corona francesa luchase contra España y Austria, Richelieu suprimió con fuerza el particularismo de las provincias creando así un estado absolutista unificado que de hecho era hasta entonces desconocido. El germano *Landsknechte* de Bernhard de Weimar formó entonces la base de la gran ampliación de la armada francesa que puso fin a la guerra con España. De manera similar, solo después de una lucha con los estamentos por el mantenimiento del ejército permanente, el Gran Elector de Brandenburgo integró su territorio con Cleves, Prusia Oriental y todos los territorios que estaban unidos en unión personal bajo su cetro, en un estado unificado. El estado de Prusia del siglo XVIII de hecho descansaba más sobre el ejército que sobre sus territorios desconectados. Austria y España mostraron en general las mismas tendencias pero no con los mismos resultados. Por todas partes el sistema de *condotta*^{CC} decayó ante la disciplina del ejército monárquico. Los coroneles dejaron de ser emprendedores militares privados para convertirse en sirvientes del estado. De aquí en adelante, el soberano y no los coroneles, nombraría a los oficiales; él mismo tomó el mando supremo. Se creó una jerarquía de grados de servicio, culminando en el monarca. Sus comisarios militares se encargaron de mantener y abastecer el ejército, de los pagos regulares de los salarios y de las provisiones en el campo. Tanto en Francia como en Prusia sobrevivió durante el siglo XVIII cierto remanente de la antigua empresa militar solo en el ámbito específico de las economías de la compañía, que eran dirigidas por el capitán. El capitán se encargaba del reclutamiento de las tropas y de la preparación militar de la compañía. Para ello disponía de una cantidad global de la que no

tenía rendir cuenta a posteriori. Y sobre todo, tenía el reclutamiento en sus manos, casi como un asunto privado.

En Francia, la posibilidad de venta de los grados de los oficiales mermó en cierta manera la severidad de la disciplina monárquica. No ocurría nada de esto en Prusia. En general la tendencia a alejarse del antiguo ejército asalariado está clara: el resultado fue la socialización del ejército. Pero al igual que el ejército se había desarrollado fuera del entramado del estado, continuó ocupando una posición especial en el estado, con su propia policía militar y su propio sistema judicial y religioso, excluyendo de esa forma a los órganos civiles. El ejército era, por decirlo así, un cuerpo extranjero en el estado. Era un instrumento del monarca, no una institución del país. Fue creado como una herramienta de poder político en la esfera exterior pero al mismo tiempo sirvió para mantener y extender el poder soberano en casa. Cualquier resistencia a este vasto instrumento poder real se fue imposible dentro del país. El ejército encarnaba de la manera más clara y más posible la nueva idea de estado — la del poderoso y centralizado gran estado absolutista.

El mantenimiento del ejército se convirtió en la principal tarea de la administración financiera del estado. Esto llevó a una extensión sin precedentes de la carga fiscal y en consecuencia, a un sistema económico peculiar dirigido a incrementar los depósitos de dinero en efectivo y al mismo tiempo a alentar y estimular la producción artificialmente, especialmente en la industria. La vida económica no se podía dejar a su aire ya que debía servir los fines dictados por la *raison d'état*. Este tipo de pensamiento conllevó el florecimiento absoluto del sistema de regulación comercial que está asociado a la política económica mercantilista. Políticas de poder, mercantilismo y militarismo están todos relacionados.

El estado absolutista militar pasó a ser el estado tutelar policial, que entendía la *salus publica* inscrita en su bandera, no en el sentido de la felicidad individual de sus sujetos sino en el sentido de la preservación y fortalecimiento del estado en su conjunto. Al mismo tiempo, las instituciones del ejército se insinuaron de una manera importante en la esfera de la administración civil. Esto era particularmente evidente en Prusia, que constituye el clásico ejemplo de estado militarista. Allí, la organización administrativa al completo se amoldaba y

servía a los objetivos militares. De los comisarios militares vinieron los actuales órganos policiales provinciales. Cada ministro de estado era llamado también ministro de la guerra; cada consejero de la cámara administrativa, cada consejero fiscal, era también conocido como consejero de guerra. Antiguos oficiales se convirtieron en consejeros provinciales, incluso en presidentes y ministros. Los consejeros administrativos eran reclutados en gran parte entre oficiales regimentados de alto rango del servicio de intendencia y auditores de guerra. Los rangos más bajos de la burocracia se llenaron lo máximo posible con suboficiales retirados y veteranos inválidos.

De esta manera, el estado en su conjunto adquirió un molde militar. El sistema social entero se situó al servicio del militarismo. Nobles, ciudadanos de distrito y paisanos existían realmente, cada uno en su esfera, sólo para servir al estado — tenían todos que *travailler pour le roi de Prusse*^{DD}.

Sin poder obviar la existencia de una cruel coerción, de muchas violaciones de la letra estricta de la ley, se estableció este nuevo orden de cosas. Para los campeones de los “buenos tiempos pasados”, de la ley antigua y los antiguos estamentos, esto parecía como una revolución desde arriba. Por todos lados, la corona tenía que lidiar inicialmente con una mayor o menor resistencia terca de la nobleza. Pero el reinado de Luis XIV tuvo un tinte marcadamente burgués, al igual que el de Federico Guillermo en Prusia. Y la lucha con la burguesía no fue en ningún sitio una lucha a muerte. Acabó en compromiso, y encontramos a lo largo de todo el siglo XVIII a la nobleza convirtiéndose en el soporte de las nuevas monarquías. Esta alianza entre la monarquía absoluta y la nobleza es un rasgo característico de todo el *Ancien Régime*^{EE}. Descansaba, por un lado, en el hecho de que la corona dejaba intactos los privilegios sociales de la nobleza y del antiguo orden social de las tierras y por otro lado, suponía que la nobleza iba ocupando los cuerpos de oficiales en el ejército permanente. Ambos estaban íntimamente conectados. Los recuerdos del feudalismo fueron reavivados de manera deliberada y usados para dar una cohesión moral y política a los cuerpos de oficiales. Se puede afirmar que el sentimiento de vasallaje, supuestamente muerto, resultó ser uno de los factores morales que ayudaron a la construcción del espíritu de la clase moderna de oficiales. En Prusia, el derecho exclusivo de los nobles de poseer señoríos se

mantuvo y así, seguían siendo capaces de proporcionar los reemplazos militares para los cuerpos de oficiales.

El abastecimiento de reclutas todavía estaba en principio basado en el alistamiento voluntario. Por ello, tanto en Francia como en Prusia, se completaban los nativos del país con un amplio número de extranjeros. De todas formas, la antigua idea de milicia no desapareció del todo. En Francia, desde Franco I hubo repetidos intentos de organizar una milicia campesina paralela al ejército permanente para defender las tierras. Incluso en Alemania encontramos desde el final del siglo XVII un esfuerzo de los territorios individuales por poner en marcha unos cuerpos de defensa territoriales (*Landesdefensionswerk*). En este caso, es reseñable que la organización de esta milicia estaba conectada con el sistema de señoríos territoriales. La *Wibranzen* de Prusia Oriental del siglo XVII fue un ejemplo de semejante milicia de los señoríos locales. En Hannover durante los siglos XVII y XVIII existió una milicia de señorío codo con codo con el ejército permanente del monarca. Igualmente, en Francia la milicia se convirtió una institución real pura bajo Luis XIV. Después de 1688 lograron organizarla de una manera tolerable. Por norma, se destinó sólo a la defensa del país y se componía de unidades especiales pero de vez en cuando se usó también para rellenar las filas de campo del ejército en las guerras exteriores.

También en Prusia, en este periodo, y particularmente en el Guerra de Sucesión de España, afloraron nuevos intentos de crear una milicia real. De manera significativa, la milicia tenía que componerse de paisanos de los dominios reales — al parecer, nadie se atrevía todavía a reclutar a miembros de la nobleza. No encontramos en Prusia un envío real de reclutas por parte de los señoríos, tal y como era el uso en las provincias austriacas. Pero incluso allí se hizo costumbre imponer a las autoridades locales, que estaban en parte en las manos de los señoríos, un número específico de hombres que debían proporcionar - a pesar de que el pago en efectivo permitía su elusión y de su completa desaparición cuando Federico Guillermo I aumentó de manera considerable el ejército. La milicia fue entonces suspendida y hasta se prohibió su denominación. El Rey quería tener solamente su poderoso ejército permanente. El alistamiento voluntario no era suficiente para mantenerlo y así experimentaron durante cierto tiempo con las levas. Cuando éstas crearon mucho malestar a lo largo del país, provocaron la resistencia de los propietarios rurales y condujeron a los jóvenes a cruzar la

frontera, el Rey las prohibió formal y públicamente — aunque no puso objeción alguna a que sus capitanes obtuviesen hombres de los distritos señoriales si podían hacerlo sin provocar disputas o violencia.

En este punto se hizo manifiesta una cierta solidaridad de intereses entre los capitanes y los nobles propietarios de señoríos ya que ambos compartían los mismos fundamentos sociales. Los capitanes tenían interés en el reclutamiento de los nativos ya que se hacían mejores soldados y de mayor confianza, desertaban con menos frecuencia y costaban menos que los extranjeros. Además, estos hombres, una vez entrenados, podían recibir un permiso para parte del año y así los capitanes se ahorraban el precio de los salarios y los propietarios de los señoríos no perdían a los jornaleros necesarios durante la recolecta. Un noble señorial que fuese también oficial o que quisiese proporcionar algunos hombres a un oficial que fuese familiar o amigo, disponía de ellos del mismo modo en el que lo hacía anteriormente el Rey con sus paisanos para la milicia. De todas formas, incluso este sistema de reclutamiento tenía el aspecto de una milicia ya que, los hombres entrenados sólo pasaban dos meses en el servicio militar, durante las grandes maniobras. El resto del tiempo, estaban en casa de permiso. Así, sin ninguna prescripción legal expresa, las quintas se convirtieron en práctica habitual en el campo y el Rey ratificó esta práctica en 1733 asignando a los regimientos y a las compañías individualmente, unas áreas específicas de reclutamiento, los denominados “cantones”.

El sistema prusiano de cantones se fundaba entonces sobre un ensamblaje del ejército de mercenarios y de la milicia, basado por un lado en la disciplina monárquica del ejército permanente y por otro, en la división de la población en señoríos. Al igual que la nobleza formó la clase de oficiales y tenía la obligación moral de realizar el servicio militar, se esperaba de los hijos de los campesinos que ocupasen los rangos ordinarios. El sentimiento de la época antigua de la superioridad del noble sobre el campesino, el hábito de mandar de una categoría y el de obedecer de la otra, el elemento patriarcal que fue anteriormente una parte inextricable de las relaciones sociales e inspiró en el soldado común confianza en el liderazgo del Junker — todo esto proveyó de unos fuertes cimientos a la disciplina militar, que estaba más avanzada en Prusia que en cualquier otro poder militar. Naturalmente, las palizas jugaron un importante papel en el entrenamiento militar al igual que lo hacían en casa, en las granjas,

pero los castigos crueles y duros que se suponían suplementos indispensables (como el *running the gauntlet*^{FF}) estaban diseñados más para la chusma extranjera que para los soldados de los cantones y emanaban de las tradiciones de los ejércitos de mercenarios.

El sistema de cantones ha sido llamado, no sin justificación, el precursor del servicio militar universal: sin la educación militar de las clases bajas y la habituación al servicio militar que proporcionó, difícilmente Prusia hubiese sido el estado en el que este principio tuvo sus primeros éxitos. De todas formas, el espíritu del sistema de cantones era muy diferente del servicio universal. El sistema de cantones se basaba en la estructura social de la época, el sistema de señoríos, que mantuvieron los gobernantes absolutistas del *Ancien Régime*^{GG} — se basaba en la distinción entre clases privilegiadas y no privilegiadas. El servicio militar universal se basó en la idea de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley.

Con esta idea que muestra tan claramente la conexión entre organización política y militar, entramos en la tercera época contemporánea, la época del militarismo.

El principal impulso subyacente al cambio general ocurrido vino de la Revolución Francesa. En las Guerras Revolucionarias, Francia se integró en una nación con una conciencia política unificada. Los ejércitos franceses revolucionarios se hicieron un poco diferentes de los que habían sido los ejércitos del *Ancien Régime*^{HH}: una nación en armas, inspirada por el entusiasmo nacional y las ideas democráticas de libertad, se enfrentó a los antiguos ejércitos de mercenarios de los estados absolutistas. Excelentes estrategias vieron cómo formar tropas de confianza de este material nuevo; y más genial entre ellos, Napoleón, sobre las fundaciones del alterado orden político y social creó nuevas estrategias y tácticas con importantes implicaciones en el futuro. Las metódicas contiendas armadas del pasado, con su preferencia por las maniobras en vez de por la batalla; con su lento y precavido movimiento ligado a los condicionantes de un sistema central de almacenamiento; con su búsqueda del agotamiento más que el aplastamiento del enemigo; con su rígidas tácticas lineares, condicionadas por la necesidad de disciplina para mantener a las tropas juntas; y perjudicado a cada paso por el azote desde los ejércitos mercenarios — la deserción —, este enfoque antiguo se reemplazó con estrategias y tácticas más poderosas y osadas. Este nuevo sistema movió a masas de personas por la mitad de los continentes a una velocidad sin precedentes; cambió los almacenes centrales por la requisición de provisiones sobre el

terreno; cambió las tácticas lineares por ataques con columnas y luchas dispersas, confiando en el espíritu de los hombres y con un único objetivo – localizar y aniquilar las fuerzas enemigas. Con estos nuevos métodos de hacer la guerra, Napoleón arrolló a los estados de la antigua Europa y les forzó a apelar al mismo espíritu que había hecho posible este sistema en primer lugar – el espíritu del esfuerzo voluntario, de un interés espontáneo por la defensa del país- en suma, al civismo militar y civil de una nación. La necesidad de reestructurar la organización militar en concordancia con este espíritu conllevó, entre los pueblos capaces de ello, una reestructuración correspondiente en la organización del estado.

Sin embargo, Francia, que bajo Napoleón obtuvo los mayores éxitos con su nueva organización militar, en lo que se refiere a los cambios en el espíritu público no fue capaz de dotar a esta organización de una forma propia de manera que se la pudiese considerar la expresión absoluta del nuevo principio político y social. Cuidar a las clases propietarias implicaba que el sistema de quintas todavía aceptase la sustitución. Nadie se atrevió a llevar hasta sus últimas consecuencias la idea del servicio militar universal. Esto solo ocurrió en Prusia. La tierra clásica del militarismo absolutista dio lugar a la más prematura y pura realización de la idea moderna del servicio militar y de ahí puso en pie la norma para todos los poderes militares modernos. Los requisitos previos para ello fueron la liberación de los siervos y la suspensión de los privilegios de los señoríos; el resultado fue la irresistible tendencia hacia la libertad política constitucional.

La consecuencia inmediata fue una posición totalmente distinta del ejército en el estado y en la sociedad. Los extranjeros desaparecieron del ejército. El empleo de soldado dejó de ser una profesión de por vida. Se convirtió en una etapa normal en la vida de todo ciudadano fuerte y sano. La división entre guerreros y la ciudadanía — los luchadores y los alimentadores — se superó. Ocurrió una regresión, por decirlo así, en el más alto nivel de civilización hacia un estado original donde en principio cada hombre era un guerrero — una eliminación o corrección de la histórica y fatídica división del trabajo a través de la cual emergió en la edad feudal una clase dirigente y otra servil. El individuo en un estado moderno recibe una educación con dos caras, una militar y otra civil. El sistema entero descansaba en ese concepto alterado del estado, concepto cuyo germen había sido el despertar de la conciencia política entre la población, la imagen del estado como un asunto no meramente de

los dirigentes sino de los dirigidos y siendo concebidos como una comunidad, como una personalidad colectiva corporativa. Esto también supone una regresión — hacia la antigua idea asociativa del estado que, por supuesto, en Prusia permaneció a pesar de una tirantez no resuelta con la organización autoritaria altamente desarrollada.

Este doble aspecto de la *raison d'état* encuentra una expresión genuina en la original distinción entre los *Linie*^{II} (ejército regular) y los *Landwehr*^{JJ} (ejército de defensa territorial). Los *Linie* continuaron las tradiciones del antiguo ejército permanente con su organización y disciplina monárquicas; los *Landwehr* continuaron más con la idea de milicia — la noción de una nación en armas. Sehnhorst y Boyen intentaron infundir un espíritu distintivo en los *Landwehr* diferente del propio del ejército regular y sus esfuerzos se encontraron con el apoyo entusiasta de los patriotas de las Guerras de Liberación. Se suponía que los *Landwehr* tenían que ser una formación en sí, ser comandadas al completo por un capitán de *Landwehr* más que por oficiales profesionales; que sus unidades conformasen las unidades de la administración civil local y absorber parte del espíritu de autogobierno que estaba entonces proyectado para la administración civil.

Una ilustración clara de lo lejos que llegaron estas tendencias nos la provee *Catechism for the German Landwehrmann* de E. M. Arndt, publicado en 1813. El espíritu de obediencia ciega e incondicional tenía que desaparecer según esta narración. La idea nacional debía tener primacía sobre la disciplina militar y los *Landwehr* debían luchar únicamente por las grandes posesiones nacionales. Éste era un espíritu similar al que animó al ejército español después de la insurrección de 1808. Este ejército incluso libró una guerra de liberación sin un rey. Era un espíritu que podía fácilmente degenerar en el espinoso fenómeno de un ejército político, como le pasó al español quien mediante sus pronunciamientos y su implicación en las luchas de los partidos políticos se convirtió en la maldición del país. En Prusia las cosas no alcanzaron este estado; el elemento básico de la autoridad monárquica del antiguo estado militar era demasiado fuerte. Después de 1819, los *Landwehr* se fueron integrando en el ejército regular hasta que la reforma de 1860 los hizo desaparecer en su forma pura. Así, el servicio militar universal alcanzó su realización completa y final, no como una extensión de la idea de milicia sino como una extensión de la institución del ejército permanente. Y se desarrolló un militarismo moderno que adquirió rasgos esenciales del antiguo.

Es muy interesante observar cómo este fenómeno estaba conectado con el cambio decisivo en la constitución de Prusia. Se puede afirmar que, en cierto sentido, el servicio militar universal estaba íntimamente ligado a la idea de una constitución representativa. Una constitución representativa — esto es, la participación del pueblo en las funciones del estado a través de sus representantes — era el resultado necesario de ese cambio en la atmósfera política que llamaba al servicio universal. Los hombres de estado que hicieron del servicio universal su programa, también tenían en mente el autogobierno y la constitución representativa. Para ser sinceros, la introducción del servicio universal no se acompañó de una realización inmediata de estos planes, pero una constitución representativa era igualmente el complemento necesario para el nuevo sistema político y militar. En Prusia, esta constitución — para gran disgusto de los radicales — dejó intactas las relaciones entre la Corona y el ejército. Éste último todavía debía lealtad al Rey y no a la constitución. La Corona poseía entonces una fuente cierta y real de poder que le aseguraba el dominio de la vida política, sin poder reconciliarse, fácilmente, con la teoría del gobierno parlamentario tal y como se desarrolló en Inglaterra. Por esta razón la reforma de 1860, que aumentó en gran medida el tamaño del ejército a la vez que lo organizó de una manera más estrictamente monárquica, fue acompañada de un conflicto constitucional cuya cuestión central era si la Corona o el Parlamento debía tener jurisdicción sobre el ejército y si los derechos del Parlamento de realizar el presupuesto incluían el poder de cuestionar el presupuesto militar año tras año.

Los partidarios de los derechos parlamentarios señalaron a Inglaterra. Allí, desde la Revolución de 1688, el pequeño y recientemente creado ejército permanente obtenía su base legal sólo de la renovación anual de la aprobación parlamentaria. No eran simplemente los medios de mantenimiento sino el poder de comandar y ejecutar la disciplina y la justicia militar lo que dependía de esas resoluciones anuales del Parlamento, además de que cada año se enfatizaba expresamente que el ejército permanente era ilegal de no renovarse la aprobación. Las fuerzas armadas establecidas por ley eran la milicia y la marina. No se mantuvieron sobre ese precario terreno legal porque no podían poner en peligro las libertades del país. Es cierto que la milicia era el arma de la clase de propietarios para mantener las condiciones existentes y el orden público, pero la marina era una institución popular, era el célebre y exitoso instrumento de la política comercial y del poder marítimo de Inglaterra, el verdadero bastión de la defensa de la nación, libre de cualquier vestigio absolutista y

militarista, y libre de la sospecha de que un monarca absolutista pudiese alguna vez usarla para derribar la constitución parlamentaria.

El ejército permanente de Inglaterra estaba entonces en una posición excepcional, por las propias circunstancias únicas y la historia del país. Un poder continental como Prusia no podía conformar unas fuerzas armadas que dependiesen de las resoluciones de mayorías parlamentarias cambiantes. Con esta convicción, el gobierno de Prusia luchó contra la crisis constitucional de 1862-1866 y como resultado, el principio de gobierno parlamentario en la línea de Inglaterra no vio la luz. El sistema prusiano de monarquía constitucional, en contraste con el verdadero gobierno parlamentario, correspondía a la estructura de su organización militar, la cual mantenía al ejército bajo la mano del monarca. El sistema se duplicó en otros estados germanos y por analogía, se trasplantó al resto del Imperio.

Así, mediante la reforma de 1860, la organización militar consiguió la armonía con el principio político constitucional de predominio de la Corona. Pero consideraciones sobre la estructura social del estado y sobre el entrenamiento de las altas profesiones que no tenían nada que ver con consideraciones puramente militares, pervivieron en la institución de un servicio voluntario de un año de duración con preferencia en el reclutamiento para aquellos provenientes de las clases acomodadas y educadas. Cuán íntimamente ligada estaba la educación del pueblo con las instituciones militares puede ser observada en la frecuente y deplorable influencia que la prueba de capacidad para un año de servicio ejerció en nuestro sistema escolar. La abolición de esta institución ha sido reclamada desde el punto de vista tanto del sistema educativo como del sistema militar, hasta ahora sin éxito. Francia, que imitó el servicio militar de Alemania en 1872, ha ido más allá del ejemplo germano y ha hecho del servicio militar, como la ciudadanía, igual para todos.

Además, incluso aunque los privilegios de la nobleza hayan sido abolidos aquí, en nuestra clase de oficiales ha persistido el principio aristocrático, hasta un grado desconocido en Francia. Una aristocracia de educación y de prosperidad ha reemplazado la aristocracia de sangre. Por otro lado, en principio esta aristocracia está tan estrictamente separada, a pesar de ciertas excepciones individuales, de los suboficiales como la alta burocracia lo está de la baja. Además, el carácter actual de los oficiales de bajo rango se deriva en buena parte de aquellos

suboficiales que fueron preparados con medios de los trabajos civiles. El militarismo, generalmente de una manera decisiva, todavía ocupa a día de hoy nuestro sistema político y nuestra vida pública. Incluso la democracia social que, en principio, reniega de todo militarismo, le debe no sólo la disciplina en la que descansa en gran medida la organización de partidos sino que incluso ha adoptado inconscientemente la medida de la coerción del individuo por la comunidad, herencia del estado militar prusiano.

Se ha afirmado a menudo que existe una relación inherente entre el servicio militar universal y el sufragio universal, en el sentido que parecen los dos lados de la misma ecuación. Esto apenas ha sido probado por la historia pero la ecuación no es inútil. Un fenómeno que encontramos repetidamente en la historia es que el cumplimiento de las obligaciones públicas ha llevado, a largo plazo, a la adquisición de derechos públicos. A aquél que se pone al servicio del estado, lógica y justamente se le deben conceder los derechos normales de la ciudadanía. Pero desde luego, el sufragio universal, igualitario y directo no era una consecuencia automática.

Sin duda, hay algo democrático en el principio del servicio militar universal pero sólo en el sentido que expresó Hardenberg cuando recomendó unas “instituciones democráticas bajo un gobierno democrático” en su gran Memorandum reformador de 1807. El elemento monárquico se aferra al militarismo moderno incluso cuando éste ha desaparecido de la constitución. La Francia republicana no ha sido capaz todavía de alcanzar un equilibrio entre su organización del estado y su organización militar. El militarismo y las repúblicas juntos no van demasiado bien. La existencia del ejército se ha mantenido siempre como un desafío para la constitución republicana; ya que el ejército por su naturaleza reclama un rey a su cabeza, mientras que el Presidente de la República es por naturaleza un civil. Por otro lado, la tendencia antimilitarista de las políticas radicales no se puede parar. Pero sea como fuere, la administración central del estado, el espíritu burocrático completamente desarrollado que puede sentirse hasta en las modernas instituciones de autogobierno, está en concordancia con la organización militar. La República es joven pero el pueblo francés y su historia son ancianos y más que la presión del frente extranjero, son el hábito histórico y la tenacidad de la tradición los que mantienen el militarismo en Francia.

Así como en Francia la ausencia de un monarca estaba detrás de la tensión entre la organización política y la militar, en Austria-Hungría era la ausencia de un estado unificado. El ejército moderno se había creado para el estado monárquico unificado. La imposición fracasada de una unidad política real en la Monarquía de los Habsburgo se podía mantener siempre y cuando, a la antigua usanza, el ejército perteneciese al monarca y no al país. Pero con la era del gobierno constitucional y del servicio militar, las fuerzas del separatismo nacionalista han crecido en actividad y la cuestión ahora es si se mantendrá el uso del alemán como norma y con él, la unidad del ejército. Tal como está, el ejército *Honved* de Hungría se erige al lado del ejército permanente en cierto modo de la misma manera en que en Inglaterra la milicia completaba las tropas móviles o de la misma manera en que fue concebido por su fundador como el ejército de defensa territorial al lado del ejército permanente. Pero el *Honved* se pone de relieve de una manera más clara: es la milicia nacional de Hungría al lado del ejército del Emperador.

Incluso Rusia ha sido incapaz de eludir la necesidad militar y política de introducir el servicio militar universal, a pesar de ser difícilmente armonizable con sus acuerdos constitucionales internos. Allí, fue un decreto del dirigente absolutista el que creó la institución, a partir de su consideración de las fuerzas respectivas de los otros ejércitos europeos y no a raíz de la impresión de que había llegado la hora de despertar la conciencia política del pueblo. Aún así, esta institución fue precedida por la liberación de los siervos a la que después siguió el natural y, tal y como muestran los acontecimientos recientes, exitoso rumbo hacia la creación de un estado constitucional. Hay una cierta similitud entre Rusia y Prusia en la secuencia de estos acontecimientos: primero, la liberación de los siervos; segundo, el servicio militar universal; y por último, una constitución representativa.

Los éxitos de los ejércitos de Prusia y Alemania hicieron de la introducción del servicio militar una necesidad política para todos los Grandes Poderes del Continente. A pesar de todo, Inglaterra fue capaz de librarse de esta necesidad. Se contentó con modernizar su organización militar en 1871 mediante la abolición tanto de los azotamientos como de las ventas de los grados militares. Incluso hoy día no ha implantado el servicio militar. Por buenas razones, en mi opinión. La tarea principal del ejército inglés es la de luchar en guerras coloniales y el servicio universal no está realmente diseñado para estas guerras. Nosotros

mismos sólo mandamos voluntarios a África del Sur y hay algunos entre nosotros que demandan una fuerza colonial especial, basada en voluntarios. Aquí, de nuevo, vemos cómo la creación de la nación y las tareas políticas y militares que implican, influyen en la estructura de la organización militar. Un imperio colonial como el de Inglaterra necesita de un ejército distinto al de los estados continentales. Es cierto que los poderes continentales se están convirtiendo cada vez más en poderes coloniales y no es imposible que en un futuro el mismo compromiso y *rapprochement*^{KK} que existe en la vida política entre las instituciones británicas y continentales se dé en la organización militar: esto es, que Inglaterra fuese influenciada por parte del espíritu del militarismo mientras que el continente se incline en la dirección de la milicia y la marina. Hoy en día la limitada estabilidad de la paz es un paso hacia la idea de milicia y yo mismo siento que el incremento del tamaño y de la importancia de las marinas podría eventualmente alterar por completo la naturaleza de la organización política y de la vida pública.

Actualmente, sin duda el ejército y la milicia se oponen la una a la otra. El sistema de la milicia se desarrolló mejor en Suiza donde — a diferencia de Inglaterra e incluso de América — no existe también un ejército permanente. Los suizos, por supuesto, proveyeron de un modelo a los ejércitos permanentes del continente pero ellos mismos nunca erigieron un ejército permanente. La razón no es tanto la falta de recursos financieros — la milicia suiza es relativamente igual de costosa que nuestros ejércitos permanentes — sino principalmente la naturaleza del sistema político, irreconciliable con el militarismo. Las peculiaridades monárquicas inherentes al militarismo han faltado desde el principio en este sistema político federativo y cooperativo. No hay en este caso un ejemplo claro de cómo la organización del estado y de lo militar se determinan la una a la otra. Y al mismo tiempo no debemos pasar por alto un factor importante. En el derecho internacional, Suiza es un estado neutral; y la naturaleza del estado es tal que se podría defender como una gran fortaleza. Suiza ocupa una posición excepcional al igual que Inglaterra y la Unión de América del Norte. Esto se combina con el carácter asociativo del sistema político y hace de estos tres estados los principales representantes del tipo “industrial” denominado por Spencer.

Por supuesto, la considerable expansión de las marinas de Inglaterra y de América en las últimas décadas limita severamente este atributo y lo hace cada vez más dudoso. Incluso

podríamos hablar de “navalismo” como un compañero del antiguo militarismo y ciertamente, este fenómeno irá adquiriendo mayor importancia. De todas formas, se puede fácilmente ver y esperar que un sistema militar cuyo centro de gravedad está en el mar influya a su manera en la organización del estado, diferente de la del sistema militar continental. Las fuerzas terrestres son un tipo de organización que se infiltra en la totalidad del cuerpo estatal y le da un tinte militar. El poder marítimo no es más que fuerza bruta expandiéndose por el mundo; no es apropiado para utilizarlo contra algún “enemigo interno”. Las fuerzas de tierra han mantenido desde el inicio una mayor o menor alianza íntima con las clases prósperas; todavía existe una cierta tradición feudal entre ellos. Pero el poder marítimo no tiene vestigios feudales. Sirve a los intereses del comercio y de la industria en un alto grado. Su lugar está entre las fuerzas modernas vivas. Simplemente, en virtud de la importancia vital de la tecnología y del capital en su propio desarrollo. El poder marítimo está aliado con las fuerzas progresivas mientras que las fuerzas de tierra lo están con las tendencias conservadoras. Además, hoy en día el desarrollo del poder marítimo implica un compromiso con la política internacional — esto es con una política de Gran Poder cuya esfera de intereses, a través de la extensión mundial del comercio, cubre el total de la superficie del planeta. Así, la individualidad de los estados por separado se debilita y se empieza a dar un ajuste general de distintas instituciones políticas y militares. La oposición entre las potencias militares terrestres y las potencias militares marítimas, entre pueblos gobernados por sí mismos y pueblos gobernados desde arriba, se hará cada vez menos rígida y obvia. Los tipos de sociedad militar e industrial experimentarán probablemente una mezcla gradual y una creciente similitud entre instituciones, más que una agudización de sus diferencias. Los acontecimientos del pasado reciente nos demuestran que el mundo no está preparado todavía para la paz eterna. En el futuro previsible, las cosas se mantendrán como han sido a lo largo de la historia: la forma y el espíritu de la organización del estado no estarán determinados por las relaciones económicas y sociales y sus conflictos, sino fundamentalmente por las necesidades de defensa y ataque, es decir, por la organización del ejército y de las contiendas armadas. A mi entender, ésta es la lección que podemos extraer de una consideración histórica de los desarrollos acontecidos hasta hoy día.

* Otto **HINTZE** (1861-1940); Historiador alemán que centró sus investigaciones en torno a la historia política, y más específicamente sobre el constitucionalismo y la conformación de los gobiernos. Para ello recurrió de forma innovadora a la historia comparada para fundamentar sus estudios teóricos.

Artículo traducido por Andrés **MENDIÓROZ PEÑA**

NOTAS

^A Nota del traductor: Esta traducción ha sido realizada a partir del artículo en inglés de Otto Hintze publicado en *“The historical Essays of Otto Hintze”*, de Felix Gilbert (editor) por la Oxford University Press, en Nueva York, en 1973. La conferencia se publicó por primera vez en alemán, en la *“Gesammelte Abhandlungen zur allgemeinen Verfassungsgeschichte”*, sobre *“Staat und Verfassung”*, páginas 52 a 83, con el título de: *“Staatsverfassung und Heeresverfassung”*

^B N. del T.: *Principios de Sociología*, Herbert Spencer, editorial Trotta, Madrid, 1975.

^C N. del T.: literalmente: Estamentos sociales.

^D N. del T.: soldados de infantería de la Antigua Grecia que usaban armas pesadas.

^E N. del T.: literalmente.: emperador. .Pero también: el que manda, jefe supremo; jefe del ejército, general en jefe; título concedido al general victorioso”.

^F N. del T.: ídem que 5.

^G N. del T.: guardia palaciega.

^H N. del T.: familia, origen, linaje.

^I N. del T.: núcleo de población, comarca.

^J N. del T.: formación de combate, en forma de cuña.

^K N. del T.: ciudad-estado.

^L N. del T.: Escolta, cortejo, corte, cortesanos.

^M N. del T.: Ciudades-estado.

^N N. del T.: Durante los Merovingios, voluntario ligado al servicio del Rey.

^O N. del T.: Propietarios. Pero en Derecho, defensores.

^P N. del T.: En el original: *“seniores”*.

^Q N. del T.: “Cada señor, soberano en su señorío”.

^R N. del T.: Feudo ligio. En Francia, acto por el cual un hombre se encomendaba a un poderoso y se convertía en su vasallo, el se acompañaba del juramento de fidelidad y precedía la investidura del feudo.

^S N. del T.: Estados Generales: en el Antiguo Régimen, asambleas convocadas por el Rey de Francia para tratar ciertos asuntos.

^T N. del T.: literalmente: Grandes Señores.

^U N. del T.: literalmente: caudillos.

^V N. del T.: Levantamiento en Francia contra Mazarin durante la minoría de edad de Luis XIV, entre 1648 y 1652.

^W N. del T.: ídem que U.

^X N. del T.: Arqueros Francos.

^Y N. del T.: ídem que X.

^Z N. del T.: literalmente: “Declaración de sobre las armas habidas en Inglaterra”.

^{AA} N. del T.: ídem que J.

^{BB} N. del T.: ídem que U.

^{CC} N. del T.: literalmente: conducta.

^{DD} N. del T.: literalmente: “trabajar para el rey de Prusia”.

^{EE} N. del T.: literalmente: Antiguo Régimen.

^{FF} N. del T.: literalmente: Novatada en la que se hace pasar varias veces a una persona entre dos filas de hombres que le golpean con palos según pasa.

^{GG} N. del T.: ídem que EE.

^{HH} N. del T.: ídem que EE.

^{II} N. del T.: El ejército activo y regular en tiempo de paz que se componía de soldados profesionales y de realizando su servicio militar.

^{JJ} N. del T.: Una institución militar prusiana dividida en dos grupos. El primero comprendía a aquellos menores de 32 años que hubiesen realizado su servicio militar y que hubiesen regresado a la vida civil pero estuviesen todavía obligados – de vez en cuando— a realizar ejercicios militares; en caso de guerra, este grupo se integraba en la *Linie*. El segundo grupo se componía de aquellos entre 32 y 39 años que hubiesen realizado su servicio militar; en caso de guerra, se les empleaba con propósitos de ocupación o de defensa territorial.

^{KK} N. del T.: literalmente: acercamiento.

Migraciones y deuda ecológica **Reflexiones para el caso ecuatoriano**

Lucía GALLARDO*

MENSAJE DE UN MIGRANTE

*Ahora que tu silencio me rasguña
me estremezco entre los imaginarios que creas,
pero que no significas,
divago en tus mares,
donde mis oleajes estuvieron lejos de conmoverte.*

*Viajo sin más certezas y en medio de la tempestad
me entrego nuevamente.
El mar es mi cobijo, mi esperanza
es el blanco de mi muerte.*

*Mi mirada no alcanza a tus ojos
pero me ves todo el tiempo
yo naugrafo, muero, duelo
en tus costas, en tus muelles, en tus sueños.
El mar es mi esperanza
a veces mi tumba
la morada, el equilibrio de mis alas
a veces mi puente.*

*Mis pasos no te alcanzan
tú caminas todo el tiempo
sobre mi esperanza, sobre mi vuelo.
Ahora que tu silencio me olvida
me devuelves a mi muerte,
me dejas en mi tumba
me haces mar en tu indiferencia.
Mindahi¹*

Introducción

El concepto de *deuda ecológica* fue presentado por primera vez en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992 por el Instituto de Ecología Política de Chile. Inicialmente, el concepto de *deuda ecológica* estuvo vinculado estrictamente a la destrucción ambiental, provocada principalmente por el modelo de desarrollo neoliberal, el comercio de exportación y la economía financiera. Es por tanto un concepto moderno que evoca la crisis de la deuda externa y la visibilización de los impactos sociales, ambientales y económicos que causa sobre las economías empobrecidas.

La deuda ecológica se genera por la sobreproducción, sobreconsumo y sobreproducción de desechos de los países industrializados del norte. La deuda ecológica también se refiere a la deuda histórica, es decir al saqueo colonial que ha quedado en total impunidad².

Desde sus inicios, la deuda ecológica se ha vinculado con la deuda externa, pues con esta relación se ha podido demostrar la ilegitimidad de adquirir un endeudamiento cuyo objetivo es satisfacer la cada vez más alta demanda de uso de energía y materiales por parte de los países del norte.

Sin embargo, la vinculación entre deuda ecológica y migración es relativamente reciente. Esto se explica porque el fenómeno migratorio a escala global parecería ser mucho más visible desde la crisis del neoliberalismo³ y porque las narrativas actuales sobre migración olvidan “las historias” de las culturas y pueblos que hoy demandan la libre movilización y que son constitutivas de sus privaciones, sueños, potencialidades.

En este esfuerzo de vincular la deuda ecológica y la migración, la situaremos dentro de la lógica del sistema capitalista mundial. Por tanto, no queremos abordar la temática migratoria como el resultado de una política interna de un país o región en concreto, sino como producto de una estructura de acceso y distribución de beneficios históricamente no equitativa entre los países del centro y sus periferias. También ubicaremos el proceso migratorio dentro de la matriz racial que es, al mismo tiempo, la constitutiva de la modernidad europea. Por lo tanto, uno de los enfoques utilizados será el de la justicia distributiva.

Apropiación de la tierra y de la fuerza de trabajo

El paradigma que sostuvo al capitalismo emergente del siglo XVI, donde la extracción del trabajo se realizó a través del saqueo, el aniquilamiento, la esclavitud y otros sistemas de apropiación gratuita de la mano de obra por parte de Europa hacia sus colonias, fue la matriz constitutiva de los actuales estados modernos. Tal como lo

explica Quijano, este proceso comenzó con la constitución de América y la del capitalismo colonial/modero como un nuevo patrón de poder mundial⁴.

Situado en este contexto, la relación tierra/trabajo nos permitirá entender que el desarrollo industrial europeo se consolidó a costa de la institucionalización de una relación no equitativa con la gran mayoría de la población. Asimismo, la subsunción de la mano de obra no remunerada a la matriz de producción del capitalismo se articuló alrededor de la relación raza/división de trabajo⁵.

La apropiación de la tierra y trabajo brasileña que Inglaterra utilizó para el desarrollo de su industria textil, por ejemplo, demuestran que en 1850 las ventajas que Inglaterra obtuvo del intercambio en el mercado mundial de 1.000 libras de algodón manufacturado por 1.000 libras de algodón en bruto fue del 123% en términos de trabajo incorporado y del 220 % en términos de uso de tierra. El autor estima que en términos de horas de trabajo, Inglaterra, al utilizar el trabajo de productores brasileños, acumuló una ventaja del 800% en horas de trabajo y en términos de hectáreas el uso de tierras extranjeras representaba sesenta veces lo que éstas hubiesen utilizado en Inglaterra⁶.

En 1850 Inglaterra importó 223,623 toneladas de algodón de América del Sur, esta cantidad representaba alrededor de 616 millones de horas de trabajo (la mayor parte de éste, realizado en condiciones de esclavitud) y la ocupación anual de aproximadamente 1.1 millones de hectáreas de tierras agrícolas del Brasil⁷.

Este ejercicio demuestra que la superioridad tecnológica de Inglaterra en los siglos XVIII y XIX no hubiera sido posible sin la ocupación del espacio ambiental y de la fuerza de trabajo brasilera. Similares ejercicios podrían realizarse en las excolonias españolas, cuyos resultados nos ayudarían a demostrar la deuda social, cultural y ambiental de Europa con respecto a América Latina.

En esta línea, podemos decir que España se ha apropiado ilegal e ilegítimamente del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de riqueza y, de lo que se conoce como renta diferencial de la Tierra. Enrique Leff en su libro *Ecología y Capital* explica: “la formación de valor y la renta diferencial de la tierra están articuladas, con una interdependencia que aumenta con el desarrollo capitalista”⁸. De manera similar, Leff sitúa el valor de la tierra en la institución del capitalismo, es decir el valor de la Naturaleza en el proceso de generación de riqueza.

Para demostrar lo anterior en el caso del Ecuador, seguiremos con algunas modificaciones a Larrea. Tal como señala el autor, en el caso ecuatoriano, “la captura y ejecución de Atahualpa por Pizarro en 1523, en Cajamarca, conducen a la ruptura más dramática de nuestra historia”. No solamente por su carácter violento, sino porque desde la conquista se configuran condiciones sociales e institucionales cuya evolución y transformación están marcadas por: la inequidad social vinculada a una pobreza masiva y una utilización, transformación o extracción de recursos naturales en condiciones frecuentemente poco sustentables⁹.

En 1573, tras el derrocamiento de Túpac Amaru, la dominación española en lo que se llamó la Real Audiencia de Quito fue efectiva tanto política como económicamente. El autor caracteriza este período por una dramática declinación demográfica y la reducción y subsiguiente abandono de las áreas cultivadas. El impacto demográfico fue especialmente devastador entre los pueblos costeros como Los Punaes, Huancavilcas, Manteños y Esmeraldeños. Muchos de estos indígenas murieron por enfermedades extrañas para ellos como la viruela, la varicela, etc., pero también fueron forzados a trabajar hasta morir. De ahí una primera deuda cultural que Europa y, en este caso, España mantiene con respecto a sus colonias.

Una vez consolidada la conquista, una de las principales formas a través de las cuales España comienza a generar plusvalía (extracción del trabajo excedente) fue el control de la mano de obra indígena que impulsó el desarrollo de la producción minera de plata en el Potosí o la minería de oro en Popayán, Zaruma y Nambija. Así, instituciones como los obrajes o las mitas que utilizaron la fuerza de trabajo indígena

como principal medio de extracción del excedente económico, le permitió a España enriquecerse y consolidarse como una de las principales potencias europeas del siglo XVII.

Sin embargo, tanto en Brasil como en el resto de países excolonias europeas, la expropiación de sus tierras significó mucho más que la ocupación del espacio y la degradación humana a través del trabajo esclavista fue una verdadera expropiación de sus condiciones materiales de reproducción social y de sus potencialidades de producción económica. A lo que autores como Enrique Leff denominan el potencial ambiental de la Naturaleza, debido no sólo a la destrucción ambiental en sí misma sino a la destrucción de un modelo de desarrollo “otro” que aunque no pudo reproducirse de manera global, subsiste en espacios locales y muchas veces en el interior de economías domésticas.

Volviendo al caso del Ecuador, hacia 1720, el declive de la minería, dio paso a la consolidación de uno de los regímenes de explotación más importantes de la colonia, cuyas consecuencias en la ocupación del espacio ambiental y la distribución de tierras configuran el actual acceso y control de los recursos naturales en la sierra andina ecuatoriana. El régimen de “Hacienda” que durará hasta el siglo XX, es el centro de producción social y política donde situamos también las raíces de la actual inequidad social en la distribución de las tierras y en el acceso y control de los recursos naturales.

La posesión de la tierra se concentró inicialmente en manos de los conquistadores y sus descendientes (blancos) que, en un principio, necesitaron de los Incas para consolidar sus dominios, de manera que los caciques indígenas fueron en buen tiempo, los usufructuarios de algunos privilegios de la Corona Española. Pero una vez consolidada la autoridad de la Corona, estos privilegios pasaron poco a poco a manos de las elites quiteñas, las mismas que tras la independencia reprodujeron el patrón de dominación colonial heredado de España.

Cualquiera que sea la perspectiva ontológica que se adopte sobre el tema, el cambio, transformación y en algunos casos exterminio cultural, tiene estrecha relación con el cambio o la modificación de uso del suelo y del uso del tiempo de las comunidades locales. La tierra que antes de la conquista fue utilizada para un mercado local e incluso regional, después de ella fue puesta al servicio del capitalismo y de las potencias que lideraron su auge y constitución.

La matriz colonial en el Estado ecuatoriano

En Ecuador, tras la independencia (el 10 de agosto de 1830) se inicia una etapa de de-colonización y nacimiento del estado moderno ecuatoriano. Esta etapa estuvo asentada en los nichos más oscuros de la herencia colonial y se caracterizó por su incapacidad de incorporar a las minorías dentro de la estructura del nuevo estado.

Leff explica que la dominación del capital sobre las formaciones sociales no capitalistas no sólo se ejerce a través del intercambio mercantil, sino que implica un complejo de prácticas de sujeción mediante aparatos ideológicos del estado¹⁰.

Efectivamente, los estados-nación lideraron un proceso de-colonizador al margen de las minorías étnicas que día tras día se han empobrecido. Por supuesto, la producción para la exportación ha modificado profundamente el espacio ambiental ecuatoriano. Los Pueblos Indígenas y las minorías étnicas han sido obligados desde los tiempos de la colonia a ocupar los lugares y los espacios que la economía dominante les ha impuesto. Como consecuencia de la estructura de producción, basada en la extracción de los excedentes del trabajo de los negros e indígenas, se consolida una relación no equitativa de desarrollo entre el centro y sus periferias que se reproduce también dentro de los propios estados-nación empobrecidos.

La economía del Estado ecuatoriano moderno desde su nacimiento estuvo dirigida a satisfacer las necesidades de los mercados externos. Y se caracterizó por el auge y posterior declive de dos o tres productos de exportación, cuyos impactos ambientales han sido importantes y severos.

A finales del siglo XIX, la explotación del caucho en la Amazonía ecuatoriana (1880) significó un verdadero genocidio para los pueblos amazónicos, aunque hasta el

momento no se tengan cifras exactas de los indios muertos, cazados y vendidos¹¹. En el siglo XX tenemos la explotación de la tagua y la exportación del sombrero de paja toquilla¹², luego al auge cacaotero (1860-1972) en la costa, le siguió la fiebre del banano (1948-1972) y posteriormente el auge del petróleo (1980 hasta nuestros días) y en mayor y menor medida, el comercio del camarón y de flores.

La transformación de las prácticas agrícolas incaicas y pre-incaicas, modificaron profundamente el espacio ambiental en la época colonial. La introducción masiva de ovejas para la producción textil, por ejemplo, condujo a un empleo extensivo de los páramos andinos¹³ - el sobrepastoreo en los páramos es una práctica que subsiste hasta nuestros días. Igualmente, la introducción de la ganadería, a lo largo del callejón interandino condujo a una “deforestación casi total” del bosque interandino en sólo unas décadas.

El cambio de los sistemas de producción campesina tuvo un impacto irreversible en el ecosistema andino, costero y amazónico en el Ecuador. La actual producción camaronera ha arrasado con la mayor parte del bosque de manglar ecuatoriano, los cultivos de flores han ocupado tierras aptas para la agricultura y ganadería, y han concentrado el trabajo agrícola en manos de algunas empresas floricultoras de exportación. La extracción y explotación petrolera es quizás una de las mayores causantes de contaminación, violencia, desplazamiento y exterminio cultural en la Amazonía ecuatoriana en el momento actual.

Algunos ejemplos de deuda ecológica

Una lectura de las causas de la migración no es solamente un esfuerzo por recuperar la memoria histórica, bastante olvidada en el momento de generar políticas migratorias, sino de situar el espíritu rentista y depredador del capitalismo en su expansión a través del neoliberalismo.

De acuerdo con Coronil, lo realmente relevante de la actual fase de la globalización neoliberal es el cambio en la concentración y el carácter de los flujos

financieros que desde la década de los setenta, ha llevado a una peculiar combinación de nuevas formas de integración global con una intensificación polarización social dentro de y entre naciones¹⁴.

Así, el capital transnacional, aunque bastante diversificado, sigue teniendo sus centros de operación en varios de los países europeos. En este contexto, la presencia de Europa y de sus transnacionales en Ecuador, no es ajena a la política de expropiación de los recursos, al deterioro del espacio ambiental y a la generación de valor a partir del trabajo ecuatoriano.

Veamos algunos ejemplos:

En la sierra ecuatoriana

Las tierras productivas en la sierra ecuatoriana continúan en manos de importantes hacendados, mientras que las pequeñas propiedades, generalmente de bajo rendimiento, difícil acceso y limitada integración a los mercados, son ocupadas por los pueblos indígenas y comunidades locales. Muchos de los campesinos e indígenas ecuatorianos son arrendatarios de las tierras que cultivan, la mayor parte de sus cultivos son de subsistencia y sus actividades productivas son, en muchos de los casos, su principal fuente de ahorro.

Varias de estas comunidades realizan sus actividades productivas y de autosubsistencia a 3.550 metros sobre el nivel del mar, como en el caso de la Comunidad Mojandita Avelino Dávila, quienes firmaron un contrato de servicios ambientales con la holandesa FACE-PROFAFOR. El Objetivo de FACE PROFAFOR es establecer 150.000 hectáreas de plantaciones forestales y de esta manera, compensar las emisiones de una nueva planta térmica de carbón que se construiría en Holanda.

El contrato se firmó por noventa y nueve años. Durante este tiempo, FACE sustituirá el páramo andino por plantaciones de pino y eucalipto. Dentro de las 130 hectáreas que ocupará la Fundación Holandesa no se permite que la comunidad

realice ninguna actividad tradicional como el pastoreo y está obligada a cumplir con todos los requerimientos que la Fundación Holandesa ha incorporado en su Plan de Manejo.

Los impactos ambientales de la sustitución del ecosistema páramo son irreversibles, pues el páramo andino es el principal reservorio de agua y es además un gran reservorio o depósito de carbono. Al conservar el páramo se evita una mayor emisión de carbono a la atmósfera; por tanto sustituirlo, provocará un importante impacto ambiental.

Los impactos sociales son incuantificables, pues las comunidades indígenas al no poder utilizar los páramos para sus actividades de subsistencia, perderán sus fuentes de ingreso y se empobrecerán cada vez más. Este empobrecimiento también es cultural, pues la comunidad se obliga a una serie de actividades de conservación ajenas a sus patrones culturales.

En definitiva, al aplicar esquemas de conservación como el de FACE-PROFAFOR, las comunidades indígenas de los páramos andinos ecuatorianos subsidian el modelo de desarrollo de Holanda a costa de su empobrecimiento.

En la costa ecuatoriana

Un caso de deuda ecológica es la sustitución de bosque de manglar por piscinas camaroneras. En Ecuador actualmente más del 70% de los bosques de manglar han sido sustituidos por piscinas camaroneras. Hasta febrero de 1999 había 207.000 hectáreas de piscinas camaroneras asentadas en zonas de manglares, salitrales y suelos agrícolas. En el año 1998 se exportaron alrededor de 114.754 toneladas métricas. Deforestación y ocupación de por lo menos 110 mil hectáreas de bosques de manglar y otras áreas de este ecosistema.

Para abril del 2000, el mercado del manglar se distribuía de la siguiente manera: EE UU, un 54 %; Europa, un 25 %; Asia, un 18 %, y otros países, un 14 %¹⁵. Los consumidores de camarón en el norte, deben ser concientes que la tala de manglar

para la implantación de piscinas camaroneras es una deuda ambiental que los países del norte y sus corporaciones contraen con los países del sur.

La destrucción del ecosistemas de manglar es también una deuda social, pues de él dependen gran parte de las comunidades cuyos miembros, una vez destruido su principal medio de subsistencia, inmigran hacia las ciudades a engrosar la miseria de muchas zonas urbanas y, en muchos casos, cuando la ciudad blanco-mestiza no les ofrece mejores condiciones de subsistencia optan por la migración internacional.

En la Amazonía ecuatoriana

Repsol YPF, por ejemplo, es una de las principales operadoras petroleras en la Amazonía ecuatoriana. Sus actividades de extracción de hidrocarburos la realiza en la zona de mayor biodiversidad de Ecuador, considerada por la UNESCO como Reserva Mundial de la Biosfera: el Parque Nacional Yasuní. En esta zona vive uno de los pueblos indígenas más violentados por la presencia de actores externos, el pueblo indígena Huaorani. Los Huaorani, en este siglo, tal como sucedió con los Quichuas, Cañaris y Cayambes en el siglo XVI, están viviendo en espacios confinados y literalmente varias de las familias Huaorani están actualmente al borde de la extinción.

Actualmente, la transnacional Repsol YPF (España) siguiendo la política de su antecesora la estadounidense Maxus, ha establecido un régimen salarial para los Huaorani en sus instalaciones petroleras; comunidades enteras como la de Dikaro están al servicio de la transnacional. Esta situación ha modificado las actividades tradicionales de este pueblo que poco a poco ha abandonado la caza y la pesca. Actualmente, su espacio ambiental ya no es el mismo, la selva amazónica es un conjunto de bloques petroleros, campos de extracción de crudo, cemento, deforestación, contaminación y muerte.

En tan solo dos décadas las condiciones ambientales se han transformado dramáticamente. Repsol YPF ha establecido un sistema salarial que induce a diferencias económicas entre los miembros de Dikaro y entra esta comunidad con

respecto al resto de familias Huaorani que no se han incorporado plenamente a las actividades petroleras. Una vez creada la dependencia de un pueblo con respecto a un régimen de producción que le es ajeno, que no controlan, el resultado puede ser muy dramático.

Es bastante probable que cuando Repsol YPF abandone el bloque 16, los excavadores, hoy empleados petroleros, migren a la ciudad (de hecho actualmente la presencia de Huaorani en el pueblo petrolero del Coca es bastante fuerte). Así, en el momento en que sus relaciones de producción propias son transformadas y quedan a la deriva del capital transnacional, las consecuencias sociales y económicas pueden originar fenómenos migratorios importantes.

Migración y deuda ecológica

La producción del sombrero de paja toquilla o “sombreros de Panamá” forma parte de la historia y cultura artesanal de este cantón Sig-Sig, provincia del Azuay. Desde 1849 la comercialización del sombrero de paja toquilla en el Austro ecuatoriano significó una de las mayores divisiones de trabajo para la época. Según Jokisch, la industria funcionaba dentro de un complejo sistema de intermediarios y exportadores que explotaban a tejedores campesinos¹⁶.

El colapso de esta producción se dio en 1950, tras la Segunda Guerra Mundial cuando Estados Unidos, su principal comprador, lo sustituyó por sombreros provenientes de Asia, de menor calidad y precio. Esta situación afectó dramáticamente a gran parte de la población rural del Azuay, donde alrededor de 250.000 niños y adultos de las zonas estaban relacionados con la producción y comercialización de estos productos¹⁷. La dependencia de la población campesina a este tipo de producción industrial era mayor que la que tenían con respecto a la agricultura¹⁸.

Como consecuencia del empobrecimiento del campesinado de esta zona durante las décadas de los setenta y ochenta, las provincias del Azuay y Cañar formaron el eje central de envío de migrantes ecuatorianos al exterior. Tuvo como principal origen la provincia del Azuay y como principal destino Estado Unidos.

Algunas de las características del primer flujo migratorio de ecuatorianos, en líneas generales serían las siguientes:

- En la década de los noventa se verifica que usualmente, después de emigrar del campo y haberse insertado en la ciudad, el nivel de vida de las familias no mejoró¹⁹. Esta situación es uno de los impulsos para la migración hacia el exterior.
- En los ochenta se registra un crecimiento gradual en la emigración de mujeres e indígenas.
- A comienzos de los noventa, un número de mujeres decide emigrar aunque esta emigración no ha equilibrado las distorsiones de género provocada por la emigración masculina.
- Del análisis del flujo migratorio registrado hacia 1990, se puede constatar que “en las provincias de la sierra (con excepción de Pichincha) entre el 20 y 39% de la población nativa ha emigrado. Lo han hecho dos de cada cinco personas que nacieron en Bolívar, una de cada tres en Carchi y Loja, algo más de un cuarto de Cotopaxi, Chimborazo, Imbabura, pero también de Esmeraldas, Manabí y los Ríos²⁰.
- El flujo migratorio hacia Estados Unidos se convirtió en permanente y generalizado pero no masivo.

El segundo flujo migratorio ecuatoriano se origina en la crisis de la deuda y en la caída de los precios del petroero; situación que a su vez provocó la crisis bancaria y la dolarización de la economía ecuatoriana a finales de los noventa. En los años ochenta el destino de las provincias de Loja y de Otavalo fue España. A finales de los noventa, la migración se extendió a Quito, Guayaquil, Portoviejo y Tungurahua.

Las características del segundo flujo migratorio podrían ser las siguientes:

- Tuvieron un prolongado período de estancamiento desde 1981 hasta 1998, con un crecimiento económico del 2,5% promedio anual.
- En 1999 se registró la mayor caída del PIB.
- El precio del petróleo cayó de 15 dólares en 1997 a 9 dólares en 1998.
- A comienzos de 1999 el Gobierno de Jamil Mahuad dispuso el “salvataje”²¹ de 16 instituciones financieras con un costo para el estado de alrededor de 5000 millones de dólares.
- En marzo de 1999 se dispuso la congelación de los depósitos bancarios.
- Entre 1999 y 2000 el Gobierno dio paso a una considerable devaluación del sucre (moneda nacional del Ecuador utilizada hasta el 2000) de más del 100%.
- Entre 1995 y el 2000, el país soportó un acelerado empobrecimiento. El número de pobres creció de 3,9 a 9,1 millones.
- En este mismo periodo la pobreza extrema se duplicó de 2,1 millones a 4,5 millones.
- En las tres principales ciudades del país esto significó un aumento de la pobreza del 34 al 71% de la población, en tanto que la pobreza extrema pasó del 12 al 31% de la población.
- Este período se caracterizó por una mayor concentración de la riqueza. Así, mientras en 1990 el 20% más pobre recibía el 4,6% de los ingresos, en el 2000 captaba menos de 2,5. Mientras que el 20 más rico incrementaba su riqueza del 52 a más del 61%.

Estos aspectos estructurales tuvieron relación directa con la migración ecuatoriana del 2000 pero no son suficientes para explicar todas las aristas del fenómeno migratorio.

Sabemos que los flujos migratorios han existido casi desde el inicio de la propia existencia del ser humano. Sin embargo, el desarrollo del capitalismo ha profundizado ese fenómeno por procesos agudos de concentración, diferenciación y expulsión de mano de obra²².

Estos flujos migratorios generalmente son interpretados en términos de una severa crisis económica y pocas veces como un indicador del deterioro ecológico de muchas

de las regiones y países del mundo. Por supuesto, la relación deuda ecológica - migración no suele ser evidente porque es especialmente perversa. La migración es producto directo de una crisis económica pero una vez corrido el telón de esta crisis, encontramos una fuerte raíz ambiental.

En la crisis de 1998, algunos factores ambientales jugaron un papel clave. Uno de los casos más relevantes es El fenómeno El Niño. El fenómeno El Niño es un episodio natural cuyas consecuencias adversas se deben, en gran medida, a la destrucción de las fronteras naturales de los océanos: los bosques de manglar. Además, el calentamiento global del planeta esta provocando que se intensifiquen todos lo fenómenos de la naturaleza²³.

En Ecuador, el fenómeno El Niño debilitó la producción agrícola y pesquera, perjudicando a varios agricultores y comerciantes, sobre todo de la costa. De acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, entre 1997 y 1999, los efectos del fenómeno El Niño ocasionaron pérdidas a la economía por alrededor de 2000 millones de dólares²⁴. Pero los impactos de El Niño no sólo pueden entenderse en cifras económicas, estos impactos tienen rostros, nombres y lugares. Son campesinos de la Costa ecuatoriana, de las provincias de Guayaquil, Portoviejo, ciudades que se han convertido junto a Pichincha en los principales lugares de salida de los inmigrantes ecuatorianos.

Sólo en Ecuador, el fenómeno El Niño del 1997-98 causó 286 muertes y 30.000 damnificados, una población mucho mayor perdió su empleo, su patrimonio familiar (vivienda, animales, cultivos, etc.) y también infraestructura agrícola.

El fenómeno El Niño provocó daños sustanciales con un coste económico que podría equivaler al 2,7 % del PIB (534 millones de dólares).

- En salud se calculan daños por USD 2.5 millones (5.000 casos de malaria declarados).
- La población afectada fue de 6.5 millones según Defensa Civil.

- Daños a la agricultura USD 167,0 millones. Las principales pérdidas fueron en arroz, el 90% de este producto es para el consumo nacional 105.336 ha. sembradas,
- Se vieron afectados 9.480 Km de carreteras, con un coste de reparación USD 204,4 millones.

La libre movilidad como deuda, la defensa del lugar de nuestro derecho

La migración de ecuatorianos a España es una de las más fuertes de nuestra historia, no sólo por los efectos sociales de descomposición familiar que este hecho está generando en miles de familias, sino por las condiciones en las que el emigrante ecuatoriano como cualquier otro emigrante de un país del Sur, es nombrado y representado en los países del centro. La migración nos demuestra en primer plano, la incapacidad de Europa de mirar al “Otro” desde sus historias diversas y hacerlo únicamente a través de su propia Historia, por demás parroquial y provinciana.

No debemos olvidar que la migración es una “ruptura”, cualquier otra lectura postmoderna que se pretenda hacer de ella, desconoce las condiciones sociales, raciales y económicas que la promueven de forma tramposa y poco transparente. Europa rechaza al emigrante pero se beneficia de él. Para nadie es desconocido que las políticas migratorias son excluyentes y dirigidas a continuar apropiándose del trabajo ajeno, mientras se degradan las condiciones ambientales de muchos pueblos indígenas y comunidades locales.

Las políticas migratorias son además racistas. La codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados, ubicaba a los unos en una situación natural de inferioridad respecto de los otros²⁵. El efecto más perverso es la actual naturalización de las relaciones de superioridad entre europeos y no europeos. Por supuesto, la codificación racial estratifica la diferencia de manera bastante dolorosa y los pueblos negros siguen ocupando hoy, como en épocas pasadas, el lugar más bajo

de la condición humana. Europa diferencia y divide al emigrante en latinos, marroquíes, negros, indios y mestizos.

La lucha social y política por la libre movilidad de hombres y mujeres no es sólo un derecho humano, es una deuda social y ecológica que Europa tiene con América Latina y por supuesto con Asia y más aún con África - cuyo pasado colonial es bastante reciente. La responsabilidad de Europa es tan real como fue y continúa siendo su política de ocupación ambiental y de trabajo humano.

Sin embargo, demandar la libre movilidad de personas es insuficiente; necesitamos ubicar la migración dentro de la justicia distributiva y bajo este paraguas, nadie debería ser obligado a migrar, a abandonar su lugar. La defensa del lugar debe ser en última instancia, la lucha por una relación más equitativa entre los países del centro y de la Periferia. Este ejercicio situacional busca revertir las condiciones de destrucción material del medio ambiente y recuperar la dimensión ecológica de la producción en los países del sur.

Reflexiones finales

Para finalizar, el debate sobre la emigración tiene que realizar un esfuerzo por recuperar la historicidad de la relación entre deuda ecológica y migración. Recuperar la memoria de los pueblos indígenas y negros que migran en busca de mejores condiciones de vida es situar su problema dentro del deterioro de las condiciones sociales, económicas y ecológicas que han afectado sus sistemas de reproducción social.

Actualmente, las políticas neoliberales que promueven la inversión extranjera y la política no equitativa de extracción intensiva de recursos como condición para su desarrollo, incumbe a Europa y no es ajena a la responsabilidad ambiental que sus transnacionales dejan en sus periferias.

El enfoque de justicia distributiva nos lleva a situar la emigración como una necesidad de recuperar el potencial ambiental y humano; de que los pueblos y

comunidades campesinas en todo el mundo tengan acceso y control de sus tierras y puedan decidir sobre sus destinos.

Investigaciones que nos ayuden a cuantificar el número de horas, no pagadas, que los mitayos ecuatorianos sirvieron en las minas de Potosí o las de oro de Zaruma y nos permitan definir cuánto representaría ese trabajo si las condiciones salariales fueran las del norte en un valor presente, podrían aportarnos mayores evidencias de que España tiene una obligación moral con Ecuador y una deuda ambiental y humana.

Podríamos realizar un ejercicio de cuantificación cuyo único propósito sea evidenciar la expropiación de mano de obra y la ocupación del espacio ambiental. El mismo ejercicio podríamos realizar con la subsunción de la mano obra para propósitos de los obrajes y del régimen de hacienda.

También podríamos tratar de cuantificar el número de horas que los huasipungeros (Huasipungo) dedicaban a cuidar los negocios de los hacendados en detrimento del número de horas que dedicaban a cubrir sus necesidades de autosubsistencia. O establecer los beneficios que Repsol YPF obtiene actualmente del sistema salarial de indígenas Huaorani en los campos petroleros que maneja. Posiblemente, los datos nos sorprenderían pero podrían permitirnos atestiguar la contribución que miles de ecuatorianos de forma forzada han realizado y continúan realizando para España.

En términos de flujos migratorios, la contribución del trabajador ecuatoriano a la economía española es cada vez más importante. Actualmente, 281.000 ecuatorianos cotizan a la Seguridad Social española²⁶. En España residen más de 400.000 ecuatorianos y el aporte mensual a la Seguridad Social de ese país puede llegar a sobrepasar los 46 millones de dólares. De acuerdo con el Diario el Comercio, bajo este concepto, la Seguridad Social española se nutre de los aportes de los trabajadores ecuatorianos y de 10 países más de fuera de la órbita de la Unión Europea (UE), “mientras las cotizaciones en el Instituto de Seguridad Social de Ecuador descienden”.

En otras palabras, mientras el sistema de Seguridad Social español se alimenta de los aportes realizados por los ecuatorianos, el Instituto de Seguridad Social de Ecuador se desfinancia. Para el año 2006, el Seguro General de Pensiones recibirá

816.1 millones de dólares como ingresos y tendrá egresos de 912,2 millones. La población que emigra de Ecuador es una población joven, situación que acentuará el problema del sistema de seguridad social ecuatoriano.

Otro de los efectos de la emigración ecuatoriana es la poca efectividad que las remesas de los emigrantes tienen para reactivar la economía campesina. Las remesas de los emigrantes ecuatorianos superan las exportaciones sumadas de banano, café, camarón, atún, pescado²⁷. Sin embargo tienen un impacto limitado en la redistribución social y comunitaria. La mayor parte de los estudios sobre el tema demuestran que las remesas son utilizadas para cubrir las necesidades económicas de sus familias como salud, educación, alimentación y, en el caso de existir algún excedente, se utiliza para consumo suntuario.

El campo ecuatoriano y la economía campesina están desmontándose. Por lo tanto, tierra/trabajo, deuda ecológica/migración tienen algunos lugares importantes desde los cuales abordar, entender y responder a los actuales flujos de emigración internacional.

Referencias bibliográficas

ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David *La migración en el Ecuador. Oportunidades y Amenazas*, Ed. Corporación Editora Nacional, Quito, 2006.

CABO DE VILLA, M. *El Exterminio De Los Pueblos Ocultos*, Ed. Cicame, Primera Edición, 2004.

CABO DE VILLA, M. *Los Huaorani En La Historia De Los Pueblos Del Oriente*, Ed. Cicame, Coca, Segunda Edición, 1999.

CHÉRREZ, Cecilia “A los 10 años, ni Manglares ni camarones” en Acción Ecológica, Documento Alerta Verde (sin fecha).

CORONIL, Fernando "Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globacentrismo" en LANDER, Edgardo (Coord.), *La colonialidad del saber ...*, op. cit, ps. 119-154.

DONOSO, Aurora "Deuda Externa. Mecanismo de dominación y saqueo. ¿Quién debe a Quien?" en Acción Ecológica, Documento Alerta Verde (sin fecha).

ECHEVARRÍA, Julio *La Democracia ecuatoriana: Entre Refundación e Institucionalización* (documento no publicado).

GARCÉS, Ivonne "Reseña Histórica de la migración ecuatoriana hacia Estado Unidos" en *Emigración y Política exterior en Ecuador*, Ed. Abya-Yala, QUITO. 2005, ps. 95-123.

HORNBORG, Alf "Towards and ecological theory of unequal exchange: articulating world system theory and ecological economics" en *Ecological Economics*, 25, 1998, ps. 127-136.

HORNBORG, Alf "Footprint in the cotton fields: The Industrial Revolution as time-space appropriation and environmental load displacement" en *Ecological Economics*, 2005. Véase: elsevier.com/located/ecolecon.

LANDER, Edgardo *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Ed. CLACSO-UNESCO, Buenos Aires, 2000, ps. 11-72.

LARREA, Carlos *Hacia una Historia Ecológica del Ecuador. Propuestas para el debate*, Ed. Biblioteca General de Cultura, Quito, 2006.

LARREA, Carlos *Dolarización, crisis y pobreza en el Ecuador*, publicado con el apoyo del Instituto de Estudios Ecuatorianos y la CLACSO, 2003.

LEFF, Enrique *Capital y Ecología*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI Editorial, Buenos Aires, 2001, Cuarta Edición.

LEFF, Enrique *Saber Ambiental. Sustentabilidad, complejidad, poder*, Ed. Siglo XXI Editorial, Buenos Aires, 2003, Tercera edición.

QUIJANO, Aníbal "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en LANDER, Edgardo (Coord.), *La colonialidad del saber ...*, op. cit, ps. 281-348.

SÁNCHEZ, Jeannette "Ensayo sobre la Economía de la Emigración en Ecuador" en *Ecuador Debate*, No 63, Documento en Internet, sin fecha.

“281.000 ecuatorianos cotizan a la seguridad social de España” en *Diario del Comercio*, Sección Negocios, domingo 10 de septiembre del 2006.

NOTAS

*Master en Estudios Latinoamericanos con mención en Relaciones Internacionales (Universidad Andina Simón Bolívar) y estudiante del doctorado en Ciencias Ambientales, mención Economía Ecológica, Universidad Autónoma de Barcelona.

¹ Poema no publicado.

² Tomado de DONOSO, Aurora "Deuda Externa. Mecanismo de dominación y saqueo. ¿Quién debe a Quien?" en *Documento Alerta Verde, Acción Ecológica*.

³ Sólo en la última década millones de personas de América Latina, África y Asia se han desplazado hacia los países del norte. En Ecuador, por ejemplo, sólo en el año 2000, la migración neta fue de 148.368 personas, la más alta de la historia del país.

⁴ QUIJANO, Aníbal “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en LANDER, Edgardo (coord.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Ed. CLACSO-UNESCO, Buenos Aires, 2000, p. 203.

⁵ QUIJANO, Aníbal, *íbidem*.

⁶ HORNBORG, Alf "Footprint in the cotton fields: The Industrial Revolution as time-space appropriation and environmental load displacement" en *Ecological Economics*, documento disponible en: elsevier.com/located/ecolecon.

⁷ *Íbidem*.

⁸ LEFF, Enrique *Saber Ambiental. Sustentabilidad, complejidad, poder*, Ed. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2003, p. 65.

⁹ LARREA, Carlos *Hacia una Historia Ecológica del Ecuador. Propuestas para el debate*, Ed. Biblioteca General de Cultura, Quito, 2006, p. 29.

¹⁰ LEFF, Enrique *Saber Ambiental. Sustentabilidad, complejidad ...*, op. cit., p. 57.

¹¹ CABO DE VILLA, Miguel Ángel *Los Huaorani En La Historia De Los Pueblos Del Oriente*, Ed. Cicame, Coca, p. 137, 1999, Segunda Edición. 1999 p. 137.

¹² LARREA, Carlos *Hacia una Historia Ecológica del Ecuador...*, op. cit., p. 47.

¹³ *Íbidem*.

¹⁴ CORONIL, Fernando "Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globacentrismo" en LANDER, Edgardo (Coord.), *La colonialidad del saber...*, op. cit., p. 129.

¹⁵ *Diario Hoy*, 20 de octubre de 2000.

¹⁶ JOKISCH, citado en ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y amenazas*, Ed. Corporación Editora Nacional, Quito, junio 2006.

¹⁷ GARCÉS, Ivonne "Reseña histórica de la migración ecuatoriana hacia Estado Unidos" en *Emigración y Política exterior en Ecuador*, Ed. Abya-Yala, Quito, 2005, ps. 95-123.

¹⁸ ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y ...*, op. cit.

¹⁹ ARANEDA, 1995, citado en ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y ...*, op. cit.

²⁰ GUAPEÁN, 1994, citado ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y ...*, op. cit.

²¹ El "salvataje" consistía en canalizar elevados montos de recursos hacia los bancos privados para sostenerlos. La medida incluyó el congelamiento de los depósitos superiores a ciertos montos, decretada en marzo de 1999. Sin embargo, estos esfuerzos resultaron infructuosos, pues a principios del 2000, el 70% de la banca privada nacional había cerrado sus puertas. Véase LARREA, Carlos Dolarización,

crisis y pobreza en el Ecuador, publicado con el apoyo del Instituto de Estudios Ecuatorianos y la CLACSO, 2003, p. 33.

²² SÁNCHEZ, Jeannette “Ensayo sobre la Economía de la Emigración en Ecuador” en *Ecuador Debate*, N° 63, Documento en Internet, sin fecha.

²³ CHÉRREZ, Cecilia “A los 10 años, ni Manglares ni camarones” en *Acción Ecológica, Documento Alerta Verde* (sin fecha).

²⁴ ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y ...*, op. cit., p. 44.

²⁵ QUIJANO, Aníbal “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en LANDER, Edgardo (coord.) *La colonialidad ...*, op.cit.

²⁶ Este monto se saca multiplicando el aporte base de 130 euros mes por los 281.918 ecuatorianos que cotizan a la Seguridad Social española.

²⁷ ACOSTA, Alberto; LÓPEZ, Susana & VILLAMAR, David. *La migración en el Ecuador. Oportunidades y ...*, op. cit., citada en GARCÉS, Ivonne, op. cit.

Review-Essay

IGLESIAS- CARUNCHO, Manuel *El impacto económico y social de la cooperación para el desarrollo*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 2005.

CAMPOS SERRANO, Alicia (ed.) *Ayuda, mercado y buen gobierno. Los lenguajes del desarrollo en África en el cambio de milenio*, Ed. Icaria, Barcelona, 2005.

José Luis de la FLOR

Parece que lo más atrevido en nuestros días son las propuestas para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones más desfavorecidas. La ilusión por objetivos más ambiciosos queda abocada a la dictadura del posibilismo. El desarrollo y la cooperación internacional, una de las parejas más representativas de estos últimos sesenta años, son un reflejo del tiempo pragmático en el que vivimos. Aunque sus lenguajes muestran serias diferencias, trabajan acordes a la misma agenda. Pragmatismo, lenguajes y agendas cuyas principales señas de identidad intentaremos presentar en esta recensión.

Ninguna identidad se encuentra suspendida en el vacío, se hallan, como la persona que evalúa, dentro de un contexto histórico-social concreto. Como primer paso, proponemos sobrevolar este contexto a través de dos espacios específicos como son el estado y la sociedad, para aterrizar en la ciencia y desde aquí dibujar las relaciones entre estos tres ámbitos productores en gran medida de los significados de las señas de identidad que buscamos.

Desde el Estado español, en su “Plan Director de Cooperación 2005-2008” podemos leer: “...la cooperación internacional para el desarrollo es parte de la acción exterior del estado y se inserta en el marco de los consensos internacionales...”¹. Por

otro lado, otro documento de la cooperación española, el “Resumen Ejecutivo del Plan África” dentro del “Plan de Acción para África Subsahariana” de reciente aparición, supone “...un hito histórico pues nunca antes España se había dotado de una política global, ambiciosa y al mismo tiempo realista y concreta hacia África Subsahariana, que constituye nuestra frontera sur, y cuyo destino está íntimamente ligado al nuestro”².

La cooperación no es una herramienta de segundo orden, por ello la esencialidad de la que habla el Plan Director. Constituye todo un cuerpo en el que se reflejan un conjunto de funciones exteriores e interiores del estado como: la internacionalización de intereses, la expansión cultural, el control de fronteras, la seguridad. Todo ello encauzado entre las disposiciones del contexto internacional y las necesidades e intereses propios de la realidad concreta del Gobierno español.

Como reflejo de nuestra sociedad, el *Informe de la CONGDE sobre la percepción social de las ONGD: así nos ven*, realizado en marzo del 2005, plantea una batería de encuestas que en palabras del entonces Presidente de la CONGDE, David Álvarez: “además ofrece el punto de vista de la ciudadanía sobre temas de solidaridad y cooperación como la ayuda oficial al desarrollo, la cooperación descentralizada...”³. De la encuesta con la que se trabajó, orientada más a conocer la valoración ciudadana del funcionamiento interno de las ONGD (financiación, personal remunerado, publicidad, participación) que al sentido mismo de la cooperación, rescatamos dos cuestiones: la número ocho y la número doce. La primera señala que el 55,54% de los encuestados creen que el organismo que gestiona una mayor cantidad de fondos para el desarrollo del Tercer Mundo son las ONGD. La otra indica que más del 86% de los entrevistados consideran que el trabajo de las ONGD consigue que el nivel de desarrollo aumente en estos países.

Podemos interpretar que nuestra sociedad asocia la cooperación más con la iniciativa filantrópica de una sociedad civil organizada en ONGD que con una práctica de estado. Por otro lado, el éxito de la relación cooperación-desarrollo se presenta simplificada, como binomio medio-fin, quedando excluido de la encuesta cualquier

intento de determinar qué se entiende por desarrollo. Interpretando los resultados estadísticos, la cooperación se presenta ante los ojos de la sociedad más próxima al altruismo y la eficacia que a la práctica concreta de un estado que persigue unos intereses determinados, como pudieran reflejar los planes de cooperación anteriormente mencionados.

Siguiendo el plan trazado, tras acercarnos a los espacios del estado y la sociedad, aterrizaremos el ámbito de la ciencia de la mano del libro de Iglesias-Caruncho⁴ *El impacto económico y social de la cooperación para el desarrollo*. El autor nos acerca la versión aligerada de la tesis con la que se doctoró en Ciencias Económicas (2002). José Antonio Alonso⁵, director de su tesis, prologa un libro técnico que enmarca el impacto de la cooperación internacional dentro de la historiografía de la economía del desarrollo.

En este prólogo encontramos la adecuación entre el libro y el espacio científico al que antes nos referíamos. Alonso comenta sobre los progresos en el estudio de la eficacia de la ayuda internacional: “por supuesto, semejantes avances no han disuelto la controversia subyacente a este campo de análisis como sucede en otras áreas disciplinarias, la creciente depuración del análisis se ha demostrado compatible con la presencia de resultados ambiguos o, incluso, abiertamente contradictorios. Lo que no hace sino alimentar la polémica, si bien con niveles crecientes de exigencia analítica. Tal es lo que se supone debe hacer la práctica científica”⁶.

La *ambigüedad* en los estudios sobre el impacto de la cooperación se presenta como seña de identidad que permite compararlos con otras áreas del saber y disponerlos dentro de una práctica concreta: la científica. La posibilidad de resultados diferentes o contradictorios - o sea la *ambigüedad* de un resultado, característica a superar en la elección de una acción - se viste de positivo en el espacio académico; pasa, en palabras de Alonso, de realidad concreta a invitación para hacer ciencia.

Así el análisis de Iglesias-Caruncho se centra en la búsqueda de los determinantes específicos que influyen en el impacto de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), entendida ésta como el conjunto de transferencias directas de recursos que excluyen la ayuda militar y presentan cierto régimen de concesionalidad⁷.

El sistema internacional de cooperación nace tras la Segunda Guerra Mundial como “instrumento legitimador de las potencias dominantes en cada uno de los bloques”⁸. Ante la falta de una institución internacional responsable de la redistribución de la riqueza mundial, el sistema de cooperación se justificará, según Iglesias-Caruncho, a través de los principios morales y los intereses prácticos demostrados por el norte. Pero, los primeros no son explicados y los segundos señalan a las materias primas del sur, la necesaria estabilidad política mundial y, más recientemente, se “reafirma la provisión de Bienes Públicos Mundiales como una razón adicional para la cooperación internacional”⁹. Entre estos bienes públicos mundiales encontramos: la paz, la seguridad internacional, el cuidado del medio ambiente, la prevención de conflictos, la salud, la información o el conocimiento; “otras razones de gran interés a favor de la intervención de los poderes públicos del norte en el desarrollo sostenible del sur”¹⁰.

El lenguaje técnico-económico de *El impacto económico y social de la cooperación para el desarrollo* representa la evolución del sistema internacional de cooperación como una sucesión de prácticas y mejoras encuadradas en escuelas económicas diferentes. En un principio, a la apuesta entre crecimiento económico y desarrollo, se oponía la economía radical que echaba en falta medidas para la redistribución de la renta; la economía liberal que reivindicaba una mayor inversión de capital privado junto a la liberalización del mercado y el propio sistema de cooperación que alzaba la voz pidiendo una “mayor solvencia de la política del receptor en la asignación de la ayuda”¹¹.

Así, en las décadas de los cincuenta y sesenta se consideró que la inversión en forma de recursos financieros concesionales, las modificaciones de estructuras heredadas del pasado y la creación de instituciones modernas conducirían al desarrollo

de las sociedades. Luego, en los setenta, las tramas burocráticas de los países receptores pusieron en duda el uso de los fondos enviados; lo que se conoce como “fungibilidad de la ayuda, es decir, su uso distinto al previamente planificado”¹² cuestionándose el uso final de la ayuda financiera. La crisis de la Deuda y el fracaso de los experimentos modernizadores en el sur fortalecieron la exigencia de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), respondido desde la ortodoxia económica a través de los Planes de Ajuste Estructural. Los requisitos de una economía abierta al exterior señalaban el camino al desarrollo en los años ochenta.

Hasta aquí, la llegada de divisas, la mejora fiscal, el aumento de inversiones y el crecimiento en conocimientos técnicos son los pilares de discusión para hacer efectiva la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD). En los noventa, el papel coordinador y director del desarrollo es asumido por los organismos internacionales mientras crece el número de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y movimientos sociales de diferente índole. Hace su aparición nuestro actual paradigma de desarrollo: *el desarrollo humano sostenible*. Éste indica que el crecimiento económico del receptor debe ser acompañado de “la disminución de la pobreza y las desigualdades sociales internas, y la mejora medioambiental”¹³.

Si atendemos a esta construcción histórica, la complejidad del sistema internacional de cooperación dependerá de los nuevos campos sobre los que actúa. Ya no sólo se analiza la distancia entre lo que se necesita y lo que se tiene en términos exclusivamente económicos - “la brecha de divisas”, “la brecha de ahorro”, “la brecha fiscal”, al sistema internacional de cooperación también “se le demanda aliviar otra serie de brechas como la de políticas, la institucional o la social”¹⁴. Las variables económicas que en el pasado agrupaban todo el esfuerzo académico han tenido que dejar espacio a un nuevo cuerpo construido por la pobreza, el género o el medio ambiente, al que se dedica gran parte del cuarto capítulo de *El impacto económico y social de la cooperación al desarrollo*. El texto de Iglesias-Caruncho avanza de manera paralela, de tal manera que abraza con el mismo lenguaje técnico-económico variables

tan distintas como el comercio exterior y el deterioro ambiental, la respuesta fiscal o la situación de la mujer, la lucha contra la pobreza y el efecto *crowding-in*¹⁵.

Esto puede suceder, recordemos la introducción de Alonso, porque el descubrimiento continuo de determinantes que influyen en el impacto de AOD se asimila a través de la apuesta científica. El reto corresponde a la capacidad del investigador para depurar, integrar o excluir; es decir, sistematizar la información. Así, a veces se hacen necesarios cuadros y gráficos que visualicen más fácilmente el esfuerzo académico de relacionar diferentes variables con el término constante de AOD.

La totalidad del empeño se hace posible gracias a un lenguaje técnico que logra en primer término auto-identificarse al crear un vocabulario propio a través de la inclusión continua de realidades externas diferentes, para más tarde transformar en *ambigüedad* la incapacidad de controlar los fenómenos sociales y ambientales.

Ambigüedad que ofrece como resultado que el debate no recaiga en el modelo de desarrollo propuesto (lo que sería el resultado final de una práctica), sino en los canales a usar por la AOD. Por ello, nuevos fundamentos del desarrollo sostenible como la pobreza, el género o el medio ambiente pasan en el lenguaje técnico-económico de la cooperación a ser los indicadores encontrados para evaluar el impacto de la ayuda internacional. Este tipo de lenguaje termina identificando el desarrollo sostenible como representa el gráfico 2.1 de Iglesias-Caruncho, a través de los “canales de impacto de la AOD en el desarrollo” o, dicho de otra forma, los indicadores terminan transformándose en objetivos.

La equivalencia planteada entre un tipo de análisis que se irá extendiendo a lo largo del libro de Iglesias-Caruncho y la práctica científica a la que alude, sumergen los estudios sobre cooperación en un campo acumulativo de conocimientos donde se intenta adecuar su herramienta clásica, la AOD, a los nuevos retos antes comentados y a su optimización en terrenos ya conocidos como deuda externa, progreso tecnológico,

ahorro o inversión pública de tal forma que las prácticas ejecutadas pasen pronto a ser analizadas como hipótesis a perfeccionar. La identidad de la cooperación responde a la idea de desarrollo (sostenible o no) pero su identificación viene dada por las variables distintas que en cada periodo histórico ha venido aglutinando. Esta es la forma como el lenguaje técnico de la cooperación presenta la mutabilidad como una facultad propia del desarrollo.

La brecha del ahorro, la inversión (pública o privada), el impacto fiscal, el progreso técnico o el comercio exterior, son sometidas a una práctica científica que vuelve secundario el análisis de las relaciones de poder construidas y mantenidas históricamente entre países ricos y países pobres. Aún así la pretendida objetividad de este tipo de lenguaje asume la existencia de una realidad política concreta. Así, al hablar de la condicionalidad de la ayuda: “ahora bien existe una fuerte controversia sobre algunas de las medidas de política sin que resulte fácil enjuiciarlas críticamente sólo desde una perspectiva técnico-económica, al estar mediatizadas por posiciones políticas e ideológicas y por relaciones de poder”. La advertencia de la dificultad no resta en todo caso confianza al lenguaje usado; en definitiva, es ésta la causa final que une los diferentes temas del libro. Porque la posibilidad de tratar conjuntamente realidades diversas como crecimiento económico, medio ambiente, desarrollo tecnológico o género no es debida tanto a las características comunes que estos elementos presentan, como anteriormente escribíamos, sino a la capacidad de incorporarlas al vocabulario propio de un lenguaje técnico-económico como el que presenta *El impacto económico y social de la cooperación al desarrollo*.

Tenemos que reflexionar sobre si la introducción de este tipo de lenguaje en departamentos de universidad, centros de investigación u ONGD, sumada a una visión social que asocia en alto grado la cooperación como una respuesta ética de la ciudadanía, pueden dificultar la percepción de un estado que construye nuevas formas de control fronterizo, seguridad y lucha contra el terrorismo a través de su sistema de cooperación.

Encuentro de lenguajes

Este tipo de lenguaje lo podemos encontrar en la nueva agenda del desarrollo. La profesora Alicia Campos en el libro por ella coordinado *Ayuda, mercado y buen gobierno. Los lenguajes del desarrollo en África en el nuevo milenio* repasa junto a otros investigadores e investigadoras los discursos y prácticas que en esa región del planeta se están implementando en espera del logro de los ocho objetivos y dieciocho metas de los “Objetivos del Milenio”, cuyo plan estratégico es la lucha contra la pobreza. Su libro combina una parte dedicada al análisis teórico “*Las Agendas*” con otra dedicada a los estudios de campo “*Las Prácticas*”. El encuentro entre los lenguajes del libro coordinado por Alicia Campos y el de Iglesias-Caruncho refleja en primer término, las diferentes posibilidades que el momento nos da para introducirnos en los estudios sobre desarrollo. En ambos casos, el desarrollo deja de ser una palabra fetiche, conquistada por el imaginario para definirse a través de una serie de prácticas y argumentos reflejados en sus distintos discursos. En un caso, el desarrollo será abrazado por un lenguaje técnico surgido de la reivindicación del aprender-haciendo de Iglesias-Caruncho y en otro, será resultado del lenguaje social surgido de las relaciones entre las regiones ricas y pobres del planeta como nos enseña el libro coordinado por Campos.

Pero la capacidad de estar en un mismo debate no la concede sólo el hecho de comulgar con el mismo tema de reflexión. ¿Tiene el mismo interés final el lenguaje de la cooperación internacional que el lenguaje de los estudios postcoloniales, representado éste en el segundo de nuestros libros?

El conocimiento sobre las herramientas de cooperación para el desarrollo se produce en un espacio marcado por la búsqueda de productos directamente útiles. El aprovechamiento del esfuerzo viene indicado, ya en la actualidad, por la utilidad de los elementos aportados para la lucha contra la pobreza, como máximo objetivo. Por ejemplo, cuando Iglesias-Caruncho reflexiona sobre el impacto de la cooperación sobre la pobreza a través de los Planes de Ajuste Estructural: “en suma, ni la teoría, ni los estudios globales, ni los análisis de casos ofrecen respuestas definitivas a la pregunta sobre el impacto de los PAE en la pobreza”¹⁶. Lo cual no evita que “... la cooperación

bilateral acompañe ahora a los PAE con apoyo a la balanza de pagos y al presupuesto para que se mantengan los servicios públicos en funcionamiento”¹⁷. Proponiendo finalmente: “por ello, el reto pendiente es modificar los PAE, de modo que incluyan objetivos de reducción de pobreza y equidad”¹⁸.

La utilidad que exige el campo de la cooperación está estrechamente relacionada con la durabilidad de las herramientas. El triunfo de la *ambigüedad* permite acumular conocimientos y prácticas en función de las varias opciones de uso que pueden deparar y de la linealidad histórica que descontextualiza las herramientas de los procesos políticos que las provocan, evaporando la ideología que contienen.

Este tipo de lenguaje que intenta objetivar las prácticas se contrapone a los textos del libro coordinado por Alicia Campos. En él las razones geopolíticas de la Guerra Fría dan paso a las razones del mercado¹⁹ dentro de las cuales toman su significado las medidas aportadas. De igual manera, las relaciones de poder²⁰ son fortalecidas o debilitadas con las acciones de la cooperación internacional. El desarrollo se entiende como un camino de encuentros y desencuentros, tensiones entre diferentes discursos que intentan incorporar sus conceptos a la realidad. Hay rupturas en los procesos históricos o continuidades que implicarán nuevas formas de actualización del poder²¹.

Más allá de la reunión de diferentes voces, su libro responde al interés de interpretar África en el inicio de este siglo XXI en clave polifónica, asumiendo con ello la realidad como producto multicausal que requiere la presencia de diferentes discursos para ser abordada. El desarrollo es puesto a debate a través de las herramientas: gobernabilidad, consenso, regionalización, partenariado, *Objetivos de Desarrollo del Milenio* ..., que el momento político neoliberal permite.

Se trata también de un lenguaje con dimensión práctica, quiere trasladar conceptos y herramientas a la realidad. Bajo este fin, es comparable al anterior lenguaje

pero distinguiéndose por el protagonismo del *debate* en lugar del de la *ambigüedad*. Evidenciar el debate existente en torno al desarrollo subraya una dimensión ideológica. Cada argumento, cada herramienta responden a un diseño social; el análisis de éste vuelve irremediablemente secundaria la búsqueda de productos directamente útiles. En la actualidad, estos dos lenguajes se ven incluidos en un contexto histórico que produce conceptos y herramientas de actuación que es necesario interpretar.

La existencia de estructuras internacionales, como la Organización de Naciones Unidas (ONU) y el Banco Mundial (BM), productores de diferentes discursos sobre desarrollo, obliga al libro coordinado por Campos al análisis de las relaciones de poder establecidas entre ambos. Y es que ahora la agenda actual para el desarrollo responde a los fracasos en la gestión de conflictos internacionales (ONU) y a la crítica de los Planes de Ajuste Estructural (PAE) que empujaron a un esfuerzo argumentativo, mutuo pero independiente²². Se trataba de tomar el discurso sobre desarrollo y por ello el PNUD lanza en los noventa la idea de *desarrollo humano sostenible* respondiendo a una nueva orientación de la doctrina económica - recordemos que al crecimiento económico del receptor se le añadía la lucha por las desigualdades internas, el medioambiente y la reducción de la pobreza... Cuando el Banco Mundial acepta este tipo de argumentación desplaza su idea-fuerza, la noción de “falta de bienes”²³ como causa de subdesarrollo. Este proceso de asimilación de significados que demuestra la ósmosis existente entre los lenguajes del poder posibilita llegar a un “consenso de mínimos”²⁴ representado en Los Objetivos del Desarrollo del Milenio.

Ahora bien, el significado a dar a cualquier mezcla de lenguajes queda incompleto si no atendemos al estado en que queda la balanza de poder tras la permeabilidad argumentativa. El “consenso de mínimos” no debe ocultar cómo la ONU, aunque logra apropiarse del motor ideológico del discurso sobre desarrollo, cede la articulación de los Objetivos del desarrollo del Milenio al Banco Mundial, el cual termina garantizándose el papel internacional de coordinador de las políticas sobre desarrollo²⁵.

El espacio generado por un nuevo paradigma desarrollista es habitado por una serie de herramientas y conceptos. Éstos no se presentan aislados sino como señala el estudio sobre África de *Ayuda, mercado y buen gobierno*, responden a una nueva agenda sobre desarrollo. Aún así la nueva preocupación por combatir la pobreza²⁶ no supera la idea del estado como vehículo a reformar para la mejora de las condiciones de vida del sur. De igual manera, el lenguaje técnico-económico de los estudios sobre cooperación internacional también tiene como diana las competencias del estado.

En definitiva, ha sido la presencia continua del estado o su deseo de existencia lo que ha posibilitado la ilusión del desarrollo²⁷, el impacto de la cooperación o el espacio para nuevas formas de convivencia²⁸. Pero el esfuerzo académico por interpretar si la nueva agenda sobre desarrollo responde a una nueva teoría neoinstitucional²⁹ desde los poderes occidentales³⁰, implica que el estado puede abrirse a nuevos diseños sociales.

Gobernabilidad

El concepto de *governabilidad* es la piedra angular de esta teoría neoinstitucional. La responsabilidad achacada a los estados africanos en el fracaso de los Planes de Ajuste Estructural al final de la década de los ochenta, concluyó en la necesidad de transformar sus prácticas políticas, al calor de la lógica económica imperante que precisaba de un correcto funcionamiento del estado para lograrlo en el mercado.

Se esquivaba así la preocupación por la capacidad real de una democracia que ayudara a combatir las redes patrimonialistas del estado y ofreciera estabilidad a su población. La equivalencia de los valores liberales y el concepto de democracia identificaban a ésta con los procesos electorales, el multipartidismo, la separación de poderes, los derechos humanos, la lucha contra la corrupción y la sociedad civil³¹, a la vez que excluían cualquier construcción propia de la cultura africana³². La supremacía de la democracia liberal presentada como un todo o nada impide la apropiación puntual de alguno de sus elementos; a la vez que justifica el nuevo papel de Occidente como tutor y garante de la consolidación del estado africano. La primera vuelta de las

elecciones en la República Democrática del Congo (RDC) puede haber servido para que el norte celebrase ante la sociedad internacional la vigencia de su auto-otorgado papel de tutor.

Del ejemplo puntual de la RDC podemos pasar a la práctica sostenida. Como señala Iglesias-Caruncho, “en los primeros años del nuevo milenio, la importancia de la AOD es aún mayor, al haberse reducido los flujos de capital privado a los PED después de las crisis económicas de fines de los noventa; de modo que en 2001-2003, más del 60% de los flujos netos recibidos en los PED, como promedio, se han debido a la AOD”³³, podemos suponer la importancia que alcanzan los mecanismo de condicionalidad en los estados del sur. Además, un gran porcentaje del dinero de la cooperación internacional³⁴ se dirige al fortalecimiento de las instituciones creadas bajo el influjo liberal, formación y asesoramiento de ONG o procesos electorales.

Y es que la importancia de la cooperación internacional en el campo de la gobernabilidad no es leve. Los requisitos para la entrega de ayuda no han permanecido inalterables a la renovación de las agendas. Si antes llevar a cabo una política de ajuste estructural conllevaba el ingreso de fondos en las arcas de los estados del sur³⁵, ahora ese ingreso se condiciona a la capacidad de presentar un estado construido bajo “la transparencia institucional”, “la seguridad jurídica” o “los sistemas de gestión públicos”³⁶. Esta nueva práctica basada en la selección y no en la condicionalidad directa, es conocida como condicionalidad positiva y también implica la garantía de que la cooperación trabajará por la “promoción de la democracia y los derechos humanos”. La interiorización de estas prácticas en el quehacer de la cooperación internacional permite advertir sobre lo lejos que ha llegado la conexión entre desarrollo y valores liberales en la promesa de una mejor vida para las poblaciones más desfavorecidas.

Podemos percibir la existencia de dos elementos diferentes en la condicionalidad positiva: uno, más *técnico*, orientado a las instituciones que el estado debe crear y proteger y otro, más *político*, ligado a la constatación de derechos, libertades y autonomía para crear soluciones propias a los problemas de la comunidad. Dos maneras

diferentes de entender el término soberanía: como necesidad de instituciones o como capacidades del pueblo. Una vez más resultado del interés por tomar el discurso sobre desarrollo entre el PNUD y BM centrado ahora en el devenir histórico del significado de democracia en los estados del sur.

En todo caso, aunque “no se trata de dos visiones opuestas sino con distintos énfasis”³⁷, sería bueno reflexionar sobre el sentido de incorporar un término con una epistemología no concreta a una realidad que, como la de África Subsahariana, se construye más desde los tópicos o clichés del norte que desde el conocimiento de su identidad cultural. Advertimos también que esta ambigüedad, nuevamente, se abre como espacio central dentro del lenguaje de la cooperación internacional; ambigüedad representada en la formulación de diferentes indicadores de gobernabilidad diseñados por el PNUD o por el BM.

Ahora bien, ¿qué herramienta concreta protagoniza finalmente la introducción de estos conceptos en la realidad del sur? El “diálogo de políticas”³⁸ que negando la visión que homogenizaba los problemas y las recetas para el sur opta por el estudio individual de cada caso. El término “evita el uso del concepto condicionalidad política”³⁹ y refuerza el protagonismo del sur en su proceso de desarrollo. Para la cooperación internacional, la conveniencia de esta herramienta se debe a “los cambios impulsados en las políticas del receptor” ya que los efectos de la AOD no son sólo directos, sino también debidos a las políticas e instituciones que aseguran su buen uso. Traslada nuevamente su lenguaje técnico al concepto de gobernabilidad.

Este mecanismo está presente en el Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD)⁴⁰ y el Acuerdo de Cotonú del 2000 que dirige las relaciones entre Unión Europea y África Subsahariana. Las continuas renovaciones de los anteriores acuerdos⁴¹, “producto de los diversos avances en materia de teorización del concepto desarrollo”⁴², permiten ver el desarrollo como un término en continua transformación. A lo cual no es ajeno el sistema de cooperación cuyas diversas variables, dirigidas a medir

el impacto de la ayuda, reflejan las tendencias puntuales de la literatura económica en diferentes épocas.

Sirvan de ejemplo las diferencias entre el Plan de Acción de Lagos (1980), analizado en el ensayo del profesor Kabunda, que apostaba por un desarrollo autónomo de África basado en la cooperación entre estados y su autosuficiencia, y el Informe Berg (1983) del BM acorde con la ortodoxia liberal que apostaba por una liberalización del mercado africano como medio de desarrollo.

Pero si el desarrollo es un término en transformación es debido a la variabilidad de los fenómenos naturales y sociales. Diferentes espacios y diferentes tiempos muestran diferentes anhelos de desarrollo⁴³. Los avances técnicos que han permitido reducir el espacio y el tiempo han consolidado un nuevo discurso desde el que se actualizan diferentes prácticas. Así como los nuevos documentos estratégicos para la lucha contra la pobreza representan una actualización del ajuste estructural⁴⁴, nuevas formas de organización pueden trasladar la hegemonía occidental al nuevo espacio creado por la globalización.

El Acuerdo de Cotonú representa la posibilidad de hacer una política alejada de la ortodoxia de la Organización Mundial de Comercio y distinta a la de Estados Unidos. Los cuatro acuerdos de Lomé que le preceden desde 1975 no han dado los resultados esperados para el desarrollo del continente africano. La protección dispensada por la Política Agraria Común y la apertura del mercado europeo a las materias primas no elaboradas⁴⁵ son causas aducidas para entender este resultado.

El beneficio común que puede representar la creación de zonas francas, como estipula Cotonú, donde comercializar bajo el paraguas del libre mercado no implica una novedad para los productos africanos en relación a Europa y sí representa una nueva ventaja para la expansión de los intereses económicos europeos. Por el contrario, la nueva relación establecida entre la Unión Europea y África basada en la integración

regional del continente según los requisitos del norte, permite mantener vigente un orden que proviene de los poderes hegemónicos. El motor conceptual que permite actualizar el discurso occidental pasa por positivar la inclusión de las economías del sur en la economía global.

Aunque varios estados africanos como Nigeria, Sudáfrica o Argelia defienden con fuerza la idea de la inclusión de la economía africana en un espacio global, eso no despeja la incertidumbre de si se actúa en función de los requisitos que impone la globalización o de las necesidades que presentan sus pueblos. El control sobre el diseño de las relaciones Norte-Sur implica una práctica consciente del poder que no anula la necesidad de justificar su acción. Si los bienes públicos mundiales permitían presentar los intereses del norte como bienes globales, la idea de un partenariado con África traslada la idea de que el desarrollo nos beneficia tanto a nosotros como a las necesidades del sur. Pero al mismo tiempo que se dispone este orden, hay una intrahistoria representada en la vida de las personas que comparten este tiempo.

Cambio de dirección. Del Sur al Norte

Las “Prácticas” presentes en el libro *Ayuda, mercado y buen gobierno* nos enseñan cuánto más rica y diversa es la realidad que los lenguajes que la interpretan. La producción de discursos y herramientas corre paralela a la construcción de identidades. La resistencia del pueblo saharauí⁴⁶ se consolida a través del tiempo, usando para ello diferentes tácticas. Su lucha otorga las señas de identidad de un pueblo. La puesta en práctica de formas políticas distintas al discurso liberal, como la *asabiya*, un concepto de solidaridad sobre el que gravita el modo de convivencia de sus gentes, nos hace reflexionar sobre la capacidad de cambiar la dirección de las experiencias políticas. Si en esta recensión hemos ido conduciendo lenguajes y agendas del Norte al Sur, bueno es que ya al final nos atrevamos a manejar la dirección contraria: del Sur al Norte.

Para proponer este esfuerzo, creemos que la experiencia de Marina Temudo en Cubucaré (Guinea - Bissau) nos puede orientar. La investigadora se hace partícipe del

contexto social en el que desarrolla su estudio de campo, logrando levantar las redes horizontales de poder que posibilita la cooperación internacional. Los intereses de ciertas elites se perpetúan a través de la ayuda externa imposibilitando finalmente la diferenciación entre los intereses de la sociedad civil y los del poder político. La opción tomada por la investigadora al denunciar estas prácticas rebota en dirección norte. ¿Puede estar sucediendo en Occidente la misma convivencia entre poderes políticos y agencias de cooperación? Creemos que una “cartografía del poder” parecida a la referida en Cubucaré pero desarrollada en los centros urbanos de poder del norte se encontraría dificultada ante una mayor acumulación de construcciones administrativas, burocráticas o institucionales.

De igual manera y acorde con esta multiplicidad de estructuras, cómo interpretar el significado de la *asabiya* dentro de la realidad del norte. ¿Como una posibilidad real de convivencia ciudadana o como un aliento para buscar otras formas de organización política diferente a la liberal? Las “Prácticas” de *Ayuda, mercado y buen gobierno* al mostrarnos cómo los lenguajes del desarrollo son contestados desde diferentes dinámicas sociales nos indica que descender del plano teórico a la realidad significa percibir antes que nada la diferencia existente entre poner el punto de mira en lo macro (el orden) o en lo micro (la persona). El intento de pretender trabajar sobre esos dos espacios sin pretender ningún cambio en las relaciones de poder que sostienen el primero puede ser una manera de interpretar los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Volviendo a las primeras frases con las que empezábamos este trabajo, si lo más atrevido en nuestro tiempo, a tenor de lo que la realidad nos enseña, son unos Objetivos de Desarrollo del Milenio que no presentan en sus ocho Objetivos y dieciocho Metas derechos políticos y carecen de órganos sancionadores para su cumplimiento⁴⁷, bien haríamos en advertir que la gravedad del caso no se debe tanto a la falta de unos derechos políticos individuales en su formulación si no más bien a la carencia de una sustancia política que ilumine internamente Objetivos y Metas. ¿Cómo explicar que quede fuera de los Objetivos cualquier referencia a lo que se ha convertido en una de las señas de identidad de nuestro tiempo, los flujos migratorios económicos, si no es a

través de la exclusión de la sustancia política por naturaleza: el debate sobre la organización del espacio común donde nos toca convivir entre comunidades humanas diferentes en relación a un medio natural seriamente dañado?

La posibilidad, aún así, de hacer política sin debatir sobre la política es un rasgo evidenciado: al pedir concesiones a las farmacéuticas (meta 17), al solicitar un sistema comercial y financiero abierto (meta 12) al pedir la cancelación de la deuda bilateral oficial (meta 13). El recurso a lo técnico, lo objetivo: reducir a la mitad entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a 1 dólar al día (meta 1); reducir en dos terceras partes entre 1990 y 2015, la mortalidad de los niños menores de 5 años (meta 5), convierten el pragmatismo en motor principal para la acción. Levantados como la gran promesa de los países del norte a los del sur para este siglo XXI y presentes en la actualidad como motor de movilización social, la consecución de los ocho Objetivos y dieciocho Metas, que ya se sabe muy alejada, dependerá si no en exclusividad, sí en gran medida de la articulación entre las diferentes herramientas y conceptos que hemos ido rescatando de la mano de los libros de Iglesias-Caruncho y Alicia Campos. Las señas de identidad que hemos intentado presentar en esta recensión - la gobernabilidad, la condicionalidad política, los nuevos partenariados o el lenguaje técnico de la cooperación - conforman un escenario internacional que debe ser enriquecido con la búsqueda de nuevos espacios y lenguajes desde los que reflexionar sobre otras posibles formas de organizar la convivencia entre los pueblos.

NOTAS

¹Plan Director de la Cooperación Española 2005-2008, Secretaría de Estado de Cooperación Internacional, Subdirección General de Planificación y Evaluación de Políticas de Desarrollo, p. 6. Ver http://www.mediterraneas.org/IMG/pdf/PLAN_DIRECTOR_2005-2008.pdf.

² Plan África 2006-2008, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Dirección General de Comunicación Exterior, p. 149. Para una lectura del Resumen Ejecutivo visitar: <http://www.maec.es/NR/rdonlyres/C4C81869-0E32-470D-8D5F-7A49AD84D5C0/0/planafrica.pdf>

³ *Informe de la CONGDE sobre la percepción social de las ONGD: así nos ven*, Coordinadora de ONG para el Desarrollo España, Madrid, 2005, p. 7.

⁴Manuel Iglesias-Carucho es actualmente Director del Gabinete de la Secretaría de Estado de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación del Estado español. También trabajó en el Instituto de Cooperación Iberoamericano durante ocho años en diferentes países de América Latina.

⁵ José Antonio Alonso es Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y Director del Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI).

⁶ IGLESIAS-CARUCHO, Manuel *El impacto económico y social de la cooperación para el desarrollo*, Ed. Libros de la Catarata, Madrid, 2005, p. 15.

⁷ *Ididem*, p. 380.

⁸ *Ibid.*, p. 1.

⁹ *Ibid.*, p. 57.

¹⁰ *Ibid.*, p. 201.

¹¹ *Ibid.*, p. 65.

¹² *Ibid.*, p. 64.

¹³ *Ibid.*, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*, p. 78.

¹⁵ El efecto por el cual la Ayuda Oficial al Desarrollo refuerza la inversión del sector público sobre el privado. Por ejemplo, la construcción de infraestructuras llevada a cabo por un gobierno del sur a través de la ayuda financiera.

¹⁶ *Ibid.*, p. 160.

¹⁷ *Ibid.* p. 161.

¹⁸ *Ibid.* p. 162

¹⁹ ALCALDE, Ana y ALBERDI, Jokin “Gobernabilidad y Cooperación Internacional al Sur del Sáhara” en CAMPOS, Alicia (Ed.) *Ayuda, mercado y buen gobierno. Los lenguajes del desarrollo en África en el cambio del milenio*, Icaria, Barcelona, 2005, ps. 39-69.

²⁰ En el caso del poder local, véase TEMUDO, Marina “Estado, donantes, ONG y la agenda del buen gobierno en África: el caso de Guinea-Bissau” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 229-254. Sobre el poder estatal, véase CAMPOS, Alicia “Ubicando el desarrollo: las implicaciones políticas de la ayuda en Guinea Ecuatorial y Mozambique” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 255-286.

²¹ Véase COLOM, A. “¿Un nuevo rumbo para las políticas del Banco Mundial y el fondo monetario Internacional en África?” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 71-100.

²² CAMPOS, Alicia “Introducción. Discursos y prácticas del desarrollo en África: ¿diálogos convergentes?” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 11-36.

²³ COLOM, A. “¿Un nuevo rumbo ..., *op. cit.*”

²⁴ CAMPOS, Alicia “Introducción. Discursos y prácticas ..., *op. cit.*”

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ Véase IGLESIAS-CARUNCHO, Manuel “El impacto de la AOD en la pobreza” en *El impacto económico y social de la cooperación para el desarrollo*, Ed. Libros de la Catarata, Madrid, 2005, ps. 149-156.

²⁷ TEMUDO, Marina “Estado, donantes, ONG ..., *op. cit.*”

²⁸ GIMENO, Juan Carlos “Los lenguajes de la emancipación en el Bidán” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps.169-247.

²⁹ ALCALDE, Ana y ALBERDI, Jokin “Gobernabilidad y ..., *op. cit.*”

³⁰ KABUNDA, Mbuji “De la Unión Africana y del Plan de Acción de Lagos al NEPAD: rupturas y permanencias” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 127-166.

³¹ TEMUDO, Marina “Estado, donantes, ONG ..., *op. cit.*”

³² GIMENO, Juan Carlos “Los lenguajes de la emancipación en ..., *op. cit.*”

³³ IGLESIAS-CARUNCHO, Manuel *El impacto económico y...*, *op. cit.*, p. 29.

³⁴ ALCALDE, Ana y ALBERDI, Jokin “Gobernabilidad y ...”, *op. cit.*

³⁵ Véase: TEMUDO, Marina “Estado, donantes, ONG ...”, *op. cit.* y CAMPOS, Alicia “Ubicando el desarrollo ...”, *op. cit.*

³⁶ ALCALDE, Ana y ALBERDI, Jokin “Gobernabilidad y ...”, *op. cit.*

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ MARÍN, A. y BIDAURRAZAGA, E. “El nuevo marco de las relaciones entre la Unión Europea y África Subsahariana en la era pos-Lomé” en CAMPOS, Alicia (ed.), *op. cit.*, ps. 101-125.

³⁹ *Ibidem.*

⁴⁰ KABUNDA, Mbuji “De la Unión Africana y del Plan ...”, *op. cit.*

⁴¹ Desde el Tratado de Roma (1957), las Convenciones de Yaundé en la década de los sesenta hasta los cuatro Convenios de Lomé que abarcan desde 1975 hasta 1995.

⁴² MARÍN, A. y BIDAURRAZAGA, E. “El nuevo marco de las relaciones entre ...”, *op. cit.*

⁴³ CAMPOS, Alicia “Ubicando el desarrollo ...”, *op. cit.*

⁴⁴ COLOM, A. “¿Un nuevo rumbo ...”, *op. cit.*

⁴⁵ Con ello, a la desventaja comercial que supone para el productor africano la PAC, habrá que sumar la dificultad añadida para generar tejido industrial local, puesto que lo que se incentiva desde Europa es la llegada de productos específicamente manufacturados.

⁴⁶ GIMENO, Juan Carlos “Los lenguajes de la emancipación en ...”, *op. cit.*

⁴⁷ CAMPOS, Alicia “Introducción. Discursos y prácticas ...”, *op. cit.*

SAID, Edward *Representaciones del intelectual*

Paidós, Barcelona, 1996

Gastón Aín Bilbao

“En tiempos tan oscuros nacen falsos profetas” - dice un poeta español - y quién podría contradecirlo ante la colección de tanto pusilánime y mercenario escribiendo a la orden del Príncipe con licencia de Doctor. En momentos de profundo dolor colectivo por lo ocurrido en Medio Oriente y ante las incesantes tentativas por dotar de ropaje teórico a las injusticias e intereses mezquinos de los poderosos, releer esta obra de Edward Said constituye un bálsamo para la mente y el espíritu.

Nacido en Jerusalén e hijo de padres refugiados, Edward Said viaja a Nueva York donde estudia literatura inglesa y francesa. En *Fuera de lugar*, su autobiografía publicada en 2001, reconoce la derrota Egipcia a manos de Israel en 1967 como un punto de inflexión en su vida que lo llevará a reconocerse como “árabe”, a estudiar su lengua y a asumir su condición de hombre de dos mundos que no termina de pertenecer a ninguno. Su compromiso militante en el seno del Consejo Nacional Palestino y sus duras críticas contra la política de Israel no evitarán reiterados enfrentamientos con Arafat, acusaciones de corrupción mediante, de quien se distanciará definitivamente tras los acuerdos de Oslo.

En toda su obra puede rastrearse una vocación permanente por despertar a la sociedad civil palestina de su letargo conceptual, espiritual y político. En Occidente, se dedicó a destruir un mito de casi doscientos años de duración construido por la academia europea junto a las diversas oleadas de colonizadores, escritores y cronistas, orientado a presentar doctrinas que exteriorizaban la superioridad europea apoyada en falsos dogmatismos y elevada a partir de un racismo muy bien maquillado.

Como alguna vez nos indicara Paco Peñas, docente y amigo, Said es un autor para leer una y otra vez no sólo por la vastedad y complejidad de sus obras sino por su doble condición, “artificial” pero percibida al fin, de oriental y occidental; de hombre de la Academia americana y de palestino convencido y militante. Said es consciente de esta doble pertenencia y la utiliza magníficamente para incomodar a “propios” y “ajenos”, a “ellos” y a “nosotros”; todas éstas, categorías construidas en laboratorios cuyo fin es garantizar la superioridad de algunos seres humanos.

Este trabajo de Edward Said constituye un agudo relato sobre el rol de los intelectuales en las sociedades modernas. Los condicionantes, los contextos, el lenguaje y los destinatarios de la producción de un intelectual, son algunos de los temas abordados en las conferencias que constituyen el núcleo de *Representaciones de un Intelectual*. Para Said, el intelectual está, a lo largo de su vida académica, permanentemente sometido a una serie de falsas opciones que pueden, si sucumbe ante ellas, distorsionar completamente la naturaleza de su obra.

Un intelectual es, ante todo, alguien que participa de la vida pública, de la vida política y por eso, estará sometido a las inclemencias de lo que hace ya casi cien años Weber describiera como una “larga y dura penetración a través de tenaces resistencias”¹; una actividad desalmada en algún punto y para la que se requiere una “madera” especial, un terreno en el que sólo resisten los que están dispuestos a perder todas las esperanzas y, sin embargo, seguir adelante.

Para Said, el intelectual debe estar capacitado, ante todo, para decirle la verdad al poder. Su principal herramienta de trabajo será la libertad incondicional de pensamiento y expresión; su principal actividad, poner en tela de juicio la autoridad; su gimnasia preferida, la crítica despiadada a “lo objetivo” y a “la autoridad”, ya que será conciente de las capacidades del hombre para construir su destino, sus verdades y sus historias.

Representaciones de un intelectual

Said recupera la vasta trayectoria que en estudios sobre el rol de los intelectuales realizó Antonio Gramsci, no sólo por reconocerlo como el primero que señaló a este grupo y no a las clases como elementos centrales del funcionamiento laboral de las sociedades modernas, sino por considerar que las categorías elaboradas por el italiano aún tienen vigencia².

En un mundo donde los medios de comunicación se han masificado y el acceso a la información es indispensable para la realización de cualquier tipo de actividad, Said entenderá que todo aquel que participe en el proceso de producción y distribución de conocimiento será un intelectual en el sentido gramsciano del término.

Si bien Said coincide con Gramsci en que todos los hombres son intelectuales, aunque sólo a algunos les corresponde desempeñar ese rol en la sociedad, se identifica fuertemente con la definición de Julián Benda, para quien los intelectuales son aquellas personas cuya auténtica actividad no está guiada por objetivos prácticos³. Para Said, los intelectuales buscan la posesión de ventajas no materiales y por ello le resulta atractiva e interesante la caracterización que realiza Benda de ellos como “un grupo que aparece siempre opuesto al *status quo*”⁴.

Un intelectual siempre tiene posibilidades de optar en la eterna división existente entre gobernados y gobernantes, poderosos y despojados.

El intelectual debe encarnar un mensaje, una visión, una actitud y una filosofía “para y a favor del público”⁵ y por eso desde un primer momento Said entiende que no existen los intelectuales privados. Desde el momento en que el mensaje se amplifica y entra en la esfera pública, el mensaje es político.

El autor palestino entiende que la política es omnipresente y no existe huida de ella ni intelectuales capaces de mantenerse al margen desde el momento en que algunos de sus pensamientos son publicados. Las argumentaciones a favor de supuestas

objetividades o teorías trascendentales sólo esconden intereses que pretenden seguir ocultos y para Said, el intelectual, ante todo, desenmascara al poder, corre los velos de lo oculto.

De entre los tipos de intelectuales descritos por Edward Shils, los que están contra las normas dominantes y los que trabajan para preservar el orden y la continuidad en la vida pública, es evidente que Said se identifica con los primeros.

El rol del intelectual es el de “agitador de conciencias” y por eso jamás debe buscar contentar a la audiencia sino sacudirla de su letargo, bombardearla con llamadas a la reflexión.

Los personajes que Said rescata de las obras literarias analizadas en su libro, nos muestran a sujetos con una inteligencia crítica, profundamente polémica y, sobre todo, sujetos que experimentan una profunda pasión por el pensar.

En este primer tramo de su obra, si bien Said no defiende la idea de los intelectuales como seres extremadamente diferentes del resto de los mortales, sostiene que los intelectuales “se niegan a adaptarse a la vida doméstica o a la rutina banal”⁶. En el caso de la obra de Flaubert, aprovecha para retratar la caída en desgracia de dos intelectuales a quienes el mercadeo del momento sume en la lógica materialista de la que todo intelectual debe abstenerse.

El nudo neurálgico de la actividad de todo intelectual consiste en las representaciones que éste se construye, realiza y promueve. Sin embargo, hay un paso previo que, según Said, es la toma de conciencia, que debe ser “escéptica, comprometida y consagrada a la investigación racional y al juicio moral”⁷.

La Lucha contra lo molinos de Viento

Si hay una tarea titánica que debe realizar el intelectual, esa es la de desmontar los estereotipos de percepción y comprensión que, amplificadas por las comunicaciones, inundan las sociedades modernas.

Estos todopoderosos sistemas de representación se aplican al arte y a la cultura de masas adaptándolas a los intereses y necesidades de la política. Ahora bien, ¿cómo poder ofrecer resistencia en una era de multinacionales globales, intereses concentrados de la economía y medios masivos de comunicación que monopolizan lo que la gente recibe en sus hogares?

Como reiteradamente sostiene Noam Chomsky, es imposible pretender que los medios amplifiquen un mensaje que en el fondo es contradictorio con los intereses de mercado que ellos mismos representan. Sin embargo, esa es la tarea desoladora y gigante que tiene por delante un intelectual. Para Said, el intelectual debe “avergonzar” al poder poniendo en tela de juicio las imágenes de los discursos oficiales y las justificaciones que éste realiza para perpetuarse. El intelectual, en el ejercicio de esta tarea, realiza dos tipos de acciones: por un lado desenmascara y, por el otro, presenta alternativas.

Por ello, en su obra rescata a autores que, como José Martí en el caso cubano, a pesar de haber colaborado y participado activamente en cambios de régimen orientados a terminar con gobiernos despóticos, nunca pierden la actitud de “vigilancia”, ni desarrollan un rol pacificador, ni mucho menos buscan el consenso. En el mismo sentido rescata a Franz Fanon cuando sostiene que es sumamente importante que el intelectual vaya más allá de lo coyuntural de la supervivencia para plantear cuestiones de liberación política y críticas al liderazgo existente.

Por último, el intelectual debe representar el sufrimiento del pueblo, testimoniar sus afanes, reforzar su memoria utilizando un método que Said describe como la

“universalización” de las crisis, por medio del cual se debe otorgar “carácter humano” a los sufrimientos de una nación o raza particular asociándolos a los de otros colectivos.

El exilio

Para Said el exilio es, además de físico, una condición metafísica fuertemente vinculada a las condiciones de desplazamientos y emigraciones forzadas. El exilio es inquietud, movimiento, estado de movilidad permanente e incluso llega a sostener que el intelectual tiende a “ser feliz con la idea de la infelicidad”⁸.

El exilio plantea un desafío al intelectual que, a la vez, le obliga a no dar nada por asegurado, a aprender a adaptarse a la inestabilidad y a la precariedad. Estas condiciones, al menos para Said, promueven una vida de libertad, una vida sin ataduras que favorecen la creación de conocimiento.

La visión del intelectual cambia cuando está exiliado y las cosas se ven de manera contingente, jamás como inevitables. Este riesgo de estar afuera y el desafío de ponerse en movimiento característicos del intelectual “exílico”, son altamente positivos e inspiradores para Said.

Los límites del intelectual

La barrera más importante que todo intelectual debe superar es la constituida por su propia nacionalidad y los nacionalismos construidos en torno a ésta. Siendo que todos los intelectuales nacen en una lengua y pasan su vida en el contexto de esa lengua que, a la vez, es el principal medio de actividad intelectual, es imposible ignorar las implicaciones de la comunidad lingüística preexistente. Esta comunidad lingüística, para Said, intentará, casi por tendencia natural, preservar el *status quo*. Para Said, reconocido profesor de literatura comparada de la Universidad de Columbia, las formas más generales, colectivas y corporativistas que adopta el lenguaje son producto de

barreras o cercos conceptuales levantados por las naciones y por otro tipo de comunidades supranacionales.

Por este motivo, Said sostiene que en el contexto de actividad de los intelectuales siempre hay una estructura de poder e influencia que se apoya en una historia masificada de valores e ideas articulados.

Otra de las amenazas, quizás la mayor, que debe afrontar un intelectual es el profesionalismo. Este fenómeno extremadamente extendido en las economías de mercado modernas donde toda actividad está dirigida a percibir un beneficio monetario, puede amputar la objetividad del intelectual. El mercado, entiende Said, requiere presentabilidad y apoliticidad pero, sobre todo, personas acríticas que le sean funcionales.

Otro de los desafíos lo constituye la especialización que, para el autor, implica ni más ni menos que la pérdida de la visión del todo. El experto se aísla usando un lenguaje técnico que impide y dificulta que otros opinen sobre el tema.

Resistir a la seducción del poder es clave para Said porque éste, al final, siempre inhabilita al intelectual. Los poderes corporativos, bancos, fundaciones y demás entidades intentan seducir a los intelectuales para nutrirse de actores que den coherencia a sus acciones y políticas. El intelectual debe rechazar esa tarea que no es más que actuar como títere de los intereses políticos.

Para Said, el intelectual debe vivir acorde a un imperativo moral que obliga a la incesante búsqueda de la independencia en las líneas de investigación, evitando la injerencia de los intereses concentrados de la economía y de la política. Fiel a su estilo, a lo largo de toda su obra, Said no se agota en la descripción catártica de las limitaciones y peligros a los que se ven sometidos los intelectuales. Por el contrario, señala como mejor anticuerpo, la defensa irrestricta de la universidad como centro de elaboración del pensamiento reflexivo y crítico.

¹ WEBER, Max "La Política Como Vocación" en WEBER, M. *El Político y el Científico*, Ed. Alianza, Madrid, 1998.

² GRAMSCI, Antonio *Cuadernos de la cárcel*, Ed. Crítica de Valentino Gerretana, México, ERA, 1999-2000.

³ BENDA, Julián *La Traición de los Intelectuales*, Ed. ERCILLA, Santiago de Chile, 1951.

⁴ *Íbidem*, p. 26.

⁵ *Íbid.*, p. 30.

⁶ SAID, Edward *Representaciones del intelectual*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996.

⁷ *Íbidem*, p. 37.

⁸ *Íbid.*, p. 70.

BARLOW, Maude y CLARKE, Tony *Oro Azul.*
Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo

Paidós, Barcelona, 2004

Fernando Díaz Alpuente

Este libro, editado por Paidós en su colección Controversias en el año 2004 y publicado originalmente en inglés en 2002, trata de analizar los cambios que ha habido en torno al tema del agua desde finales del siglo pasado, e incluso predecir un camino para el futuro.

Los diferentes debates sobre la conceptualización del agua, entre los que se integra la obra de Barlow y Clarke, han determinado la manera de abordar los problemas sobre ésta en las organizaciones internacionales. Mientras el ECOSOC se hace eco de la conceptualización del agua como un bien público y, por lo tanto, un derecho humano¹, otras instituciones se basan en la Conferencia de Río de 1992 para calificarla de bien económico. Lo importante de esta última definición es que arrastra al concepto hacia los términos de necesidad, susceptible, por lo tanto, de ser satisfecha por los mecanismos de mercado modificando la relación derecho humano por la de derecho de los consumidores². El desarrollo de esta conceptualización se ve plasmado en los acuerdos de la OMC³ y en las políticas hídricas y de servicios del Banco Mundial⁴, las cuales otorgan a las corporaciones privadas el papel de protagonistas en las decisiones acerca del agua.

Con un subtítulo como “Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo” el posicionamiento de los dos autores parece extremadamente claro desde el comienzo. Para ellos el agua es un elemento que está siendo raptado por grandes corporaciones privadas con la ayuda de diferentes organizaciones internacionales y con la colaboración, o impotencia, de otros tantos gobiernos. Su propósito es advertir que, de seguir el camino impuesto por estos agentes, las consecuencias en el reparto y en las culturas hídricas que toda sociedad tiene se verán modificadas sin remedio y con un perjuicio extraordinario para el medio ambiente.

Un primer vistazo al índice permitirá observar el planteamiento, nudo y desenlace que los autores hacen de la problemática. La primera parte, llamada “La Crisis”, hace un repaso pormenorizado de la situación mundial de los recursos hídricos y de su relación con otros procesos medioambientales. Citando datos de diversos institutos de investigación y de la propia ONU, se afirma que existen 31 países con problemas de suministro de agua, 1000 millones de personas sin agua limpia para beber y 3000 millones sin acceso a servicios de saneamiento. La misma fuente prevé que en el año 2025 habrá 2600 millones de seres humanos más y dos tercios de éstos vivirán en situación de gran escasez de agua, mientras que el tercio restante lo hará sin agua pues la demanda será un 56% mayor que la disponibilidad⁵.

A pesar del alcance de estos datos, Barlow y Clarke desmitifican dicha argumentación y ponen el énfasis en la agricultura industrial y en las propias actividades industriales como las principales causas del problema. El elevado consumo de agua vendrá motivado por la despreocupación por parte de estos sectores en relación con su ahorro. Los autores apuntan como causas de la escasez las desproporcionadas cantidades de agua utilizadas por las industrias, las políticas agrarias de productos para la importación, así como el cultivo en tierras no adecuadas.

Al despilfarro del agua hay que unir la menor cantidad disponible por la escasez de lluvias y la inutilización de los acuíferos a causa de una mala política de explotación. Barlow y Clarke relacionarán estos sucesos con otras catástrofes como la deforestación, el calentamiento global, la desaparición de humedales o la proliferación de especies invasoras en distintos ecosistemas. Y lo harán de una manera sencilla, como corresponde a un libro de divulgación como éste, con un lenguaje accesible a cualquier lector.

La segunda parte, el nudo del problema, se dedica a hablar de “La Política”. Para los autores, las causas de la crisis y, sobre todo, las posibles soluciones o el posible agravamiento del problema estarán determinados por la política que se lleve a cabo. Como señalan a lo largo de todo el texto, la Crisis Mundial del Agua ha llevado a la creación de foros políticos donde se ha puesto en cuestión la cultura y política de consumo de agua existente. Paralelamente han surgido foros y grupos de presión, tanto sociales como corporativos, que han abierto una

lucha por imponer sus diferentes enfoques sobre la gestión del agua y en la que están prevaleciendo los partidarios de la gestión privada. Es de los foros sociales de donde beben Barlow y Clarke. Durante todo el libro se puede observar un tono reivindicativo propio de quienes están inmiscuidos en los foros sociales y comprometidos con su pluma y tiempo en luchas anónimas.

El enemigo de estos activistas está claramente definido en las instituciones financieras internacionales, Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y, por supuesto, las corporaciones empresariales. Respecto al BM y al FMI los autores denuncian su connivencia con los intereses de las corporaciones al incorporarlos a sus políticas de desarrollo. En este sentido, el sector del agua, en su versión comercio o en la gestión de servicios, ha participado de estas políticas que se han impuesto a nivel internacional. Permeable a los distintos caminos en la cooperación, el agua ha sido, por tanto, uno de los sectores en los que las particulares evoluciones del sistema de desarrollo se pueden ver reflejadas. A través de un seguimiento a las políticas internacionales sobre el agua podemos ver cómo la cooperación ha modificado sus distintos caminos para avanzar en lo que sigue respondiendo a un modelo de tutela internacional que determina las acciones a seguir por los países en desarrollo. Mientras en los años posteriores a la descolonización las políticas sobre el agua consistían en proyectos para la construcción de presas donde el protagonista era el Estado y la financiación corría a cargo del Banco Mundial, con el paso del tiempo también se proyectaron sobre el agua los Programas de Ajuste Estructural, los principios del Consenso de Washington y el fortalecimiento de las administraciones locales. Por supuesto también ha sido uno de los sectores que debían ser *bien gobernados* por los *estados frágiles*. La buena gestión ha sido entendida por los distintos agentes dominantes de la cooperación internacional como responsabilidad del ente privado, asignando una incapacidad intrínseca al sector público para cumplir con la obligación de llevar agua potable a todas las poblaciones en cantidad y calidad aceptables. Vemos en el libro cómo esta relación, lejos de parecerse a la realidad, es diametralmente opuesta a ella. Las recientes propuestas establecidas en el marco de la cooperación han ido desde la aplicación de los modelos del Ajuste Estructural, imponiendo determinadas políticas públicas sobre el agua a cambio de créditos⁶, hasta iniciativas que continúan con los principios del frustrado Acuerdo Multilateral de Inversiones, al proponer la protección de las inversiones privadas en los países en desarrollo, cargando el riesgo de las

operaciones a las arcas de los endeudados estados⁷. Privatizaciones o concesiones a empresas extranjeras que, al tiempo, promociona y protege la Organización Mundial del Comercio. En el libro se hace una crítica muy útil del GATS o Acuerdo General sobre Comercio de Servicios, así como de los artículos del GATT, Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, que escudan la comercialización internacional del agua. El libro hace asimismo, en su capítulo quinto, un repaso de las distintas empresas o corporaciones empresariales que más implicadas están en los negocios del agua y que más influencia ejercen en los foros e instituciones internacionales y en los gobiernos.

Tampoco olvidan señalar a otros actores de la escena internacional que, a pesar de su corta vida, han proyectado una gran presión a favor de las tesis mercantilistas y privatizadoras del agua. La Asociación Mundial del Agua – con una fuerte vinculación al Banco Mundial, el PNUD o las agencias de cooperación de Canadá, Alemania, Holanda, Suecia y Reino Unido, entre otras -, el Consejo Mundial del Agua – formado por organizaciones empresariales, agencias de la ONU, ministerios del agua e instituciones financieras, así como expertos técnicos - y la Comisión Mundial sobre el Agua para el Siglo XXI - 21 personalidades eminentes apoyadas por Canadá, Holanda y de nuevo agencias de la ONU - e instituciones calificadas de ONGs como WaterAid pero que, en realidad, están directamente relacionadas con las corporaciones empresariales. Con la descripción de este entramado de organizaciones, gobiernos, instituciones y multinacionales, el lector no experto podrá fácilmente hacerse una idea de quién gobierna los asuntos del agua a nivel internacional así como podrá conocer quién está decidiendo su propio concepto y lo que lo rodea porque, como señalan los autores, ahí es donde reside realmente la batalla.

Barlow y Clarke parten de la concepción de que el agua es un “bien común” frente a las consideraciones de “necesidad básica” que, señalan ellos, tienen las corporaciones y que están tratando de imponer en todo el mundo. Este concepto de “bien común” se diferencia del “bien público”, acuñado por el PNUD y otras agencias de Naciones Unidas. Las dos definiciones son coincidentes al señalar la necesaria disponibilidad del uso de estos bienes por parte de todos y que cualquier cosa que les pase a estos bienes afecta a todas las personas sin excepción. Sin embargo, los autores se unen a las diferentes voces críticas al concepto de agua como “bien público” considerando que ésta es finita y, por lo tanto, la disminución de la

calidad o la cantidad no afecta a todas las personas de igual manera, que toda agua consumida no hace sino restar agua para el consumo de otros. Por el contrario, el agua como “bien común” es eliminada de los mercados y tiene una necesidad de ser controlada por la ciudadanía residente en cada cuenca, en cada acuífero, con la ayuda de los gobiernos locales, regionales o estatales que estén capacitados para ello. La imposibilidad de que el agua sea denominada propiedad privada de persona física o jurídica implica una propiedad común, del conjunto de la comunidad, siendo ésta la capacitada para designar los usos del agua y los usuarios. Dando paso a la eliminación del agua de los mercados internacionales, los autores están proponiendo una eliminación del marco conceptual del comercio en el desarrollo, afirmando que son las entidades locales las que han de cobrar un protagonismo en él y en las relaciones en torno al agua, ya sean de carácter transnacional o no. En definitiva, optan por una visión más cercana a la Gestión Integrada de Recursos Hídricos⁸ de la que ellos quisieran pero eliminando los intereses privados de ésta y alegando la importancia crucial de las comunidades en el proceso de toma de decisiones.

Si el agua es un bien indispensable para la existencia de vida, no ya sólo humana, Barlow y Clarke ven con lógica que sean las propias comunidades las que se impliquen en su gestión. Esta argumentación adolece del prejuicio de otorgar a las comunidades una sabiduría científico-técnica innata sobre la gestión del agua o, al menos, consciente de las complejidades de los ecosistemas. Sin embargo, si la contraponemos con las tesis de las corporaciones, resultará de mayor valor del que parece, pues éstas promocionan la idea del agua como bien económico o necesidad donde, más allá de un mínimo garantizado por la subvención del estado, los ciudadanos sólo podrán consumir el agua que puedan pagar⁹.

Tanto vales, tanta agua tienes. Pero, ¿cómo comerciar internacionalmente con el agua? El libro también hace un relato de las posibilidades tecnológicas que bien se están explotando en la actualidad o bien se están desarrollando. Empezando por los superpetroleros adaptados al transporte de agua – incluyendo la posibilidad de transportar en el viaje de ida petróleo y en el de vuelta agua, con la contaminación que este mecanismo supone -, los grandes canales que lleven el agua de una parte del mundo a otra, el embolsamiento de agua mediante gigantescas bolsas de plástico remolcadas por un barco o la misma agua embotellada – medio que está

introduciendo una nueva cultura elitista del agua en los países ricos y sobre lo que estremece leer los informes que manejan los autores.

La tercera parte, “El camino a seguir”, es un relato de experiencias de activismo, sobre todo en países del Tercer Mundo, que han terminado por confluir en un mismo punto: una reivindicación internacional por la no comercialización del agua, por la pertenencia de los derechos del agua a las comunidades. En definitiva, una reivindicación del posicionamiento por el que abogan Barlow y Clarke.

Bajo la rúbrica “El camino a seguir” también se propone un debate sobre la conceptualización de “Bien Común” antes mencionada, así como diez principios a seguir para alcanzar un acuerdo mundial sobre el agua. Dichos puntos no hacen sino sintetizar aquellas ideas que los autores han ido exponiendo a lo largo de todo el texto y, para quien guste de decálogos, resultará de gran interés.

En definitiva, el libro que aquí se reseña, abordando la compleja problemática del agua desde un punto de vista no excesivamente técnico, permitirá su fácil comprensión a cualquier lector no versado y constituye por tanto un buen reflejo de los debates abiertos sobre el tema del agua a nivel internacional. Si bien comienzan con los datos críticos sobre el agua que todo informe plantea, Barlow y Clarke huyen del catastrofismo para asegurar que aún hay tiempo para cambiar la situación y sorprenden al afirmar que la crisis es, en todas sus dimensiones, política y no natural. Discutiendo sobre los problemas políticos se plantea una transformación en los conceptos que ha de provocar un cambio en las estructuras de gobernabilidad internacional del agua. Desde el mismo concepto del agua como “bien público”, “bien económico” o “bien común” hasta un debate sobre las estructuras del comercio y gestión internacional del agua, el libro es un combate directo hacia aquellas instituciones que la contemplan como oportunidad de negocio y no como un elemento imprescindible para la vida y necesitado de un gran pacto global bajo las tesis conservacionistas y participativas que en él se proponen.

¹ Observación General n° 15 del año 2003 del ECOSOC, citada en MARÍN, Gonzalo “La realidad mundial de los recursos hídricos” en *Papeles de cuestiones internacionales*, n° 82, verano 2003, ps. 83-92.

² *Water Resources Sector Strategy. Strategic Directions for World Bank Engagement*, World Bank, Washington, 2004.

³ Tanto el GATT como el GATS hacen referencia expresa. El primero en términos de comercialización del agua y el segundo en referencia al establecimiento de un mercado libre en la gestión de los servicios de agua en todos los estados.

⁴ *Water Resources Sector Strategy ...*, *op. cit.* y *Making Services Work for Poor People. World Development Report 2004*, World Bank & Oxford University Press, 2004. Fuente: www.worldbank.org/wdr/ en fecha 15 de Agosto de 2006.

⁵ Una recopilación de varios informes sobre el estado de los recursos mundiales de agua se puede ver en BARLOW, Maude y CLARKE, Tony *Oro Azul. Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo*, Ed. Paidós, Barcelona, 2004, ps. 383-384.

⁶ En 1999, relatan Barlow y Clarke, el Banco Mundial impuso a Mozambique la privatización de sus servicios de agua como condición para un crédito que permitiese la construcción de infraestructuras para el agua y prorrogar parte de su deuda. Véase, BARLOW, Maude y CLARKE, Tony *Oro Azul...*, *op. cit.*, p. 250.

⁷ Las propuestas del Panel Camdessus en el Tercer Foro Mundial del Agua celebrado en Kyoto (Japón) en el año 2003, proponían exactamente esto, así como distintas proposiciones de las agencias de desarrollo británica y estadounidense para la promoción de la protección de sus empresas nacionales o la Iniciativa del Agua de la Unión Europea, para la protección de empresas europeas, propuesta durante la celebración de la Cumbre Mundial de Johannesburgo de 2002. Para un análisis más concreto de éstas se recomienda consultar SJÖLANDER, Ann-Christine *The Water Business. Corporations versus People*, Zed Books, Londres, 2005.

⁸ Concepción surgida con la AGENDA 21 que propone una gestión holística de cada cuenca o curso de agua en la que participen todos los actores implicados – gobiernos locales, regionales y estatales, comunidades con usos del agua, actores de la sociedad civil y entidades privadas.

⁹ “Al ser declarada como una necesidad, el agua ha quedado sometida a las leyes de la oferta y la demanda del mercado global, donde la distribución de los recursos se determina a partir de la capacidad de pagar”. BARLOW, Maude y CLARKE, Tony *Oro Azul. Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo*, Ed. Paidós, Barcelona, 2004, p. 135.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950